



Publicado por:

**Nova Casa** Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2022, **Martha Verónica Romero De Thoma**

© 2022, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

**Joan Adell i Lavé**

Coordinación

**Edith Gallego Mainar**

Corrección

**Déborah Figueroa Machado**

Ilustración cubierta

**Àngela Català Doménech**

Diseño cubierta

**Vasco Lopes**

Maquetación

**Meritxell Matas**

Impresión

**PodiPrint**

Primera edición: mayo de 2022

ISBN: 978-84-18013-77-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 917021970/932720447).

MARTHA VERÓNICA ROMERO DE THOMA

VERÓNICA  
DECIDE  
VIVIR



Nova Casa Editorial





Libro histórico de las experiencias no contadas que se vivieron fuera de nuestra patria de El Salvador. En el conflicto armado salvadoreño (1980-1992) y la construcción de la Comunidad Segundo Montes.





# ÍNDICE

<b>Dedicatoria</b> .....	11
<b>Agradecimientos</b> .....	13
<b>Prólogo</b> .....	15
<b>Introducción</b> .....	17
<b>Primera parte</b> .....	21
Vida y exilio en el Campamento de Colomoncagua, Honduras.....	21
<b>Capítulo 1</b> .....	23
Contexto histórico de la emigración al exilio.....	23
Emigración al refugio.....	27
Historia de Amadeo Mata.....	29
<b>Capítulo 2</b> .....	33
¿Qué es ser refugiado?.....	33
<b>Capítulo 3</b> .....	37
Nacimiento del campamento de refugiados en Colomoncagua, Honduras.....	37
<b>Capítulo 4</b> .....	47
La niñez en los campamentos.....	47
Primeros recuerdos.....	47
Mi hermana Anselma.....	53
Diversas experiencias de la infancia.....	60
Historia de Alva Luz Castro.....	202
Historia de Luz Maribel Chicas Argueta.....	207
José Candelario Argueta Márquez «Cando».....	220
<b>Capítulo 5</b> .....	225
Salida del refugio y comienzo del retorno.....	225
Realidades de Luz Maribel Chicas Argueta.....	225
Preocupaciones por la guerra.....	235
Llegada del padre Segundo Montes.....	235

Llegada del vicepresidente de El Salvador.....	236
Carnetización.....	238
Masacre de los sacerdotes jesuitas.....	240
Inquietudes del retorno.....	242
Primer retorno del 18 de noviembre de 1989.....	243
Salida de los subcampamentos.....	246
Limonos II, último en salir del exilio.....	249
<b>Segunda parte.....</b>	<b>255</b>
Vida en la Comunidad Segundo Montes.....	255
<b>Capítulo 6.....</b>	<b>257</b>
Llegada a EL Salvador.....	257
Primera experiencia en el río.....	260
Crisis de las familias exrefugiadas.....	261
Continuidad del gran proyecto de comunidad.....	262
Independencia.....	263
Estructuras de trabajo.....	265
Usurpación de propiedades.....	273
Desconocimiento del dinero.....	273
Cuerpos de seguridad.....	275
Combates de cerca.....	276
<b>Capítulo 7.....</b>	<b>281</b>
De refugiados a repatriados.....	281
La invasión del modernismo y modas.....	285
Fiestas y pasión por ellas.....	291
Salidas y desafíos al sur del río Torola.....	295
Desarrollo, construcción del puente del río Torola y demás infraestructuras.....	298
Infraestructuras y funcionalidad.....	300
Historia de María Elena Romero Molina.....	307
Acoso militar.....	310
Anuncios de paz y la llegada de ella.....	315
Malas costumbres y desaparecidos.....	319
Independizándose de todo.....	320

<b>Capítulo 8</b> .....	325
Acuerdos de paz y construcción de la Comunidad Segundo Montes.....	325
Apreciaciones sobre los acuerdos de paz.....	325
Construcción y desarrollo de la Comunidad Segundo Montes.....	327
Crisis en la Comunidad Segundo Montes.....	329
Política y exclusión.....	337
<b>Capítulo 9</b> .....	343
Continuidad y vigencia de la Comunidad Segundo Montes.....	343
Desafío y educación para la vida.....	343
Tecnología.....	355
Adolescencia, amor y responsabilidad.....	355
Actividades comunitarias: CEBs, grupos de jóvenes, salidas y encuentros.....	365
Caminos decisivos (Bachillerato, estudios superiores, familia).....	375
Veteranos de guerra y engaños.....	402
Obstáculos, desafíos y otras vivencias.....	408
Papel de la Iglesia.....	422
Iniciativas prácticas para el desarrollo en la Comunidad Segundo Montes.....	424
Nacen profesionales del sueño de un líder comunitario.....	428
<b>Capítulo 10</b> .....	431
Otras realidades.....	431
Qué pensamos los salvadoreños.....	434
Somos conscientes de muchas cosas que callamos.....	436
<b>Glosario</b> .....	441



## DEDICATORIA

Honor y honra a Dios Todopoderoso, en primer lugar, por el regalo más inigualable, como es la vida. Por haberme permitido nacer y aprender en esta maravillosa Comunidad Segundo Montes. Por brindarme fuerza y sabiduría para realizar esta obra histórica.

A mi familia: a mi madre, Inocente Romero, por darme la vida, educación y entrega incondicional Q. D. D. G. A mi hermana y hermanos: Lilian, Carlos, Miguel Ángel. A mi esposo, Markus Wilhelm Thoma, por su amor, comprensión, paciencia y acompañamiento en este proceso. A mis adorados hijos: Miriam Isabel Thoma y Markus David Thoma. A mis sobrinos y sobrinas. A mis hermanos y hermanas, hijos de mi padre Juan de Dios Hernández.

A personas maravillosas que Dios puso en mi camino y por la oportunidad de compartir su pensamiento, ejemplo, sabiduría y servir de guía en mi caminar: padre Rogelio Ponsele, Rudy Reitinger, Rosi Sutter (Q. D. D. G), Dra. Ana Gladis López y Lilian Chavarría.



# AGRADECIMIENTOS

Agradezco con mucho cariño a personas de la comunidad que, por muchos años, me han motivado a recordar y recopilar parte de la historia que vivimos los refugiados en Colomoncagua, Honduras. A esa resistencia y lucha por la memoria histórica de la Comunidad Segundo Montes

A estas mujeres y hombres, por compartir sus historias de la infancia a las nuevas generaciones a través del libro Verónica decide vivir. Sus nombres: Alba Luz Castro, María Elena Romero, Luz Maribel Chicas Argueta, Candelario Argueta y Amadeo Mata Blanco.



# PRÓLOGO

*«La cabeza piensa donde los pies pisan»*

*Frei Betto*

El mundo desigual puede ser leído por la óptica del opresor o por la del oprimido; y es ante esta reflexión y la necesidad de las víctimas anónimas de la historia por contar su testimonio, que surge en la autora la idea de plasmar en esta obra sus vivencias en los campamentos de refugiados ubicados en Colomoncagua, Honduras, durante el conflicto armado que atravesara El Salvador desde 1980 hasta 1992.

Hoy, una distancia de más de un cuarto de siglo nos separa de los acontecimientos que se narran en estas páginas, a las que la autora nos invita a dar un paseo tomados de su mano infantil, inocente y vulnerable ante un mundo que se le mostraba confuso y caótico.

Verónica, siendo apenas una niña campesina, nos lleva a conocer las historias no contadas y silenciadas por el estruendo de las metrallas que protagonizaron el conflicto armado, por el simple hecho de no ser historias pertenecientes al campo de batalla; en el recorrido por sus vivencias iremos compartiendo el drama humano de una niña que, junto a su familia, vecinos y amistades, se ve forzada a abandonar sus tierras, llevándose consigo lo único y más valioso que podía conservar: su propia vida.

Ser una niña refugiada de guerra en un país extranjero es ser «Pueblo crucificado», lenguaje útil y necesario al nivel histórico-ético. Jon Sobrío SJ, en su libro Principio misericordia nos dice que «morir crucificado no significa simplemente morir, sino ser matado»; significa que hay víctimas y verdugos.

En este sentido, la recuperación de la memoria histórica es una forma de devolverles dignidad a las víctimas, devolviéndoles voz, reconociendo su existencia a través de llamarlos por sus nombres y que no solo cuenten como datos numéricos fríos.

Hay una constante construcción de la esencia salvadoreña en la historia misma. Y esa construcción está íntimamente ligada con los acontecimientos que en el tiempo han forjado lo que hoy conocemos como patria. La historia cambia, y vive en el presente mismo...

La autora en fidelidad a la identidad de sus raíces ha logrado mantener el lenguaje coloquial de la época haciendo uso de una variedad de regionalismos propios de El Salvador, y principalmente de la zona norte del departamento de Morazán; de igual manera, trae hasta nosotros el sentido inocente, juguetón y pícaro de su infancia y juventud, llevándonos como lectores a remontarnos a nuestra propia infancia, en la que también compartimos diversidad de aventuras.

Acompañaremos a Verónica en su recorrido por sus encuentros y desencuentros con la vida, la muerte, las enfermedades, las dificultades, las alegrías y esperanzas, siendo testigos de cómo la muerte no tiene la última palabra, sino la vida.

Con cariño y admiración agradezco a la autora y su familia por permitirme acompañarle en el camino de elaboración del presente libro; descubriendo en el proceso recuerdos y experiencias que han venido a fortalecer mis más profundas convicciones.

El mensaje del libro es fundamental: vivir es una decisión, que ni la pobreza más extrema, ni la marginación y persecución más voraz podrán arrebatarnos, pues se sustenta en la esperanza misma y la lucha constante por hacer de nuestra vida un camino de justicia, solidaridad y paz permanente.

Miguel Guzmán San Salvador, 2018

# INTRODUCCIÓN

Verónica decide vivir es una obra histórica que narra las vivencias de la vida de una comunidad que se construyó en el refugio de Colomoncagua, Honduras, durante nueve años a causa de una guerra civil que duró doce años. Narra las experiencias, travesuras y todo un mundo de la infancia vista desde los ojos de la autora en su niñez, que a su vez describe la vivencia de las niñas y niños que vivieron sus experiencias en el refugio. Nos muestra que una de las mejores decisiones fue emprender un camino en un lugar incierto, pero con el gran deseo y esperanza de vivir.

Consta de diez capítulos. En los primeros, se relata el contexto histórico de la migración, como un camino de peregrinación con el afán de salvar nuestras vidas. Luego, sigue el planteamiento sobre «¿qué es ser refugiado?». Interrogantes que intentamos ir resolviendo con las acciones de cada habitante, sin importar la edad. Después, el nacimiento de los campamentos, una narración de la construcción, organización, funcionamiento operativo y administrativo del campamento de refugiados, así como los desafíos y obstáculos en los nueve años de exilio.

Se describe de manera detallada la niñez en los campamentos. En uno de los capítulos más grandes de la obra, se cuenta el mundo activo en el cual los niños y niñas formaron parte de las vivencias de la comunidad, ese mundo lleno de sueños, fantasías, deseos, preocu-

paciones, responsabilidades, incertidumbres y dolor ante las pérdidas, producto de la guerra. A este mundo de ensueño le sigue una experiencia más dramática y dolorosa, como es la salida del refugio y comienzo del retorno, en donde se plasma el deseo de regresar a nuestra patria querida, El Salvador, unidos en comunidad, sin importar los obstáculos y los desafíos, manteniendo el espíritu de lucha y defensa de los derechos humanos. A esta experiencia, que es, a su vez, una gran decisión comunitaria, en la que la población se aventura a retornar a su tierra amada, pero, a la vez, con la inseguridad de lanzarse asumiendo toda clase de riesgos, le sigue la alegría de la llegada a El Salvador, una alegría que pronto se enfrenta a la realidad de asumir un comienzo desde cero, en cuanto a la construcción de infraestructuras y los desafíos de una guerra que parecía no tener fin.

Con el sentimiento en la mano deslizándose para escribir lo que brota del corazón, de manera emotiva se da a conocer la vivencia de pasar de refugiados a repatriados, describiendo el desafío ante una vida nueva, la adaptación de valores, y la apertura a una cultura más amplia en un lugar más «libre».

En los capítulos siguientes y últimos del libro, se aborda la construcción y el camino de una comunidad forjada en la historia, que vislumbra en los acuerdos de paz una posibilidad de vida diferente. Nos narra el deseo de que hubiera un cese al conflicto armado, un alto al acoso militar salvadoreño, cómo y por qué nace la Comunidad Segundo Montes, así como la continuidad y vigencia de esta, capítulo donde nos da a conocer cómo se construye la comunidad, su desarrollo, limitaciones y decisiones que se tomaron. Se dan a conocer los avances significativos que marcaron a esta población, surgieron muchos profesionales que hicieron realidad sus sueños. Se contó con la presencia de internacionales que apoyaron incansablemente al proyecto de la comunidad como lo fueron Rudy Reitingger y Mia Ver-cruysse.

Por último, un panorama general de otras realidades al interior de la comunidad, se describen las situaciones que vivimos y que, muchas veces, pasan desapercibidas o no somos conscientes de ellas, como es el caso de la utilización de grupos de poder, la marginación que viven las personas en las culturas de desarrollo, pero también en el empoderamiento por grupos o personas extranjeras con sensibilidad

social como en el caso de los sacerdotes jesuitas y la Dra. Sol Yáñez.

En esta obra se plasman historias de una comunidad golpeada por la guerra civil de El Salvador (1980-1992) de hombres y mujeres que en el refugio éramos menores de edad y, al igual que todos, sentimos el dolor de esta guerra y el calor del exilio. Historias de la autora de la obra, Martha Verónica Romero de Thoma. Participantes de historias: Luz Maribel Argueta, Alva Luz Castro, José Candelario Argueta, María Elena Romero y Amadeo Mata Blanco (vivencias desde El Salvador).

El contenido de la obra es para lectores con sensibilidad social y humana. Las historias están narradas de un lenguaje sencillo, auténtico del momento y de la población involucrada. Es por ello por lo que algunas palabras están escritas con su tono picaresco, a veces de forma no tan educada.

Y para cerrar, se incluye un glosario donde los lectores pueden encontrar el significado de muchas palabras muy usadas por nuestra población.



# PRIMERA PARTE

Vida y exilio en el Campamento de Colomoncagua, Honduras







## CAPÍTULO 1

### **Contexto histórico de la emigración al exilio**

El Salvador históricamente ha sido un país muy violentado y sometido por parte de quienes han ejercido el poder, guiados estos por una visión opresora, limitada y egoísta. Las políticas de Estado han ejercido prácticas de exclusión y marginación dirigidas a la población más vulnerable, como es la clase campesina; la cual es y seguirá siendo el pilar de la agricultura y sostenibilidad del país. Durante décadas, los sectores más vulnerables no fueron tomados en cuenta, en algunos momentos históricos han sido sometidos a la merced de grupos de poder, haciendo uso de cualquier mecanismo: violencia sistemática, marginación y la violación a los derechos humanos.

En décadas anteriores a los años setenta y ochenta, la población campesina vivía bajo una resignación y conformismo sobre sus condiciones de vida. La zona norte de Morazán no era la excepción. A nuestros abuelos les infundieron que en este país de letras no se vivía; desde temprana edad los educaban con estos conceptos y así de una generación a otra se heredaba este estilo de vida. Las mujeres eran educadas para ser buenas amas de casa, esposas y prepararse para tener los hijos que «Dios les diera», pues los métodos de planificación y educación familiar estaban lejos de la familia, al igual que los progra-

mas de vacunación. No era extraño escuchar que las mujeres morían en trabajo de parto, es decir, las muertes materno-infantil eran muy comunes, la violencia y el machismo estaban muy marcados y naturalizados en las familias campesinas.

Escuelas no existían cerca y, si las había, no todos tenían la posibilidad de estudiar por la extrema pobreza a la que estaban sometidos. Las políticas de gobierno no llegaban a estos lugares remotos, excepto las urnas de votación que acercaban cuando se elegía a los gobernantes. En un primer momento, solo los hombres tenían derecho de ejercer el voto, de antemano la población sabía qué partido sería el «ganador», ya fuera para elecciones municipales, legislativas o presidenciales.

Con todas estas desigualdades sociales, algunos sectores se dieron cuenta de esta situación y pensaban que la población debía despertar, que la injusticia no se la merece ningún país, ni mucho menos El Salvador. Personas de la comunidad comentaban que empezaron a formarse grupos también de la clase obrera —sindicatos. La Iglesia, a través de las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs) en El Salvador, jugó un rol importante acompañada por la Teología de la Liberación, filosofía cristiana que ofrece un enfoque no solo espiritual, sino social, y que pregona que los pecados sociales son aquellas injusticias, inequidades y desigualdades que ponen en zozobra la vida humana.

Desde ahí, los políticos de turno del Estado, en los años setenta y ochenta sentían que esto era grave para El Salvador, que a la población campesina la vieran en manifestaciones de protestas y, por lo tanto, tenía que actuar de inmediato con medidas drásticas como la represión, masacres si fuera necesario. Lo peor era que el Estado salvadoreño contaba con el apoyo económico y bélico de países como los Estados Unidos, y otros lugares del mundo afines a la ideología política de este momento, para perseguir a todo simpatizante, participante o familiar que estuviera «involucrado» o por el simple hecho de ser pariente, por lo que todos éramos sujetos de persecución.

Fue así como comenzó la búsqueda de campesinos y más aún si tenían vínculos cristianos, como catequistas y sacerdotes, un ejemplo de ello fue el martirio de los padres Rutilio Grande, Octavio Ortiz, monseñor Oscar Arnulfo Romero, entre otros muy conocidos por los salvadoreños.

Empezaron desapariciones y torturas, la población estaba perdiendo el miedo. Escuchaban la radio, donde salían las homilías con mensajes de esperanza de monseñor Romero. Estos mensajes también eran de críticas a los grupos de poder, armados y políticos que consideraban que la represión y violaciones de los derechos humanos era la solución a los problemas sociales sentidos por la población de esta época. Estas acciones fueron decisivas, le costó la vida a nuestro pastor, mártir y profeta de nuestro tiempo, monseñor Romero, cuya muerte fue comandada por el poder político, económico y militar de turno.

Con todo esto empiezan los cateos y allanamientos por la Guardia Nacional y militares en los caseríos de los campesinos, asesinandolos, quemándoles los sembrados, cultivos y hasta las chozas humildes. El pueblo campesino y obrero se preparaba para algo que la mayoría no queríamos y menos aún los niños. El inicio de una guerra civil que duró doce años.

El año 80 es decisivo, se declara la guerra en el mismo año del martirio de monseñor Romero. Para entonces andaba en el vientre de mi madre, meses después nací en casa, con grandes dificultades, para este tiempo ya no era fácil salir e ir en búsqueda de una partera. Había que andar con cuidado por los bombardeos. A las casas las incendiaban, algunas veces dormimos en cuevas o en el monte. Mi lugar de origen era El Volcancillo de Jocoaitique, Morazán. Este lugar estaba «quemado», significaba que la Fuerza Armada salvadoreña y la Guardia Nacional nos tenían en la mira, porque muchos andaban organizados en la guerrilla. Por lo tanto, no importaban las familias, los niños, quien fuera. Una vez confirmado que algún familiar, papá o hermano pertenecía a estos grupos, todos éramos objeto de muerte.

Cuentan nuestros familiares que, para octubre del año 80, hubo intensos cateos, muchos se refugiaron en el pueblo de Meanguera, Jocoaitique y la Villa del Rosario. Las alcaldías estaban secuestradas por miembros de la Fuerza Armada y la Guardia Nacional, el que era encontrado, con el nombre correcto en las listas que andaban y confirmaban que estaban involucrados con la guerrilla, era sacado delante de las demás personas, ya fueran hombres, mujeres, jóvenes o adultos mayores.

En ese tiempo, muchos niños quedaron huérfanos. Las víctimas

las subían en camiones para ejecutarlas o desaparecerlas. A unos jóvenes los quemaron vivos como estrategia para dar terror a los demás. Mi madre ya había estado en este lugar, observando como a mucha gente conocida se la llevaron. A unas ancianas y mujeres unos guardias las guindaban del cabello cuestionando en «dónde estaban los guerrilleros», un guardia le dijo a mi mamá que rogara a Dios que no estuviera en la lista. Ellas abrazaban y apretaban a los bebés para que no sintieran esas emociones de terror y, de igual manera, a los más grandecitos para que no vieran estas imágenes.

Comentan que las personas que proporcionaban estos nombres, que estaban en este listado, eran aquellos que no estaban de acuerdo con la guerrilla, comúnmente les llamaban «orejas» o que habían sido víctimas de la guerrilla o tenían familiares en la Fuerza Armada. Otro día nos refugiamos en la Villa del Rosario, todo mundo se había concentrado en este lugar, eran miles de campesinos, que habían salido de los diferentes caseríos aledaños a Jocoaitique y la Villa del Rosario. Se habla de que era una estrategia de la Fuerza Armada y altos mandos de recoger a la población para realizar una masacre, hecho que en ese momento fue frustrado. Cuando regresamos al caserío, todas las casas estaban quemadas, en nuestra choza, los granos de reserva estaban hechos carbón, lo único que nos quedó eran las mudadas que llevábamos puestas. Era difícil porque por momentos se le tenía miedo a todo.

Una tía estaba casada con un muchacho exguardia, ya desde antes desde que iniciara esta guerra, él se había retirado de este cuerpo armado, y le tenían desconfianza, decía que él no quería participar con ningún bando, y en uno de esos días lo mataron los guerrilleros. Un hermano de mi mamá, días antes, se fue de la zona por la misma razón, porque no quería participar con nadie en el conflicto armado, y decía que lo buscarían por traidor. Era un hecho, el que se quedaba en la zona norte de Morazán, no se podía escapar de estar untado en la guerra. Nuestros familiares, que se fueron para otros departamentos del país, tenían que negar ante los demás que eran de esta zona, o perder la identidad de ser norteños de Morazán.

La población campesina de la zona norte de Morazán se preparaba para buscar exilio donde se pudiera estar más seguro, puesto que las masacres de las familias enteras se intensificaban. Cuentan que mi

abuelo materno, Prudencio Romero, temblaba de nervios al oír hablar de estos desastres, aun así, días antes se fue a San Miguel a buscar un «lugar seguro» y nunca regresó. Después recibió la noticia que su familia había emigrado y no sabía a dónde nos habíamos marchado, no sabía si estábamos vivos o muertos. Los cantones quedaron deshabitados, eran lugares fantasmas.

Al paradero de mi abuelo lo supimos en el campamento de Colomoncagua, Honduras, en una carta que recibimos de ACNUR, enviada por un tío desde el departamento La Libertad, cinco años después de estar separados. Mi abuelo murió en 1985 de muchas complicaciones de salud a causa de la depresión, sin tener noticias de su esposa, hijos y nietos.

## Emigración al refugio

En el año 80 empezaron los combates y los bombardeos a los cantones al norte de Morazán, eran los escenarios apropiados para estos operativos. Era imposible quedarse, a la población le informaban que venía un operativo llamado: «Tierra arrasada», «Yunque y martillo» u «Operación rescate», y que en las zonas de control de la guerrilla no iba a sobrevivir nadie. Mucha gente se resistía a irse, por temor a dejar su patrimonio, que por años les había costado llegar a tener, como comprar las tierras que les daban el alimento, o hacerse de algunos animalitos. Tomar camino a un lugar incierto, desconocido en su totalidad, con niños pequeños, adolescentes y amamantando, sin tener nada que darles por ese camino; generaba una gran angustia.

Mi madre para entonces andaba con dos adolescentes, Anselma y Lilian, de once y trece años, mi hermano Carlos de tres años y yo de nueve meses. Mi familia estaba viviendo dos duelos: hacía poco tiempo habíamos enterrado a Juan, un hermano de doce años que murió de pulmonía que, por la gran pobreza, no pudo recibir ningún tratamiento, pues la Unidad de Salud quedaba lejos. Meses antes de marcharnos murió otra hermana de cinco años, llamada Pacita, le dio sarampión, porque nunca recibió la vacuna.

Cuenta mi mamá que la gente pasaba a chorros. Ella se sentía como la mujer de la que habla la Biblia: «Miraba hacia atrás, para ver

lo que dejaba y se convirtió en estatua de sal». Solo que si mi madre se quedaba no se convertiría en estatua de sal, sino en cenizas. Caminó con las familias acompañadas de otras que huían por la misma razón: «salvar nuestras vidas».

Al llegar a un lugar llamado Tortolico, había una gran cantidad de familias, y eso daba fortaleza colectiva. La decisión estaba tomada: salían en la noche hacia el refugio llamado Colomoncagua. Se pedía que en cierto lugar se caminara en la oscuridad, en silencio, para no ser detectados por la aviación o ser emboscados, pues esto sí podía ser una masacre irreversible. Como manifestación divina, los niños aún con hambre no lloraban; los de pecho siempre pegados para estar complacidos y tranquilos. En el camino iban mujeres embarazadas, algunos bebés nacieron en esa travesía, y otros murieron; pero las familias se encontraron en aprietos. Antes de entrar a tierras hondureñas, se tenían que quedar todos los mayores de doce años de ambos sexos para que lucharan en la guerra. Mi mamá dice que rogó que no dejaran a Lilian y que permitieran que mi papá nos fuera a dejar al lugar a donde íbamos; se lo permitieron, pero a cambio se quedó otra prima de nombre María Luisa. Esta factura fue para todas las familias, quisieran o no.

Caminaron por veredas, charcos y barrancos, estaba oscuro. En un barranco se había ido mi hermana Anselma con otra señora, y gritaba pidiendo ayuda, junto a la anciana, con esfuerzo de varios las sacaron y siguieron caminando.

Al llegar al pueblo de Colomoncagua, muchos habitantes estaban bien enojados, no querían por nada dejarnos entrar, algunos aventaban agua sucia. A unos señores les dieron azotazos, para ese entonces, la bebé Verónica llevaba una fiebre muy alta, en su ombligo se notaba una marcada hernia umbilical. Muchas madres que amamantaban estaban deshidratadas y con sed. Había voluntarios internacionales atendiendo a los bebés y algunas gentes piadosas sacaban botellas de agua para que la gente apagara su sed. Había algunos carros de agencias internacionales llevando a las madres a su destino final. Mi madre perdió de vista a los otros hijos, a las adolescentes y al niño de tres años por poner atención a mi fiebre y llanto; pero tenía la esperanza de que íbamos al mismo lugar y que allá estaríamos todos.

La sorpresa fue que ya había población que había llegado ante-

riormente de diferentes lugares, como de Guacamaya, Cerro Pando y, en sí, de diferentes lugares hasta del sur de Morazán, como de Osicala y otros caseríos aledaños y del municipio de Cacaopera.

Para ese tiempo se levantaron grandes carpas de nailon, se le dijo a la gente que su estadía iba a ser de tres meses y que, dependiendo de los acontecimientos en el país, regresaríamos pronto. Era triste, pues casi nadie tenía trastes para cocinar, si alguien andaba con una cacerola, se la tenía que prestar a todas las familias cercanas. Aparecieron grandes problemas de salud como las diarreas comunes, fiebre tifoidea, brotes de tuberculosis, hepatitis, entre otras enfermedades. A los pacientes de estas enfermedades, por ser contagiosas, los aislaron de las demás personas para evitar epidemias. Muchos murieron a causa de estos problemas de salud porque no pudieron ser controladas. Se comenzó a tomar medidas preventivas drásticas como evitar la contaminación del ambiente y la construcción de servicios sanitarios, la divulgación de medidas de higiene y el consumo adecuado de los pocos alimentos. Evidentemente, el hacinamiento e insalubridad eran factores desencadenantes para los brotes de estas patologías.

Empezaron a llegar internacionales preparados en estas disciplinas y muchas personas tenían diferentes habilidades y conocimientos que llevaban de El Salvador, los que sabían enseñaban a los que no tenían experiencia.

## **Historia de Amadeo Mata**

(niño que vivió de cerca la guerra en El Salvador)

Mi niñez tuvo acontecimientos que marcaron mi memoria. Mis primeros recuerdos vienen desde que tenía cuatro años, quizá, de cuando vivíamos en casa del abuelo. Me marcó ver a mi hermana Aminta con sarampión, toda manchada y con poco ánimo de hacer nada, permanecía en cama y yo pensaba que de esa enfermedad no volvería.

La muerte del abuelo fue otro hecho que se me grabó, no porque lo haya visto en su ataúd ni nada de eso, ni siquiera recuerdo cómo era. Lo que recuerdo es un montón de primos de la misma edad con quienes en la noche de la vela nos la pasamos jugando a esconder-

nos en unas pequeñas cuevas, que estaban en un paredón, y que nadie nos regañaba, porque los mayores estaban ocupados en otras cosas.

Después de un tiempo de la muerte del abuelo, mis padres decidieron regresar a donde era nuestra verdadera casa, cerca de un cerrito que debió ser muy bonito por aquellos años; pero al que no había acceso. Uno de pequeño no entiende por qué le prohíben ciertas cosas, simplemente nos decían que no debíamos pasar del palo de nance hacia arriba.

En la parte alta estaban los dueños del cerro; era de mi papá, pero en ese tiempo el ejército se lo había apropiado, nadie podía subir ni a buscar leña. Por las tardes bajaban los señores uniformados, no recuerdo si traían las gallinas o se las compraban a mamá, lo que sí tengo en mente es que se las cocinaban y comían de lo mejor y nos daban algo a nosotros. Parecían buenos, como niño nunca supe para qué eran esas cosas que llevaban en la espalda —fusiles—, de haberlo sabido, no sé cómo habría reaccionado, con miedo o aflicción.

Al mediodía siempre era bueno para nosotros los pequeños, pues subíamos hasta el palo de nance a alcanzarle las tortillas a los soldados y se nos recompensaba con latas de comida que ellos quizá ya ni querían. Llevábamos tortillas con frijoles y nos daban latas de mermelada o no sé qué era, algo dulce que nunca habíamos probado en nuestra corta infancia.

Empecé a sospechar que no eran buenos cuando, de camino al pozo, mi hermana me señaló que nos estaban viendo desde arriba, siempre pasaban vigilando en la loma a cualquier extraño. Tenían amenazada a la familia para que no nos saliéramos de ahí. Recién empezada la guerra intentaron venirse al pueblo con todos los aperos. Mi papá iba de vez en cuando a casa; le quemaron algunas cosas y le dijeron que, si no regresaban, les quemarían la casa. Tuvimos que regresar, eso no lo recuerdo. Todo eso lo hacían para que les pasáramos cambiando tortillas por latas o vendiéndolas baratas.

De vez en cuando pasaban los compas, pues siempre había cierta relación con la guerrilla, un tío por parte de mamá era guerrillero, de seudónimo Abel, uno de mis hermanos empezó en la milicia y otro tío por parte de papá. Además, una ahijada de mamá, comandante Morena, pasaba por ahí cuando los soldados dejaban la base por unos días. Todo esto ponía los nervios de pun-

ta a la familia, pues, en un fuego cruzado, seríamos los premiados.

Años después, descubrí mis fobias a los rincones, la razón supongo era porque nos metían debajo de la hornilla cada vez que había tiroteos. No se me olvidan los ruidos de las botellas revueltas cuando nos metíamos después a curiosear. Le tomé fascinación a los aviones, en especial a unos grandes que pasaban, creo al final de la guerra, no me explicaba cómo podían volar esos grandes animales metálicos. Había uno que era pequeñito, le decían Mustang, era el que apenas sentíamos venir y cuando salíamos a ver al patio ya ni señas de él.

Nunca faltó la molienda, ese ruido que hacía el trapiche y al que me gustaba ir a dejar comida con mis hermanas. Lo último que nos dejó la guerra fue a mi hermano Abel y al sobrino Emérito, lesionados por un fulminante o algo así, que había quedado cerca de lo que fue la base militar.

Cuando pasó la guerra, tuvimos luz verde para ir a explorar el cerro para buscar basura militar: vainillas de ametralladora con las que hacíamos anillos; cajas donde venía la munición para hacer carritos y mucha otra chatarra. Lo de los lesionados, mi hermano y Emérito, nos asustó, encontraron el fulminante y lo golpearon con la cuma, la explosión se escuchó por todo el sector. Quedaron todos manchados por las pequeñas esquirlas metidas en la piel; no fue grave, pero tuvieron que ir al hospital.

Para resumir, en el patio de mi casa cayeron cadáveres que no nos dejaron ver, por hoy solo nos cuentan, de seguro, traumas evitados a tiempo.

Nos marcaron de dónde a dónde teníamos que pisar la tierra, «de ahí para arriba no», señalaban. Ese miedo metido en mi niñez es lo que aún puedo ver en los niños de Medio Oriente cuando salen en las noticias. Los niños no entienden la guerra, solo les toca sufrirla y en Chilanga, mi pueblo lleno de buenos recuerdos, aún la sombra de la guerra ennegrece a más de un habitante; pero también la luz de un mejor mañana ilumina las ideas de algún compatriota que sueña una patria en verdadera paz.

¡Guerra nunca más!



---

## CAPÍTULO 2

### ¿Qué es ser refugiado?

Se pueden mencionar muchas apreciaciones o percepciones sobre quiénes fueron los refugiados, sin importar la edad: eran personas campesinas que andaban huyendo de su país. Algunos quizás consideraban que habían hecho cosas muy malas y en algo andaban metidos, como: criminales, terroristas, comunistas, subversivos... posiblemente este pensamiento se acercaba más a cuerpos políticos, económicos, armados y a la oligarquía de la derecha salvadoreña; o personas civiles que erróneamente las habían confundido con ideas como estas, o muchas veces habían sido víctimas de los cuerpos armados del bando opositor, para ser más específicos, guerrilleros.

Era guerrillero o familiar de este, por lo tanto, se merecía ser violentado hasta terminar con su vida. Como habitantes de este campamento de Colomoncagua, Honduras, significaba ser campesinos luchando por la supervivencia y la vida de sus familias, personas excluidas y marginadas, indignas de derechos humanos, especialmente en El Salvador, viviendo dentro de un cerco militar, como prisioneros de guerra en una cárcel sin paredes, pero sin libertad. Con el tiempo, se tuvieron otras apreciaciones: eran personas campesinas, pero capaces de aprender y ofrecer su trabajo en equipo y comunidad, con

una gama de valores: solidaridad, cooperación y de servicio a los más necesitados y sin esperar nada a cambio.

Un refugiado debía ser activo, listo para ver el peligro en lo más mínimo, aprender de la experiencia de los demás, porque se estaba convencido que en esta estadía no se perdía el tiempo o se quedaba en lo mismo, tenía que ser una escuela de aprendizaje para toda la vida.

Fue un espacio sin fronteras a las oportunidades, de aprender cualquier oficio que se apegara a las habilidades y necesidades de cada uno, tomando en cuenta los recursos. Era amar al hermano. Olvidar todo prejuicio, sobre cuál fuera su credo religioso, pues se pensaba en común, se defendía la misma ideología política, obviamente por la condición de ser refugiado. Se valoraba al otro sin discriminación de género, especialmente en el trabajo comunitario. Se estaba pendiente de que a nadie le faltara comida, vestimenta; y de que se viviera libre de violencia en todas las formas y ámbitos: intrafamiliar, comunitaria y por parte de autoridades militares.

La forma de vestimenta y calzado fue igual para todos, se podía andar con o sin zapatos, ponerse calcetines o grandes cañoneras rayadas. Los modelos, colores y combinaciones pasaban desapercibidos, nadie se sentía avergonzado. Se aguantaba hambre, aplaudíamos, callábamos, reíamos, llorábamos y gozábamos cuando se ameritaba. Teníamos situaciones en común, hasta dábamos la vida deseando que, en nuestro país, hubiera más oportunidades, inclusión, igualdad y justicia social.



Niños del subcampamento de Limones II.

Pero una percepción desde la óptica de niños, además de los conceptos anteriores, es más infantil y específica: éramos conscientes de ser bastante traviosos, curiosos, divertidos, creativos, valientes. Nos sabíamos defender, enfrentábamos peligros, creíamos ser valientes, aunque nuestro corazón latiera a mil por horas y nos temblaran las piernas. Actuábamos con mucha responsabilidad, conscientes de nuestros actos, con fronteras y límites en la familia y comunidad. Deseábamos golosinas y frutas. Teníamos mucho miedo a la muerte y los acosos de militares.

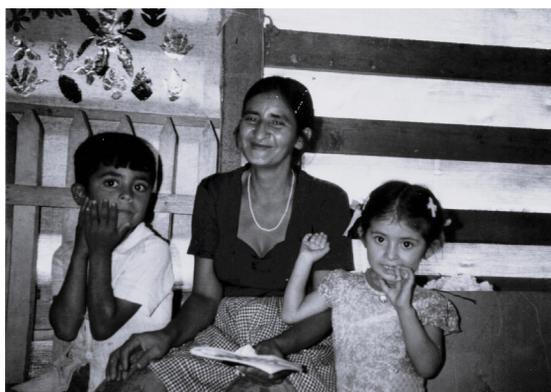
La disciplina fue fundamental para ser buen refugiado, la edad no importaba en este contexto vivido. Vivíamos de la imaginación y fantasía, disfrutábamos y aprovechábamos cada momento en compañía con cosas humildes y sencillas. Mentíamos en los momentos más difíciles, molestábamos a los otros, sin causarle mayor daño. Vivíamos deseando, soñando, riendo y llorando. Todos los cipotes éramos pedigüeños, nos sentíamos importantes y tomados en cuenta. Nos considerábamos capaces y productivos, aun en nuestra etapa, fuimos sujetos y personas de bien. Pasábamos deseando cosas fantásticas, dándole vida a todo, convirtiéndolo en juguetes.

---

## CAPÍTULO 4

### La niñez en los campamentos

#### Primeros recuerdos



Carlos, mi madre Inocente y Verónica.

Tenía cuatro años cuando, junto a mi madre y mi hermano Miguel, el último de la familia, viajamos a Santa Rosa de Copán, en Honduras, para ser operada. El motivo era que había sido diagnosticada de hernia umbilical por una médica extranjera que se encontraba en los campamentos. Recuerdo que me decían que pronto no me iban a quedar los vestidos. Observaba que mi obligo no era como el de la mayoría de niños y niñas que conocía.

En su primer año de vida, mi hermano menor manifestó una serie de convulsiones a causa de fiebres muy prolongadas y duraderas. Obviamente, esta situación le dejó secuelas que afectaron todo su desarrollo. Meses después, con mamá viajamos en un carro de color rojo. A mis pocos años de vida, el viaje lo sentí eterno, parecía que nunca llegaríamos. Al final, nos dejaron en Santa Rosa de Copán, en una casa en la que se quedaban varias personas, años más tarde supe que también eran refugiados de Mesa Grande, otra población salvadoreña. Era una casa grande con un solar bastante amplio, tenía muchas flores, pero no las conocía, pues a pesar de tener cuatro años, nunca las había visto ni en libros, todo esto era nuevo. Me parecía un lugar de encanto. Caminé al siguiente día y descubrí un gato, no sé por qué, pero les tenía pánico y se me olvidaron las flores, entré corriendo muy rápido y asustada.

Fui descubriendo cosas nuevas y nunca antes vistas: había un teléfono, yo no sabía qué era, me quedaba sorprendida cuando sonaba y decían: «¡Aló!, ¡aló!». Creía que era una especie de juego de los grandes y preguntaba por qué sonaba, preguntaba también por qué había un pozo tan hondo donde sacaban agua con una cuerda, realmente creo que cansaba de preguntar todo y ¿por qué? Y ¿para qué...?

En esta casa, en un cuarto se quedaba una muchacha que siempre andaba vestida de blanco, yo no conocía a las enfermeras, para entonces en los campamentos no había visto a nadie vestida de blanco. Para mí era una persona que lo relacionaba en mi fantasía como algo divino, siempre se acercaba a mí y me hablaba bien amable, y decía: «¿Dónde está la niña linda? ¿Ya comió?». Realmente me hacía estas preguntas porque los primeros quince días fueron de preparación para una intervención quirúrgica, conocida por nosotros como operación, yo no lo sabía, hasta años más tarde; que no se atrevían a hacer en los primeros días este procedimiento por mi grado de desnutrición.

En ese lugar nos daban rica comida que no comíamos en el campamento, como aguacate, crema con plátano, frutas y verduras. Las personas que estaban hospedadas en ese lugar se sentaban en una mesa bien grande, mi mamá sufría con los dos, ya que mi hermano todavía no caminaba.

Estuvimos varios días, la señora que hacía la comida por las mañanas le decía a mi mamá que me dejara ir con ella al molino para quebrar el maíz y que pudiera descansar con el niño pequeño. Me encantaba acompañarla, ya que siempre me compraba unos caramelos. Miraba a diferentes personas jóvenes y adultas, como la señora que acompañaba, de quien nunca supe la edad, pero era una hermosa señora morena de unos cuarenta años. Lo que temía era ver un gato o un perro. Disfrutaba mucho al ver las grandes filas de carros o motos que pasaban por la calle, esto era increíble, creía que era otro mundo diferente al nuestro, el cual era de mucha miseria, sin comida y cosas muy distintas. Este otro estaba muy lejos de nuestra realidad.

Más de alguna vez me quedé bien atrás de la señora, distraída y cruzándome los dedos, sentía de repente la mano muy fuerte de ella agarrándome y diciéndome: «Niña, no te quedes tanto atrás, no te vuelvo a traer».

Llegó el día que me llevaron al hospital, pasamos por un pasillo y en esa acera estaba un niño semiarropado, no parecía tener color, estaba en el suelo, me quedé atrás de mi mamá, me acerqué, y observé que respiraba un poquito, porque se le meneaba el estómago bien grande y por sus nalgas corría agua que parecía salir del ano. Mi mamá se regresó, yo estaba triste y le pregunté:

—¿Por qué esta ese niño así, botado afuera del hospital?

Ella me dijo:

—¡No te preocupes, ese niño ya se está yendo para el cielo!

No comprendí en ese momento esa respuesta, porque no lo miraba caminando, pero esta imagen se quedó en mi mente mucho tiempo.

Ese mismo día me tomaron unas mujeres vestidas de blanco, me metieron a una cuna, pero no vi a mi mamá, no me di cuenta en qué momento se fue. Comencé a llorar y a gritar por qué me había dejado. Pensaba que me había ido a dejar botada como el niño que había visto antes. No recuerdo que me explicaran nada acerca de ese

lugar o que tenía que quedarme, lloraba sin parar. Se acercaron unas muchachas de blanco con comida, quizás era en la tarde, porque ese día sentía como una eternidad, pero me tranquilicé un poco, pues asocié esa imagen con la muchacha de blanco que conocía en la casa de hospedaje y les pregunté:

—¿Dónde está Ester, la muchacha de blanco que se parece a ustedes?

—Tienes que comer, niña —me dijeron—. Si no, vas a enfermar.

Yo no sentía hambre, empezaba a observar todos los detalles. Era un lugar donde se veía a mucha gente que entraba y salía, pero también muchas más vestidas de blanco, hombres y mujeres.

Había muchos niños y niñas, algunos más pequeños y otros más grandes, todos en cunas. Se oían llantos como el mío, gritaban por aquí y por allá, pero todos los niños teníamos ropa blanca, unos pantalones y otros solo vestidos, en eso estaba cuando pasó una muchacha de blanco, no estaba acostada, siempre me mantenía parada en la cuna, y le grité:

—¡Muchacha!, ¿usted es una que trabaja con mi mamá en la clínica de Limones y se llama Susana?

—¿Quién? No, niña, no soy la persona que tú dices.

—¡No se haga! Usted es esa mujer, solo me está echando paja —le dije.

Realmente le veía un parecido idéntico a una promotora de Limones II que trabajaba con mi mamá. Pensaba: «¿Por qué cuando está con mi mamá es bien amable y aquí no me conoce?».

—No, niña, ¡me has confundido!

—¡Sí, es usted!, es una mentirosa —le dije llorando. Yo tenía la esperanza de que hubiera alguien conocido.

La muchacha cambió y comenzó a sonreírme, en el fondo yo sí pensaba que era ella y que me estaba haciendo una broma, me daba confianza esta creencia de que no estaba sola y cuando llegó a verme le decía fuerte:

—¡Susana!

Por las mañanas nos bañaba y nos decía que teníamos que hacer nuestras necesidades básicas en unos pequeños servicios lavables, claro, en ese momento no sabía qué eran esas cosas y les tenía mucho

miedo cuando hacían las descargas de agua porque pensaba que se tragaban todo y que en un descuido me podía tragar también. Cuando me sentaba, temblaba de miedo y me agarraba del vestido de una de las de blanco suplicándole que no me dejara sola. Nos ayudaban a que comiéramos, a unos les daban los bocados hechos y otros comíamos solos.

En uno de esos eternos días, llegó mi mamá a verme con el motorista, él me había dicho que se llamaba Rodolfo. Cada vez que llegaba le gritaba fuerte su nombre, porque lo había conocido en el hospedaje. Tengo presente que mi mamá me abrazaba llorando, pero no me decía nada. Me dejó unos dulces de chocolate y me quedé contenta, pero después de un rato comencé a llorar porque nuevamente desapareció. Con los días me fui acostumbrando. Llegó el día de la operación, me llevaban en una cama con ruedas y lloraba, pues no entendía por qué me hacían esas cosas. Ya en un cuarto vi a gente con la boca tapada, con ropas blancas y verdes. Había una bolsa con agua que destilaba gotas, tenía un pánico terrible. Me amarraron de los brazos, yo pensaba lo peor a esa edad, decía llorando: «¿Por qué, mamá Chenta, por qué eres tan mala y me dejaste aquí con esta gente?».

Después de esto, solo recuerdo que estaba en la misma cuna de antes, con el estómago lleno de vendas y esparadrapo, sentía mucho dolor cuando me tocaba la pancita y gran dificultad para moverme, todavía había una bolsa que goteaba de lo alto. Algo que me tranquilizó fue que, a la par, tenía una muñeca, pensé que no estaba sola. Era la primera vez que tenía una muñeca, para mí era la más bonita, siempre la tenía abrazada; tenía la fantasía de que yo era su mamá. Después de unos días, mi mamá me trajo a la casa donde estaba al principio y me decía: «¡Hija, no corras! No te vayas a caer».

Yo tenía cuidado porque sentía que me dolía y me imaginaba que algo malo me podía pasar al no obedecer.

En unos de aquellos largos días, era el último que estaría en aquel lugar, la chica de blanco me dijo que entrara a su cuarto, me mostró una cajita con muchas cosas que miraba por primera vez: colitas, ganchitos brillantes... Me dijo que podía agarrar lo que más me gustara, agarré dos ganchitos, uno rojo y uno azul y un botón que al ponerse en el vestido tenía unas piedras que brillaban. Me abrazó y

me dijo que hiciera lo mismo, y sentí que estaba llorando. Años más tarde, supe que me pedía para adoptarme como hija, pero mi mamá se negó a esa petición. En esta casa estuvo también Donatila, del subcampamento de Vegas, andaba con una niña que también se llamaba Verónica, *nía* Tila, decía que por qué yo no podía estar callada y quieta; ya que preguntaba de todo: que por qué se hace de noche, que por qué la luna brilla, por qué el teléfono suena.

Al regreso, pasamos comiendo por un lugar que recuerdo muy parecido donde estaba la mecánica del subcampamento de Limones I, me había ido de donde estaban los demás, me imagino a mi mamá, que me andaba buscando y me encontró mojándome en un chorro de agua junto a un medio barril, me jaló de un brazo diciéndome: «Sinvergüenza, ¿por qué no te podés estar sentada?».

Mamá me sentó en un banco, duró poco mi tranquilidad porque debajo había un gato, yo gritaba pataleando al ver este animalito pidiéndonos comida, la señora del comedor decía con una escoba en sus manos: «¡Cho, cho, cho, fuera, animal!»

Después del largo viaje, llegamos al subcampamento querido Limones II, un vecino que le decíamos don Chon, esposo de *nía* Colomba, nos fue a encontrar, me llevaba en los brazos, se notaba que había caído una gran tormenta. Él caminaba con mucho cuidado para no caerse. Llegamos a la casa, ahí estaba mi nanita Candelaria, mi hermano Carlos y mi hermana Anselma; ella salió detrás de la puerta con un grito de sorpresa: «¡Bienvenidos!». Nos abrazó y nos enseñó con gran alegría una ropa nueva que nos había pedido días antes. En el tiempo de recuperación de la operación me decían: «¡Pórtate bien!».

No corría y me quedé varios días en la cama, con todas las atenciones de mi familia, me sentía feliz.

## Mi hermana Anselma



Mi hermana Anselma en la Unidad de Salud del subcampamento de Limones II chineando a Miguel, mi hermano menor.

Mis mejores recuerdos con mi hermana Anselma son del año de 1985. Tenía cinco años. Salía muchas veces con ella a jugar e, incluso, me llevó a pasear al subcampamento de Vegas. En una de esas salidas recuerdo que me puso un vestido blanco, la falda era de dos capas, la de encima era muy delgada, con unas ruedas pequeñas de color blanco más pronunciado, me encantaba ese vestido y me sentía muy orgullosa; a algunas personas les decía que andaba un vestido de hostias, el «pan sagrado que daban en las misas». Me andaba sentada en su cintura, o montada en su espalda o cuello. Íbamos a muchos lugares a jugar a la pelota. Cuando jugaba, me dejaba cuidándole sus cosas, pero también me llevaba a una quebrada que le decían El Borbollón, ya fuera el de arriba o el de abajo. Una vez estaba tan lleno de gente que nos tuvimos que ir para un lugar de Las Lajitas, allí me dejó sola, porque el agua no alcanzaba para lavar toda la ropa y se fue con su amiga Julia y su paila o huacal para traer agua de otro nacimiento;

yo tenía miedo porque el lugar era bien solitario y me dejó totalmente desnuda para que se secara mi vestido y ropa interior. Sentada en cuclillas en una piedra, tenía frío y no había toalla; escuchaba el zumbido y viento que emanaban los grandes pinos. Antes de dejarme me dijo que así, desnuda, el sol me iba a calentar mejor. Escuchaba el canto de pájaros, las libélulas y mariposas iban y venían. Por todos lados se veían paredones y piedras. Empecé a sentir mucho miedo, porque había escuchado que salían coyotes, sentía que algo malo me iba a pasar y gritaba llorando:

—¡Chema!

Así le decíamos a mi hermana. Al rato llegaron, sin agua, solo llevaban muchas manzanas de esas que le decían pedorras, eran muy ricas, y me dijo:

—¡Come, llorona! ¿Verdad que ya estabas chillando?

—Sí —le dije—, porque tenía miedo de que no regresaras a traerme.

Me abrazó y me besó mucho la cara:

—¡No tengas miedo, nunca te voy a dejar, mi flaca! —me dijo.

Otras veces, iba al sanitario o letrinas con ella, sentada en la taza me abrazaba y me metía en medio de sus largas piernas, estando así me preguntaba:

—¿Qué tanto me quiere, mi flaca linda?

Yo le decía:

—¡Te quiero como de aquí hasta el cielo!

Después de esta respuesta me tendió su mano y me dijo que se la mordiera muy fuerte, yo le dije que no porque era malo, entonces me dijo:

—¡Ah, entonces no me querés!

En ese momento, le agarré la mano y la mordí con todas mis fuerzas, todo para demostrarle que la quería. Después, me enseñó las huellas de mis dientitos y me dijo:

—Hoy soy yo la que no te quiero, ¡mirá cómo me has dejado!

Bueno, era un dilema. No entendía esta broma. Me puse pensativa viendo hacia abajo, pero me abrazó y me besó tanto en toda mi cara, diciéndome:

—¡Tontita vieja, solo es un juego, yo te quiero y te querré para siempre!

Disfrutaba tanto su compañía, me sentía tan feliz con ella que me olvidaba de todo.

Uno de tantos días, habían dado macarrones, rompió una bolsita y me dio; ¡los sentía tan ricos! Era la primera vez que probaba algo así. Insistía en que agarrara más, pero que me fuera a jugar, así lo hice, pero volví a llegar donde ella y con mi inocencia sentí celos de algo que para mí no era normal: ella estaba con un muchacho dándose un beso en el cuarto. No recuerdo cómo entró, pero me sentí tan celosa y me puse a llorar y les tiré los macarrones sobrantes. Ella dijo:

—¡No vayas a contar esto que has visto, a nadie ni a mi mamá!

Aunque estaba muy enojada, no le iba a contar a nadie, mi amor hacia ella no tenía límites. Otro día me sorprendí porque la vi llorando en la cama, con mucha angustia, me imagino que alguien más le contó a mi mamá y la castigó porque ya tenía novio. Su nombre no lo recuerdo, le decían Zavaleta, era un muchacho de piel blanca que después de varios años también murió en la guerra.

Después de todo esto, no la vi algunos días. Preguntaba por ella, pero me decían que andaba «paseando por otro campamento». Me sentía desesperada al no verla. Una mañana, me levanté con una gran sorpresa: en la casa estaba mi hermana Anselma con mi prima Marina. Bien alegre me ofreció una galleta Diana. En ese tiempo no sabía de qué eran, solo que eran las más ricas que un niño puede imaginarse, pero también en una bolsa había mangos verdes, solo imaginarse el olor se hacía agua la boca, ¡sí que me sentía feliz! Pero ignoraba lo más importante y es que habían llegado de una misión de la guerra por Morazán, de El Salvador. Esto lo supe ya cuando ella murió. Ella tenía muchas amigas, una se llamaba Angélica, pero le decían Keka; también eran sus amigas Julia y Melsa, la hija de niña Pola. Keka más tarde también murió, su madre tenía varios varones, pero de mujer era la única.

Con Melsa salíamos a buscar leña, me gustaba acompañarlas bajo los pinos. En lo que ellas picaban leña, yo jugaba a deslizarme en el pino seco, algunas veces me escondía para que se preocupara porque me había perdido, me buscaba y cuando me encontraba me pegaba mordidas diciéndome:

—¡Pícara, te voy a comer, esas bromas no se le hacen a una hermanita como yo!

Me hacía cosquillas hasta cansarme de la risa y le decía:

—¡Ya no, por favor!

Otras veces la vi jugando con sus amigas a la guerra, con pedazos de palo y sonidos con la boca tirándose balas. Una vez, en uno de esos juegos, se moría y la enterraban con broza de pino y le tiraban flores. Unas señoras que pasaban por aquel lugar miraban este juego con caras raras, en mi inocencia pensaba que era un bonito juego. Era valiente e inteligente, a sus catorce años tenía dos trabajos, iba con mi mamá a la clínica, ya realizaba procedimientos básicos y complejos, sabía canalizar venas y ponía inyecciones a los pacientes. También trabajaba en el taller que fabricaba ropa de lana para el frío, como suéteres, gorros y calcetines. Este taller quedaba en el subcampamento de Quebrachitos, más de una vez me llevó, porque me guindaba de su falda suplicándole que me llevara. Sentada en una silla, observaba cómo manejaba aquellas máquinas que habían llevado los internacionales, para que transformaran esa materia prima, pero aparte de esto hacía bolsos, zapatitos de hilo de lana y diversos artículos bonitos, en sus tiempos libres con sus amigas y con su hermanita Verónica que no la dejaba en paz.

Un día, a finales del 85, la vi midiéndose unos pantalones de color verde y unos vestidos de color café, ella no se observaba triste, más bien emocionada. En ese tiempo era difícil que nos dieran más de una mudada nueva de una vez, la única razón era porque se venía para la guerra, pero esto era un secreto para los niños y estaba prohibido que un menor supiera que la gente se volvía para El Salvador y más aún a pelear. Realmente no la vi hablando de esto con mi madre.

Esto era un plan bien preparado. Los llamados coordinadores de colonia y subcampamento se encargaban de decidir quién se iba para la guerra y los padres no mandaban, así se los hacían ver anticipadamente. El que aprendieran a trabajar era una estrategia para que adolescentes, como mi hermana, estuvieran capacitados en diferentes áreas, especialmente en salud. Todo esto lo entendí años después que, a nuestros padres cuando se oponían a que sus hijos se metieran a la guerrilla, los coordinadores les decían que tenían que entregar a sus hijos para la guerra, que no se olvidaran que nos estaban manteniendo, y que gracias a ellos «estábamos a salvo». Supe que mi madre le

decía a Anselma que se quedara, pues su hermana Lilian ya había luchado cuatro años y que, por suerte, no había muerto, y que también mi padre y la mayoría de sus hermanos estaban en la lucha.

Fue inútil, la decisión no fue solo de ella, no podía quedarse. Ese día, en el campamento hubo destazo de cerdo. Comió chicharrones, me daba bocados en la boca y me decía que le lamiera los dedos, que la comida estaba muy sabrosa. Ya para entonces era tarde, me pidió que la abrazara lo más fuerte que pudiera, me chineó y me apretaba y abrazaba. Estaba vestida como muchacho, de pantalón y una mochila. No tengo recuerdos de que se despidiera en la casa, no dudo que fuera algún mecanismo de esos que hacen para que los niños no vean las despedidas. Después de un momento, me asomé por una pequeña ventana y la vi con mi mamá despidiéndose en la vuelta de la calle que iba hacia Los Borbollones, para ser más exactos, en el basurero de Limones II. Estaba otra muchacha y mi hermana estiraba todo su brazo, diciendo adiós muchas veces, fue la última vez en mi vida que la vi.

Realmente, a la edad que yo tenía no podía entender muchas cosas. Yo preguntaba por ella todos los días, me sentía extraña, me enojaba fácilmente, hacía más berrinches; mi nanita me decía que me portara bien, que cualquier día iba a llegar de El Salvador.

Cuando íbamos a lavar a la quebrada, preguntaba: «¿Adónde queda El Salvador?».

Para ese tiempo, no conocía ni lo más mínimo de mi país, me enseñaban por el lado del campamento de Callejones y Vegas, entonces pensaba que más adelante de ese lugar estaba mi hermana. «¿Por qué no viene? —me preguntaba—. ¡Si no está lejos!».

La distancia que me enseñaban era aproximadamente tres o cinco kilómetros. Mi mamá, a veces, nos enseñaba cartas de mi hermana y mi papá, nos alegrábamos, porque nos decía que nos había mandado algunos jabones de olor, y eso a cualquiera levantaba el ánimo, pues en el refugio era imposible comprar algo como esto. Nos decía que nos mandaba muchos saludos y que pronto iba a regresar. Mi mamá solo decía lo bueno, lo que no nos lastimaría. Entonces todavía no sabía leer, veía un dibujo, en una de esas cartas era un jardín y me ponía contenta. Me enseñaba que en uno de

esos botones de flores estaba mi nombre.

Los cipotes de nuestra champa, era tradición que tarde y mañana haláramos agua en unas pichingas, los de mayor edad llevaban un pequeño cántaro o un balde, no nos gustaba estar desabastecidos de este líquido para lavar trastes, y lo hacían en este tiempo para no interrumpir a las que estaban lavando ropa.

Una mañana me fui sola a traer agua, para mi gran sorpresa, al regreso a la casa todos lloraban: unos en la hamaca, en el banco y otros en la cama. Esto era en el año 1986, tenía seis años y preguntaba:

—¿Por qué lloran?

Nadie me contestaba y pensaba: «¡Dios mío!, ¿será que han peleado!». Con todo esto, me acerqué donde mi prima Rosa que también lloraba:

—Vos sí me vas a decir, por qué lloran, ¿verdad?

Moviendo la cabeza me dijo que sí.

—Vamos a la cama —me dijo. Una vez ahí, me contó—: ¡La Chema ha muerto!

Al escuchar esto, sentí algo terrible: mi corazón parecía paralizarse, se me aflojó todo mi cuerpo, porque entendía qué era esto que me estaba diciendo. Yo había ido a entierros y me decían que de ese lugar nunca se salía o regresaba. Brincaba y pataleaba en la cama, la llamaba: «¡Chema!, ¡Chema! ¿Por qué me dejaste? ¡Me mentiste, un día me dijiste que nunca me ibas a dejar, y que me ibas a querer para siempre!»

No sé cuánto tiempo estuve con esta crisis, lloraba sin cesar. Solo sé que nadie me podía consolar. Todos estábamos sintiendo lo mismo y esto era lo más común que les pasaba a todas familias: perder para siempre a un familiar, no ver ni enterrar su cuerpo, ni siquiera tener una idea de dónde quedaban.

La tristeza se apoderó de la familia. Mi mamá no salía de su cuarto, solo llorando pasaba y no comía; parecía cada vez más que el viento se la iba a llevar de lo flaca que estaba. Así cada uno vivió ese duelo. En ese tiempo iba al kínder. Mi hermano Carlos y otras primas ya iban a la escuela. En el kínder y el lugar donde estaba, me acordaba de ella. Las quejas eran que en el kínder ya no pintaba, ni jugaba como antes y me quedaba sola en el banco, más bien les mordía los

brazos o las manos a otros niños. Inconscientemente, buscaba excusas para que me dijeran que no fuera al kínder, no hacía las tareas. Una vez, el cuaderno lo manché todito, en cada hoja hice pelotas o rayas bien grandes y de castigo me pusieron a borrarlo completito, para esos días volví a mojar la cama.

Lo único que me gustaba un poco era cuando nos llevaban al campo de Limones II a jugar. Agarraba un saco y corría de punta a punta. Me gustaba esta competencia de correr, eso me hacía sentir mejor. Después, me acostaba en el zacate mezclado de florecitas blancas. Me recordaba a cuando íbamos a buscar leña y jugábamos a las escondidas, en ese momento me imaginaba que me iba siguiendo en cámara lenta sobre las florecitas blancas que salían del zacate del campo en los inviernos. Al ver pasar una mariposa, me imaginaba que era mi hermana que andaba volando cerca de mí, lo asociaba porque, cuando lloraba, mi nanita me decía que no había que llorar porque el alma de mi hermana se iba a poner triste.

—¿Qué es el alma, nanita? —le preguntaba.

—¡Es algo que está, pero no lo ves! Se te puede presentar en algo, como una mariposa —me decía.

Un día me dijo mi prima Rosa que había visto pasar por el camino a una muchacha bien parecida a la Chema. Me alegré mucho y le dije que la vigiáramos cuando pasara. Así lo hicimos, en realidad, mi prima no estaba equivocada.

En uno de esos días la vimos pasar y la atajamos por el camino, la veía de pies a cabeza y hasta en el cuerpo, dientes y risa, en todo veía que se parecía. Yo le dije:

—¿Usted es la Chema?

—¿Qué Chema? —dijo ella.

—¡Mi hermana! —le dije.

—¡No, niñas, ustedes me están confundiendo!

Lloré al escuchar esto.

Realmente me desconcertaba el parecido, nos fuimos para la casa y comentamos lo sucedido, nos aclararon que Anselma estaba muerta y que era alguien que se parecía a ella a quien habíamos visto. Así era, pero siempre que ella pasaba la observaba hasta que se perdía, pienso que, si a esa edad hubiera creído en la encarnación, juraría que se trataba de la misma persona. Me alegraba encontrarla, no dudo que a mi mamá le pasaba lo mismo, cuando veía o encontraba a esa joven sentía lo mismo. Esta muchacha vivía en Limones I.

## Diversas experiencias de la infancia

### Palos de achiote

Quiero hacer mención del porqué el nombre de esta planta. Es un arbusto: sus ramas son fuertes y contienen mucha savia, la fruta sirve para dar color rojizo a las comidas y masa de tamal. Se observaba en todas las hortalizas de los subcampamentos, siempre estaba lleno de vida y si por accidente le quebrábamos ramitas con las sacudidas, volvía a retoñar y no necesitaba buena tierra para mantenerse con vida. Era muy utilizado en las comidas o tamaleadas por la carencia de tomates.

Pero, como decía, estaban en las hortalizas, eso significaba que estaban cercadas, nosotros vigiábamos que no estuviera el responsable, pues estaba prohibido entrar, aun así, nos arriesgábamos y nos metíamos por debajo de los alambres de púa, un alambre que, si nos llegábamos a herir, nos dejaban huellas en la piel para toda la vida.

En más de una ocasión nos sacaron a hondillazos o con un azote, esto lo hacían cualquiera de tres señores: don Jorge, don Naldo o don Ricardo; él no nos caía bien, pues siempre se miraba enojado, le decían de apodo don Richa Ronda, no supe por qué el apodo, pero cualquiera de nosotros, si lo queríamos ver más enojado, le gritábamos el sobrenombre y, claro, teníamos que estar listos para correr, porque nos seguía si era posible con su azote o su hondilla diciendo: «¡Malcriados, ya van a ver!».

Era el árbol de nuestra fantasía: a manera de juego lo utilizábamos para pintarnos los cachetes y labios. Era el avión que utilizábamos el grupo de niños y niñas para jugar a las guerritas, hacíamos dos grupos: los que estábamos arriba rociábamos de bombas a los de abajo y caían muertos. Fingíamos tener armas arriba del palo. Pero también imaginábamos una torre muy alta, donde nos protegíamos, según nosotros, de todo peligro. Este árbol inspiraba muchas cosas, solo necesitábamos algo y le dábamos vida con nuestra fantasía, sumado a la carencia de juguetes.

*La escuela*



Irma Rodríguez impartiendo clases.

Era un requisito para todos los niños y niñas. En campañas de concientización, enseñaban a nuestros padres y familiares que la educación era la mejor herencia y nos iba a servir en el futuro. Había tres turnos: mañana, tarde, y noche para los adultos y los que trabajaban. Es decir, no había excusa para aprender a leer y a escribir.

Fui a la escuela como a los ocho años, a esa edad ya sabía leer, pues jugando a las fantasías hacía que leía un libro de cuentos que dejó mi hermana cuando se fue a la guerra. Me encantaba ese libro, tenía muchas imágenes: paisajes, flores, animales domésticos y salvajes.

En un primer momento, mi mamá descubrió que la engañaba, pues yo hacía como que leía, guiándome por la imagen y me pegó un cinchazo por la mentira, pero me propuse como reto demostrarle que iba a aprender a leer más pronto de lo que se imaginaba.

En el kínder no aprendí con los métodos tradicionales de repetir sílabas, me parecía aburrido y sentía que era grande. El año que salí promovida para ir a primero, me presenté tan emocionada con mi bolsita típica rayada y de hilo. Según yo, lista para recibir la mitad de cuaderno y el lápiz que daban. Pregunté a dos profesoras que iban a impartir primer grado si estaba en la lista, una de ellas me dijo que fuera al otro primero y que seguro ahí sí estaba anotada, al llegar la profesora se me quedó viendo y me dijo que no.

—¡No estás en este listado!

—¿De verdad que no estoy? —le pregunté con tristeza—. Pero yo quiero venir a la escuela, ya soy muy grande —le dije.

—¡No es mi problema! —me dijo.

Bueno... la mayoría de niños éramos malcriados y le dije:

—Pues coma mierda. —Y le saqué la lengua varias veces.

No sé cómo me vio, porque para entonces me faltaban los dientes de delante. Me fui para la casa muy decepcionada, con mucha pena y llorando. Hasta bien tarde supe que ella se había acompañado con el hombre de una prima, no sé si era correcto, pero relacioné esa reacción con este acontecimiento.

Seguí yendo al kínder, pero mi hermano y unas primas y primos me decían que si no me daba pena estar tan grande en kínder. A esa edad cualquier crítica nos hace sentir mal, pero lo chistoso fue cuando al siguiente año fui compañera de ellos. A mi primera maestra le decían Cunda. Para ese tiempo, ya escribía los dictados, entendía muy bien, sabía leer y escribir y los que se habían leído me pedían copia de las oraciones. Fui dos años a primero, pues los profesores no tomaban en cuenta que supiéramos leer y escribir, teníamos que hacer exámenes y eso no me gustaba. Lo que me atraía era la hora de contar cuentos, dibujar y pintar.

### *Imitaciones*

Especialmente las niñas observábamos mucho al maestro popular, por ejemplo, cuando tenían reuniones en la comunidad de Vegas o Limones I, pasaban varias de ellas con un estilo bien especial, casi todas las familias tenían un morral típico rayado y de hilo. Los profesores,

especialmente las mujeres, tenían uno, entonces lo llevaban colgado hacia atrás cargando sus libretas, se les veía muy bien. En el juego buscábamos un bolsoncito que simulara lo mismo. En las madres se veía diferente, pues estaba lleno de mantillas y representaba otro estilo, pero nos gustaba jugar a las maestras.

Imitábamos a los internacionales, por ejemplo, en su forma de hablar; o a personas que admirábamos o nos caían mal.

### *Teatro*

En el campamento y subcampamentos el teatro no podía faltar. Eran bien frecuentes en asambleas, reuniones, etc. Ya había gente que se preparaba para desarrollar temas específicos para concientizar a la población: en política, salud, violencia, alfabetización... A veces temas de hombres mujeriegos, y lo que podía pasar era que dejaran a los niños sin padres o asumir una paternidad irresponsable. Se abordaba la inseguridad que se vivía en los subcampamentos, salían payasos muy chistosos, con pinturas y ropas apropiadas, estos sí me hacían reír, especialmente Lito y Natolio, hijo de niña Lucía; señora muy linda que hablaba siempre con amabilidad. Bueno, el detalle es que observaron que yo no tenía pena y que los cuentos casi los contaba como los había escuchado, aunque muchas veces tenía el dedo índice y pulgar en la boca. Debido a eso empecé a salir en algunos teatros, haciendo papeles en diferentes temáticas que afectaba a la familia y comunidad, como salud, violencia, estudio o celebraciones, como el Día de la Madre, recitaba poemas o salía cantando con el grupo de niños de mi grado en las actividades.

Me sentía orgullosa al saber que mi mamá me observaba actuando desde alguna esquina y entre tanta gente, porque para estas actividades todo mundo salía para darse cuenta de qué problemas enfrentaba la comunidad y cómo se podían mejorar.

Me sentía bien cuando, después de estas escenas, nos felicitaban: «¡Bien hecho!»,

«¡Excelente!». Luego nos daban refrigerio a los participantes.

### ***Deporte***

Cuando íbamos a las escuelas no contábamos con pelotas y, si las había, las cuidábamos como un tesoro. Recuerdo que nos llevaban cada quince días o cada mes a la cancha de la comunidad Limones II. La profesora nos decía que lleváramos un saco, una vez en la cancha jugábamos a las competencias de quién llegaba primero, casi ni podíamos correr porque todos queríamos ser ganadores. Sucedió de todo, a veces le ponían trampa para que se cayera alguno de nosotros. Otro juego era a las carretillas: alguien agarraba a otro de los dos pies y comenzábamos a caminar con las manos, a ver quién llegaba primero. Jugábamos a las vueltas de gato: rodábamos hasta sentirnos mareados. Cuando se jugaba pelota era por géneros separados, no teníamos la suficiente estimulación para jugar niñas y niños. A mí no me gustaba el fútbol, no disfrutaba; aunque alguna vez jugué. Estas actividades eran ordenadas, pues no iban todos los grados juntos. Normalmente, llevaban varios grados del mismo nivel, primeros o segundos, la excepción era cuando había torneos o juegos más complejos.

El deporte era para todo mundo, hacían torneos por género o campeonatos donde participaban todos los subcampamentos y otras competencias. Hasta el punto de que en Limones II, llegó a tener fama una mujer que tenía más fuerza que los hombres, jugaba a la lucha y se tiraba quintales o un saco de granos más ágil que los caballeros, le tenían mucho respeto.

### ***Radio y televisión***

En los primeros años no se conocían los televisores, ni esos de blanco y negro que eran muy grandes de la parte de atrás, pero fue una gran novedad cuando llegaron algunos a los subcampamentos. En la comunidad Limones II estaba ubicado en una ventana grande del taller de zapatería.

Había una persona encargada para que lo encendiera y lo cuidara, supongo que así funcionaba en los otros lugares, ya que nada se hacía sin coordinación previa. Este funcionaba con energía eléctrica de una planta —generadora— del taller de mecánica que conocía

todo mundo en el refugio, el encargado de dirigir este trabajo era Adrián Fitzgerald, un muchacho irlandés. A la hora del mediodía ponían programas infantiles, salían los Halcones galácticos, un gato llamado Garfield y, a veces, los Pica piedras. Los sábados salía Sábado Gigante y la gente se divertía viendo a don Francisco. Los domingos mirábamos Variedades del Seis. Para esos últimos años estaba de moda El Atol de Elote, era una canción bien pegajosa y que todos los niños cantábamos. Por las noches casi no iban niños, porque las mujeres más adultas pedían novelas como La Intrusa y Dama de rosa. En esta telenovela el protagonista era Tito Clemente y la protagonista, una mujer llamada Gabriela, nosotros le habíamos agregado Gabriela «la Llorona», los niños le decíamos así porque tenía mucho llanto, y esta relación la hacían los cipotes de la comunidad de Limones II; si había alguien, sin importar la edad, que tuviera crisis similares, le decían «Gabriela la Llorona». A una señora le pusimos así, después de verle derramar lágrimas, era la mamá de una compañera de clase. Otro programa que veíamos eran las noticias, esto sí se sentía aburrido y lo único que recuerdo es que hablaba la gente de Napoleón Duarte, algunas personas lo insultaban porque decían que él apoyaba la guerra, yo no comprendía qué querían decir.

Nosotros, los niños, disfrutábamos. En una ocasión se regó la noticia de que iban a poner una película en una tele a color, yo bien entusiasmada fui porque quería ver cómo eran los televisores de color. Recuerdo que no encendía, yo junto a otras niñas queríamos ver los diferentes colores del televisor, aunque todo el tiempo lo vimos negro, pensamos que era una mentira, a pesar de que las imágenes eran de color, pero no lo notamos en el momento.

Había una antigua guardería, le decían así porque era de adobe y se había construido al principio de la llegada al campamento; después fue la escolita militar secreta. Lo raro era que a ese lugar no nos dejaban acercarnos, pues siempre había un hombre de disciplina, así les llamaban a los hombres que velaban por la conducta de las personas adultas y niños.

Un día vi que entraban muchos niños y junto con mi hermano Miguel decidimos seguirles los pasos. Estábamos viendo una película de guerra, a mi hermanito ese aparato le llamó mucho la atención, pero en un momento se fue la luz, se escuchó la voz de

mi hermano diciendo: «¡Se apagó el candil!».

Todos teníamos uno o más en las casas para alumbrar con una mecha y que para que funcionara se llenaba de gas, el detalle es que a todos les dio muchísima risa y, a partir de ese día, muchos cipotes y cipotas le decían cuando nos encontraban:

«¡Miguel, se apagó el candil!». Bueno... yo a veces los ignoraba, pero otras, me daba cólera porque sentía que se burlaban de mi hermano.

En esta antigua guardería, así le decíamos, porque unos años o meses atrás cuidaban a los niños y niñas de las madres trabajadoras. Hasta que un día una niña llamada Azucena, hija de Margarita y hermana de Benjamín, se cayó al barranco. Sucedió que la pequeña salió con otras compañeras a hacer pipí y las cuidadoras no se fijaron en que andaban afuera hasta que ocurrió el accidente. Esta casa quedaba a la orilla de un barranco bien pronunciado, al caerse la menor se desnucó. Tengo imágenes cuando la traían sin vida en una cobija rayada cargada por dos hombres, a uno de ellos le decían Raúl y el otro era mi padrino, en el momento que la trasladaban no pudimos ver su rostro, solamente su cabello negro. Posterior al acontecimiento, este lugar nos causaba mucho miedo, se decían demasiadas cosas negativas, afirmaban escuchar el llanto de una niña, la aparición de ella y ruidos extraños en la noche.

Radio casi nadie tenía. Estaban limitados o eran de uso común, ahí se escuchaba Radio Venceremos, Cadena Cuscatlán o emisoras que daban noticias sobre el país con respecto a la guerra. En mi colonia había una señora de un modo muy lindo llamada Pacita, mamá de Rubia y Luz Maribel, que tenía uno en el que se oía de vez en cuando rancheras de los Tigres del Norte, Los Bukis, etc. Marina, mi prima, también tenía, supongo que el compañero se lo había llevado de la guerra. Eran pequeños medios de comunicación que funcionaban con dos baterías y con una pequeña antena, tenían un nombre de letras doradas que decía «National», se utilizaban en espacios cortos y con fines necesarios, como escuchar noticias.

## ***Disciplina***

He de mencionar que la disciplina fue estricta. Primero, educaban a los padres sobre aspectos correctos e incorrectos, por ejemplo, con sus hijos menores no debían hablar de temas relacionados con la guerra, ya que los soldados podían obtener información bien fácil.

A nivel general, había un grupo de hombres encargados de velar por la disciplina de los niños y niñas, cuando había eventos que no debíamos estar, se encargaban de tomar acciones y también con los que se alejaban del denominado cerco militar.

Cuando una persona adulta cometía una falta muy grave, la encerraban por muchos días en un lugar de castigo. Muchas mujeres peleaban por los hombres, pues eran escasos. Muchos de ellos vivían con varias mujeres y cuando se daban cuenta, empezaban los problemas. Algunos eran bien humildes, como don López, que cuando había una actividad para los niños empezaba desde la primera colonia a hablarles, diciéndoles que era tarde y que se levantaran, y todos lo seguíamos... De ahí, todo el grupo de chicos corríamos con don López. Cuando, años más tarde, leí el cuento El flautista de Hamelín y lo asocié con este episodio.

## ***Salud***

En salud, diríamos que se trataba de hacer lo que estaba al alcance. Al principio, muchos niños murieron de desnutrición, creo que todos tuvimos algún grado de esta. Yo tuve un nivel severo, pero nuestros padres nos llevaban a control y algunos estuvimos en el Centro de Nutrición, así llamaban al lugar donde iban niños y adultos mayores que requerían de un cuidado especial. Cuando íbamos a la escuela nos decían que teníamos que ir a odontología, ya había gente preparada en esta rama. Recuerdo que no les tenía miedo a esas máquinas y me gustaba que me limpiaran los dientes; otros compañeros salían huyendo a sus casas o se ponían a llorar. Mi mamá era promotora de salud, quizás eso influyó. Para sacarme los restos de comida comúnmente utilizaba hilo de saco, un material muy fuerte. No teníamos pasta dental, usábamos sal, carbón de leña o bicarbonato para lavar

los dientes, pero cuando por casualidad nos llevaban pasta dental; muchos cipotes la comíamos imaginando que saboreábamos dulces de menta.

Respecto a algunas enfermedades, por ejemplo, la diarrea, en los servicios sanitarios se notaba cuando habían ido niños, pues estaban bien chorreados de popó y en algunas familias los niños se hacían atrás de las regueras de las casas. Muchas veces, esto les acarrea problemas con los vecinos. En mi caso, esto no lo hacíamos, por lo mismo que mi mamá trabajaba de promotora y se le exigía más. Algunos vecinos decían que si hallaban estas cochinas iban a echar brazas calientes en las heces para que se nos quemaran las nalgas y nos ardiera el ano —vulgarmente decían el culo— y no lo volviéramos a hacer. Cuando se es pequeño, se cree todo lo que se dice, y más cuando los padres lo expresan bien serios.

Yo nunca me atrevía a hacer esto. Aun en la oscuridad llegaba al servicio, a veces, vi los bultos y me daba miedo, pensando en la posibilidad de que no fueran humanos. Rezaba y me santiguaba en silencio para minimizar el temor. Más de una vez encontré animales que les espejeaban los ojos, para mí eran coyotes, pero lo más probable es que fueran perros que llegaban de las aldeas cercanas. Qué miedo, ¡Dios mío!

En mi casa, todos los adultos trabajaban durante el día. En cuanto a la limpieza de los servicios, recuerdo que desde los ocho años iba a lavarlos, pues mi abuela se quedaba cuidando la champa. Eran varios sanitarios, más o menos siete u ocho tazas en línea. No había privacidad, veíamos a todo mundo bajarse los calzones y esto lo veíamos normal «haciendo lo mismo». Lo tremendo era andar con diarrea, pues, además de ver, escuchábamos los efectos de esta condición de salud.

En cada colonia había sanitarios y, por lo general, se mantenían limpios, ya que cada día se lavaban, daban detergente y un líquido llamado creolina, que servía para controlar el mal olor y evitar la proliferación de gusanos. Las de salud siempre hacían énfasis en que se mantuvieran tapados para evitar las diarreas.

### *Curiosidad*

Algo que teníamos los niños y niñas era demasiada curiosidad. A veces, por casualidad pasábamos por la escuela nocturna y mirábamos a dos jóvenes que se abrazaban, queríamos saber qué significaba eso. En otras circunstancias, pensábamos que por qué a veces las mujeres usaban trapitos en la ropa interior. Otra de las curiosidades era en los centros de salud, cuando había un enfermo grave o se oían quejidos, nosotros nos apiñábamos para ver qué era lo que estaba pasando. Lo negativo era que nunca nos daban mayores detalles de lo que se preguntaba. Con respecto a la menstruación o denominada regla, no nos informaban nada, en una ocasión, vi a una tía que doblaba en la cama muchas hilachitas o trapitos, pero pensé: «Estos no son trapos de comal o de limpiar, tienen que ser para otra cosa» y se me ocurrió preguntar, la respuesta fue una mirada desagradable y pensé que debía ser algo negativo.

Cuando preguntábamos cómo nacían los niños, nos decían que la cigüeña los traía, sí que nos ponían en aprieto, porque ese pájaro jamás volaba por nuestras tierras... o nos daban cualquier otra versión.

### *Medioambiente*

A los niños, en su mayoría, nos habían educado y enseñado a cuidar el medioambiente. No teníamos que cortar un árbol por antojo o innecesariamente. Se había prohibido tirar la basura en cualquier lugar, cuando se hacían campañas de limpieza, nos sumábamos también.

En los últimos años, en un campo que quedaba cerca del subcampamento El Triunfo se habían sembrado marañones y naranjos, nos imaginábamos comer pronto frutas de estos árboles. Don López nos pasaba hablando varios días a la semana para que fuéramos a regar la plantación de árboles. Cada uno de nosotros llevaba una pichinga para regar y, al regresar, nos formábamos para sacar el refrigerio: arroz con leche o guineos, cuando había. En estas actividades nos decían que teníamos que cuidar las fuentes de agua y el medioambiente en general.

Se observaba que en las quebradas había servicios sanitarios y algunas fosas para depositar trastes o ropa vieja, que la gente solía tirar al aire libre. No todo estaba como debía ser, porque en el subcampamento de Limones I estaba la granja de cerdos y todas las aguas negras caían donde iniciaban los pozos de la quebrada, donde lavaba gran parte de la población y se sentía un olor horrible cuando íbamos a traer agua a la pila de Limones II, esto era más feo en el verano; a veces se miraban gusanos en el agua que corría.

En una ocasión, yo bajé a la pila con un niño de la misma colonia y edad, lo esperé porque desde que murió la niña Azucena y comentaban cosas, me temblaban las piernas al pasar por ese camino. Me imaginaba que iba a escuchar algo sobrenatural. Los ojos del niño eran amarillo claro y su apodo era Ojos de gato, cuando lo quería ver enojado también le decía ese apodo. Era un niño bien humilde y muy bonito, llenamos el agua y me dijo: «¡A que no me alcanzas!». Se adelantó, perdió el equilibrio y se fue a una poza llena de esa agua sucia, me asusté porque se perdió completito. Unas mujeres, jóvenes y señoras que estaban lavando, ayudaron a sacarlo, estaba lleno de gusanos. En ese momento puse las pichingas en el suelo y no quería tocarlo, sentía asco al ver aquellos gusanos negros en todo su cuerpo. Era irreconocible, el niño lloraba asustado y no podía ver, su cara estaba llena de lodo, movía sus brazos para todos lados. Ayudé a echarle agua y lo bañaron con un jabón de olor que tenía una señora. Después, no le conté a nadie este incidente, pues tenía miedo de que se burlaran de él. Realmente no supe si él o las mujeres comentaron lo ocurrido.

Se observaba que todo el tiempo se quemaba la basura, aunque era en el mismo lugar en Limones II. Al señor que realizaba esta función le llamábamos de cariño don Lázaro. Íbamos a pepenar la basura, a veces nos dejaba rascar algunas basuritas para ver si salían tapones de botes, los lavábamos y esos eran los trastes de juegos, o algo que nos llamara la atención lo recogíamos para jugar.

### *Mitos, cuentos y leyendas*

En el refugio los niños y niñas no teníamos dónde entretenernos. No había ningún parque, ni se contaba con literatura para todas las edades. Casi todos los cuentos, leyendas o historias que sabíamos eran los que nos contaban abuelos o personas mayores de la comunidad por las tardes o noches. En las colonias era bien común ver a grupos de niños narrando o escuchando anécdotas reales o fantásticas.

Con respecto a los mitos, existía una gran cantidad. Nos decían que si éramos malcriados nos iban a salir sapos por la boca, o cuando nos salían orzuelos —llamados en nuestro lenguaje *pisperros*—, se interpretaba que habíamos visto a un perro haciendo popó; lo chistoso era que nadie tenía perros.

Esta infección era bien común y más en los menores, había veces que nos aparecía en ambos párpados, era una infección muy dolorosa que acumulaba pus, en algún momento teníamos dificultad para salir pues no se podían abrir los ojos.

Con respecto a las leyendas, se contaba sobre cosas que veían y oían en las quebradas. Se hablaba de una mentada Chilica o la Juanpera, realmente nadie la describía, cada uno se la imaginaba como quería.

Yo creí que era una mujer horrible, gigantesca y mala, que perturbaba a las personas, capaz de volar, y creo que no andaba perdida mi imaginación, pues en un encuentro yo andaba por las colonias cerca de la clínica de Limones II y había varias niñas, unas mayores, como Orbelina y Amparo, y precisamente estaban hablando de historias de miedo, yo le pregunté a una chica: «¿Cómo imaginás que es la Chilica?».

Mencionaba que era una mujer que, del barranco donde murió Azucena, daba un paso con el pie al tanque de agua —realmente era una gran distancia— y el segundo paso caía donde niña Pencha y, de esa forma, se explicaba ese ruido por las noches que se escuchaba por las casas de las colonias. Los que hacían turno decían que ese ruido en los techos de noche era un animal demoníaco, que pasaba inquietando el sueño de las personas, pero nadie tenía versiones concretas. La gente tenía miedo, no digamos los niños y niñas.

Recuerdo haber escuchado ese ruido tan parecido como cuando

corren gatos en celo, pero se escuchaba horrible y nos interrumpía el sueño, a veces parecía como que una persona iba corriendo. También hablaban del famoso duende, pero no es como la leyenda del Cipitío que se conoce en El Salvador. Decían que era un hombre bien pequeño, que a una persona no le llegaba ni a las rodillas y que tenía un enorme sombrero; decían, además, que le salía a los niños y a las muchachas que andaban enamoradas y en general salía en la balustrera camino al subcampamento del Triunfo cerca de la cancha de Limones II.

No sé por qué, pero estos temas se hablaban en la noche, después uno quedaba con un miedo que no se quería ir a dormir solas, lo difícil era cuando teníamos que ir al servicio. Yo recuerdo que iba rezando el padre nuestro y lo más difícil es que casi nadie tenía una lámpara para alumbrar y, si la tenían, cuidaban las pilas para una emergencia. Entraba uno y muchas veces se asustaba porque a la par o al final de la fila estaba otro haciendo lo mismo y en la oscuridad. Apenas hacía mis necesidades y salía «patas, para qué las quiero». En nuestra colonia seis, había un señor que le decían don Goyo, era el compañero de vida de *nía* Concha, la partera de la clínica de Limones II, pues este señor tenía una lámpara y más de alguna vez nos la prestó, especialmente cuando era invierno. El camino era liso y fácil de caer por tanta gente que lo había recorrido.

Muchas veces en el invierno nos daba emergencia de ir al servicio. En más de alguna ocasión caminé solo con los relámpagos, tanto para llegar a las letrinas como para regresar a casa, ¡qué angustia se sentía! No siempre había alguien que me quisiera acompañar, todos estaban dormidos y no había ninguna lámpara de mano. No tenía valor de hacer las necesidades cerca de las casas o enfrente del vecino y temía que me quemaran el de «atrás». Más de alguna vez encontré perros, pero no sentí tanto miedo, como al imaginar «fantasmas». Entraba tocando despacio el servicio en una oscuridad en la que casi no se veían las manos, rezaba en voz baja para minimizar la ansiedad, tocando a ciegas quitábamos y poníamos la tapadera de la taza.

Realmente, no se comprendía hasta qué punto los sustos o espantos eran ciertos. En una ocasión, más o menos a las ocho y media de la noche, mi mamá estaba de turno en la clínica, yo estaba con todos los demás en la casa, mi nanita me había acostumbrado a hacerme

trenzas antes de dormir y no lograba el sueño, hasta que me las hacía y nos acompañaba para dormirnos. Pero esa noche, ella estaba platicando en la cocina con mi tía «Pancha» Francisca, y no quiso hacérmelas a pesar de que le dije varias veces. Comencé a hacer berrinches en la cama, lloraba fuerte y pataleaba, estaba tan enojada y lo peor era que eso interrumpía el sueño de los demás. Mi abuela me dijo: «¡No llores! ¡Dejá dormir a los vecinos, ya es de noche!»

Pero en vez de callarme, más fuerte lloraba. Escuché la voz que me dijo: «¡Si te asustan, bien merecido lo tenés!».

Ella terminó de decir estas palabras y sí se escuchó que arriba de la casa pataleaban de la misma forma, no me quedó tiempo de arrojarme, me quedé paralizada del miedo y mi hermano Carlos, que estaba en otra cama y en el mismo cuarto, se quedó estático, pero pensé varias cosas: la casa es demasiado alta para que alguien haga una broma de esta forma. Lo otro era que no había una escalera a la mano para subirse de manera tan precisa. Me dio tanto temor que cesé el berrinche, desde entonces trataba de dormir, aunque no me hiciera las trenzas y rezaba el padre nuestro todas las noches.

A mi hermano Carlos, en una ida a la letrina le sucedió algo extraño, solo que era a la medianoche y había luna llena. Iba más o menos caminando por donde estaba el horno de la colonia seis, es decir, a la par de donde vivía don Goyo. Era un día antes de la masacre del 29 de agosto en Callejones. Dice que escuchó un grito que iba por los aires, era espantoso, los ecos rebotaron en los cerros del subcampamento de Limones I y II, lleno de miedo se metió debajo de un tabanco; lugar donde las mujeres ponían el pan caliente cuando lo sacaban del horno. Se le quitó el deseo de ir a la letrina, pues ya no sentía valor de llegar al servicio, sino que se fue para la casa. Días después, contaban que este extraño suceso lo escucharon más personas.

### *Gente que llegaba de la guerra*

Los niños menores, en ninguna circunstancia, nos dábamos cuenta cuando la gente se iba para la guerra a El Salvador. Nuestros padres, hermanos y parientes andaban en el combate, pero no éramos tan

conscientes de dónde estaban. De igual manera, cuando llegaban a los campamentos, uno se asombraba cuando de repente miraba en la champa del par a alguien que no era familiar verlo. Por muchas características nos dábamos cuenta de que recién habían llegado, pues no socializaban mucho, la ropa era distinta, no era de la tela que nos poníamos los refugiados; su forma de hablar, etc. Pero aparte de esto, lo que nos atraía era poder conseguir algo que habían llevado de El Salvador como un dulcito, una galleta o frutas, para ser más específicos, mangos.

Estando en el taller de manualidades, escuché que había venido un hombre que le decían Tacho, compañero de vida de mi tía Ana Delia, hermana de mi papá. Yo vi que alguien andaba con un mango, y el grupo de cipotes andaba siguiéndolo y pidiéndole un pedacito. Creo que estaba harto de que lo siguiéramos y decía: «¡Vayan donde don Tacho!». Fuimos y estaba una fila de cipotes pidiéndole un mango, él decía: «¡Váyanse, ya no tengo!». Yo nunca le había dicho tío, pero para que me diera, le decía que yo era la sobrina de él y de su mujer. Me dio uno disimuladamente diciéndome al oído: «No contés porque no tengo más». Cómo disfrutábamos de llamar la atención los cipotes. Recuerdo que se los enseñé antes de irme de la fila a los que estaban pidiendo, algunos se fueron conmigo diciéndome que les diera un pedacito, que no fuera «malita». ¡Qué fruta más tentadora! En la hortaliza de Limones II había un árbol, nosotros simulábamos que comíamos mango, comiendo los cogollos del árbol con sal. He de decir que las flores las arrancábamos antes de que crecieran los frutos, no recuerdo haberlos visto en todo el tiempo una cosecha.

## *Nacimiento de un nuevo miembro en la familia*



Mis sobrinos Walberto y Nora.

Cuando veíamos mujeres embarazadas, les poníamos apodos o decíamos frases despectivas: «Ahí va la mujer panzona» o «Panza de yegua» cuando queríamos ofender con más razón repetíamos. Pero cuando era un pariente cercano la cosa era distinta, no decíamos así, solo sabíamos que iba a nacer un niño, se sentía emoción porque pronto iba a ver algo tan especial, lo digo porque entre mis cinco a mis nueve años nacieron tres sobrinos: el primero fue Walberto, nació y estuvo los primeros días en la misma champa, como a los quince días se fueron para el subcampamento de Vegas, llegó una mujer de ACNUR en un carro con la abuela del bebé, que se llamaba Antonia, para llevarse. Esta funcionaria internacional iba porque en esos días había sido la masacre en el subcampamento de Callejones, donde quedaron muchos heridos, capturados, una niña de dos meses fue asesinada y un señor decapitado. Por el mismo motivo, nadie podía ir en esos días a los otros subcampamentos a pie o sin permiso.

La señora que fue a traer a este niño era encargada del campamento de Vegas y estas personas, por su liderazgo, eran escuchadas por los internacionales, eran los enlaces de comunicación entre los tantos refugiados. Vi cuando se llevó al niño con mi hermana Lilian. Yo lloraba sin parar, sentía que se lo llevaban para siempre, alguien me agarró, deseaba que me dejaran ir como fuera. Por segunda vez vi panzona a mi hermana y nació una niña llamada Nora Evelin en el subcampamento de Vegas. Para ese tiempo yo tenía siete años y me sentía feliz, a los demás niños les comentaba que iba a nacer un niño. Los que conocieron Vegas saben todo lo que se tenía que caminar para llegar de Limones II a este lugar, logré que mi mamá confiara en mí y me dejara ir sola.

En el lugar donde me temblaban las piernas era cuando pasaba por la balastrera de El Triunfo, por lo que comentaban del duende, desde la bajada del campo de Limones II y más adelante de un puente, pegaba una sola carrera y casi a ojos cerrados para no ver hacia donde decían que asustaban. Después de correr varios metros, caminaba con más tranquilidad y subía la quebrada del Progreso. Para ese año ya estaba terminado el subcampamento de El Triunfo, pero mi alegría era ver a los niños e ir a la pila de Vegas a lavarles las mantillitas. Me gustaba chinearlos. En una ocasión mi mamá me decía: «Cuidado la botés porque te voy a *pescocear*» —golpear en la cabeza con el puño cerrado. Una vez se me cayó Nora de los brazos, temblaba de miedo por dos cosas: por el pescozón y porque pensaba que algo malo le podía pasar a la niña.

Luego nació el tercero llamado Marlon, estaba más grandecita para entonces, ya podía lavar ropa más grande. Cuando supe que había nacido fui a visitarlos con mi tía Francisca «Pancha». Cuando llegué, de la emoción casi lo golpee de la alegría, me tiré en la cama y lloró el niño. Gracias a Dios que estaba bien envuelto con varias mantillas. Me regañaron fuertemente y me sentí mal, pues las veía asustadas chineando al bebé que lloraba; sin embargo, decidí quedarme ese fin de semana. Una tía del niño me dijo que fuéramos a lavar la ropa sucia y, de hecho, era bastante. Fui contenta, porque desde pequeña no me gustaba ver ropa sucia. Llegamos y la señora vio que el agua en la pila estaba bastante profunda, era en el mes de febrero del año 89, en pleno verano y en esta época del año en todos los na-

cimientos escaseaba este vital líquido. Yo consideraba que se podía lavar, ya habíamos sacado la ropa sucia de bebé tierno es muy sensible a los olores. Luego me dijo:

—¡Vámonos!, porque es tarde y hay poca agua.

Me sentí bien frustrada y decepcionada, no sabía cómo decirle o convencerla de que nos quedáramos, creía que llegábamos a lavar al pozo, no había excusa por ser las únicas que estábamos en este lugar.

—¡Yo me puedo meter a la pila para alcanzarle agua! —le dije.

—¡No, mañana voy a ir a otro lugar a lavar! —Fue su respuesta.

Arriba de esta quebrada andaban unos niños tirando piedras, yo me puse a llorar y me preguntó:

—¿Qué tenés, cipota?

—¡Me cayó una piedra en el pie!

Me apretaba el pie derecho. Pero esto era por la gran frustración de que llevábamos la ropa sucia y no sabía cómo expresarlo, que no nos fuéramos sin lavar, ella me creyó que era una piedra y decía:

—¡Espérense, bichos, han golpeado a esta niña!

Me fui el siguiente día a Limones II triste, porque no lavé ninguna mantilla del niño Marlon.

### *En las quebradas y pozos*

En los subcampamentos no se podía lavar o bañar en las viviendas. Absolutamente nadie tenía un chorro de agua potable. El agua para tomar se traía de chorros, de los tanques que estaban en la comunidad o de la quebrada, esta servía para lavar trastes y en el caso para que se bañara un anciano que viviera en esa casa. Por esta situación se tenía que ir a las quebradas, así se le llamaba a la gran cantidad de ojitos de agua que habían encontrado algunas personas de los mismos campamentos. En el caso de Limones II, se le llamaba Borbollón de arriba y Borbollón de abajo, Las Lajitas, el pozo del Motor. Este nacimiento del vital líquido comenzaba por la pila de Limones II, y abastecía a toda la población. Cuando, por algún motivo, no había agua en los tanques, se decía que los militares hondureños habían arruinado la cañería. Había unos pocitos que tenían nombres de las personas que los descubrieron o que también los habían

construido, por ejemplo, cuando preguntaban:

—¿A dónde fuiste a lavar?

Respondíamos:

—¡Al pozo de la Lupa! ¡Al pozo de niña Siriaca!, etc.

Había muchas costumbres que se mantuvieron en el tiempo. No recuerdo que se bañaran hombres junto a las mujeres y menores de edad. A los hombres que les gustaba bañarse, se iban a lugar más lejos. Después de Las Lajitas, que se llamaba el pozo del Zapote.

Un día, por curiosidad, conocimos este pozo, varias niñas queríamos saber por qué a este pozo ninguna mujer llegaba, caminamos y estábamos cerca cuando se acercó un hombre y nos dijo: «¡Cipotas, váyanse!».

Nos marchamos rápido, solo alcanzamos a ver las nalgas descubiertas de algunos de ellos. Entendimos que los hombres se bañaban así porque repetían la misma ropa, o se tenían confianza entre ellos. Una niña mencionó que había visto algo bien feo en un hombre, pero lo dijo después de que salimos corriendo. Comprendimos que a este pozo solo llegaban ellos, por la distancia y lo escondido que quedaba, ahí solían estar soldados hondureños y a los hombres del refugio que se les consideraba valientes.

En cambio, en los otros pozos las mujeres lavaban en piedras preparadas y bien acuñadas. Al terminar la tarea todas se bañaban con blúmer y fustanes, sin sostén. Nadie tenía pena, independientemente de si los pechos eran grandes, pequeños o si les colgaban. Cuando se es niño, siempre hay curiosidad, y no digamos en un lugar donde nada de esto era secreto. Observábamos a señoras que tenían las axilas bien velludas, con fustanes, una especie de falda delgada que se ponen las mujeres después de la ropa interior, era delgado y se notaba en aquellas mujeres con estómago plano las partes íntimas llenas de vello, se veía un negro bien pronunciado. Hombres y mujeres no se rasuraban las partes privadas. La ropa que usaba la población era idéntica, las prendas íntimas también. Sin embargo, en las niñas y niños era otra cosa, nos bañábamos desnudas. Algunas madres decían: «¡Quítate el calzón, te lo voy a lavar antes de bañarte!».

No sentíamos pena. Sentarnos en cuclillas era normal, sin importar quién nos viera en esa posición. Nadie tenía malicia. Solo decían a veces relacionado a lo físico, qué sequita —flaca— está o qué

gordita, pero se sentía que no eran comentarios que dañaban.

Con respecto a las mujeres que habíamos visto bien peludas, sí comentábamos algunas niñas, como: «¿Por qué será que las mujeres tienen la *cuca* y los sobacos peludos?». Así era el nombre más común que se daba a la vulva y a las axilas, pero era curiosidad, no podíamos preguntar a los adultos, teníamos miedo a un regaño.

Cuando estaba un lavadero desocupado, nos ponían a lavar la ropa más pequeña. En mi caso mi mamá me decía: «¡Ayúdame, para que nos vayamos luego!».

Con mi mamá no tenía la oportunidad de ir todos los días a la quebrada, ya que trabajaba y quizás por eso el fin de semana no me gustaba. Me levantaba bien temprano y cuando no hacía viento llevábamos un ocote encendido para alumbrar el camino y el pozo; era de madrugada y, además, los nacimientos de agua estaban llenos de este recurso y podíamos escoger para quedarnos en el mejor lavadero. Cuando llegábamos tarde, teníamos que esperar a que terminara alguien. A mi mamá le gustaba que volviéramos temprano a casa.

Lo más difícil era cuando nortecía —hacía mucho viento— o hacía frío, entonces lloraba porque no quería ir, iba renegando en lo oscuro, porque no había lámpara y temblaba de frío. Muchas veces descalza tropecé en piedras o troncones, perdí muchas veces las uñas de los dedos gordos de los pies, como se le dice, llegaba uno al pozo sangrando los dedos con las uñas lastimadas y ¡qué dolor!, sin beber analgésicos y aquel viento helado.

El frío en Honduras era a veces bien tremendo, más cuando tocaba que le tiraran el primer tarro de agua. Solo tocaba hacer «Mmm, am». Nos íbamos con suéter y nos volvíamos a poner esta humilde y útil prenda cuando ya estábamos bañadas. Toallas para secarse nadie andaba. Todo mundo se cambiaba mojado, solo nos sacudíamos los brazos para que se cayeran las gotas más gruesas. Si no había prisa con el tiempo, nos sentábamos en las piedras donde daba algo de sol para secarnos un poco, o se aprovechaba para intentar agarrar libélulas que se sentaban en las piedras. Me ponía a tirar pedazos de hojas de plantas en la corriente y observaba hasta que el agua las desaparecía. Se cumplía la letra de la canción de Aniceto Molina: «Con el gallo mojado», el decir esta palabra no es discriminación personal o como mujer que soy, pero era muy común decirle *gallo* a la vulva. Las mu-

eres siempre estaban hablando cosas chistosas, picardías o de las vecinas, se oían risadas por todos lados, era también divertido, no todo era para sentirse mal.

Observaba que algunas mujeres que habían llegado bien temprano a lavar, como tipo ocho y media llegaba un familiar a dejarle desayuno, se sentía un olor bien rico y más que en las quebradas, el sentido del olfato se vuelve más sensible. Más de alguna vez me acercaba para conseguir un bocado. Aunque fuera solo con arroz y frijoles, se sentía sabroso.

Aun siendo niña, tenía características de decir lo que me molestaba. A los adultos les gusta chinear o acariciar niños sin su consentimiento. A algunos señores les gustaba, aparte de chinear, pasar su barba en la cara de los menores. Qué feo se sentía, súper incómodo. Un señor me levantaba bien alto y me daba miedo, me restregaba su cara en mi rostro y sentía las espinas de su barba. Un día me sentó en sus piernas y quería decirle que esto me ofendía, no encontraba palabras adecuadas para expresarme. Estaba una tía mirando esta escena y le dije al señor:

—Suélteme, viejo pendejo, que usted me tenga sentada en sus piernas me da mal de orín.

En concreto, lo que deseaba decirle era que me molestaba que me tocara.

Mi tía interpretó esta respuesta como algo tan malcriado y pícaro de mi parte. Siempre que se sentía mal conmigo me decía:

—Bicha arrecha, a vos te va a picar el gallo bien rápido, ¿te acordás cómo le dijiste a aquel señor? —Y hacía señas feas con la cara y manos. Me sentía tan humillada y confundida al escuchar estos comentarios. Para los adultos, esta frase significaba tener marido precozmente.

### ***Sexualidad: tema prohibido***

Este tema era bastante hermético, un verdadero tabú. Realmente la educación sexual no existía. A nuestras madres les daba pena hablar de algo relacionado con esto. No se podía preguntar, por ejemplo, ¿cómo nacen los niños? Interrogantes que en cualquier momento y por na-

turalidad surgían. Cualquier respuesta nos dieron, menos la verdad. No sabíamos por qué había diferencias anatómicas en ambos sexos; mucho menos podíamos saber sobre los cambios físicos o psicológicos que se manifestaban en la adolescencia. La Iglesia, familia, escuela, formadores de disciplina, medioambiente, salud y educación expusieron en su espacio diversidad de temáticas tanto académicas como de valores, pero no recuerdo que se hablara de temas de educación sexual.

Entre nosotras, las niñas, hacíamos algunas preguntas como, por ejemplo, ¿por qué en las axilas los adultos tienen pelos? Cuando íbamos a los servicios, ¿por qué se veían papeles con sangre? Pero nadie nos daba respuesta sobre esto y del grupo de amigas nadie sabía.

Había una niña más grande, para mí era muy bonita, su apodo era Pinocho y mencionó que a una muchacha la vio bañándose y le había visto «la colorada». Todas nos vimos las caras, asombradas y preguntamos: «¿Qué es lo que le viste?».

Volvió a mencionar la misma palabra, no nos respondió y cada una se imaginó lo que quiso. Algunas decían que la cuca era la colorada, uno de los tantos nombres despectivos a que hacían referencia a la vulva, pero nadie nos corregía. Creo que era preferible decir nombres como estos y no daba pena, a decir su nombre correcto. A las partes íntimas tanto femeninas como masculinas se les atribuían muchos nombres despectivos y descalificativos, unos relacionados a animales y otros a frutas, y eran adoptados como normales.

Las mujeres, tanto muchachas como adultas, eran bien discretas. Cuando andaban con la menstruación, madrugaban para bañarse o lo hacían sin generar sospechas. Lo menciono porque no recuerdo haber visto alguna en las quebradas, nadie usaba toallas sanitarias, lo que se observaba en los tendederos era una gran cantidad de trapos pequeños. Años más tarde me di cuenta de que la chica que hablaba de la colorada hacía referencia a la menstruación.

No podíamos preguntar cómo nacían los bebés, esas cosas no nos explicaban, cuando uno se atrevía la respuesta era que la cigüeña lo había traído o lo fueron a traer a la clínica o vino de lejos... Se inventaban un montón de cosas, pero menos la verdad. Los niños y niñas éramos muy curiosos, cuando uno veía adultos o parejas que se abrazaban, preguntábamos que ¿por qué se abrazaban? Una vez vi a

mi prima María y me dijo que era porque se querían mucho, entré en duda y dije: «¡Entonces yo quiero mucho a mi mamá!». No se me ocurrió otra cosa.

En lo personal, siempre quería saber cómo nacían los niños. Una vez le pregunté a una cipota casi cuatro años mayor que yo, es decir, tenía once años y me dijo la «verdad». Sinceramente, me asusté, porque me lo dijo con palabras bien pícaras y *jayanas*, como decíamos en nuestro lenguaje. Todos han de recordar cómo le decían a la palabra «hacer el amor» de forma pícara. A consecuencia de este acto, nacía un niño. No le creí y no entendía qué era y cómo sucedía, pero tampoco podía preguntar a un adulto. Solo pensar en hablar esto con los grandes, daba temor que pensarán que éramos pícaras o por qué preguntábamos estas cosas. Llegué a la clínica y en una sala se oían llorar niños recién nacidos y surgía más mi curiosidad sobre este tema.

Otra característica era que cuando los cipotes se enojaban con otra persona y más si era mujer, unos de los insultos más comunes era que le decíamos *chimona*. En realidad, los cipotes repetimos lo que escuchamos, era una palabra muy vulgar, pero se decía más con la intención de ofender. En una ocasión, yo le dije esa palabra a una señora vecina, después de que me insultó y, posterior a esto, me amenazó diciendo que le iba contar a mi mamá. Por mi mente pasó de todo: «¡Qué es realmente lo que le he dicho! ¿Cómo lo ha entendido?».

Me desesperaba que le fuera a contar a mi madre, pues no me salvaría de una cachimbeada, rogaba a Dios que no le contara, los días pasaron y no sucedió lo temido.

Qué peligroso era no tener información sobre este tema, a los niños nos pasaba de todo y los últimos que se enteraban eran los padres, me refiero también al abuso sexual.

Todas las niñas sabíamos que hablar de este tema era estricto y prohibido. Recuerdo haber escuchado rumores de niñas que eran abusadas por compañeros en la escuela e incluso adultos, por parientes o familiares. A esa edad, las niñas éramos vulnerables, no entendíamos hasta qué grado pueden llegar los abusos en las familias o vecinos y lo peor sin haber información.

Había unos cipotes que, en general, no respetaban a nadie, hasta el punto de decir cosas horribles a las niñas de la colonia, fra-

ses despectivas como: «¡Tienen una cucaracha bien fea, nos deben de prestarla porque no les sirve para nada!».

No entendíamos estas frases, solo sé que se sentían humillantes y era un sentimiento de impotencia no poder compartir con los adultos lo que nos decían. Nadie se acercaba a estos cipotes. Lastimosamente, eran rechazados, ellos, debido a la guerra, estaban al cuidado de su abuela y ella no creía o se enojaba al escuchar quejas de estos chicos.

En mi familia llegó un primo de la guerra, tenía aproximadamente dieciocho años, para entonces yo tenía siete. En una ocasión me enseñaba sus genitales, muy bien desarrollados, quería que lo observara y tocara, ¡qué miedo sentía! ¡Era espantoso! No comprendía por qué hacía eso, ¿cuál era la intención? A partir de esto, mi vida se llenó de tristeza, pensaba casi todos los días en esas imágenes, o cuando hablaban de abuso sexual. Algunas veces lloraba a solas. Nunca le comenté a nadie de mi familia, ni amigas, ni a nadie más; temía que pensarán lo peor de mí. Inició mi adolescencia y tampoco le comenté a nadie, pero sentía algo difícil cargar siempre con esta experiencia tan desagradable. Terminado el bachillerato tuve el valor de hablar de este tema con mi mamá y busqué ayuda profesional para aclarar qué fue realmente lo que ocurrió en mi vida. Fue sanadora la ayuda, puesto que contribuyó a entender que no necesariamente se tiene que consumir un abuso para causar tanto daño y sufrimiento.

Siempre en el tema de sexualidad, ya en El Salvador, vi a una mujer bañándose y cuando se tiraba agua, corría agua ensangrentada y pensaba en lo que nos había dicho la chica en Limones II, pero no comprendía y, además, no sabía si preguntarle. ¿Qué era lo que le pasaba? Me sentía nerviosa. Creo que lo notó, porque me preguntó:

—¿Qué te pasa, bicha?

—¡Nada! —le dije.

En la escuela le comenté a su hija que a la mamá se le veía la colorada. Era compañera en primer grado y se enojó conmigo hasta el punto de que me jaló el cabello.

En aquel momento no entendía por qué se había molestado. Las niñas de mi edad siempre pensábamos que eso de la colorada era algo malo. Pasamos de los nueve años y nadie nos dijo

cómo iba a ser la etapa de la pubertad. El hecho de que viéramos cambios en nuestro cuerpo no era de mucho agrado, sino algunas veces se tenía sentimiento de extrañeza y vergüenza.

### *Frutas de castilla y silvestres*

Por lo general, en los subcampamentos no teníamos una dieta adecuada, con verduras y frutas permanentemente. En ocasiones llevaban guineos o naranjas, por eso, al ver algunas frutas, muchos niños y niñas sentíamos un deseo insaciable.

En las hortalizas había algunas plantas frutales como árboles de mangos, que por cierto no echaban frutos, porque anticipadamente habíamos cortado los cogollos para comerlos con sal y simular que comíamos los frutos. Las plantas de papayas eran muy escasas, la población en general no comía esta fruta, cuando sembraban, la cosecha era para los centros de nutrición, para los trabajadores de hortalizas o sus familiares cercanos; así que uno solo conocía los palos. Otra fruta como el limón solo llegaba exportada a las guarderías, pero cuando se exprimía, teníamos que ver dónde tiraban las cáscaras o estar listas para decirles que no las botaran, se pedían las estopas para chuparlas o untarlas a las tortillas para sentir un sabor diferente y agradable. Cuando en la hortaliza había un palo, me gustaba cortar las hojas para olerlas o morderlas y sentir ese tentador sabor.

Nuestra vecina, niña Chabela, había sembrado un palo en su jardín, en ese tiempo que estuvimos en el refugio, nunca le vimos una cosecha; a veces solo le pedíamos hojas para cuando se quería cocer agua con fines curativos por resfriados u otro problema respiratorio.

Se observaba que también en la hortaliza habían crecido algunos palos de aguacate, se veían llenos de flores. Se pensaba: «¡Hoy si va a haber aguacates!».

Apenas comenzaba a nortear, se caían al suelo todas las frutas muy pequeñas. Las cipotas nos metíamos para recoger y jugar a que repartíamos aguacates. Tampoco recuerdo que nos hayamos comido un fruto maduro producido en este lugar. Más bien surgían muchos mitos: que los palos eran «sabios» que botaban los frutos porque los mirábamos y los pasábamos deseando demasiado y el efecto era que «ojeábamos» el árbol y por eso todos se le caían.

En los lugares que había huertas de guineo las cuidaban para las Navidades. Íbamos a suplicar que nos consiguieran pedazos de hojas para ponerle a los tamales, para que les diera sabor o el toque de tamal. No siempre era posible lograr que nos dieran. Cuando el viento quebraba alguna huerta, los cipotes corríamos a meternos en la hortaliza para sacarle la fibra interna y la comíamos. Terminábamos con las manos, boca y ropa bien manchadas. En la ropa se quedaba permanente, no había forma de conseguir lejía o detergente para eliminar las manchas.

Cuando por casualidad veíamos a otro niño con frutas, lo seguíamos un buen grupo de niñas y niños pidiéndole un bocadito. Cuando pasaron algunos hondureños vendiendo guayabas, limones, jocotes, etc.; solo nos tocaba mirar. Lo difícil era que nadie tenía dinero, muchos no lo conocíamos y lo más común era hacer intercambio, pero esta era una acción grave en el refugio y quien lo hacía debía tener mucha discreción, pues era de contrabando, porque las familias podían ser sancionadas, tal vez dándoles menos ración de comida o sanciones más drásticas; estas sanciones las decidía un colectivo de la comunidad.

En Limones II había como dos familias, diría que tenían una vida de doble filo, ellas tenían una parcela cercada, había árboles frutales como mangos, jocotes, guineos y otros, decían que era porque en el terreno donde vivían, los dueños eran amigos y les habían dado permiso directamente. Así que en la casa donde había jocotes, pasábamos cortando hojas para comer con sal, esto lo hacíamos a escondidas y cuando íbamos a la escuela.

Por otro lado, estas familias de alguna manera eran marginadas y había manifestación de envidia de otras familias, creaban chismes hacia ellos, hasta el punto de que algunos niños inventaban canciones y las cantábamos, pero poniéndoles cuidado a las letras, eran reproches por los privilegios que tenían. Estas canciones se volvían pegajositas y, de repente, las andábamos cantando.

Muchas veces, sin importar que me regañaran, iba a la clínica, ahí trabajaba mi madre. Cuando iban a despedir a algún internacional, no sé cómo, pero conseguían piñas y naranjas para poder hacer un fresco a los anfitriones e invitados. Una vez llegué cuando estaban haciendo un fresco. Unas compañeras de mi mamá me dijeron que

agarrara una naranja. Yo preferí chupar la paila de estopas de piña en vez de la naranja. En eso, se asomó una niña que vivía cerca de la clínica y vio lo que estaba haciendo y dejé de chuparlas, mis manos tenían miel de piña hasta los codos, al igual que mi cara. ¡Era algo increíble! Sentí saciar mis ganas de comer piña de toda una vida. Observé que la niña estaba enojada y no sé cuánto tiempo me estuvo observando ante aquella hazaña. Cuando salí me sacaba la lengua, y después que la encontraba me decía que me gustaba pasar en la clínica para comerme «todas las naranjas y las piñas» que venían a este lugar. En realidad, la chica era mayor que yo. Cuando la veía, no le decía nada, la mamá de ella era amiga de la mía, por eso nunca le comenté. La otra tentación era con las frutitas silvestres, como los nances y cirines.

Nances de castilla no se encontraban cerca, eran bien ácidos o a veces amargos y agarrosos, pero así los comíamos. Cada vez más nos alejamos en los cerros buscándolos.

En el tiempo de los cirines —una frutita de color verde— que cuando se destripan de maduros parece una jalea de mocos de gripe, cuyo sabor es muy peculiar, lo sentíamos muy bueno y nos íbamos con unos vasos, no regresábamos hasta llenarlos. Otro tipo de cirín es uno de color morado, parecido a los patacones que se le pega al ganado, cuando lo comíamos, la boca era de color morada-violeta y los usábamos cuando jugábamos para simular que estábamos enfermos. Estas frutitas se ven en los cerros con muchos pinos, esta temporada la esperábamos con mucho entusiasmo.

En los subcampamentos de Colomoncagua, Honduras, había un cerco militar, era imaginario porque no había postes o alambrado. Al salir de este lugar, se corría el riesgo de ser capturado por los militares hondureños, con el objetivo de sacar información acerca de la guerrilla, de cómo entraban o si los niños veían armas.

Los encargados de disciplina nos aconsejaban que no teníamos que dar información y que, por eso, debíamos de tener cuidado de ser capturados. Pero aun así los varones se arriesgaban. Algunas veces traían frutas que no se veían en la zona habitada, como caña, nances de castilla y guayabas. Las traían de aldeas hondureñas, quizás a muchísimos metros o tal vez a kilómetros del cerco militar. Mi hermano Carlos era amigo de varios varones de la colonia siguiente. Nunca entendí este orden, si nosotros éramos de la última línea, la colonia seis

y la previa a la nuestra era la nueve. Pues bien, burlaban la disciplina y algunas veces a los militares.

Una vez, eran las seis de la tarde y mi hermano no regresaba, mi mamá me dijo que la acompañara para buscarlo. Fuimos donde varios vecinos preguntando si lo habían visto, y nos dimos cuenta de que varios cipotes no estaban en la casa. Yo miraba a mi madre, que se comía las uñas y como que temblaba. Nos fuimos para un cerro arriba del basurero a ver si lo veíamos venir... Ya bien de noche vimos que apareció y nos fuimos detrás de él. Yo me imaginaba lo que le tocaba y fue así, pues recibió varios azotes con un lazo de hamaca por la falta que había cometido; a mí me daba lástima. Pero nuestros padres así eran, nunca preguntaban, sino que de una vez aplicaban el castigo para que no volviéramos a cometer aquella misma falta.

Al siguiente día nos comentó que, cuando estaban cerca de una zacatera, fueron sorprendidos por los cuilíos y todo el día estuvieron escondidos. Estos soldados pegaron unos tiros cerca de donde se habían ocultado, ellos no se movieron por mucho tiempo y bien tarde, como milagro, del lugar donde estaban escondidos salió un conejo y los militares dijeron «que un conejo les había hecho perder el tiempo y se marcharon». Fue así como pudieron regresar corriendo otra vez a la casa.

## Vestimenta y calzado



Niños que van para la escuela.

La vestimenta y calzado era igual para todos. Similar con las modas, cuando hacían una producción de vestidos floreados, el mismo diseño y color de prendas usaban muchas personas, de igual manera el calzado, ya fueran *yinas* o zapatos. Así que nadie podía presumir quién se vestía mejor. Tal vez con los diseños, muchas mujeres que trabajaban en talleres de ropa podían hacerlos con otros detalles y gusto sus vestidos.

La población no tenía mucha ropa. Nadie se preocupaba si combinaba o cómo se veía. Las mujeres se ponían vestidos con mangas de buche o redondeadas, con zapatos de hombre estilo caprisa, con unas cañoneras bien gruesas hechas de hilo de lana y ralladas. Los hombres usaban pantalones socados —apretados— o normales, de diferentes colores. Cuando usaban las camisas, se hacían dobleces bien arriba del brazo. Las gorras las hacían de viseras anchas y de diferentes colores. Algunos hombres mayores, siempre andaban con su *corvo* al lado de su pierna, con cubiertas de cuero y un montón de broches. Se les veía como plante aquella arma blanca.

Los menores de edad no eran la excepción de usar lo descrito anteriormente, excepto usar *corvo*. Pero, en realidad, con los niños, por el hecho de que la autoestima está en proceso, nos hacía más vul-

nerables a las burlas, por decir: cuando llegaba un lote de donación de zapatos de lona de color azul, los chipotes preferíamos andar descalzos, ya que, cuando llegábamos a la escuela, los otros chicos decían: «¡Ve, mírenla o mírenlo viene con zapatos de viejita pícara!».

Al menos en Limones II, estas frases influyeron para que los niños rechazáramos este calzado. Años más tarde, nos dimos cuenta que era un estilo preferido por jóvenes. En realidad, alguien se inventó esto, porque eran bonitos. Yo siempre andaba descalza, me los ponía cuando iba a salir a pasear a otro subcampamento.

Don Ruperto, en un tiempo, fue el encargado de dar zapatos en Limones II, el local quedaba cerca del camino de la escuela. Él me veía pasar siempre con los pies libres, en una ocasión me llamó:

—¡Cipota, vení!

Fui y le pregunté:

—¿Qué quiere?

—No te asustés, quiero decirte ¡que te vas a ir bien contenta!

—Y ¿por qué? —le pregunté.

—Tengo unas *yinas* para vos.

Me las medí y sí me sentía contenta.

—Llevátelas —me dijo.

En el local donde estaba don Ruperto había bastante polvo suelto y empecé a caminar, luego observé que las huellas de los rastros que quedaban en el polvo eran diferentes, una *yina* dejaba rayas y, la otra, cuadritos. Entonces le dije:

—No me las voy a llevar.

—¿Por qué? —me preguntó él, un poco decepcionado.

—¡No son del mismo rastro!

—Sí, pero es el mismo número y color —insistió. Ha de haber pensado ¡qué niña más tonta era!

Realmente, me marché pensando que no las usaría, porque se iban a reír como lo hacían con los zapatos. Yo entendía que la intención de don Ruperto era buena, era el único par que me quedaba y no era fácil regalar zapatos, era todo un proceso: en primer lugar, teníamos que pedírselas a los responsables de las colonias y, si querían, o había suficiente, nos los daban, o tenía que ver si había un número a la medida. Por el hecho de ser menores, normalmente no nos hacían caso en este aspecto. Siempre tenía que hacerlo un adulto responsable.

Mi mamá me guardaba unos tenis de color rojo, estos sí me gustaban porque no eran azules. Realmente no eran de mi número y me quedaban grandes. Para entonces, tenía unas pequeñas sandalias de cuero bien desgastadas, cuando encontraba la oportunidad, le decía que, aunque fueran grandes, me los diera. Un día, mi prima Rosa, me dijo que mientras tuviera las sandalias viejas no me iban a dar los nuevos. Inocentemente le dije que buscáramos un cuchillo y me ayudara a arruinarlas, es decir, que cortáramos el cuero de las sandalias y las botáramos a la basura. Mi prima era mayor por dos años y por supuesto que me ayudó riéndose, y yo estaba tan satisfecha de haber hecho esta travesura pensando que me iban a dar pronto los zapatos rojos. Me costó unos chilillazos y varios fines de semana que no salí a pasear por castigo y no tener zapatos.

Con respecto a los vestidos, las niñas no teníamos muchos, a lo sumo cinco. Uno de esos era el de paseo, pero nunca pasaba por la mente: «¡Qué van a decir, si solo con ese voy a pasear a Vegas!».

Me imagino que esta idea la teníamos todos. Era raro ver ropa que no fuera hecha en este lugar. En nuestra colonia vivían unas niñas a las que en una Navidad les mandaron unos vestidos bien bonitos. La mamá andaba luchando en la guerra. Nosotros no nos imaginábamos dónde estaba, pensábamos que era un lugar diferente para poder mandar cosas como esas. Si, por casualidad, andábamos con algo bonito, nos sentíamos bien. Una prima de mi papá trabajaba en un taller de costura y me hizo un fustán de color amarillo que tenía muchos adornos, un día me lo puse y se lo andaba enseñando a todas las niñas de la colonia que conocía, pero recibí tremenda regañada y sentenciada.

El compañero de vida de mi prima Marina para ese tiempo era Someta —seudónimo—, llegó de la guerra de El Salvador y llevaba unas *colitas de macho*. En la casa, vivíamos tres niñas: éramos primas, Juana, Rosa y yo, la menor. Cuando recibimos ese regalito de esa colita, ¡no lo podíamos creer! Yo pensaba que estaba soñando y que tenía una cosa distinta en mi cabello. Mi nanita Candelaria siempre nos trenzaba el cabello con cordones de tela que sobraban en los talleres, ella me mandaba a que fuera a pedir porque decía que yo «no conocía la pena». Iba hasta Limones I, donde una señora que le decían niña Gripina, y aprovechaba para pedirle hilachas. A mi abuela siempre le gustaba coser, con pedacitos hacía bolsas de almohadas —fundas—,

trapitos para tapar los trastes o formaba cubrecamas, y todo esto lo hacía solo con una aguja. A veces, pedía poquitos de hilo y botones para que nos remendaran los vestidos o pegar algún botón a una camisa. Prefería ir a Limones I, porque en el taller de Limones II trabajaba la señora que me había hecho el fustán y pensaba que me podía regañar por haber enseñado aquella prenda a otras niñas, pero, además, sentía más confianza de ir al de Limones I.

### *Roles y actividades*

Definitivamente el campamento de Honduras fue una escuela. Todo mundo tenía trabajo y obligaciones. Íbamos a la escuela en el turno que nos correspondía. Por decir, si en la mañana nos tocaba estudiar, en la tarde estábamos en el taller de manualidades, fue en este lugar donde muchas niñas y adolescentes aprendieron a hacer diferentes formas de bordados. Hacíamos servilletas que tenían varios destinos, las más grandes eran para las estructuras de cocinas comunales, cocinas de los trabajadores de los diferentes talleres, centros de nutrición, guarderías, entre otros. Si la producción había sido más de la esperada, se repartían a fin de año a las familias. Se trataba de cubrir aquellas necesidades que en algún momento ya habían solicitado al encargado de colonia. Pero las bordadas con esmero se dejaban para las ermitas religiosas o para eventos especiales, como una bienvenida de internacionales, por ejemplo. A los niños o adolescentes, en la parte laboral nos mandaban a diferentes destinos: taller de zapatería, hojalatería, hortalizas, taller de hamacas, entre otros. Podíamos elegir la estructura que más nos gustara y ser apoyo de los adultos en los diferentes trabajos de estas.

En lo particular, casi no me gustaba el taller de bordados, lo veía más como un pasatiempo donde jugar y hablar de otros temas que no se mencionaban en casa y la escuela. Pero, por otro lado, una de las encargadas del taller de manualidades de Limones II era mi madrina de bautismo, a veces era extrema mi conducta, le llamaba demasiado y no necesariamente para preguntarle si iba bien con el trabajo, creo que la cansaba de tanto decirle: «¡Madrina Sotera aquí, madrina Sotera allá...!».

Qué lindos bordados sabían hacer estas grandes mujeres, que con paciencia nos enseñaban y aguantaban algunos berrinches.

Algunos días peleábamos por los aros de prensar la manta. Todas queríamos el mejor, había de madera y de plástico, estos últimos eran más resistentes y prensaban mejor la manta a la hora de bordar, por eso eran los preferidos. No siempre comprendíamos que quien llegaba más tarde, le tocaba el que fuera. El horario siempre era estricto y con gran disciplina. Al faltar varias veces alguien, se borraba de la lista y debíamos esperar hasta que se empezara en nuevo año.

Tratábamos de ser puntuales, estábamos formados en la puerta antes de abrir. Una vez como, de costumbre en la fila desde temprano, estaba con las compañeras, incluyendo a mi prima Rosa, ella era muy buena en el bordado, rápido aprendió croché, un tejido más especial. Estaba Leonila y Carmen, que de apodo le decían Mucha, era prima y protegida de Leo. Un día, Carmen me empujó y me botó de la fila, me levanté y con la misma ira le aruñé la nariz y se puso a llorar. Según yo, todo terminaba allí, pero llegó Leonila y peleamos. Por momentos, una estaba encima y otras veces, debajo. Nos jalábamos el pelo con todas las fuerzas, de esas jaloneadas que sacan lágrimas sin querer del dolor en el cuero cabelludo. Las demás cipotas no nos separaban, más bien, como de costumbre gritaban quién sería la más «valiente» o la ganadora. Me aruñó demasiado la cara y, después de que nos levantamos, sentía un ardor en la piel del rostro. Ese fin de semana iba para Vegas con mi mamá, y como casi nadie tenía espejos, solo me veía en una paila con agua, pero no se notaba tanto y pensaba que yo no podía verme como había quedado; pero la gente se me quedaba viendo y me preguntaban: «¿Qué te ha pasado, niña?».

Tenía marcas en toda la cara. Me di cuenta porque, al llegar a Vegas, había un carro de internacionales parqueado atrás de la vivienda de mi hermana y me vi en el espejo de los lados. Recuerdo haberme visto el rostro lleno de lunares negros y grandes, eran lo que llamamos cascarones secos de las heridas de las uñas. La verdad nos llevábamos bien, porque éramos del mismo grupo de niñas de la colonia, pero ese día se nos pasó la mano. A los días era como que no había pasado nada, siempre en el grupo divirtiéndonos.

Eran pleitos pasajeros y a los pocos días lo olvidábamos y extrañábamos a esas amiguitas de la niñez. Con mi prima pasó algo, ahí

aprendí una lección, nunca me defendía o se metía en mis problemas; ni yo en los de ella. Con los años, esto lo aplicamos, nadie sudaba problemas ajenos, como decimos los salvadoreños. Un día, salimos del taller todas las niñas. Alguien dijo que arriba del campo de Limones I estaban los soldados, era cierto, esto nos ponía a latir el corazón a mil por horas. Pero alguien dijo: «¡Demostrémosles que no les tenemos miedo!».

A la par del taller estaba una parva de rajas de leña. Todas agarramos un palo y simulábamos que eran fusiles, les apuntábamos y gritábamos: «¡Malditos *cuilíos*, zopes, váyanse!».

Pero, aunque la distancia era significativa, creímos que notaron las señas que hacíamos, porque estaban parados y apuntaron con sus armas ellos también. Luego nos entramos con miedo.

Entre las instructoras estaban mi madrina Sotera, esposa de don José Castillo, María Hernández y mi tía Eufemia González.

Cada campamento tenía este taller de bordados o manualidades, para las niñas desde los siete años, unas con más habilidades e intereses. No había para escoger, era única opción para las cipotas.

### *Talleres de manualidades*

Indudablemente, el refugio era una escuela para la vida. Todo el mundo trabajaba, tanto adultos como niños, dentro de los talleres de manualidades. Los más comunes eran el taller de bordado de diferentes tipos: croché, marcado y un bordado sencillo. A estos talleres íbamos de todas las edades y dependiendo de estas, formábamos grupos; por ejemplo, las de once años estaban aparte de las de siete y ocho años. Pero también para los varones había talleres donde hacían juguetes para repartir en Navidad, los construían de madera: carritos, carretillas, en fin, hacían una gran variedad. Como estos talleres funcionaban en todos los subcampamentos, a veces había intercambios con otros grupos para tomar ideas de otros. Realmente, el bordado no me gustaba mucho, me aburría, pero en verdad era mejor ir que estar en la casa sola pasando el tiempo o haciendo otras cosas, como jalar agua o cuidando a mi hermano. Lo veía como un espacio de distracción y para poder compartir con diferentes niñas de otras colonias.

### ***Búsqueda compulsiva de las manzanas pedorras***

En el campamento de Colomoncagua no se comían muchas frutas, estaba rodeado de muchos pinos, zacatales y cirineras. La tierra era de tal puja seca y pobre en micronutrientes. En las quebradas, abundaba un árbol de madera fina, que daba una fruta que le decían manzana pedorra. Se denomina así porque al reventarlas, tiene un sonido de aire, su sabor es único. A la mayoría de los niños y niñas nos encantaba, no solamente la fruta, sino que buscábamos las flores para comerlas con sal. Muchos niños habían aprendido a subirse fácilmente a estos árboles.

Los de disciplina hablaban en reuniones que tuviéramos cuidado de no alejarnos porque podíamos ser capturados por los militares hondureños. Era una advertencia bien objetiva, muchas veces niños y adolescentes fueron capturados por estos militares con el objetivo de sacar información sobre cómo o por dónde entraban los guerrilleros al campamento. También era por los innumerables accidentes, pues algunos niños se cayeron y fracturaron, cuando esto sucedía, a algún niño lo mandaban para Tegucigalpa. Otros tuvieron mala suerte, perdieron la vida por querer comer una manzana de estas.

Una tarde de verano, fuimos las tres primas a la pila de Limones II a traer agua en unas *pichingas* de color amarillo que eran largas, estas llegaban con aceite y después nos servían para jalar este líquido vital.

Era el tiempo en que los árboles de manzanas estaban llenos de flores. Suplicamos a mi prima Rosa que se subiera a uno y cortara flores. En el que se subió estaba arriba de esta pila y había muchas mujeres, unas bañándose o lavando y otras al igual que nosotras jalando agua. Nos advirtieron que tuviéramos cuidado o que fuéramos a molestar a otra parte. Mi prima logró alcanzar una flor y le dijo a su hermana: «¡Juana, aquí va..., cáchala!».

El camino donde estaba parada Juana era bien angosto, y por cachar la flor se fue de cabeza para abajo y cayó en una paila vacía que estaba en la pila. Recuerdo que me quedé paralizada porque pensé que se había muerto. La sacaron con un color bien morado, mojada, con la panza lodosa y apenas podía respirar. La tuvieron un momento, acostada, ella era una adolescente bien rellenita. La señora dueña de

la paila donde cayó mi prima nos insultaba diciéndonos cosas feas y que teníamos que darle la paila —*huacal*— como estaba antes. Obviamente, con el golpe se la dejó bien apachada. Las palabras que nos decía eran insultos que no se le entendían bien, porque tenía labio leporino; pero en su rostro mostraba una tremenda ira. Se entendía su enojo, ya que era difícil conseguir los utensilios de casa. Las demás mujeres le decían que pidiera otra que, gracias a Dios, a la cipota no le había pasado algo más grave. La paila era de zinc, pero quedó bien doblada y eso amortiguó el golpe, de suerte que no pegó en la orilla de la pila que era de cemento. La caída fue de unos tres o cinco metros de alto.

Rosa y yo la mandamos con su vestido bien mojado adelante para la casa y le dijimos que no contara lo que había pasado para que no nos castigaran. Nosotras tuvimos que cargar las *pichingas* de ella. No recuerdo que lo comentáramos, pero mi tía Pancha se enteró en la cocina comunitaria. Estas cosas eran difíciles de mantener en secreto. Supongo que se ha de haber asustado, ya que años antes su hijo había ido a Tegucigalpa con las dos manos fracturadas siempre por la misma causa, «por la búsqueda compulsiva de las manzanas pedorras». Cuando lográbamos tener bastantes manzanas, las comíamos asadas en el comal o así al natural y nunca aburrían. Su olor es único y aunque estén podridas o con gusanos no perdían el rico aroma.

### *Comiendo tierra*

Honduras es un lugar de diversidad de tipos de tierra. Abundan las tierras coloradas, calichosa o talpujosas. El detalle es que se sentía la carencia de hierro en la sangre. Se mencionaba que varias *panzonas*, como les llamábamos a las embarazadas, comían tierra. En cada colonia había unos hornos para hacer pan, ahí iban las mujeres a buscar chingastes de tierra para comer, porque pensaban que en este lugar estaba purificada la tierra con el fuego.

Pero en los niños no era la excepción. Veíamos muchos chicos con tamaña panza, parecían estar embarazados, pues no eran gordos, los botones de las camisas parecía que se iban a reventar o de remate se hacían nudos con las puntas de las camisas y se la amarraban,

su barriga quedaba al descubierto. Algunos parecían relumbrarles de la inflamación o del agrandamiento. Las niñas disfrazábamos más la panza, porque la mayoría usábamos vestidos. Abundaba la desnutrición, era evidente. Aunque a esa edad no éramos conscientes de estos problemas que afectan a la salud, solo sabíamos que íbamos al Centro de Nutrición, donde nos daban un platillo extra de comida con más variedad de verduras que no estaban al alcance de las mayorías.

Yo no comía tierra así tan descaradamente, como se dice, pero en este tiempo tenía una amiguita que llamaré Teresa, ella agarraba la tierra como cualquier platillo. Varias veces la encontré por el camino a casa y me invitaba a que comiera. Le preguntaba:

—¿Qué sabor le sentís a la tierra?

Mascando el pedazo, se escuchaba que tronaban sus dientes con la tierra y me decía:

—¡Es riquísima!

Agarraba más puñadas y se las echaba a la boca, se las comía tan natural. Algunas veces le *hice barra*. Realmente no me gustaba, pero me decía que no fuera a contar, porque se iban a burlar los demás cipotes. No se lo conté a nadie porque era mi amiguita y nos iban a discriminar o burlarse de nosotras. Su color de piel era moreno, pero la observaba bien pálida y sus cachetes parecían estar hinchados y con manchas blancas, se le notaba en su vestido una pancita más grande que la mía.

Considero que yo no tenía ese vicio, porque solo lo hice cuando andaba con ella y no siempre, porque le decía que era malo y muy contaminado comer eso.

En una ocasión, mi abuelo Julio había llegado al kínder a cantarnos a los niños. Yo quería llamar la atención, me sentía orgullosa de que mi abuelo estuviera con tantos niños, pero no me *paraba bola* o no me ponía cuidado. Para llamar su atención, delante de él me eché un pedazo de tierra a la boca y recuerdo que me agarró del brazo y me dijo: «¡Hoy va a saber tu mamá lo que hacés, puñetera!».

Me sentí preocupada, pero sabía que había logrado mi objetivo: que mi tatita, que estaba ahí, se diera cuenta que existía. En serio que no todos comían tierra y el que no lo hacía discriminaba a los demás.

### *Chambres de niños y niñas*

Realmente se consideraba que los problemas o chambres solo son de adultos. Los niños en los campamentos hablábamos de diferentes problemas: de otras niñas y cipotes, también de cosas que lográbamos percibir con respecto a la guerra. Por el mismo hacinaamiento que se vivía, la verdad todos se daban cuenta cuando un vecino tenía problemas. En el caso de los niños por naturaleza biológica, se esperaba que después de los dos años ya no se debían de hacer pipí o mojar la cama. Esto era grave que nos sucediera, pero había tiempos de terribles nortes con grandes fríos. Cuando se sabía que le ocurría a un niño o niña, los demás decían «la miona» o «el mión» o «la cagona», en caso de que no alcanzara a ir hasta los servicios. Estas cosas se decían en la escuela o enfrente de otros niños.

Los niños hablaban de estos temas, pero por lo general era más común en las niñas. Recuerdo que iba muy frecuente a las colonias de arriba del campamento en Limones II, y escuchaba que a una niña le decían «la cagona». Eran apodos feos de la infancia. A otra chica le decíamos Cantura, el motivo del apodo fue porque un día presentaba temperatura alta, quería expresar que tenía calentura y ella dijo «cantura», desde entonces la llamaban así.

Otros chambres eran como, por ejemplo: donde había nacido un niño o donde se suponía que había un mañoso. Con respecto a la guerra no teníamos claro este tema, pues era casi un mito y los adultos procuraban no hablar enfrente de los niños.

Para escuchar Radio Venceremos se formaban grupos, era algo de adultos. Esto se hacía como una protección en caso de ser capturados por los soldados hondureños y quisieran sacar información. Pero hablábamos de que se trataba de un tema terrible, porque un niño, cuando se le oculta algo, piensa que se trata de un hecho malo o misterioso, y esto intriga. Lleva a hacer conclusiones que algunas veces son acertadas y otras erróneas.

### *Ver a los soldados*

Ver a los soldados o *cuilíos* de cerca, escuchar que venían era una sensación terrible para todos sin excepción. Nosotros teníamos la idea de que estos cuerpos, eran y son formados para matar, torturar y capturar. Al verlos, sufríamos de pánico, angustia y miedo. Con el tiempo, los adultos habían aprendido a manejar estas emociones. Los soldados sabían que no debían meterse a los subcampamentos de refugiados, es decir, no pasar el cerco militar. A veces lo hacían para provocar a la población y desestabilizar la tranquilidad emocional. Los adultos, al verlos, buscaban piedras, cal, garrotes, machetes o corvos. Los iban siguiendo hasta un lugar que llamaban la «tranca militar». La palabra lo decía, era un lugar donde controlaban todo el cargamento de comida u otros artículos y decidían quién pasa y quién no. Algunas veces detuvieron los productos que venían para cubrir las necesidades de la población refugiada. El objetivo de ellos era poner en crisis, provocar hambrunas y tener el control de qué extranjeros llegaban y quiénes salían de este refugio. Esta era la calle principal del campamento de refugiados.

Los niños y niñas agarrábamos la *onda*. Los adultos gritaban un montón de consignas a los soldados para que supieran qué se sentía al ser acosado, algunas hasta chabacanas: «¡Fuera los soldados! Fuera *cuilíos*, culeros, chorreados, malditos, zopilotes, fuera... ¡Váyanse a la muy mierda, asesinos...!».

En otra ocasión, decíamos: «Los yanquis a la mierda y la mierda a los yanquis».

Nosotros gritábamos con todas las fuerzas al valor de los adultos, con los puños cerrados y automáticamente era la mano izquierda, también juntábamos piedras. En una ocasión, se reunió gente de tres campamentos: Quebrachitos, Limones I y II, reclamando a unos jóvenes capturados que estaban desaparecidos. Estos muchachos eran de Quebrachitos, unos decían que era hermano de Rufino Canales y precisamente mencionaban David Canales, se hablaba de tres cipotes, gritaban consignas como: «**¡Vivos se los llevaron, vivos los queremos!**».

El recorrido comenzó en Quebrachitos y terminó en la tranca

militar —además del palo que detenía el paso, se observaban barriles, sacos llenos y amontonados. Llegamos bien cerca donde estaban los soldados. Uno de ellos parecía el jefe. La gente tomó el palo para quitarlo y pasar, los insultábamos. Estaban bien ofendidos, unos levantaron los fusiles, parecía que nos querían disparar. En ese momento, yo no hablaba, me temblaba el cuerpo y pensaba que íbamos a morir. A esta edad tenía claro el concepto de la muerte, y qué hacían los soldados. A mí me gustaba preguntar mucho. Una vez hablaba con Bertila, hija de Juan Márquez, ella me contaba que su familia vivía en un lugar llamado El Mozote, de donde tuvieron que huir por la guerra y a toda la gente que vivía en ese lugar y sus alrededores, la formaron para matarla por grupos. Hecho del que no sobrevivió nadie. En este momento, se me vino a la mente esta historia, pensaba que estos hombres no respetaban ni a los niños y por eso creo que sentía muchísimo miedo.

Aparte de seguirlos de manera real, nos asustábamos de verdad e inventábamos algo de vez en cuando. Un día en la tarde, subimos al «cerro pelón» de Limones II para buscar cirines. Veíamos a lo lejos, unos postes quemados y negros, pensábamos que eran soldados, pero, al descubrir que no eran, ya que nunca se movían; mi prima Rosa me dijo:

—¿Qué te parece si vamos a la colonia y decimos que hemos visto a los soldados?

En ese momento, le contesté:

—¡Pero no son soldados, son palos negros!

Decidimos decir que habíamos visto a los soldados, con el objetivo de asustar a los vecinos y divertirnos. Así fue... Le comentamos a la encargada de colonia. No sé si hablaron esto en reunión general, pero recuerdo que era invierno y dijeron que en esos días no fuéramos al Borbollón a lavar, sino que laváramos en los barriles donde se recogía agua lluvia. No sé... a los niños nos gustaba, de vez en cuando, asustar a los adultos. El problema era que nos *cacharan* que había sido mentira, pues recibíamos una buena castigada, porque la gente que hacía turnos se sacrificaba más.

### *Juguetes y repartidas*

Esta vivencia no la recuerdo... Mamá me contaba que cuando yo tenía como tres años, mi papá nos visitó de la guerra. A mi hermano Carlos le llevó un carrito y a mí una muñeca. Los niños mostraban cierto egoísmo o rivalidades, al verle una cosa nueva o llamativa a otro. No siempre lo aceptaban, pues, o era para todos o para nadie. Dice que le comentaron que lloraba, porque unas niñas me echaron a la letrina la muñeca, y no me la pudieron sacar a pesar de los esfuerzos; después de esta, no tuve otra tan pronto.

En el campamento, no todos los niños teníamos suerte a la hora que repartían los juguetes. Normalmente daban una vez al año y siempre acercándose la Navidad. Estos eran de donaciones que traían los internacionales y los de madera, hechos en el taller de juguetes. La mayoría eran niños y adolescentes quienes los fabricaban. Nos dolía cuando, después de una repartida, a los hijos de algunas familias se les veía buenos juguetes, como carritos de metal y muñecas muy bonitas. Las mamás de estos niños o familiares eran encargadas de estructuras de coordinación o líderes de colonias.

En uno de los días de diciembre, pasaron por las colonias avisando de que iban a repartir los juguetes. Por mala suerte yo no estaba en la champa en ese momento, es posible que anduviera por Vegas. Al regresar, pensé que ya los habían repartido, pues observaba a algunas niñas detrás de las colonias jugando.

Pregunté sobre los juguetes a mi nanita Candelaria. Ella me enseñó algo raro y me dijo: «¡Esto es lo que te dejaron!». Era un muñeco de color crema con rayas, tan feo que no tenía forma, era como un *chupustón* de trapo. Pensé que era broma que eso me habían dejado, ya que, las demás niñas de la colonia presumían muñecas de verdad y bonitas. No como el mío. No aceptaba aquel feo juguete. Empecé a llorar de la gran decepción.

«¡Nanita! —le dije—. ¡No quiero esto, no lo quiero, no quiero esa mierda horrible!». Lo tiré al suelo y lo pateé con todas mis fuerzas. Brincaba encima de él, creo que hice las de don Ramón cuando no le puede pegar a niña Florinda o al Chavo del Ocho en la serie de Chespirito.

Mi nanita me dijo que lo sentía mucho y, tal vez, si yo hubiera estado a la hora del reparto, me lo hubieran cambiado. Lloré tanto ese día, suspiraba con resentimiento, acostada en el suelo preguntándome: «¿Por qué en esta Navidad no puedo tener un juguete?».

Mi mamá le comentó a una señora que costuraba que me sentía triste, porque no me habían dado una muñeca. Niña Lucía, la esposa de don Ruperto, me hizo una de trapo. Me sentía bien contenta, le veía forma humana, para mí era mi hija. Hablaba con ella y siempre era mi compañía a la hora de dormir. Después de un tiempo, me regalaron una muñeca, similar a las Barbie, pero no de esa calidad, era sencilla.

Un día de juego en la canaleta donde pasaban las aguas lluvias, estaba con una niña vecina de otra colonia, la llamaré Toña. Teníamos mi muñeca y unas hilachas que simulaba que era ropa. De trastes teníamos tapones de botes, que recogíamos del basurero. Toña me dijo:

—Juguemos.

—¡Está bien! —le contesté.

Regamos todo y asumimos roles como es normal en un juego infantil: Yo era la hija mayor y tenía que lavar la ropa, y ella iba a cuidar a su hija más pequeña —muñeca—, me recomendó que me iba tardar bastante, así como lo hacían las mujeres cuando lavaban en el Borbollón. Inocentemente, acepté la regla del juego. Me repetía, donde yo simulaba lavar: «¡Tardate y no voltees a ver!», me decía.

Yo obedecía, porque no me imaginaba algo más que no fuera el juego. Al pasar un tiempo, había desaparecido. Le hablaba y no contestaba. Tampoco estaba la muñeca. Me fui para la casa y al llegar fue difícil decirle lo sucedido a mi abuela. Ella me dijo:—¡Anda, que te la dé antes de que regrese tu mamá! ¡Si no, imagínate lo que te va a pasar!

Llegué a la puerta, le hablé a su mamá y le comenté lo sucedido y lo que me iba a pasar. La señora le hablaba bien tranquila... Al fin, contestó la cipota:

—¡Esta bicha es mentirosa!

—¡Andate, si no querés que te tire agua!

—No seas así. Vos sabés que no digo mentiras. Estábamos jugando y te trajiste la muñeca.

Yo estaba llorando, no me iba porque sabía que me iban a castigar. Cerró la puerta y abrió una ventana. Me fui a parar enfrente para

que me escuchara llorar. No era un chantaje mi llanto. Al rato me tiró una pierna de la muñeca.

—¡Solo eso me traje, bicha puta!

—No, no es así. ¡Si me tiraste una pierna es porque tenés todo!

Y me tiró la segunda pierna. Le lloré tanto suplicándole en cada parte que me tiraba, hasta que al fin la tenía entera otra vez. Cuando la tuve completa, no le dije nada más. Una vez logrado, sentí alegría y le dije:

—¡Bicha fea, desgredada y ruca, te pareces a la Chilica, en lo mala! ¡No vuelvo a jugar con vos!

Nunca se me olvidó el mal rato que me hizo pasar; le dije *ruca* porque, al igual que yo, le faltaban los dientes de adelante. Nunca más fue mi compañera de juego.

No siempre teníamos juguetes, por eso, con facilidad, los padres se daban cuenta cuando llevábamos algo de otros niños. Y, si ocurría, lo mandaban a dejarlo con previa castigada para que aprendiéramos la lección y no lo volviéramos a hacer.

En una ocasión, mi hermano llegó a la clínica. Ahí había una señora con un niño ingresado. Mi hermano viajó varias veces a visitar al trabajo a mi mamá. Nadie se imaginaba cuál era la intención. El pacientito ingresado tenía un caballito con ruedas. A los días bajó a la casa la señora preguntando por el juguete. Mi

mamá llamó a mi hermano. Él cambió de color y aceptó que lo había traído un momento. Se lo entregó a la señora. A raíz de esta travesura, Carlos recibió una fuerte castigada.

### *Juegos típicos de temporada*

Cada temporada tenía sus propios juegos. Se disfrutaban en todos los subcampamentos. En las tardes de verano, los varones con sus piscuchas o cometas las elevaban con el viento que emanaban los pinares desde las quebradas hasta el cerro de Limones II.

En las colonias, las niñas dibujábamos las peregrinas, con tiza o rascando la tierra donde estaba marcada la forma de cruz. Este juego lo practicábamos más las chicas o adolescentes. Cada cuadro o peldaño significaba un día de semana. La pareja ganadora era la que

más días de la semana ganaba, siguiendo al pie de la letra las reglas: no pararse en la raya o límite, brincar en un pie, desde el cuadro que simbolizaba lunes hasta llegar a domingo, pues ahí se descansaba. Aquí se valía poner los dos pies, en los otros cuadros solo uno. No se permitía pararse en los días que la otra pareja había ganado. Teníamos que ingeniarnos para continuar el juego.

### *El juego a las carretillas*

En este tiempo, los varones se reunían para preparar este «juguetón», consiguiendo los insumos y solidarizándose de que todos los interesados lo tuvieran listo. Este carrito era hecho de cuatro o tres ruedas de madera y una tabla plana que unía los ejes. En la parte de atrás se ponía una tabla más alta y le clavaban un saco doblado para que se sintiera más cómodo al sentarse. Tenía un pequeño lazo que hacía la función de freno. A los ejes clavados, le echaban un aceite quemado, para que las llantas corrieran con facilidad, que no sé cómo lo conseguían, pero solo en la mecánica que todos conocíamos había. En nuestra imaginación, jugar con este juguete era viajar en carro. No todas las niñas andaban en carretillas, ya que normalmente la construían los varones. Pero si teníamos un hermano mayor, la cosa era diferente.

Mi hermano Carlos se llevaba muy bien con los cipotes de la colonia anterior, eran sus amigos de juego y vagancia, con ellos hacían estas cosas. Yo le decía a mi hermano que me prestara la carreta, cuando no quería, lo convencía diciéndole:

—¡No te olvides que yo lavo tu ropa! ¡Y si no me la prestás, tenés que lavarla vos!

—¡Sos pendeja, bicha! —Era su respuesta.

Al final lo convencía. Y él me daba un sermón:

—Pendeja arreacha, tomá, pero no me la vayás a arruinar y no se la prestés a otras bichas.

Lo hacía sola. Más de alguna vez seguí a mi hermano, no me importaba que estuviera con sus amigos. Me montaba de la parte de atrás con él y nos deslizábamos en la calle empinada del basurero. Extendía los brazos y gritando ante aquella gran aventura. Se sentía que

a los hermanos varones, no les gustaba andar con las niñas, aunque fueran sus hermanas. Tenían un gran temor que les dijeran «maricones» u otra cosa.

Los *cholladeros* o deslizaderos eran juegos hechos en los cerros. Las niñas llevábamos sacos para no pelarnos las nalgas o las piernas. Nadie se ponía pantalones, ni pijamas. Jugábamos con roles de familia: a mamás, hermanas u otros familiares. Cuando jugábamos a la cocina, tratábamos de comer algo de verdad: cirines, frijoles o arroz cocido con pedacitos de tortilla.

Uno de los juegos más divertidos y complejo fue la landa, al final no se sabía quién «la anda», tenía varios mecanismos y reglas: uno consistía en que todos los participantes, ponían un dedo en la mano de un líder, que quedaba de último al contar de uno a tres «andaba la landa», este tenía que perseguir al de cerca o al que pudiera alcanzar para tocarlo. De este modo, era el próximo que seguía el juego. Si el acuerdo era que este juego solo era ahí, en ese momento terminaba y no había problema; si se había establecido que se iba a tocar cualquier parte del cuerpo. Pero había otra forma que era tocar solo la cabeza, era más difícil, puesto que no todos teníamos la misma estatura y talla. Si era de sentarse, nos parábamos solo para burlarnos que no lograba deshacerse de la landa, se veía la impaciencia de no quedarse con ella. Porque no era extraño que al día siguiente nos dijeran que nos habíamos quedado con la *juca*, efecto de este juego, porque dependía del grupo, se cerraba con una frase: «Me rebajo, me rebajo con el pelo para abajo, papelito papelón que no me toque ningún ladrón». Esta frase, según nosotros, nos inmunizaba, es decir que, aunque nos tocara quedaba sin efecto. Nadie quería quedar con la landa porque era el perdedor.

A inicios de diciembre nos reuníamos para empezar la landa, la más larga de la temporada. Todos los días era vigente este juego. Terminaría el 31 de diciembre cerrando el año viejo. Nos sometíamos en una situación de andar viendo para todos lados, a ver quién se acercaba, ahí donde mirábamos al compañero o compañera lo teníamos que tocar diciéndole landa hasta llegar a casos extremos de entrar en el cuarto y tocarlos.

En un año yo andaba la landa. No aceptaba ni quería quedarme con la temida *juca*, por eso decidí ir a la champa de al lado. Allí, su-

puestamente, había una compañera. Me aseguré de que no me vieran, porque podía tener problemas, pero todos lo hacíamos. Estaba algo oscuro, entré silenciosamente hasta el cuarto y toqué una nalga, según yo era la de la cipota y dije: «Landa», pero era la de su mamá que estaba con su compañero. Me conoció y me dijo: «¡Mota, hija de la gran puta! ¿Qué andás haciendo?».

Salí asustada corriendo, porque me dijo que le iba a contar a mi mamá. Creo que no lo hizo, me imagino que su hija le ha de haber explicado por qué entré, aunque, después, la señora no me miraba con buenos ojos. Mi intención era no quedar *juca* —con mal olor—, era un gran desafío quedarse con ella, según la regla de este juego, así le decían al que no tuvo la capacidad de poner la landa antes de que se fuera el año viejo, y así fue... en el servicio vi a otra compañera y ahí aproveché de ponerle la landa.

**Los encostalados:** este juego se hacía en el campo. Se necesitaba espacio físico suficiente para poder correr. Se ocupaban sacos para meterse sin zapatos y tener fuerzas. El ganador era el que llegaba primero sin trampas al lugar señalado. La barra o apoyo no faltaba. Todos tenían mucha risa.

**El fútbol:** jugaban mujeres y hombres. En las pocas canchas que había, hacían torneos o campeonatos. Cuando los juegos eran informales no tenían pelotas, las hacían de trapos viejos redondeadas para que rodaran. Eran muy ingeniosos.

A mí nunca me gustó jugar a la pelota, ni me divertía ver este juego. Cuando iba al campo, me gustaba competir de correr a ver quién daba más vueltas. Me gustaba poner a prueba la resistencia de los pulmones. Era divertido, corríamos sin zapatos. Estas habilidades eran necesarias estimularlas ante la necesidad de salvarnos en una carrera.

**Canicas o maúles:** los cipotes hacían unos hoyos en la tierra para jugar a las canicas o maúles. Era muy escaso que tuvieran estas bolitas originales. Las hacían de nailon o plásticos de bolsas viejas. Las quemaban, sacaban derretido el material y lo ponían en un pedazo de lámina. Antes de enfriarse lo redondeaban con algo que no quemara sus manos. Algunas veces, no les pasó algo directamente, pero, tuvieron accidentes otros niños que observaban.

**Los trompos:** los mismos cipotes los hacían de pedazos de pa-

los que conseguían. Su forma era de cono, con un clavo en el centro. Los jugadores necesitaban enrollarlo con una pita. El objetivo era lograr que girara sobre sí mismo. Muchos tenían grandes habilidades, lograban levantarlo desde el suelo con la pita y seguir girando en la palma de la mano. También jugaban a sacar con su propio trompo al de su compañero.

**Cinquito:** juego, generalmente, de niñas y adolescentes. Se jugaba manualmente, con pelota diminuta y cinco piedras. Se recogían en orden lógico, realizando figuras establecidas y simétricas, en los segundos que se lanzaba la pelota. El juego original, trae piezas en pares, con formas de equis. Su pelota es diminuta de hule o goma. Buscábamos piedritas, para sustituir las piezas originales. Dentro de las reglas, no se tenían que mover las otras piezas. Se daba una coordinación de ojo-mano, se estimulaba la concentración y atención, así como otros procesos psicológicos, se jugaba por parejas y siempre niñas. La pareja ganadora era la que avanzaba y lograba todos los pasos que seguir y correctamente.

Era raro que una niña tuviera una pelota de estas. Muchas veces íbamos donde Nora, para que nos prestara una. Su mamá era profesora de kínder, le decíamos Niña Menca; ellas tenían. Se las prestaban a muchas niñas, no era envidiosa. Nora sabía jugar muy bien y nos enseñaba a las que no podíamos.

## *Ir de un campamento a otro*



Tres subcampamentos: Callejones, Copinoles y Vegas.

El refugio era una «cárcel sin paredes». Palabras dichas por el padre Segundo Montes en una visita al campamento en el año 89.

Territorialmente, había límites. Desde Limones I, Limones II hasta Quebrachitos se podía caminar sin problemas. Para ir a Callejones y sus subcampamentos vecinos, no se podía ir a pie por esta ruta, ya que con frecuencia se encontraban personas campesinas hondureñas; y no se sentía una confianza plena. En la orilla de las calles de los cementerios, estaban los tan temidos militares o cuilíos. Esto lo observábamos cuando íbamos en carro de internacionales o de Médicos Sin Fronteras a otros subcampamentos.

Algunas familias no iban a otros subcampamentos porque no tenían familiares o conocidos, por lo tanto, no encontraban sentido de viajar. Yo visité casi todos los subcampamentos entre los años 86 y 89. Para llegar a Callejones por la parte baja se caminaba por varios subcampamentos, por este lugar se sentía seguridad, no encontrábamos a los *cuilíos*. Visitábamos a mi prima Marina y a su familia política. Tenía un niño del mismo nombre que su papá: Efigenio Márquez.

Con todas estas barreras, logré ganar la confianza de mi mamá, pues me dejaba ir sola a la otra zona; tenía entre siete y ocho años.

Caminaba, no había teléfono para llamar cuando se llegaba al destino. Muchas veces me quedaba todo el fin de semana para cuidar a mis sobrinos, mientras mi hermana iba a lavar la ropa. Otro día iba solo a lavar ropa pequeña. Me sentía orgullosa de poder hacer muy bien esta tarea.

Conocíamos y visitábamos a muchas familias en la comunidad de Vegas. Unas eran parientes y otras comadres de mi mamá. Eran del mismo lugar antes del exilio y fueron buenos vecinos: la familia de don Daniel Guevara, Antonia, María, ambas hijas de niña Angelina; Dorotea, abuela de Tránsito, familia de Mariano Romero, Alicia Claros, madre de Walter Claros. Todas estas familias las conocía y eran del mismo lugar: «El Volcancillo de Jocoaitique». Vegas nos generaba alegría, era reunirse con la misma gente.

Al llegar a sus lindos hogares, nos daban comida, aunque fuera con el mismo *conque*, se sentía riquísima, pues cada uno tenía su propio toque en la cocina. Se disfrutaba comer esas tortillas típicas de las mujeres de Vegas, las más grandes que se hacían. Conocí algunas cipotas que, más tarde, fueron mis compañeras de bachillerato: Norma y Verónica Díaz, hijas de doña Tila.

En Vegas vivía un señor que era mudo, de cara asustada y siempre barbón. Yo le tenía miedo y él lo sabía, porque siempre que lo miraba cerca, corría desde el campo de fútbol hasta la casa de mi hermana. Cuando iba sola, rogaba a Dios no encontrarlo, a veces a lo que más se teme es lo que sucede. Yo imaginaba que no lo veía y me funcionaba, al estar cerca respiraba y así superé ese temor.

La población que vivía en El Triunfo, casi todos eran conocidos, pues habían vivido en la comunidad de Limones II. Ahí vivía mi madrina Sotera, a quien más de alguna vez la visité. En una de esas visitas encontré a una niña, llamada Reina Iris, pariente de mi padrino José Castillo, él trabajó mucho en el área de educación. Decidí venirme hasta la comunidad de Limones II con ella, por dos motivos, uno era que tenía temor de pasar sola por la balastera del campo, previo a Limones II, por todos los mitos de ese lugar. El segundo motivo era que yo andaba descalza y quería que me prestara un momento sus *yinas chapinas*, pues quería saber qué se sentía al ponerse estas bonitas sandalias de hule, no muy comunes en el campamento. Era un calzado sin talón atrás, a veces las enviaban de El Salvador o las mandaban

a comprar con los internacionales. Nunca imaginé que nos íbamos a hacer amigas en el bachillerato. Ella desde niña era bien callada, pero muy segura de lo que decía y muy bonita.

De Limones II se fueron grandes vecinas para El Triunfo. Visité varias veces a una señora que le decíamos Hortensia. Mi mamá me mandaba donde ella, llevando huevos para intercambiarlos por sardinas o caballas, un pescado enlatado de varias porciones y con bastante jugo. Tenía un olor bien fuerte. Dependiendo de cómo se preparaba, quedaba rica. Al principio, nos gustaba mucho y las tratábamos de conseguir para darle el jugo a mi hermano Miguel, según nosotros para que se mantuviera con adecuada nutrición. Esta señora nos contaba que solo el olor de estas caballas le descomponía el estómago. Cuando nos comentaba esto, me daba mucha risa lo que decía y cómo lo decía, pues era de forma bien graciosa y tirando lejos grandes escupidas. Nos agradecía que hiciéramos de vez en cuando este intercambio, pues decía que un huevo se lo comía mil veces mejor que esta «puercada hedionda». A nosotros quizás nos pasaba lo mismo, no queríamos comer solo huevos o frijoles grandes, ya nos habían aburrido. Era triste tener que comer muchos días lo mismo. Mi nanita siempre tenía vinagre casero para que nos diera apetito.

### *Rivalidades entre subcampamentos*

En realidad, no todos los niños y niñas se caían bien entre los diferentes lugares. A veces, era un desafío salir. Era común ver a niños, especialmente varones, tirándose piedras con unas hondas u hondillas. Se ponían apodos y se sacaban la lengua. Rápido se conocía, cuando un niño o persona era de otro subcampamento.

Eran nueve subcampamentos: Callejones, Copinoles, Vegas, La Esperanza, Progreso, El Triunfo, Limones I, Limones II y Quebrachitos. Ya de ir a Limones I y II había problemas. En Limones I había un lugar que le decían «el filtro», este era una casa de salud, pero más especial, ya que brindaban atenciones odontológicas, exámenes de laboratorio, evaluaciones y observación más especializada para pacientes por su cuadro clínico. Recuerdo haber visto a una jovencita llamada Marisol, hija de niña Celina y don Mauro, al frente del microscopio haciendo exámenes de laboratorio clínico.

Mi hermano Carlos y yo buscábamos con frecuencia en el trabajo a mi mamá. Aunque no estaba permitido que los cipotes buscáramos a los adultos en sus trabajos, los regañaban o les hacían llamados de atención diciéndoles que «si tenían hijos pequeños los llevaran a la guardería, que para eso estaba». Para mí era un desafío ir sola a Limones I, miraba a los lados para no encontrar a una niña más mayor que yo llamada Yuri, esta niña al verme me sacaba la lengua y, si la desafiaba, me jalaba el cabello. Me hizo esto varias veces sin yo hacerle nada, solo por el hecho de caerle mal. En una ocasión, la vi cerca de mi champa y se lo jalé también.

En cada campamento se hablaban palabras singulares, por decir, las niñas y niños de Limones II, a cada cosa que decíamos le agregábamos la palabra *nana*. Cuando nos preguntaban algo, siempre contestábamos «No, nana», o algún reproche «No jodas, nana». Cuando íbamos a otro campamento y hablábamos así, nos decían: «Yo no soy tu nana». Era una palabra espontánea, no nos dábamos cuenta de que hablábamos así.

### *Dulces y golosinas*

En este lugar no había tiendas personales o familiares, las que estaban eran de la comunidad. Vendían algunas golosinas o insumos de cocina como condimentos, o sobres de polvo para hacer refrescos, levaduras, puros, cigarros, entre otros. El dinero no lo conocíamos. Los familiares trabajaban para ganarse la comida, nadie ganaba dinero. Era raro que alguien tuviera, eran casos excepcionales, porque alguien de la guerra o algún familiar que estuviera en los EE. UU. les enviaban algunos centavos en épocas remotas.

No se veía comiendo dulces o golosinas a nadie y, cuando veíamos a un cipote, lo seguíamos pidiéndole un pedacito. En Navidad era el único tiempo que podíamos probarlos. Pasaban anotando previamente a los niños y el día llegado nos daban tres o cinco dulces y una galleta. La mayoría de los cipotes deseábamos que nos saliera un chicle. Cuando un internacional nos regalaba uno, lo masticábamos todo el día, y lo estirábamos para que los demás niños nos vieran.

Un médico que trabajaba con mi mamá me regaló un chicle,

¡qué emoción! Lo estiraba hasta donde podía, fui haciendo esto desde la clínica a la casa. Había varios metros y por donde pasé estaban apiñadas las colonias. Al llegar a la casa para cenar, me lo saqué de la boca y, cuando llegó la noche, lo pegué en el respaldar de la cama. Lo busqué al día siguiente, por fortuna estaba todavía pegado y continúe masticándolo. Es posible que les pasara a muchos niños esta situación.

Las golosinas eran igual que las frutas, difíciles de conseguir. Muchos niños y niñas pasamos cerca de la única tienda que existía en Limones II. De vez en cuando, algunos compraban puros u otros artículos como Fresquitop, así le decíamos a unos sobrecitos para hacer fresco y unas bolsitas que decían churros.

Deseaba saber cómo era el sabor de los churros, le preguntaba siempre al señor de la tienda.

—¿Cómo puedo hacer para comprar un churro?

El señor, siempre me respondía:

—¡Pedile diez centavos a tu mamá!

Pensaba: «¡Mmm, mi mamá no tiene dinero!». No me quedaba más que olvidar este deseo.

Mi hermana se quedó a vivir unos días en Limones II, con nosotros. Esperaba su segunda bebé, Nora. En uno de esos días, me mandó a la tienda a decirle al señor que le diera fiado un sobrecito de fresco. Pensé que era el momento de probar un ¡churro! Entendía que cuando era con ese trato, no se daba dinero en el momento, que posiblemente después se pagaba. Después de mencionarle del sobre de fresco, le dije: «¡Mi hermana también quiere que le fíe un churro!».

Y se lo señalaba con gran alegría. Observaba desde la mitad de la puerta y empinaba mis pies para lograr ver lo que hacía. Anotó en una libreta y me dio las dos cosas solicitadas, luego me fui corriendo con gran emoción. El churro lo llevaba escondido dentro del vestido.

Ya en la casa entregué el encargo. Me escondí debajo de la cama para comérmelo, porque temía que descubrieran la mentira del churro. Apenas se miraba porque las camas eran bien bajas y entraba limitada luz a los cuartos. Estaba acostada embrocada, disfrutando cada pedacito, trataba de respirar muy bajo y con gran cuidado sacaba de la bolsa para que no se escuchara el ruido. Al rato, mi abuela me habló desde la cocina:

—¡Vero!, ¿dónde estás, puñetera?!

Salí sin responder. Me sacudí la panza llena de polvo. Me acosté en la cama haciéndome la que dormía y despertaba. Respondí:

—¡Aquí estoy, nanita!

Se asomó y se quedó tranquila. Posiblemente nunca cobraron el churro, porque jamás me reclamaron.

### *Con personas «internacionales», admiración y vínculos*



Rudy Reitingger, el de lentes oscuros, junto a otros internacionales, acompañado de coordinadores y niños curiosos.

Internacionales, así llamábamos a las personas extranjeras. Fueron un gran apoyo para la comunidad del campamento de refugiados. Se sentía gran confianza cuando llegaban. Era una posibilidad de salir y escuchar música, pues cada vez que llegaban delegaciones, el conjunto Morazán les hacía una bienvenida. Una canción típica que siempre les cantaban era:

*«Han venido de muy lejos,  
ahorita van llegando  
los hermanos solidarios,  
que nos vienen a visitar...».*

Era todo un protocolo, pues había gente preparada para recibirlos y con una agenda bien elaborada.

Lo último que venía era la bailadita. Los visitantes tenían una casa, digamos que algo más especial que el resto, pues tenían un baño más cerca de donde se quedaban. En unos años hubo cambios y más flexibilidad por parte de la coordinación. Elegían familias donde alojarlos, es posible que uno de los objetivos, era que los internacionales o visitantes experimentaran en carne propia la vida del refugio. No era en cualquier casa donde los dejaban. Los coordinadores asignados en esta función observaban y aseguraban que esta vivienda fuera limpia, y los que la habitaban en su mayoría fueran adultos. Entre algunos visitantes, andaban familias completas cargando a sus bebés, la mayoría eran rubios. En la casa de don Juan Márquez, se quedó unos días una muchacha extranjera con un bebé, para nosotros muy hermoso, nos asomábamos de curiosas para ver al niño, que parecía un muñeco con vida.

En lo personal admiraba la forma como hablaban, especialmente los norteamericanos. Cuando después de una actividad con extranjeros llegaba a la casa diciendo que yo también podía hablar inglés, me retaban:

—¡Habla, queremos escucharte!

Decía más o menos así:

—Hay chi mi nijauc.

¡Pensaba que así hablaban los *chelitos!*, y con esta frase quería decir lo que cada uno pudiera imaginarse. Era mi respuesta. Los que me escuchaban se ponían a reír y yo terminaba enojándome.

Llegaban norteamericanos y europeos. Nosotros no los distinguíamos. La mayoría eran rubios, ojos azules, verdes o color miel. Generalmente en América Latina a todos los de piel clara y que son internacionales independientemente del país que vengan, se les dice *gringos*. Y no siempre es despectivo, pues hace referencia a que son rubios. Yo interrogaba a mi mamá:

—¿Por qué los internacionales tienen ojos de gato?

Al decir así, en nuestra infancia no era despectivo u ofensivo. Queríamos decir que tenían ojos muy bonitos, de otro color a los nuestros y no muy comunes en nuestra población.

Delante de ellos nos sentíamos tan feos, quemados del sol, llenos de polvo, con las ropas rotas o remendadas y descalzas. Nuestra ropa y cuerpo nunca olía, como la ropa que ellos andaban.

A mi mamá la visitaba Elisa. Ella era de Voces de la Frontera. Apoyó en el área de saneamiento ambiental a las promotoras de salud, en el campamento de refugiados. Era rubia, ojos azules y muy guapa. De risa encantadora y con mucha energía. Cuando estaba en el campamento de refugiados, siempre nos visitaba. La quería muchísimo. Era muy cariñosa, aun encontrándome llena de polvo y despeinada, me abrazaba y me besaba la *mejía*. La miraba como un ángel. Una vez llegó con un muchacho, también de ojos azules de nombre David. Les tenía mucha pena y los miraba con el dedo índice en la boca y me ponía atrás de la falda de mi mamá. Viéndola a los ojos, dije en voz alta:

—¡Usted tiene ojos de gato, muchacho!

Mi mamá se sentía que tenía pena. El chico decía:

—¿Qué decir la niña?

—No le haga caso —decía mi mamá.

Inocentemente, yo quería enseñarles cualquier cosa a los visitantes que me hiciera sentir orgullosa. Miraba para todos lados y no encontraba nada que los impresionara, ningún juguete o algo bonito en la casa. Mientras platicaban, andaba buscando algo en el pequeño cuarto. Debajo de la cama encontré una nica, que recientemente nos habían regalado para usarla ante una emergencia, yo pensé: «¡Esto les voy a enseñar!». Salí con la nica en las manos, y les dije: «¡Miren, esta es la nica que usamos para zurrar y orinar!».

Me senté en ella para llamar más la atención. Mi mamá cambiaba de colores de vergüenza. Disimuladamente, me hacía señas de que me iba a sonar por lo que hacía. Los visitantes no entendían mis palabras. Eran palabras vulgares y propias de nuestra gente. Difícilmente las encontrarían en su diccionario. En ningún momento quería molestar a nadie. Solo quería mostrar algo «nuevo». Para entonces, tenía entre cinco y seis años.

Los vínculos eran necesarios. Los médicos en su mayoría eran internacionales, como: Médicos sin Fronteras, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados (ACNUR) siempre estaban presentes. Nos conseguían caramelos, colitas y ganchitos, ¡qué emoción! Ellos trabajaban con toda la comunidad. Les teníamos admira-

ción y mucho respeto. Aun estando juntos, su lenguaje, vestimenta, aroma, calzado, se distinguían de nosotros, los refugiados.

Llegaban por poco tiempo. Algunos personajes marcaron nuestra historia. Llegaron para quedarse en nuestra comunidad, como: Mia Vercruysse y Rudy Reitingger, ambos son un ejemplo. Mia apoyó mucho el arte y la cultura, especialmente con el conjunto Morazán. Empezó a trabajar con jóvenes, señores y niños. De las artistas fue Meimi, con su linda voz infantil. En esos años, cantó la canción *Los nardos en flor*.

Rudy Reitingger, alemán. Acompañó en el área de educación en la formación a los maestros populares, pero también en la parte de recreación. Hombre solidario que donó los animales que se encontraban en el zoológico del subcampamento de Copinoles, como monos, diferentes aves exóticas y un cocodrilo, que lo vimos pequeño y crecer aceleradamente. Espacio que permitió conocer animales nunca vistos y olvidarnos por un momento de la guerra. Me encantaba admirar mucho tiempo a estos animales.

Adrián Fitzgerald, de origen irlandés. Hombre que aportó mucho a la comunidad de refugiados en Colomoncagua, Honduras, en la parte operativa y administrativa de la mecánica y la planta eléctrica. Desde aquí se hacían mover las máquinas de los talleres de producción, y las casas de uso común. Recuerdo verlo bajar por la calle de la mecánica con su típico overol de trabajo y un caminar único. Nos permitía ver televisión en las plazas a todo mundo. Algunos llegaban por mucho tiempo, otros por algunos meses o incluso días, como Volcan, Tonys, Eduardón y Manolo. Decíamos Eduardón por ser un norteamericano muy alto y robusto. Siempre pasaba por la calle que iba hacia el subcampamento El Triunfo. Este es uno de los muchachos que llegaba en motocicleta. Manolo, español de cabello oscuro; los niños lo mirábamos bien serio, pero al hablar de él, todos sabíamos de quién se trataba. Llegaron también Carlos y Abelino, un médico muy alegre con los niños. Otros fueron: Leila Lima, médica que me dio la referencia para la operación, en Santa Rosa de Copán. Solange Muller, que le decían Soledad, norteamericana nutricionista. Tiempo después de su estadía, fue oficial de protección de ACNUR. Capacitó a muchas personas para poder dar repuesta a los problemas de desnutrición a la niñez y adultos mayores en el campamento de refugiados

de Colomoncagua, Honduras. Conocimos a Sarita una muchacha norteamericana, que vivía en Limones II. Cuando la veíamos pasar decíamos: «¡Allá va Sarita, la chica muñeca!». Por querer decir que era muy bonita.

Recuerdo haber visto a una muchacha bien alta que le decían Marta Thompson y a un joven Ron Brenneman, ambos norteamericanos.

Los niños y los adultos nos encariñábamos con la gente extranjera. Cuando se les hacía alguna despedida, había sentimientos encontrados: alegría, lágrimas, abrazos muy fraternos, no era fácil decir ¡adiós!, quizás para siempre. A muchos internacionales nunca los volvimos a ver.

La mayoría de ellos se involucraban en actividades de la comunidad y preferían el sector de niños. En una ocasión, fuimos al subcampamento de Quebrachitos. Desde lo alto del cerro adornado de pineras que bajaba a la cancha, habían construido unos *cholladeros* con bases de nailon y tiraban agua. Los cipotes que se lanzaban caían en un volcán de tierra convertida en lodo. Pero era divertido ver a tantos cipotes llenos de lodo y mojados. Fue en estas actividades que comencé a escuchar una canción:

«A la chicha, la chicha la o... la o...», consistía en que se hacía una fila de niños en posición sentados o parados y giraban para la izquierda o la derecha. Todo con el afán de divertirnos y, después, la andábamos cantando en la casa o en cualquier lugar.

En una despedida de un médico, participé. Era en Quebrachitos, en la escuela. Aparte del médico, los anfitriones eran los promotores de salud de todos los subcampamentos. Había otras personas invitadas, la actividad solo era para adultos. Esta vez, me le pegué a mi madre. Desde muy pequeña, padecía de amigdalitis, me provocaba ronquera, hasta perder la voz. Era una tarde de verano, con un sol muy reluciente. Recuerdo que no podía articular palabras ni gritar y sentía que en la garganta andaba grandes heridas, la tos parecía de perro, como decían nuestros abuelos. Andaba descalza y con un *chapín* en mi dedo gordito del pie derecho. Tenía mi uña muy lastimada, de un tropezón que me di en el camino de la quebrada, cuando fuimos de madrugada. Caminaba procurando que mi dedo estuviera siempre

levantado. En estas actividades los hombres de disciplina no podían faltar. En un momento me solté de la falda de mi mamá y me perdí. Entre la gente me sentía frustrada, no podía explicarles a los hombres que ahí adentro estaba mi mamá. Quería entrar y me empujaron junto con otro puñado de niños, diciendo:

—¡Fuera, cipotes! ¡Fuera!

Alguien se paró en mi pie. ¡Qué dolor!

—¡Esta actividad no es para ustedes! ¡Sinvergüenzas!

Me subí en un banco que estaba afuera, para pararme en la malla de la ventana. Algunas escuelas no estaban totalmente cerradas. Trataba de que mi mamá me viera para intentar hablarle. El salón estaba lleno de personas, unos hablando, otros bebiendo refrescos. La malla de la escuela estaba abarrotada de cipotes colgados como monos, con el deseo de obtener un fresco y por estar de curiosos. Estando colgada decía: «¡Mamá!, ¡mamá!». Mi voz parecía como cuando se tiene una pesadilla, que hablamos y nadie nos escucha. Mi mamá de la emoción de ver a sus compañeras de trabajo de otros subcampamentos no recordaba que andaba conmigo. Me quedé sentada en un banco y al mucho tiempo salió a buscarme y a regañarme: «¿Por qué te soltaste de mí? ¡No vuelvo a sacarte!», me dijo.

No podía responder a su pregunta. Al fin pude entrar. Previamente les dijo a los de disciplina que era su hija.

## *Cementerios y entierros*



Primer cementerio ubicado en la parte alta del subcampamento de Callejones.

Lamentablemente, en el refugio murió mucha gente por diferentes motivos. Recién llegada la población fallecían por epidemias como: fiebre tifoidea, hepatitis, tuberculosis y enfermedades difíciles de tratar en nuestro medio. También por cirugías complejas realizadas en hospitales hondureños especialmente en Tegucigalpa. Hubo varias muertes de recién nacidos, niños de la segunda y tercera infancia y de adultos mayores. En un principio, se contaba únicamente con el cementerio de Callejones, así le pusieron por quedar cerca de este lugar. Luego abrieron dos más: el de Quebrachitos y Progreso, porque el de Callejones estaba bien saturado de difuntos.

Eran bien comunes las muertes infantiles y de recién nacidos. La mayoría de partos eran atendidos por parteras o promotoras de salud; y no siempre había médicos de turno. En el campamento cuando un paciente estaba grave, todo mundo lo sabía ya que éramos bien unidos. Se acompañaba a las familias. Siempre andábamos detrás de las mamás por eso sentíamos y observábamos estas cosas.

Ante una enfermedad grave y difícil de tratar en las unidades de salud de los subcampamentos, las promotoras con los médicos de turno tomaban la decisión de mandarlos para Tegucigalpa, la capital

de Honduras. Esto era bien duro y difícil, lo sabíamos porque vimos a mi mamá ir muchas veces con mi hermano Miguel a Tegucigalpa. Anticipadamente, llorábamos grandemente con mi hermano Carlos, porque era un viaje que no sabíamos el día de regreso y ningún familiar podía acompañarlos. Además, no había ningún medio de comunicación.

Teníamos miedo, a veces pensábamos en lo peor que les podía pasar a las personas que emprendían este viaje incierto.

Qué duro era ver subir al paciente familiar en el carrito rojo, manejado por Silvio, un motorista bien serio. Se veía que no bromeaba con nadie. A estos pacientes los iban a dejar a una pista de aterrizaje de aviones militares, decían que quedaba en un lugar llamado La Esperanza. En este lugar los levantaba una avioneta. A esta pequeña nave la vimos pasar muchas veces por los cielos de los subcampamentos. Cuando había viajado un familiar decíamos: «¡Quizás ya viene de Tegucigalpa!», y muchas veces acertábamos.

Mucha gente regresaba en un ataúd. Los niños también pensábamos en esto. Otros tenían miedo de ir, porque pensaban que no los trataban humanamente. Se enojaban los trabajadores de salud de este país, porque estábamos usurpando una tierra que no nos pertenecía; es posible que en muchas cosas tuviera razón la gente. Con muchas niñas cometieron malas praxis, por ejemplo: cuando aplicaron las vacunas, afectaron gravemente su funcionamiento físico-motor de las extremidades y por qué no decir su desarrollo psicológico. Fueron secuelas que

marcaron sus vidas para siempre. Solo en el subcampamento de Vegas conocí a dos niñas con estas secuelas, no caminaban como la mayoría, en ambas niñas, una de sus dos piernas era más delgada y la marcha presentaba dificultades. Todos los menores éramos curiosos y siempre preguntábamos a alguien:

—¿Por qué caminan así?

La respuesta era siempre la misma:

—¡Por las vacunas que les pusieron enfermeras hondureñas!

Algunas veces refirieron pacientes por alguna operación o cirugía que no se imaginaba que fuera tan «grave», pero las personas regresaron muertas y estas experiencias generaban incertidumbre en la población.

Los menores acompañábamos en los entierros. Nos adelantábamos para cortar flores silvestres de color celeste, su aroma era muy peculiar y difícil de olvidar. Para nosotros era muy satisfactorio acompañar. Ayudábamos a llevar las candelas y cantar aquellas canciones que movían las emociones vulnerables de los participantes; pero era también difícil. La calle de dos cementerios estaba en la orilla de la carretera principal. Era común que encontráramos soldados o *cuilhos*, ellos nos observaban y a todo mundo nos daba miedo.

En el año 1987, se murió una niña de un primo que tenía un año. Decían que la causa era de un «mal de boca». Yo la miraba, preciosa aún muerta. Lloraba y pensaba: «¿Por qué se había muerto?». Luego fuimos al cementerio de Quebrachitos. Cuando el difunto era un niño o niña, no apoyaba tanta gente en la vela o entierro como cuando se trataba de un adulto.

Ya en el cementerio, íbamos a enterrar a la niña cuando, de repente, vimos unos soldados en la calle. A todos los presentes nos palpitaba a mil por horas el corazón. Yo tenía un ramito de flores silvestres celestes y se me cayeron de las manos. Los adultos nos decían en secreto que no tuviéramos miedo. Se fueron acercando poco a poco, hasta llegar donde se encontraba la caja de la niña y preguntaron:—¿Qué es lo que van a enterrar?

Respondimos:

—¡Una niña! ¿Quieren verla? —preguntamos en coro.

La pregunta fue por miedo y quizás los adultos deseaban que no imaginaran que era «otra cosa». Destapamos otra vez la caja y se marcharon. Los militares hacían estas acciones porque pensaban que los refugiados enterraban armamento de guerra.

Para los días de Los Santos y Difuntos, nadie iba solo a los cementerios por miedo a ser capturado. La gente acordaba previamente dónde reunirse para salir todos al mismo tiempo y regresar de la misma manera; por decir: en Limones I, se concentraba población de El Triunfo y de Limones II, era una gran fila de personas de todas las edades: niños, jóvenes, adultos y de la tercera edad. Todos íbamos con flores silvestres y de papel crespón, de una gran variedad de colores. Esta fecha era muy importante, se acudía con mucha devoción, pero siempre unidos.

En estos eventos se salía en comunidad. Se llevaban pancartas en mantas y grandes carteles cargados de protestas o cualquier repudio a los soldados. Se gritaban consignas o vivas con megáfonos, como: «¡Que vivan nuestros seres queridos!». «¡Alto a la represión!». «¡Alto al acoso militar!». Se respondía con todo valor y fuerza. Si observábamos a los militares bajo los manzanales del cementerio de Callejones, con más intención gritábamos.

Me encantaba ver pasar a la gente. Iban a visitar las tumbas de sus seres queridos. Pero también era alegría de ir en comunidad, mi mamá casi no tenía tiempo. Aunque no ganaba ningún centavo, las clínicas nunca se cerraban. Sabía que si le decía no me dejaba ir.

En el año de 1988, para el Día de los Difuntos, al igual que todas las mañanas, como de costumbre, jalaba agua en *pichingas* de la pila de Limones II. Andaba con la panza mojada, y descalza, como siempre. Ese día estaba desayunando con tortillas tostadas en brazas, con un huacal de café. Me encontraba sentada en unas gradas de piedra, fuera de la casa. Desde ahí observaba a todas las personas que venían del subcampamento de El Triunfo. Venían con flores hechas de papel. Y pensaba: «¡Me voy con esta gente!». Estaba en un dilema: deseaba ir al cementerio, pero no quería decirle a nadie en la casa porque, si no, seguro que no me dejarían ir. Dejé el huacal y le dije a mi nanita: «¡Regreso pronto!». El camino quedaba enfrente de la clínica donde trabajaba mi mamá y pasé corriendo sin ver, para que no me detuvieran.

Finalmente, me fui con la gente y en esa oportunidad llevaban pancartas con mensajes de repudio contra el cerco militar. Lo hacían porque con seguridad, íbamos a ver a los *cuiños*. En el camino, encontré a mi abuela, María Hernández, quien trabajaba en el taller de remiendos de ropa. Decían que era una señora elegante, educada, con su voz ronca y bonita. Yo estaba feliz, porque pensaba que ella me salvaría de esta decisión horrible de ir sin contar con nadie. Mi abuela me preguntó:

—¿Quién te dio permiso?

—¡En la casa! —le dije.

Andaba cerca de ella, sin perderla de vista. Ella iba a enflorar a una hermana, al cementerio de Callejones. Yo aproveché de poner flores silvestres a una niña de mi prima Marina.

No tenía agua, ni comida y, como siempre, iba descalza. Aunque la calle estaba llena de muchas piedras pequeñas, no las sentía en las plantas de los pies de la emoción. Ese día comí muchos cirines que encontraba por la orilla de la calle. Me adelantaba o me quedaba atrás de la gente, cortando flores silvestres. En ciertos momentos me ubicaba donde estaba alguna pancarta. Me regalaban bocados de tortilla, cuando me quedaba viendo más de alguna señora que comía a dos cachetes. El mirar en esta acción, era una forma de decir: «¡Invítame, aunque sea solo un bocado!», y los adultos eran listos ante este lenguaje no verbal. Para los niños ante una emoción como esta de andar solo, no se tiene hambre. Me sentía como un pajarito libre. Recogiendo ramitos de flores, cortando zacate de conejo, y recogiendo basuritas en la calle.

Ese día fue difícil. Cuando llegué a la casa, todos tenían unas miradas asustadas y de acusación hacia mí. Desde que llegué sabía que esta decisión iba a tener consecuencias muy serias. Mi mamá estaba extremadamente enojada. Me dijo: «¡Cena!». En cada bocado que comía, me bajaban grandes lágrimas. Apenas me pasaba la comida. Sentía los correazos en mi espalda, sin dármelos todavía. No me preguntaron «¿Por qué te fuiste?» «¿A quién le pediste permiso?» o recibí un consejo. Después de la cena, me hincaron y me dieron varios azotes con una correa. Lloraba en cada uno que me cayó: «¡Para que no te volvás a ir sin permiso!», me decía. Realmente, nadie me salvó de esa porraceada. En primer lugar, porque el regreso fue ya tarde, eran más de las cuatro de la tarde. Mi abuela María vivía en las primeras casas del subcampamento de Limones II y no acordamos que dijera que con ella había andado. No sentía resentimiento, en la noche solo pensaba en la gran aventura que había tenido y lo ¡valiente! que me creía.

### *Significado y vivencia con animales*

Nosotros, los niños y niñas, no conocíamos casi los animales. Solo los que habíamos visto en el zoológico. De animal doméstico solo teníamos gatos y gallinas indias. Era un desafío tenerlas, no había espacio para corrales. A los perros no los podíamos diferenciar de los coyotes.

En Limones II había un basurero, de vez en cuando se veían

unos animales comiendo basura. Cuando los cipotes observaban esto, salía el gran grupo de varones con hondas diciendo que iban a espantar a los coyotes. Solo sabíamos que aullaban bien cerca de los caseríos, pero realmente nunca los conocimos.

Cuando, en las mañanas, se veían huellas de animales similares a esta especie, aseguraban que eran los coyotes. Nos daba miedo porque decían muchas cosas de este animal: que era bien pícaro, que no se veía porque con su orín dormía la vista, que comían gente y especialmente niños; entonces era otra causa de temor. Era difícil determinar esto, ya que los aldeanos hondureños tenían perros.

En una ocasión, yo subí a las colonias de arriba del subcampamento, donde estaba la bodega general, es decir, donde se almacenaban los granos básicos para las cocinas comunales y los repartos familiares. Estas construcciones tenían una base y piso alto de tablas, en la parte baja se podía esconder cualquier cosa. Había una gran cantidad de cipotes, viendo debajo de esta infraestructura. Tenían lazos, piedras de todo tamaño y cada vez se acercaban más cipotes. Los ojos de los que estaban y los que llegábamos se contagiaban de espanto y asombro como cuando sucedía algo terrible, entonces preguntábamos:

—¿Qué es lo que pasa?

Al ver sus caras, parecía que se trataba de algo espantoso. Todos sudorosos por el esfuerzo que hacían y dijeron:

—¡Aquí hemos encontrado un coyote!

¡Qué miedo sentimos! Nos acercamos en la oscuridad de las tablas y se observaban unos ojos vidriosos y brillantes de un animal, que temblaba de pánico. De tanto intentar, lograron sacarlo, parecía unos de esos perritos colochos negros que vi cuando regresé a El Salvador. No recuerdo que se acercaran adultos ni los de disciplina para llamar la atención y aclarar de qué animal se trataba. Para los niños era difícil identificar esto, ya que en el campamento nadie tenía perros.

Los cipotes, especialmente los varones, amarraron al animalito, lo pateaban y le tiraban piedras para acabar con el «coyote». Lo arrastraron hasta unos servicios sanitarios, lo torturaron. Todos los que observábamos sí creíamos que era un coyote y por tal razón considerábamos que merecía morir. Después, contaban los cipotes que lo metieron al popó del servicio y no se moría. Al final lo colgaron en un pino que estaba en el basurero de Limones II y ahí se lo comieron los zopilotes.

Tener gallinas era complicado porque las hortalizas quedaban cerca de algunas colonias. Se metían y las personas encargadas las mataban a pedradas. Cuando iban a tirar veneno a los cultivos con más razón, había que amarrarlas, pero previamente avisaban. También había gente o cipotes que se aprovechaban de hacer travesuras y daños complicados.

En una ocasión, me habían regalado dos pollitos recién nacidos, los andaba cuidando del frío. Los dejaba durmiendo en una cajita de cartón con un pedazo de trapo. Estaba pendiente de su comida. Los cuidábamos tanto, que cuando crecieron no quería que los comiéramos. Los veía como miembros de la familia. Un muchacho de la colonia regó arroz con veneno por todas partes de la hortaliza de Limones II, en la parte baja, en la colonia seis y sin avisar. Obviamente, no eran los trabajadores de esta estructura. A todas las familias se les murieron pollos y gallinas. Yo fui a traer los pollos de donde quedaron muertos. Lloraba sin cesar con mis pollos en las manos que ya habían crecido. Nos fuimos supuestamente a botarlos con mi prima Rosa, al cerro pelón. Era tanta la cantidad que así los tiraron al aire libre. Posterior a esto, volaban los zopilotes como si hubiera sido su mejor regalo. Nosotras hicimos un hoyo simulando una sepultura, poniéndoles piedras alrededor, flores y una crucita, le rezamos un poquito y cada tarde cuando podíamos le poníamos flores, porque para nosotras era una gran pérdida. En nuestra infancia, y como gesto de decirles que no los olvidábamos, era un regalo y los habíamos cuidado con mucho amor. Todos descubrieron quiénes fueron los cipotes de la travesura, pero ¿qué se podía hacer? Realmente, para algunas familias, una gallina era la forma de tener un huevo extra o poder comer un poquito de carne de este animal, porque, de lo contrario, se comía gallina una vez al año.

Días después, llegué a visitar a la señora Juacha, una anciana de la colonia anterior a la nuestra. Estaba llorando también por sus gallinas. Quise darle ánimo diciéndole: «¡No llore, niña Juacha! ¡A mí se me murieron mis pollitos envenenados, también me duelen esos finaditos!». Así decíamos porque a todos los que morían de enfermedad y en la guerra, los adultos les decían «finados», la finada o finado tal... Y creíamos que este concepto aplicaba a todo.

Ella me decía:

—¡Lo que más me duele, es no habérmelas comido antes! Porque cuando quería comerme un huevo, no tenía dificultades, vos sabés, malle, que no siempre nos dan. ¡Quería comérmelas así, envenenadas! Yo creo que, bien lavadas, nada me iba a pasar. Pero me dijeron que es peligroso.

—¡Sí, eso es cierto! —le dije—. ¡Nos podemos convertir en finaditos, *nía* Juachita!

Esta señora siempre me decía malle, así nos decían las nanitas. Se sentía bien porque era como decir cariñosamente «mi hijita», ella era originaria de un cantón de Cacaopera. Me gustaba su acento y la forma de hablar diferente.

A muchos cipotes les gustaba apedrear a los pajaritos, por travesura o para comérselos, pero esto lo hacían a escondidas, ya que parte de nuestra educación era cuidar nuestro medioambiente. Los de disciplina podían aplicar castigos a los que veían con hondas y andaban apedreando a estos animalitos.

## *Cuidar a los hermanos*



Sentados en el filtro de salud del subcampamento de Limones I  
(Verónica, mi mamá y mi hermano Miguel).

La población llegó a crecer aceleradamente. Se hablaba de que en el campamento de refugiados de Colomoncagua, Honduras, vivían más de ocho mil personas. La mayoría de familias eran numerosas. En una vivienda habitaban nueve o más personas y si eran dos familias aumentaba el número. No había espacio. Había un hacinamiento en el que era todo un desafío convivir, pero no imposible. Las edades variaban desde recién nacidos hasta adolescentes. A los hermanos más grandes les tocaba cuidar a los más pequeños, asumíamos responsabilidades desde temprana edad.

Para las madres, tener adolescentes era un dolor de cabeza, pues la coordinación muy pronto les iba a exigir que mandaran a sus hijos e hijas a luchar a la guerra. En cierta manera, tuvimos suerte de estar en las etapas de la infancia. Nuestras madres tenían el compromiso de trabajar todos los días. En las noches tenían que hacer turno en cada colonia, para velar por la seguridad de los habitantes, y cuidar de cualquier movimiento sospechoso del «enemigo», nombre que se le atribuía a los soldados hondureños o gente de dudosa confianza o reputación. Llamaban enemigo a los militares salvadoreños, a las personas que eran de otra ideología política o a los llamados «orejas». Era extrema esta palabra. Todo mundo desde el más chico al más

grande conocía el significado de ella. Nos teníamos que defender a como fuera.

Los equipos de trabajo nocturno eran los mismos trabajadores de las estructuras de trabajo comunal. Adultos y jóvenes, cada uno sabía el día que le tocaba. Nadie se podía negar. Se ubicaban en las esquinas de las colonias. Su misión era estar despierto en su tiempo asignado o hasta medianoche, cuando lo reemplazaba el siguiente equipo. Para los que salíamos al servicio sanitario en la oscuridad, nos sentíamos con confianza, pues sabíamos que alguien estaba pendiente de todo lo que pasaba. Sabían que, si alguien entraba desde afuera, más si eran militares, estaban informados con las consignas o acciones de cómo informar a la comunidad sin importar la hora.

Desde temprana edad, las niñas aprendíamos a ser independientes. Cuando no íbamos a la escuela, hacíamos tareas en el hogar y cuidábamos a los hermanos menores. Siempre pasábamos con mi nanita. Mis responsabilidades estaban claras: lavar la ropa pequeña de la semana en el Borbollón y muchas veces sola, jalaba agua para el oficio, bañaba y daba de comer a Miguel y a todo lugar que salía, lo tenía que andar de la mano o en la espalda, traía las tortillas, sacaba los reparos, lavaba los servicios sanitarios el día que no podía un adulto de la casa, ayudaba a mi nanita a barrer y lavar trastes, arreglaba las camas, cocinaba el *conque*, auxiliándome de mi nanita para la atizada de la hornilla; porque por más que soplaba, no lograba encender la leña y a mis ojos no los aguantaba del humo. Mi nanita Candelaria siempre nos acompañó y ayudó en todo. Estos roles los asumía anteriormente mi hermana Anselma. Cuando partió para siempre, me tocó ocuparme estas actividades. Vivíamos dos familias interdependientes que era con mis primas, ellas hacían también lo suyo.

Algunas veces nos poníamos de acuerdo con mis primas para inventar cosas. De la lechona que nos daban intentábamos hacer galletas en cajas de fósforos o algún papel que aguantara el calor del comal. Cocinábamos palomitas de arroz y pirulines de azúcar, que varias cipotas los hacían y habíamos aprendido.

Miguel se quedaba con mi nanita cuando iba a la escuela o cuando quería jugar y darme una escapada. Era un niño especial. Muchos cipotes se burlaban de él y le ponían apodos, decían que era un «loco, bizco y perverso». Escuchar esto me mortificaba. Muchos lo

apreciaban y le hablaban con cariño. Cuando íbamos a las bienvenidas de los internacionales desde lejos sabían dónde estaba Miguel. Su forma de bailar no era muy común, brincaba hasta sudar y cansarse. Sus colochos se le levantaban. Lo dejaba bailar, pues en eso me distraía viendo otras cosas del entorno.

Tenía una gran responsabilidad, si algo le pasaba, yo respondía por él. Cuando mi mamá hacía turnos en la clínica o la colonia, mi abuela dormía con nosotros, se sacrificaba mucho.

Veía que muchas niñas o adolescentes, cuidaban a sus hermanitos. Nos encontrábamos en los Borbollones lavando la ropa de familiares. Mi mamá nos enseñó valores: decía que entre hermanos nos debíamos ayudar unos con otros. Lilian, mi hermana mayor, vivía en el subcampamento de Vegas, cuando nos visitaba le cuidábamos a los niños. Sentía una gran alegría cuando venía. Era casi siempre viaje del día cuando llegaba a la casa; por decir, llegaba a las ocho de la mañana y a las tres y media de la tarde se iba. Tenía tres hijos de diferentes edades, es decir, de dos y un año. Mi mamá nos mandaba con ella para que le ayudáramos a llevar a los niños: Walberto era el primero, tenía tres o cuatro años y no le gustaba caminar, pues para un niño de esa edad era largo ese camino; Carlos, mi hermano, lo llevaba en los hombros, hasta dejarla arriba del subcampamento de Progreso, porque considerábamos que, desde allí, era poco lo que tenía que caminar con sus tres niños. Otras veces teníamos que quedarnos para regresar al día siguiente. El querer ayudar no era algo al azar, era un aprendizaje de ser solidarios hasta con los hermanos, así nos enseñaban en nuestra familia. Cuando nació el tercer hijo de mi hermana llamado Marlon, nos fuimos a traer con mi mamá a Nora, tenía solo dos años y ya caminaba muy bien, lo hicimos con el afán de ayudar a mi hermana en ese tiempo de maternidad, aunque no comprendíamos el sufrimiento de la niña al separarla de su mamá. Por el camino desde Vegas a Limones II, la niña iba bien contenta y juguetona, pero en la noche lloraba a todo dar. Nos desvelaba, yo quería que se acostumbrara y que se quedara con nosotros. Me sentía muy feliz al cuidarla. Nora desde muy pequeña, tenía muy buena estimulación en su desarrollo, no hacía sus necesidades en la ropa, siempre avisaba. Esa semana, yo iba todos los días a un pozo de niña Lupa a lavarle la ropa, para que se le secara, pues los niños no tenían

suficientes mudadas al igual que los adultos. Me sentía contenta, pero la niña se veía bien triste y lloraba, no quería comer y le hablaba a su mamá. Tuvimos que ir a dejarla pronto. Mi hermana, en el posparto, igual nos comentó que no dormía pensando en su hija que le hacía mucha falta. Nuestro propósito era ayudarle y de corazón, aun así, en nuestra buena intención, no medíamos el daño que sufría ella al estar separada de su núcleo familiar. Cuando uno tiene hermanos se siente ese gran amor y se extrañan eternamente cuando ya no están.

## Impacto de las noticias de la guerra



no pinto las expresiones de haber o estar con usted y sus hermanos  
yo es una de mis alegrías que siendo el primo apuse esas  
cosas aunque no estoy muy segura por lo que esta de la  
situación no estamos muy seguros pero parece no debe que  
deber desmoralización dentro de nosotros. Porque no podemos la  
esperanza de ver libre nuestro país. "Mamá" me escribe  
Preocupada al orí decir que he con "Agustín" a la vez que  
porque no se que es lo que tiene pero no puedo las esperanzas  
de haberlos haber todos "igualmente". "MAMÁ"  
me parece que un un papel que le mande la carta que me  
abta acompañada con un cheque que si gram. "BOYANDES"  
han 28 años y nos queremos mucho pero el sabe para el  
norte de su "Agustín" "MAMÁ" si yo le cuento esto  
espero que no me quite hacer cosas escondidas de la familia y  
no se si se acuerda que hay el 27 de abril estubo Compañ  
daron una mas espero me dicee muchos felicidades  
Como se los deseo po a usted "Mamá".

"Dado"  
de cuanto que fui donde mi papa y saludos los  
manda decir que Cuiden las niñas por que ellas  
Sea el futuro de mañana Buenas "Mamá"  
Solamente Cuidanlas Cuando  
Puedan prima Ardy para  
"Eno carce Romero" INOCENTE

Carta enviada de mi hermana Anselma meses antes de su muerte.

Muchos adultos creen o dicen que los niños o menores de edad no sienten lo mismo que los adultos y que olvidan fácilmente lo que pasa a su alrededor.

En los subcampamentos, los adultos o encargados de seguridad trataban de garantizar y mantener en un hermetismo a los menores de todas las noticias aterradoras relacionadas con la guerra. Esto era difícil, pues por la ubicación del campamento, la frontera con El Salvador quedaba a pocos kilómetros.

Cuando había combates u operativos por las noches, se observaban los aviones bombardeando y se veía el color de las balas o explosivos, cuando pasaba el avión a orillas de la montaña de Perquín y San Fernando. Lanzaban luces de bengala, las cuales alumbraban todo el campamento como cuando la luna está llena.

Con esto nos asustábamos mucho. La gente se veía con miedo y esas emociones se transmitían de unos a otros. Cuando en una familia se moría un familiar o hijo combatiendo, la comunidad de refugiados

se daba cuenta de inmediato. Los adultos en las tardes se reunían por grupos, para escuchar Radio Venceremos. Recuerdo haber escuchado el saludo revolucionario de este medio de comunicación clandestina en los tiempos de guerra. Con la voz de Santiago: «Transmite Radio Venceremos desde Morazán, El Salvador, tierra en combate contra la opresión, voz oficial del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional...». ¡Cómo ponían sus caras cuando escuchaban la palabra «bajas»! Esta palabra quería decir el número de muertos o caídos en el operativo militar. ¡Qué terror! para los que escuchaban la radio guerrillera, esta informaba la cantidad de bajas de ambos bandos. Y siempre se trataba de familiares o conocidos de refugiados: hijos, esposos, hermanos y amigos. Nosotros nunca entendimos por qué nos prohibían escuchar estas noticias.

Cada combatiente tenía su nombre propio, con el cual fue asentado en la alcaldía correspondiente de su municipio en El Salvador, antes de irse para el refugio. Pero cuando comenzó la guerra, muchos se ponían otro nombre o seudónimo, para protegerse de ser encontrados por el «enemigo». Los que se quedaron o vinieron al campo de batalla también lo hicieron. Los familiares sabían cuando era su pariente el que había muerto, ya que en el proceso de incorporación a la lucha hacían llegar el otro nombre de guerra, pero al momento de dar la triste noticia mencionaban los dos nombres. Cuando murió mi hermana Anselma Romero —que era su nombre real— cayó combatiendo, Radio Venceremos anunciaba que: «Anselma Romero, de pseudónimo Alva Arely, brigadista y radista, había caído en combate en una emboscada por el enemigo, cerca del desvío de Jocoaitique, junto con su compañero Pajarillo».

Esta noticia no la escuchamos en el momento, pues nosotros no teníamos radio. Otros familiares y conocidos sabían que se trataba de mi hermana. A mi madre nadie le quería anunciar esta aterradora noticia, a pesar de que ya habían pasado varios días de la muerte. Todo mundo se daba cuenta, menos nosotros. Mi madre, en esos días antes de saberlo, comentaba que sentía algo horrible en su pecho, era un presentimiento desagradable. Es incomprensible el concepto espiritual. Recuerdo que en esas noches mi mamá alumbraba hacia arriba con su lámpara de mano, porque decía que le tocaban un nai-lon que tenía para las goteras. Ella quería creer que se trataba de una

imaginación y que un ratón era el responsable de este ruido. Cuando alumbraba y tocaba esta cosa, nada se corría y no se escuchaba más, pero una vez se acostaba, ocurría lo mismo. La noticia se la dieron los padres de mi papá, la mandaron llamar a la casa donde ellos vivían. Le dieron una gran terapia antes de esta impactante noticia. Este fue el inicio de un duelo y depresión familiar. El acontecimiento fue amargo, por el hecho de nunca haber podido ver ni enterrar su cuerpo. Con frecuencia escuchábamos en las casas de la colonia a gente llorando, pataleando en las hamacas ante una noticia como esta. Era horrible porque ninguna familia velaba a nadie o menos en estas condiciones, era imposible darle una cristiana sepultura. Solo el impacto de saber que jamás veríamos a nuestros seres queridos. Por lo tanto, se tornaba un duelo eterno.

Sucedió que a muchos combatientes los dieron por muertos, pudieron haber sido errores de comunicación, los lloraban y les hacían su rezo u oraciones respectivas basadas en la fe católica. Con los días tuvieron noticias de que era otra persona, con el mismo nombre del fallecido. Cuánto hubiéramos deseado que todos fueran errores.

Tiempo más tarde tuvimos dos versiones de la muerte de mi hermana Anselma. La primera fue que era un día de invierno, a muy tempranas horas de la mañana, cerca del desvío de Jocoaitique, el compa Nasser dio órdenes a su cuadra de combatientes que se ubicaran ante un ataque del enemigo. A mi hermana la emboscaron e hirieron los soldados. Gritaba con todas sus fuerzas a sus compañeros que le ayudaran y que la sacaran. Pajarillo otro compa que la escuchó y ante la angustia de mi hermana llegó para salvarla y a los dos los golpearon, los arrastraron aún con vida y los quemaron, luego los perros se los andaban comiendo por la calle y caminos cercanos a su muerte.

En otra versión decían que mi hermana, aun herida, quedó viva. Estando acorralada por sus enemigos, descargó hasta el último tiro de su arma para poder salir de la línea de fuego, pero no lo logró. Posteriormente, un helicóptero la levantó junto a sus verdugos, lanzándola aún con vida desde arriba. Su cuerpo cayó cerca del campo de Los Quebrachos. Decir que solo llegamos a conocer estas dos versiones y ambas son aterradoras, porque apenas tenía quince años. Desde entonces, la canción de los Guaraguaos, *La tumba del guerrillero*, siempre me mueve estas emociones. La gran pregunta será siempre: la

tumba del guerrillero de mi hermana, tíos, familiares y todos los que derramaron su sangre en esta guerra civil, ¿dónde? ¿Dónde están? Y nadie nos contestará...

Muchos niños buscábamos a personas que habían llegado de El Salvador para preguntarles:

—¿Cómo es El Salvador?

Contestaban:

—¡Es bonito!... Pero está tremendo, sus lugares donde nacieron son inhabitables, hay grandes charrales... De esta manera nos trasladaban la idea de que era un lugar solitario y lleno de monte. Otros mencionaban que era triste, que jamás íbamos a regresar a El Salvador, pues cuando nos fuimos dijeron que solo nos íbamos a quedar tres meses y fue todo mentira. «Han pasado muchos años y no hay nada concreto con el cese a la guerra o sobre el regreso», por momentos, nos confundían con estos comentarios, porque en la televisión veíamos otras imágenes muy diferentes a estas versiones. Solo lugares bonitos nos presentaban.



Mi hermana Anselma meses antes de involucrarse a la guerra.  
En brazos un bebé de nombre Joel.

### *Sufrir violencia y callarlo*

Nuestra historia cultural ha estado marcada por diversas experiencias agresivas. La guerra y las desigualdades sociopolíticas marcaron una situación de violencia generalizada. La mayoría de las familias comentaban que, en los hogares, para educar a los cipotes con valores, se creía que era necesario el castigo físico y que según nuestros padres era «la forma que más resultado daba».

En los subcampamentos, y casi en todos los hogares, los niños sufrían violencia de padres, hermanos, primos o de quienes habitaban las viviendas. Pero también había familias permisivas y sobreprotectoras que no ponían límites en los menores. Muchas veces eran niños huérfanos. De esta manera, se creaban actitudes o patrones de conductas poco saludables. En mi familia jamás nos iban a permitir que le robáramos algo a un niño vecino o que peleáramos, si en un caso sucediera, había que rogarle a Dios que no lo supieran en la casa.

Nosotros vivíamos en la colonia seis. No entendía este orden porque era la última fila hacia abajo del subcampamento y colindaba con la colonia nueve en la parte de arriba. La mayoría de estos vecinos, eran pobladores del municipio de Cacaopera y los distinguíamos por la forma de su lenguaje.

Había señoras que, por cualquier cosa, hasta insignificante, comunicaban a las madres. A lo mejor disfrutaban de vivenciar la violencia, o de ver dar cinchazos o correazos a los niños que no eran sus hijos. Había un cipote que cuando estábamos en la puerta y pasaba y no lo veíamos, nos daba un buen aruñón en el brazo o un pellizco, y nos torcía la piel. Normalmente, todo niño o niña ante un ataque responde, pero no todos los padres tienen la capacidad de averiguar por qué un hijo lo hace. Cuando hacía esto, lo insultábamos. Este niño contaba nuestra reacción a sus padres, pero nunca comunicaba lo que él nos hacía.

En la colonia había unos cipotes «especiales» que sufrían rechazo y discriminación por su conducta. A todo mundo apedreaban e insultaban. Era difícil poner queja en estos casos, pues los responsables de ellos no escuchaban o mandaban al carajo a quien fuera.

Uno de esos días estábamos varias niñas jugando en el basurero de Limones. A veces pasaba que después de estar alegres, se terminaba

mal. Una niña, familia de estos chicos, me dio un empujón fuerte y caí al suelo. Me levanté, la reacción mía fue similar y se puso a llorar. Ahí estaba mi prima, pero no me podía defender. Esta niña empezó a llamar a estos chicos: era un cuarteto, les gritaba para que me atacaran: «¡Apúrense, corran! Antes de que se les vaya...».

Vi que venían con hondas y piedras en las manos, lo primero que pensé fue: «¡Hoy sí que me van a matar!».

En cuestión de segundos, mi prima me miró preocupada y me dijo: «¡Correte, cabrona, porque no te queda otra!»

En esos segundos no sabía qué hacer. Si me iba para el lado del Triunfo, esta opción no me permitiría regresar con facilidad a la casa, o corría hacia arriba, o me quedaba en ese lugar, los cuatro me iban a dar tremenda golpiza. Uno de ellos tenía quizás doce años; yo siete, empezando los ocho años. Podía correr muy bien y empecé cuesta arriba con todas mis fuerzas. La ventaja era andar sin zapatos, yo no miraba para atrás para no perder el tiempo. Solo vi hacia un lado y venían a salirme adelante. Corrí con más fuerzas. Detrás de mí iba una tormenta de piedras, unas caían delante de mis pasos y otras atrás. Sentía que casi me alcanzaban. Lanzaban piedras con hondas, como el arma que utilizó David para matar a Goliat, según la Biblia.

Corrí hasta la casa de mis abuelos. Esta distancia tenía un aproximado de trescientos metros o más. Era una calle cuesta arriba. Hasta ahí me siguieron. Entré de una vez a la casa sin decir palabras. A los segundos, se escuchaban en la lámina unos tamborazos, eran piedras de gran tamaño. Mi nanita me dijo: «¿Qué pasa?», no le quise decir porque no quería que supieran en la casa, estos chicos cuando golpeaban a alguien, decían que si contábamos «nos iba a ir peor».

Salí por un momento y vi a mi prima, que me había seguido para ver en dónde me metía. También me asusté, porque vi a los cuatro cipotes que me habían seguido y me dijeron que me iban a esperar en la bodega. ¡Eso sí que me preocupó! Pues era el único camino para llegar a la casa y se estaba haciendo de noche. Mi cara estaba llena de sudor, la sentía roja y caliente, mi corazón palpitaba tan fuerte que parecía salirse.

El miedo paraliza o hace actuar. No me dejé llevar por lo que dijeron. Me fui de casa en casa para no pasar por la bodega. Pasé debajo de la vivienda de don Esteban Laínez y me bajé cerca del barranco

donde se mató la niña Azucena. A ese lugar le tenía miedo, pero en ese momento no sentía nada, lo que quería era llegar a la casa.

Salí abajo de la cocina de niña Chabela y finalmente llegué. Siendo así más lista que los cuatro chicos. No me preguntaron nada, porque mi prima Rosa, aunque llegó primero, no comentó el incidente.

Al día siguiente, los vi. Delante de la gente intentaban portarse «bien». Traté de hacerles sentir que no les tenía miedo y que había sido más lista que ellos. Les dije con valor: «¡Mi tío Evelio! (pseudónimo) es de disciplina y ya sabe todo lo que pasó y que me quieren pegar! ¡Ahí vean, bichos cabrones, lo que les va a pasar! ¡Eh, les gané!». Y con la misma valentía les saque la lengua. Sí que me funcionó esto que les dije, porque no me volvieron a pegar, aunque lo de mi tío era mentira. Él no supo de esto, pero me creyeron, porque era miembro de los hombres de disciplina.

Mi mamá viajaba con mi hermano Miguel a Tegucigalpa. Lo llevaban a controles médicos, porque antes del año él tuvo fiebres muy altas hasta provocarle convulsiones repetitivas, dejándole secuelas irreversibles. Caminó como a los cuatro años de edad, el lenguaje fue lento y su vista presentaba un estrabismo bien marcado. En esos días, lo iban a operar por el problema visual. Tenía cinco años y mi mamá tenía miedo de traerlo muerto, como a muchos les sucedía.

Era un fin de semana. Mi madre había tomado la decisión de no ir a este lugar. Fue a la casa de don Goyo, el compañero de niña Concha, partera de Limones II, para que le diera una sugerencia de la decisión tomada. Uno de los cipotes que me siguieron, el mayor, estaba enojado con don Goyo, los dos estaban sentados en unas sillas con las puertas abiertas y el chico lanzó una piedra, por mala fortuna le cayó a mi mamá en su tobillo, dejándola andar con bordón. No podía poner el pie para nada y tampoco podía ponerle queja a la abuela de este cipote, porque de nada iba a servir.

El motorista que tenían los Médicos Sin Fronteras se llamaba Silvio, era un señor de piel morena, muy serio. Vino a buscar a mi mamá hasta la casa, con la referencia en mano. Él se enojó porque no estaba lista para el viaje con el niño. Ella le explicó los motivos por qué no iba, y no le quedo más al motorista que regresarse. La gente le decía a mi madre que ese golpe era una manifestación divina, porque

tal vez algo malo le iba a pasar a mi hermano y que no ¡renegara de la pedrada!

Mi mamá nos aconsejaba por todo. Que no peleáramos, que nos portáramos bien y que cuidáramos las cosas, que no gastáramos o comiéramos todo, que guardáramos para cualquier crisis, necesidad, o nos sintiéramos en aprieto. Decía que nunca se sabía qué emergencia se podía presentar. Teníamos que ahorrar alimentos o recursos que duraban un poco más como azúcar, café o jabón. En nuestro hogar nunca nos faltaron estos insumos.

Muchas veces, los soldados, ubicados en la tranca militar, no dejaban pasar el cargamento de alimentación y materia prima. Era difícil tener una pequeña reserva de lo básico.

Trataba de hacer las cosas tal y como decía mi mamá, para no tener problemas. Esto implicaba guardar una marqueta de jabón, de una libra de azúcar se guardaba la media y esto se hacía cada vez que daban reparto.

Un día encontré a mi primo sacando en una taza el poquito de azúcar que teníamos, yo pensé en lo que mi mamá me había dicho sobre el cuidado de las cosas. Me molesté porque él no vivía con nosotros y le quité el bote, pero se enojó tanto que cerca de nosotros estaba la hornilla con unos tizones con brazas y agarró la estilla encendida, yo gritaba porque me la quería poner en la cara, me agachaba con mucho temor y nadie llegaba. Casi me ponía la estilla en la espalda, sentí calor cerca de las nalgas y me movía para adelante. Al final puso el tizón en la hornilla y se fue, mi vestido tenía un hoyo bien grande detrás de las nalgas. Mi nanita, cuando lo, vio me preguntó. Le conté lo sucedido y dijo: «¡No vayas a contar, no quiero problemas, hija! ¡Quítate el vestido, te lo voy a remendar, tengo un pedacito bien parcido!».

Así me ponía el vestido, con un parche, realmente no se notaba.

Este niño me daba lástima. Cuando él se portaba mal, su padre, que había andado en la guerrilla, lo castigaba al estilo militar. Le daba con un pingo en los dedos y cuerpo, cinchazos y azotazos. Esto era frecuente. En una ocasión, lo encontré en su casa, hincado en granos de maíz grueso y un banco en la cabeza. ¡Sí, me dio compasión! Porque, además de este castigo, estaba totalmente desnudo y se agachó cuando me vio.

Otro día llegué y el castigo era que lo habían dejado totalmente desnudo en la casa, supuestamente para que no se fuera a vagar. Estaba solo y le pregunté:

—Primito, tienes pena, ¿verdad?

—Sí —me dijo llorando.

—Mira, te voy a prestar un pantalón de Miguelito, espérame aquí. Prométeme que no te vas a ir porque, si se dan cuenta de esto, me van a *cachimbear* como a vos.

Así lo hice. Fui corriendo a traer un pantalón de Miguel, tenía dos tirantes. Eran de la misma edad, pero le quedaba algo corto. Después me fui confiada para la casa. A los minutos llegó su mamá, casi queriéndome pegar y diciéndome que por qué era tan ¡sinvergüenza!, que yo lo había hecho a propósito, entonces le pregunté:

—¿Por qué decís que es a propósito?

—¡Callate! ¡Me lo vas a buscar, antes de que venga mi tía y te cachés una verguiada recabrona!

Salí a buscarlo muy preocupada, enojada y con miedo. Caminé por dos colonias y al fin lo alcancé a ver en la casa donde era el kínder. Quería quitarle el pantalón, porque me había engañado. Y le grité: «¡Me van a pegar por tu culpa! ¡Pensé que de verdad no te ibas a ir, pendejo!».

Se enojó y me lanzó una piedra. Tenía un pulso certero y me cayó en la frente. En ese momento, vi luces de todos los colores y caí al suelo. No sé qué paso después, me toqué la frente y sentía dolor y un chichote grande. Lloraba y mi nanita me estaba *faumentando*, me ponía un trapo caliente en el golpe. Nuevamente, ella me advirtió que no contara, porque yo tenía la culpa por ser «sinvergüenza». Varias veces en la casa, peleando con mis primas mayores, me sangraba la nariz y la boca y terminaban limpiándome. Siempre me decían la frase: «¡No vayas a contar, porque vos tenés la culpa!».

En otra situación, estaba con el grupo de niñas de juego de la colonia. Ahí estaba la cipota que hizo que me siguieran sus primos. Yo les pedí jugada y me mofaba que no debía de participar en el juego y las burlas cada vez eran más intensas. Recogí una pequeña piedra y se la tiré, la distancia no era lejos del círculo de todo el grupo. Por desgracia, le cayó a Rubia y le lastimé cerca de la ceja y comenzó a sangrar. Todo golpe en la cara es escandaloso. ¡Qué alarma, Dios mío!

Le mandaron a hablar a mi mamá a la clínica para que la curara. Unos corrían para un lado y otro. Sentía como que había cometido el más grande crimen de mi vida. Yo no hallaba qué hacer, si desaparecer o perderme para siempre. No sabía dónde esconderme y que nunca me encontrarán. Detrás de la casa había un barril sin agua y embrocado, nadie me vio y, como pude, le puse una piedra, me metí debajo y así me entraba oxígeno. Estuve mucho tiempo así y escuché que preguntaban: «¿Para dónde se ha ido esta mona? ¡Hoy sí me las va a pagar!», era mi mamá.

En el campamento era común que cuando un cipote hacía algo indebido, los demás se rebuscaban para atraparlo en un caso que se corriera. Yo me hacía muchas preguntas: «¿Salgo o no? ¡Dios mío, qué hago! ¡Ayúdame, por favor! Tú sabes, Diosito, que no fue mi intención, no la quería golpear, ni enojada que estoy con Rubia». Al fin salí, ni supieron de dónde. Dispuesta a dar la cara por lo que había hecho. Tampoco me salvé de la castigada con la correa, fue similar a la del primito, con maíz en las rodillas.

### *Apodos, sobrenombres y discriminación*

No se puede negar que el refugio fue una escuela, pero, a pesar de todo, en una comunidad cada familia tenía su propia educación, valores, costumbres y creencias. Todos los adultos, niños y jóvenes teníamos apodos y, si no lo tenían, tarde o temprano se los iban a poner. Algunos eran muy groseros, ofensivos o chistosos. Otros apodos hacían referencia a los animales, al propio nombre o por alguna equivocación se aprovechaba para ponerlo. Algunos más recordados son: Chimbolo, Venado, Cheje, Cantura, Lagarta, Cagona, Miona; o referentes a los colores de piel: la Negra, Pan blanco o Payulo.

En algunas ocasiones no tenían claridad del significado del apodo. En un principio, los niños o adolescentes se burlaban al ver a personas con algún defecto o discapacidad física. Por decir, cuando miraban a un niño o persona adulta con labio leporino, hablaban como esta persona, o le decían *janiche*. En nuestra familia esto estaba prohibido, si nos escuchaban que nos burlábamos de alguien, nos ganábamos buena *cinchaceada*. Nos decían que a Dios no le gustaba eso

y que nadie era así porque quería. Además, por la guerra, cualquiera podía quedar con algún problema. Nos infundían que Dios nos podía castigar por burlarse de los demás.

Con respecto a la discriminación, en Limones II vivía una familia muy singular. Digo, porque nunca se vio este cuadro en otros campamentos. Era una familia de cuatro personas, todas de sexo femenino y en toda actividad salían juntas, al servicio sanitario, a sacar los alimentos y a bañarse. Yo sentía que las miraban como

las raras. Se escuchaban algunos comentarios cuando andaban varias personas juntas: «¡Ve! ¡Pareces la manada de la Pola!».

Otra señora que vivía sola siempre andaba con bolsas o muchas cosas que parecían innecesarias que las cargara. También era objeto de burlas de algunos cipotes.

En la colonia nueve, previa a la nuestra, casi todos los que vivían ahí eran de Cacaopera. No recuerdo haber escuchado el nombre de este municipio para hacer referencia a ellos. Les decían los *cuspeños* nombre despectivo y discriminativo a esta población, por el hecho de tener rasgos indígenas. Cualquier persona, hasta un niño sabía que *cuspe* era palabra despectiva. Se burlaban de su lenguaje. Cuando ellos preguntaban, era común escuchar así: «*No has ido a banchar* (no has ido a bañar), *no lo ey visto* (no lo he visto), *caí visto arriba* (caí viendo hacia arriba), *no lo ey terminao* (no he terminado)». Para mí no era problema, yo pensaba que solo eran ojitos chinos, y su forma de hablar era bonita. Se sentía que casi no les gustaba relacionarse con los demás, porque se burlaban de ellos.

Visitaba a una señora muy anciana que le decían niña Juacha. Sentía una lástima porque no tenía una hija que la ayudara. En un tiempo le habían dejado a una nieta de mi edad, era huérfana. Esta niña se había quemado toda una pierna, un día que cocinando le cayó gas y, cuando encendió el fosforo, el fuego le agarró su vestido. A veces, se desplazaba arrastrándose. Con frecuencia, de sus cabellos le desgranaban los piojos. A *nia* Juacha la encontraba en el chorro público con dos *pichingas*, que apenas las podía transportar. Se las llenaba y se las iba a dejar. Una vez me hizo llorar, me comentó que casi no veía y que un vestido lo había lavado con la *pichinga* del aceite que guardaba de reserva y hasta después se había dado cuenta. En ese momento le dije que no se preocupara, que yo le iba a lavar la ropa,

pero que no le contara a nadie, porque me podían regañar por gastar mucho jabón. Desde entonces, siempre fui a su casa, cuando no tenía a dónde ir, era el lugar donde me podían encontrar. Ella tenía mucha pena. Y me decía: «¡No tengo nada que darte, malle!». Sentía que me decía algo muy bonito.

¡Dios le bendiga! En el fondo, quería que alguien se diera cuenta de su vida y me puse a cantar en la casa una canción inventada. Decía más o menos así: «Hay una nanita que anda bien chuquita, es pobrecita y vive bien solita...». Pero al final de la canción mencionaba «Juacha». En una de esas se acercó alguien de la casa y me dijo: «¡Sinvergüenza, ya estás con tus inventos! ¡Espérate ya vas a ver!». Pensé que era malo que yo cantara y la mencionara. Ella vivía en la colonia nueve, originaria de Cacaopera. Normalmente solo pasaba con su esposo don Tomás, muy anciano también.

En nuestra colonia, otra señora vivía solo con una hija, muy trabajadora esta muchacha, en el tiempo que trabajaba la dejaba sola. Ellas no eran sociables, decían que la mujer mayor padecía del corazón. Su hija se veía que la cuidaba mucho y evitaba enojarla. La mantenía bien limpia y su casa igual. La puerta se observaba siempre cerrada. Los vecinos comentaban que no le permitía que tuviera novio. Se sentía que los niños le caíamos mal. Casi nadie se acercaba donde ella.

Un día, decidí entrar a su casa sin pedir permiso, estaba sola, sentada en una hamaca y le pregunté cómo estaba. No me respondió, solo se me quedó viendo bien seria y con una mirada firme. Para sacarle plática, le dije:

—¡Usted es una señora bien agradable! ¡Me cae bien, fíjese! —  
Su rostro cambio y sonrió.

—¡Sos la única puñetera que piensa eso de mí!

Después de eso, seguí llegando a su champa y me dijo que, si le hacía un favor. «¿Qué será?», pensé.

—¡Mira a mí me han dicho unas viejas del diablo que tengo que ir al Centro de Nutrición, yo no me siento bien, ni me gusta ir! Quiero que la comida y esa leche hedionda de cabra ¡la saques para vos! ¡Claro, si te gusta!

Acepté, porque a mí ya no me daban comida de ese lugar, y la leche de cabra me gustaba muchísimo más que esa lechona que nos daban. Me tenía cansada y, con frecuencia, nos causaba diarrea. Me

tomaba el vaso de leche de cabra de mi nanita, con el de ella eran dos vasos, tres veces por semana. En la casa, a casi nadie le gustaba. Algunas personas decían que el que tomaba esta leche, podía correr como un venado o conejo y que nadie los «alcanzaba corriendo». Yo siempre alimentaba esa creencia de que, al correr, nadie me iba a alcanzar y que iba a tener mucha fuerza física. Cuando había oportunidad, jugábamos a la lucha de brazos con algunas niñas para fortalecernos, y lo hacíamos embrocadas en el suelo, nada de mesas. No me gustaba cuando perdía, porque después venían las burlas. «¡Con más razón, tengo que beber leche de cabra!», pensaba. A mi prima Rosa, nunca le ganaba en la fuerza, se notaban los dos años de diferencia.

Uno de tantos días quise molestar a niña Pola. Era una señora muy hacendosa. Su casa siempre estaba bien limpia y ordenada. Tenía pollos indios de varios tamaños. Las pailas donde bebían agua los animales las tenía bien limpias. Un día, yo estaba afuera y ella sentada en la hamaca, le llamaba por su nombre:

—¡Niña Pola, niña Pola! El agua de las gallinas está sucia.

—¡No, hoy se las cambié! —me decía desde dentro.

—¡Sí, pero ya está sucia!

Entonces, agarré una puñada de polvo y se la estaba echando al agua. Salió sin hacer ruido y me encontró con las manos en la masa...

—¡Así que sos mentirosa! ¡Sinvergüenza! ¡Andate, no te quiero ver más! —¡Qué enojada estaba! Y me sacó carrera.

En la noche no podía dormir. Yo solo quería molestarla, le tenía cariño de verdad. Lamentaba que le diera a alguien más la leche. Al día siguiente, fue a buscarme a la casa, no le gustaba salir ni entrar a las casas de otras familias. Se asomó por la ventana que quedaba directo a la puerta del cuarto y me dijo: «¡Vero! ¡Vero! ¿Estás ahí?». Salí del cuarto pensándome el labio de la pena y alegre, la quedé mirando de frente con una actitud como queriéndole decir, «¡la escucho!». Y me dijo:

—¡Quería decirte que me traigas la comida y te bebas el vaso de leche de cabra! —Me sentí contenta, porque ya le tenía cariño y me había perdonado la travesura.

Le dije que sí, moviendo la cabeza. No la veía gruñona, como la pintaban. Era una anciana que vivía una soledad que solo ella podía entender.

Otra situación era que los niños no diferenciaban atributos o situaciones. Cuando veíamos a las embarazadas las tratábamos de panzonas, timbonas, panza de yegua. Algunas veces se repetía lo que escuchábamos de los adultos. Cuando se veía a una mujer con las pompis y bustos pronunciados, decían «¡culo de yegua!», «¡talgueduda!», «¡chiches de la ciguanaba!», «¡tetas de la *chilica*!». Eran bien comunes estas frases. A las chicas de cintura delgada, con cariño, se les decía «¡cintura de avispa!», pero si era despectivo «¡cintura de hormiga!». Recuerdo cuando pasaba Irma Rodríguez por el camino de Limones II. Algunas cipotas decían: «Qué bonita la cintura de ella. ¡Parece de avispa!».

Una prima adolescente tenía los pechos grandes y sentía pena de pedir un *brassier*. Un día que estaban repartiendo ropa en la colonia, la coordinadora le preguntó: «¿Quieres este *brassier*?», enseñándole la prenda estirada. Ella se puso roja, porque otras compañeras de su edad no tenían busto todavía. Una chica le dijo: «Hoy te van a decir ¡Juana *brassier*!».

Los internacionales no se escapaban de los apodos. Muchos que ya no eran tan jóvenes, y tenían calvicie parcial o total, los cipotes les decían «¡cabeza de bombillo!», «¡cabeza de coco!», «¡cabeza pelona!». Cuando la cara se les ponía roja con facilidad, les decían «¡tomate!» Pero esto último también nos decían a los de piel clara, por la misma condición, al asolearse o correr nos poníamos rojitos. A las personas de piel morena, les decían: «negra», «negro» y «morada» o «morado». En fin, nadie se salvaba.

### *Artistas innatos*

En todos los subcampamentos había niños que inventaban canciones. Los cipotes nos aprendíamos de memoria los cantos de la misa, y los corridos que cantaba el conjunto Morazán. Era bien complicado, cuando una niña o niño tenía alguna dificultad: orinarse en la cama, relaciones sociales anormales, les inventaban canciones. En Limones II, le cantaban una canción a la familia de Esteban Laínez. Decía: «Aquí en el refugio hay un pozo real, que es de don Esteban, pero es individual, la chica y Metello, la mata de guinello. El palo de papaya,

la Toña y la Challa». Cada uno tenía su propio nombre.

Esta canción era una expresión de celos por no tener este privilegio que gozaba esta familia y no poder comer frutas de las que había en este solar.

Otra canción, fue con nombre ficticio: «Marillita, Marillita. No te *miés* en las cobijas porque los de saneamiento revisan todos los días. Ay, qué lástima me da de mirar a Marillita, que *miándose* estará...».

Las dos canciones eran críticas que los cipotes pretendían hacer. No era solo casualidad. En el refugio, toda protesta o manifestación de cualquier situación, se daba a conocer a través del canto. Los cipotes reproducían todo lo que los adultos hacían.

Era complicado que no le cayéramos bien a estos artistas innatos, porque con gran facilidad arreglaban canciones. No todo era negativo. Muchos niños se veían cantando y tocando en diferentes conjuntos musicales de los diferentes subcampamentos. Perseguían y buscaban las latas de caballas o de otro producto similar, estas les servían de instrumentos musicales, eran los tamborcitos de los cipotes.

## Guarderías o centros infantiles



Lorenza Márquez cuidando niños en la guardería del subcampamento de Limones I y la visita del alemán Rudy Reitingger.

En cada subcampamento había una guardería, donde se quedaban los niños de las madres que trabajaban en las diferentes estructuras de trabajo: granjas, talleres de ropa, cocinas comunales unidades de salud, escuelas, entre otras. Las madres cuidadoras eran también voluntarias y trabajaban, al igual que la población en general, para ganarse la alimentación. La mayoría eran señoras con experiencia, es decir, madres o abuelas. Las jóvenes que trabajaban las ubicaban en la cocina. Los niños eran de diferentes edades, desde meses hasta los siete años. Yo fui dos años, pero no me gustaba ir, solo llegaba a traer la comida de Miguel y la mía. Los alimentos eran variados. Aparte de cuidar a los niños, otro objetivo era minimizar los grados de desnutrición en estas edades. Daban carne de conejo, de gallina y cabra; también sopas acompañadas de verduras y frutas. Estos insumos eran producidos en el refugio. Cuando ya no cumplíamos los requisitos, entre ellos la edad, hasta ahí llegaba el beneficio y quedábamos acostumbrados de esta comida. Pero ya no nos daban, solo podíamos ver. Las niñas del taller de manualidad de bordados, íbamos a pedir las estopas de limón para chuparlas con sal. Cuando llegaba sola, le decía a la cocinera que me regalara algo que le había sobrado. Siempre me decían en secreto: «¡Comételo o bébetelo escondida! ¡No quiero que me regañen!».

### *Plagas de piojos u otros*

Nadie se escapó de esta plaga, qué difícil era librarse. En la escuela, kínder o la guardería siempre abundaban. Cuando alguna vez me quedé en la guardería, nos bañaban y nos echaban un medicamento para eliminar esta peste. En nuestra champa, mi mamá siempre tenía un peine fino, lo cuidaba como una reliquia, porque era bien difícil de conseguir. Utilizábamos también otro mecanismo, era que nos despiojábamos unas con otras, porque teníamos miedo de que nos pusieran «Piojo» de apodo. En algunas niñas, el nombre y el apellido era «piojosas».

Algunas éramos muy traviesas. Después de unos años de estar en el refugio, llegó una señora de El Salvador, y vivía en frente de nuestra champa. Un día estaba cociendo un jarro de café, en la hornilla que quedaba en medio de ambas champas. Con mi prima Rosa nos estábamos sacando piojos y me dijo:

—¿Qué te parece si le echamos estos animalitos al café?!

Me pareció buena la idea. Teníamos mucha risa, hasta provocarnos hipo imaginándonos cómo iba a sentir la señora, cuando se tragara los piojos cocidos. A cada momento nos asomábamos para ver la reacción. ¡Dios mío! Una travesura como esta era motivo suficiente para recibir una *cachimbeada* de las buenas. Aun así, nos atrevíamos a hacer estas cosas con el fin de divertirnos cuando no teníamos qué hacer.

Una tarde de verano con mucho viento y frío, Rosa y yo fuimos a traer agua a la pila de Limones II. Nos sentamos bajo un pino muy frondoso, antes de llegar al lugar, Rosa me estaba haciendo una trenza gringa, así le llamaban a un peinado femenino muy bonito, el cual se empezaba desde la frente y llegaba al final del cabello. Me gustaba que me hiciera este diseño para olvidarme de los cordones y las trenzas alrededor de la cabeza. Rosa había aprendido a hacer muy bien este modelo. Cuando ella quería, no había problema, pero cuando le suplicaba, me la hacía con mucha fuerza y me salían lágrimas de dolor del cuero cabelludo.

—¡Ay, mmm, ay! —le decía.

—¡No te la hago entonces!

—¡No, no me duele, hacémela! —le insistía.

Después, le estaba sacando piojos y me dijo:

—¡Qué te parece, si los llevamos en el balde y, antes de llenarlo, echamos estas *carangas* a la pila para que las señoras que no tienen, tengan también!

Otra vez teníamos carcajadas y, ya en la pila, nos mirábamos y nos daba mucha risa.

—¿Qué tienen? —dijeron algunas mujeres.

—¡Nada! —respondimos—. ¡Solo nos acordamos de algo que hicimos!

Después de esto, nos seguíamos riendo. Cuando íbamos cuesta arriba del camino, ella con el balde y yo con las *pichingas*, sentía que no podíamos caminar de la risa.

Cuando iba a bañarme a la quebrada los fines de semana con mi mamá, me daba grandes peinadas. Qué difícil era estar desnuda mucho tiempo, sentada en la piedra de lavar ropa y con el frío bajo aquellos manzanales y pineras. Mi piel se ponía como de gallina y mis labios morados. Temblaba con los brazos encogidos.

«¡Tíreme agua, mamá, ya no aguanto el frío!», le suplicaba. Usaba un peine fino y me dolía mucho el cuero cabelludo. No dejaba de peinarme hasta que no me salía ningún piojo.

Mi mamá se preocupaba de que tuviéramos esta plaga, pues, como promotora de salud, quería hablar con el ejemplo en las charlas de prevención de enfermedades y plagas a las personas que llegaban a pasar consulta a la clínica.

Las madres, que no dedicaban tiempo a estas niñas con piojos, los andaban desgranando por todas partes. Había niñas que hasta granos les salían en la cabeza de esta horrible plaga. Vi a una adolescente que las promotoras de salud tuvieron que tomar la decisión de cortarle el pelo como un varón. Le pusieron «la cero». Se lo fueron a quitar al basurero, decían que para que se quemara el pelo con los piojos y liendres. Fuimos varias niñas de curiosas. La cabeza se le veía llena de granos. Fue una desagradable experiencia para esta chica. Siempre andaba con una pañoleta en la cabeza y le decíamos: «¡Qué ondas, cabeza de coco!».

Se comentaba que en algunos hogares abundaban los *talajes*. Esta era otra plaga similar a los piojos, pero en nuestra casa no había, porque con frecuencia lavábamos las cobijas y las camas para evitar

esta molestia. Los trabajadores de salud decían que estos animales provocaban anemia y una serie de enfermedades. A raíz de estos problemas, pasaban revisando los hogares.

Otras plagas eran los *jates*, cucarachas y ratones. Realmente nadie tenía insecticidas ni plaguicidas. En nuestra champa las eliminábamos con agua hervida. Periódicamente sacudíamos y lavábamos los tapescos y trastes.

Indudablemente, el refugio fue una escuela en todos los aspectos. Si la gente no tenía hábitos higiénicos, los tenía que aprender. Las que trabajaban en salud decían que la educación era básica para adoptar buenas costumbres y nos ayudaba a prevenir muchas enfermedades.

En el campamento de Vegas, aparte de los piojos, observaba a muchos niños con los dedos de los pies bien hinchados. Un fin de semana que andaba visitando a mi hermana Lilian, vi que la señora Maura, trabajadora del Centro de Nutrición de Vegas, estaba con un niño llamado Yonis, huérfano. Lo tenía en el suelo, con una aguja de coser en su mano. Lloraba bien fuerte, me acerqué y le pregunté:

—¿Qué está haciendo con él, usted?

—¡Le estoy sacando *niguas* a este cipote!

Me explicó que era un problema causado por las pulgas de los chanchos. Próximo a este subcampamento vivían hondureños que tenían estos animales y llegaban bien cerca de las casas de Vegas. Los cerdos llevaban en sus pezuñas esta plaga y dejaban regados los huevecillos, que se metían preferentemente en los dedos de los pies. Se le veían al niño muchos granos ensangrentados, muy dolorosos. Al sacarlos, dejaban agujereados y adoloridos los dedos o donde estuvieran pegados y tardaban varios días en sanar.

A muchos niños, con frecuencia, nos salían granos en la piel, *niguillas* —granos o abscesos muy infecciosos—, sarpullidos, descamación en la piel, o los famosos *pisperros* u orzuelos. Esto nos salía en los párpados de los ojos, arriba o abajo y a veces en ambos. Es una infección bien dolorosa que echa pus. Nos decían que era porque habíamos visto ¡perros cagando! —haciendo popó—, pero lo cierto era que nadie tenía estos animales. Estas infecciones casi siempre producían temperaturas altas o fiebres.

Otro problema era el llamado mal de ojo. Recuerdo que sufría-

mos la mayoría de menores. Era bien feo: empezaba en la tarde, nos salían *cheles* —secreción—, ardor y enrojecimiento en la vista, pero lo más difícil era en la mañana, pues amanecíamos con los ojos sellados de pus. Llorábamos porque nos dolía.

Abríamos los ojos hasta que se despegaban los párpados, lavándolos con agua tibia o caliente.

A muchos niños o cipotes les daba diarrea. A eso se debía que no me gustara ir a la guardería. Solo iba a sacar la comida. Sentir olores tan fuertes de evacuación infecciosa no era fácil. Algunos niños se orinaban y de las hamacas se colaba heces con pipí. Otros se hacían por aquí y por allá, en las cunas o en el piso y no siempre había desinfectantes para minimizar el olor de popó; más que el uso de agua y jabón para lavar aquellas ropas y las nalgas de los cipotes *zurrados*.

La verdad es que esas madres cuidadoras y voluntarias de las guarderías, tenían buen estómago y paciencia. Dos lindas mujeres que no olvido son *nía* Bemba y *nía* Emilia, esposa de don Pancho, uno de los coordinadores del campamento de Limones II. Recuerdo a *nía* Bemba sentada en una hamaca, hasta con seis niños. No descansaban estas señoras.

Las tazas de los servicios públicos se encontraban con frecuencia bañadas totalmente de diarrea. En esa fila de letrinas había una o dos para niños, pero cuando uno llegaba y estaban ocupadas, tocaba sentarse en las grandes. Éramos envidiosas y nos sentíamos celosas si había alguien más. En los mediodías, por decir, a esa hora no era común que hubiera mucha gente, como en la tarde, que hasta fila se hacía. En reiteradas ocasiones, cipotes y personas adultas se zurraron en la ropa, debido a la emergencia y la demora para sentarse en las letrinas.

En nuestra colonia vivía una señora en compañía de su hija, la menor, a pesar de vivir en la misma colonia y de similar edad de la mayoría de las niñas, no jugaba ni socializaba con nosotras. Era bien tímida. Su mamá le prohibía que anduviera con las demás. Esta chica inventaba cosas para que su madre nos tirara habladas o nos insultara. No nos agradaba, a pesar de tener la misma edad que nosotras, hablaba como nena de tres o cuatro años. Se sentía que su lenguaje era fingido y mimado. Una vez llegué al servicio sanitario, desde la puerta se veían las tazas. La

primera que se encontraba era un servicio pequeño, ahí estaba sentada la cipota. Pensé que estaba sola, y le dije:

—¡Tan grande y no te da pena sentarte en el servicio pequeño!

Para mi gran sorpresa, salió de repente su mamá, y me dijo:

—¡Mota, gran puta!, ¡por qué no decís que vos sos, que te querés sentar! —Me siguió, pero no me pudo alcanzar.

## *Vida en las viviendas*



Josefina Argueta con su madre y hermanas (subcampamento de Limones II).

En los primeros años se vivió en champas o carpas construidas de lona y nailon, sin paredes... Con el tiempo, hicieron viviendas de filas bien grandes, hechas de láminas y tablas de pino, separadas por recursos físicos de telas y paredes de sacos. En un principio, solo tenían una pequeña ventana, pero después hicieron observaciones de la importancia de la ventilación y la relación de algunas enfermedades por carencia de oxígeno y luz. Había un hacinamiento muy marcado, pues convivían dos o más familias en el mismo espacio.

En un principio no había divisiones para separar a los grupos. No teníamos nada de privacidad. Todo se escuchaba, las peleas y chambres. A pesar de estas limitantes, las familias aprendieron a llevarse y a entenderse sanamente. Prevalcía el respeto y ciertas fronteras, por decir; en el caso de las parejas y novios no se andaba abrazando o besándose públicamente o delante de los niños.

En las viviendas se vivía humildemente. Las camas eran hechas de madera de pino y cordeles de pita. Se sentía que socavaba la espalda. Para que no molestara tanto el cordel, nuestros familiares trataban de conseguir petates hechos de tule, este era un material natural que muchas mujeres y hombres desde El Salvador conocían ese trabajo. Conseguíamos pedazos de cartones de cajas, estos no se botaban, ser-

vían para las camas. Para arroparse, daban abrigos y frazadas. Mi nanita, cuando tenía tiempo, pasaba horas cosiendo a mano cobijas de pedazos y sobrantes de tela, que pedía en el taller de ropa. Casi nadie tenía guardarropa de madera. Caso contrario, se mandaban a hacer por cuenta propia, pues no se daba abasto con los muebles para poderles dar a las familias.

La poca ropa que teníamos, la echábamos en sacos, cajas de cartón o pequeños morrales. Cuando conseguíamos una hamaca, la cuidábamos mucho, pues pasaban años para conseguir otra. De igual manera, los bancos donde nos sentábamos eran mandados a hacer, o cuando conseguíamos palos rollizos, se hacían sentaderos hechizos y bien rústicos.

En la cocina, nadie tenía cantidad de trastes, a lo sumo, un plato y una paila para cada uno y unas cuantas cucharas. Los tenedores no los conocíamos. Nada de aprender modales. Se comía como se podía, chupándonos los dedos. Dieron unas pailitas de dos orejas, ¡qué alegría! Cuando tuvimos pailas soperas para saborear la sopa de frijoles y arroz. A casi nadie se le veían muebles o espacio específico para guardar los trastes. Nosotros teníamos un tapesco, ahí ubicábamos algunos más grandes, los demás los guardábamos en unas bolsas de sacos, hechas por mi nanita. Estaba en la pared provisional de la cocina y se lavaba constantemente.

Los trastes para recoger agua eran fabricados en la misma comunidad. Eran baldes y tambos de lámina, algunas familias tenían cántaros, no de manera general. Allá en el refugio nadie se sentía más que el otro. Llegar de una champa a otra, no era mucha la diferencia, más que los hábitos higiénicos. Lo que nos impresionaba de cada hogar o familias era la limpieza o el orden. Se notaban algunas diferencias. Unas más limpias y ordenadas, por decir: llegábamos a algunas casas que se sentían fuertes y desagradables olores como: pipí, popó, suciedad y sin barrer, o a veces un terrible desorden y limitada orientación donde iban a poner cada cosa. Más de alguna vez visité una casa donde las tortillas estaban en las camas.

Se llegaba a otras bien limpias que daba gusto entrar. Muchas familias tenían bastante creatividad sumada a algunas habilidades de coser. De pedazos de telas hacían bonitas cortinas que ponían en las puertas de los cuartos y mantenían con privacidad los humildes dor-

mitorios. Las paredes de los cuartos las forraban con diarios de imágenes llamativas. Se gestionó que las familias construyeran cancelas, aunque fueran forradas de sacos o de papel periódico, para que se notara más privacidad en las viviendas. En los hogares se alumbraba con candiles de gas, por eso todas las viviendas en la parte de adentro se veían ahumadas o llenas de hollín. La ropa era más susceptible al humo. Todas las familias cocinaban con leña, en ningún hogar había luz eléctrica, solo en establecimientos especiales y estructuras de trabajo o lugares comunales.

### *Experiencia de viajar en carro y malas costumbres*

Subirse a un carro, era una experiencia única que nos podía pasar. En el refugio, los niños no teníamos idea de cómo eran los buses, furgones, o tráiler. Conocíamos algunos tipos de automotores: *pick-up*, autos cerrados, camiones, volquetas y tractores. Los manejaban los internacionales. Estos los usaba ACNUR, trabajadores de calles, Médicos Sin Fronteras o alguna delegación de internacionales, que acompañaba a los refugiados en Colomoncagua, Honduras. Ni en sueño un refugiado iba a tener un carro.

Cuando íbamos a otro subcampamento de la zona B, lo hacíamos a pie. Más de alguna vez tuvimos el placer de conocer la experiencia de andar en auto. Me subí en un carro que iba para Vegas con mi mamá, para visitar a mi hermana. ¡Qué cosa!

¡Los árboles caminaban! Yo pensaba que nos seguían. ¡No hacía más que verlos! Muchos niños comentábamos lo mismo, de tener esa sensación de que los árboles y especialmente los grandes pinos andaban.

Pacito, sobrino de Ventura, en una de sus experiencias iba en la paila del auto. Él pensaba que los árboles se desraizaban, derribaban y despegaban de la tierra. Se tapaba con sus brazos, apenas observando «la escena». Le parecía divertido, pero, a la vez, espantoso.

Después de un viaje, veníamos contando a los demás niños aventuras como estas. Cuando observábamos un carro parqueado, muchos niños nos subíamos y, cuando veíamos al motorista, nos bajábamos para que no nos regañara. De ahí vino la fantasía de que las

ramas de los árboles o un matorral de cirín los considerábamos carros.

Los varones iban más allá. Ellos, al ver un camión en marcha, se colgaban en la parte trasera, esto lo hacían en grupos. El camión los llevaba un buen ratito, ya que en esta parte no es tan fácil que los motoristas se den cuenta que va alguien. Los hombres de disciplina y los padres veían bien negativa y preocupante, pensaban que, al retroceder el automotor, si iba alguien colgado, al soltarse podía pasar una desgracia, que se lamentaría grandemente. Había de todo, así como a muchos les apasionaban estas máquinas, había otros que le tenían pánico a los camiones o carros, solo el sonido los asustaba. Don Cleto, trabajador de salud de Limones I, su niño más pequeño, llamado Carlos, era uno de ellos. Cuando su papá se subía a uno, él lloraba o se quedaba en el mismo lugar.

A muchos jóvenes y cipotes les gustaba ir a la mecánica, lugar donde desarmaban y armaban autos de las organizaciones internacionales, ahí les daban el mantenimiento básico. De esta forma, les servía de aprendizaje a los jóvenes y adultos que trabajaban en este lugar. Quedaba en la subida de la calle del subcampamento de Limones I. Desde este lugar se observaba perfectamente el volcán de San Miguel de El Salvador.

En el basurero de Limones II, a un hombre extranjero se le arruinó una volqueta amarilla y, por más que intentó, no logró hacer que arrancara. No dudo que este hombre pensó mucho en tomar la decisión para dejar esta máquina. Yo veía que, por las tardes, un gran grupo de cipotes se subía y brincaban en la cuchara. No le habían quedado pinchadas las llantas y las desinflaron. Fue tanto el atrevimiento de los cipotes, que lograron abrir la cabina, y se metían a escuchar música. También le robaron dulces y galletas que el motorista había dejado.

### *Travesuras*

Todo menor de edad es travieso por naturaleza, más aún cuando el lugar lo permite. También había niños y adolescentes tímidos, otros más extrovertidos o aventados, como decimos. Las travesuras eran graduales, desde leves hasta graves. Había rivalidades, desde destruir

los juguetes de los demás, partiendo del principio «si no tienen todos, que no tenga nadie» o «todos en la cama o todos en el suelo». Entre las niñas eran bien comunes estas acciones, por ejemplo: si una chica no tenía piojos, alguien se los sacaba para echarle a las que no tenían.

Los varones llegaban hasta el punto de matar animales creyendo que eran coyotes. Muchas veces se le reventó la cabeza de una pedrada a otro niño, intencional o por accidente, los *hondillazos* quizás iban para los pajaritos y la piedra le cayó a alguna persona que iba pasando. Era difícil controlar que los niños no anduvieran con estas cosas. Las hondas las hacían de hule que conseguían en los talleres de hacer ropa. Otros las hacían de trapo y pitas. Perseguían mucho a los pajaritos. Se veía que muchos varones que lo sentían como un deporte o una forma de sentir que eran buenos cazadores.

### *Costumbres cristianas y valores*

En el refugio de Colomoncagua, Honduras, estábamos bien unidos en todo. Nadie hablaba de religiones, ni se congregaban a otra, que no fuera la católica. Nunca se vio a la población desunida en la fe, a pesar de que en El Salvador muchos eran evangélicos o de otras denominaciones cristianas. Los niños no entendíamos el tema de religiones. Nos invitaban a que fuéramos a unos grupos de catequesis, ahí nos hablaban de los mandamientos, de la sagrada familia, de valores como amar y ayudar al prójimo. Ir a este taller era requisito para poder cumplir el sacramento de la primera comunión.

En la casa no me recordaron que ya tenía edad para este sacramento. Me di cuenta estando en el grupo de niños. Como dice el dicho: «Uno va donde va toda la gente», quizás eso pasaba con los adultos, tenían la necesidad de estar unidos, creyendo en un Dios de todos y para todos. Nadie andaba haciendo distinciones de religiones o peleando por pertenecer a una o la otra. Todos iban a misa. No había pastores. Los sacerdotes que acompañaban a las comunidades no eran centroamericanos, los que conocí eran norteamericanos: el padre Miguel, el padre Denis, quien era un hombre muy humilde y sensible con la gente de la comunidad. No quiero decir que las otras

denominaciones religiosas eran negativas. Había gente de diferentes creencias. En el refugio nos identificamos como hermanos y cristianos. Algunos ateos no creían en nada. Pero siempre reinaba el respeto entre todos.

Ir a misa era algo esperado por toda la comunidad. Los domingos, en la ermita, era un espacio de encontrarse con mucha gente agradable y con Dios. Era de convivir con personas de otra comunidad. El sacerdote era extranjero. Posterior a la homilía, nos daba a conocer el acontecer de la guerra en El Salvador y del mundo. Los feligreses esperaban ese mensaje de paz, de esperanza, de encontrarse pronto con nuestra patria querida El Salvador. Como dijo un autor: «Regresar de ese Éxodo, a El Salvador, la Tierra prometida». En esta celebración tocaba el conjunto de música, acompañando aquellos cantos populares que nos sabíamos de memoria como:

«Señor ten piedad: Cristo, Cristo Jesús, identifícate con nosotros...».

«Gloria salvadoreño: Vibran los cantos explosivos de alegría. Voy a reunirme con mi pueblo en catedral...».

«Vos sos el Dios de los pobres. El Dios de rostro curtido...».

Casi en todos los subcampamentos había una ermita. Algunas eran compartidas, como en el caso de Limones I y II. Se formaban catequistas: eran hombres, mujeres y jóvenes que se encargaban de trabajar los valores cristianos, con todos los sectores. Lo hacían de buena voluntad, enseñando y compartiendo el mensaje de la palabra de Dios y su Buena Nueva. Esta estructura fue muy importante para la formación de valores como la solidaridad y la cooperación como verdaderos hermanos cristianos.

Cuando iba a hacer la primera comunión, nadie de la casa sabía. Mi mamá no siempre llegaba del trabajo con deseos de preguntar qué hacíamos. Fue en esos días previos a la Navidad. En la casa me asignaron algo, desobedecí y me castigaron. Tenía presente que esa tarde iba ir a la iglesia. No teníamos que escoger ropa para ese acontecimiento especial. Me sentí con los ojos hinchados de llorar. No teníamos un espejo para verme y me dio pena preguntar cómo me veía. Me lavé muchas veces la cara, para minimizar la inflamación provocada por las lágrimas y el restregarme los ojos, me lavé los pies

y medio me peiné el cabello. Entre los pocos vestidos que guardaba, decidí ponerme uno de color rojo con unas cintas blancas adelante y atrás. Para entonces, no tenía zapatos. Salí sin decir a dónde iba, fui a buscar a una compañera de comunión, a Luz Claros, hija de Nohemí. Ella estaba muy bien peinada. Su mamá me dijo:

—¡Niña, con ese vestido no podés hacer la primera comunión!

—¿Por qué? —le dije—, ¡está muy bonito!

—Pero para esta ocasión no se ve bien. ¡Te voy a prestar un vestido de la Lucita!

El vestido era del mismo modelo, de color verde claro y con cintas blancas. Me peinó con brillantina y nos fuimos para la ermita. Nohemí me quedó mirando a los ojos y me preguntó:

—¿Has llorado, cipota?

—No, no. Es que dormí mucho.

—Ah, vaya. Con razón tenés un poco hinchados tus ojos ¿Y tú mamá?

—¡Cuando estemos en la misa va a llegar! —le respondí.

Yo estaba preocupada porque no les dije para dónde iba, pues estaba bien resentida. En la homilía sentía que suspiraba sentada en el banco.

Antes de entrar a la iglesia, nos pusieron una manta y una corona de flores en la cabeza. En las manos, un ramo de flores, todo de color blanco, hechas por niña Chabela Sánchez, abuela de Bertila. Me sentía bien orgullosa, porque el hecho de que nos pusieran estos adornos, eran ganados. Sentíamos que éramos privilegiadas, el centro de atención de otros niños que no terminaban el curso de formación o no tenían interés en realizar estos sacramentos. Nos sacaron una foto del grupo, entre ellas estaban Luz Claros y Olanda García. Era un grupo bien grande, varias de la misma edad, de ocho años, y adolescentes. Yo era de las más pequeñas. Luego entramos a la iglesia, en aquel día único en nuestra formación y camino en la vida cristiana. Nos sentaron en los bancos de las primeras filas. Me sentía nerviosa solo de pensar qué iba a sentir cuando recibiera la hostia por primera vez. Terminada la misa, se rompió el encanto, fui nuevamente a ponerme mi vestido rojo, solo me quedaron de recuerdo el mantel, el ramo y la corona de flores que usamos ese día.

Las tradiciones de Semana Santa se celebraban con mucho res-

peto. Se comenzaba por los viacrucis los viernes de la Cuaresma. Para esos días, comenzaban a decirnos que no anduviéramos peleando, que no corriéramos más de la cuenta porque nos podíamos caer, que no nos subiéramos a los árboles. Muchas familias hacían pan para este tiempo, aunque no la mayoría, como en las Navidades.

Algunas familias hacían las típicas tortas, generalmente con huevo y pescado de caballas que previamente habían asoleado las porciones para que asemejara a pescado seco. También hacían tamales pisques.

En las quebradas no iba a lavar mucha gente, como en otro tiempo. El Viernes Santo, era el único día del año que en nuestra champa no se barría, porque mi nanita nos decía que era el día más santo, y que era de mucho respeto.

En las ermitas se celebraban todas las actividades de esta semana mayor. En el parque ponían filmes de la muerte de Jesús. En una ocasión, fuimos hasta Limones I a ver una película de la pasión del Hijo de Dios, proyectada en una manta grande. Para entonces, no comprendíamos la naturaleza de las videocasetes, es decir, no podíamos discriminar hasta qué punto eran reales las escenas. Cuando estaban clavando a Jesús, yo estaba llorando de verdad. Pensaba: «¡Malditos soldados ¿Cómo pueden ser tan crueles? ¿Por qué le hacen esto a este humilde hombre?».

La gente adulta presente nos transmitía angustia y murmuraban: «¡Qué hombres más crueles!», parecía que en este momento estaba sucediendo la muerte de Jesús.

### *En las Navidades*

La «cárcel sin paredes», como denominó el padre Segundo Montes al refugio, no fue impedimento de celebrar las tradiciones. Las Navidades eran maravillosas para los niños, que llegara esta época era lo mejor que nos podía pasar. La noción del tiempo era eterna. Un año se sentía larguísimo, eso lo manifestaban también los adultos.

Se comenzaba con las fogatas, en homenaje a la Virgen de Concepción. Este rito religioso-cultural se hacía el siete de diciembre, en la víspera de la Solemnidad que es el ocho. Yo preguntaba: «¿Para qué

se hacen los fogones?». Más de alguna vez me contestaron que se hacía para «alumbrar a la Virgen». «¿Y dónde está, que no la veo?», era mi pregunta. Los cipotes, una semana antes, comenzábamos a recoger broza de pino, llenábamos muchos sacos. Qué divertido era andar recogiendo broza bajo la montaña de pinos, aunque estuviera haciendo frío, no nos importaba. Nos poníamos un suéter, nada nos detenía. Jugábamos a las escondidas y a deslizarnos.

Cada grupo de cipotes hacía competencias de fogatas ¡A ver quién hacía la más grande! Ese siete de diciembre, en cada subcampamento parecía que ardía Troya, las colonias estaban llenas de grandes hogueras; los cipotes tiraban al fuego cosas tapadas o de vidrios para que reventara. Andábamos de uno a otro fogón para ver cuál era el más grande y duradero. A veces buscábamos pedazos de nailon para quemarlos y andarlos en una vara. Nos gustaba ver como caían las gotas de llamas.

Se vivía una verdadera experiencia de comunidad. A cualquier casa que llegábamos estaban comiendo lo mismo, el toque de cada familia era la diferencia. Había granjas de gallinas y cerdos en engorde durante el año. Los encargados eran conocedores de que se avecinaba una destazada de estos animales domésticos en esta época, para darles a las familias e hicieran chicharrones, tamales y la gallina de Navidad.

Es decir, todas las otras estructuras de producción se preparaban durante el año, para repartir insumos o recursos a la población. Lo más común era ropa nueva y juguetes. En algún momento se podía dejar a un adulto que no se le diera estreno, pero los menores éramos la prioridad. Los niños y niñas preguntábamos a los demás: «¿Cuál fue tu vestido o mudada navideña?».

Estrenar era una de las mejores situaciones que nos podía pasar. Por las viviendas pasaban dando unos dos dulcitos a todos los menores, esto era muy esperado por todos. Había gente que tenía planchas de carbón y, para ese día, las ponían en uso con sus trajes nuevos. Se notaba quién lo hacía, porque no era común que la gente tuviera planchada su ropa.

En la noche de Navidad íbamos a la ermita a escuchar la misa del nacimiento del Niño Dios, porque se avecinaba una preciosa pastorela, arreglada y muy preparada anticipadamente. Los personajes

parecían reales: los ángeles, los pastores y la sagrada familia; todos actuaban con sus trajes bien apropiados. Después, nos íbamos a ver el arbolito de Navidad, muy apreciado por la gente, las imágenes las hacían los artesanos en los talleres de la comunidad. Era el único arbolito con luces de colores, porque este lugar tenía energía eléctrica, por ser una casa comunitaria de oración.

Esa noche, la planta eléctrica no se apagaba: después de la misa, estaban preparando la fiesta de Nochebuena, amenizada por el conjunto Morazán. Previo a esto, se escuchaban algunas vecinas: «¡Hey! ¿Vas a ir a menear el *cuchumbo*?». Refiriéndose a mover el cuerpo en la fiesta. «¿Y vos?». Era una fiesta única. Todo el mundo bailaba. Adultos, abuelos, niños, no importaba que por alguna esquina alguien se estuviera burlando. Todos estaban ansiosos por bailar, suspirando como en los cuentos de las princesas, que llegara un «príncipe bailador», no encantado. Nunca se vio que las mujeres o cipotas sacaran a los hombres a bailar, era degradante o de burla que una mujer lo hiciera, solo de imaginarse lo que podían decir. Como estrategia, las mujeres o chicas se empujaban para estar adelante, donde los muchachos y adultos las pudieran ver. Se tocaban el cabello untado de vaselina u otro aceite que se habían echado aquella noche especial. Los peinados eran diversos: desde las trenzas gringas, cabellos sueltos, flecos y colochos hechos con espetones calientes. Miraban a donde estaban los hombres, como diciendo: «¡Yo quiero bailar, atrévanse a sacarme, no sean cobardes!». Con el fin de que el interesado las viera. La consigna era que un hombre, sin importar la edad, les tocara o jalara un poco el brazo y comenzaban a moverse... Esta oportunidad no se perdía, porque atrás de esta bailadora había más candidatas que todavía no comenzaban a *cuchumbear*, porque, evidentemente, eran menos hombres que mujeres.

Las chicas más grandes se veían que se encimaban más y se retorcían los colochos. Se observaban rostros relucientes, era raro que alguien se echara polvos o coloretes; en todo caso, usaban calamina rosada o crema medicinal para la piel, que solo en la clínica la daban. A nadie se le sentía aroma de perfume, aunque había excepciones y era bien perceptible y de admiración. Eso sí, nadie olía mal, porque este día era algo especial. Todo el mundo, previo a la fiesta, andaba por las quebradas. Era un desafío poderse bañar tranquilo, estaban abarrotados todos los pozos y quebradas.

El tiempo de Navidad era para olvidarse de la guerra en El Salvador, aunque no del todo; pues en la familia faltaban figuras importantes, como un padre o hermanos y se extrañaban mucho.

Este día, nos dábamos el gusto de comer chicharrones enteros y gallina. Era increíble, porque la gente se las ingeniaba para hacer los tamales, ya que no había hojas de huerta; en mi casa durante todo el año íbamos alzando bolsitas de nailon, para tenerlas de reserva.

El día de la tamaleada nos mandaban a pedir algunas pocas hojas de huerta y tallos a las hortalizas para ponerles un pedacito de esta hoja natural, previa a la de plástico. Decían que era para que le diera el sabor auténtico. Para mí, nuestros tamales eran lo más ricos. En otros lugares nos ofrecían, pero no los sentía igual, no le ponían nada de esto. De cada tamal que nos comíamos, no botábamos las hojas, ya que se elegía el nailon que no se había quemado y se lavaba bien para el siguiente año. Aparte de estas comilonas, los niños y niñas andábamos luciendo los juguetes que nos habían dado, ya fuera de buena o mala calidad, feos o bonitos.

Esta época era bien sentida y esperada, cada uno podía comerse un bocado de pan. Daban los insumos para que en Navidad y fin de año tuviéramos y nos diéramos el lujo de comer varios mendrugos con café. En los subcampamentos, había gente especialmente las mujeres que lo hacían muy sabroso, como el marquesote, pan de torta, polvorones y totopostes. El pan blanco tenía un sabor inolvidable, similar al pan francés, solo que muy pesado; llenaba el estómago al comerlo con café.

Era un tiempo propicio para ir a otros campamentos a visitar a la gente conocida o parientes. Nos compartían de lo que habían hecho. En Limones II, casi nunca se escuchaba que tiraran cohetes, pero cuando se estaba en Vegas era otra la situación. Con frecuencia se escuchaban «cohetillos», digo así porque son de aquellos que en El Salvador son los menos ofensivos, porque apenas hacen ruido. En el campamento hasta los más inofensivos se oían bien fuertes.

Uno de esos días, salí a caminar por el parquecito de Vegas, donde estaba la bodega y vi más de una vez a Bruno Díaz tirar estos cohetes. No sé cómo los conseguía. En este lugar era imposible que hubiera una fábrica o venta de este material. En este campamento, vivían Rudy y otros internacionales, ellos llevaban cosas bonitas para los niños.

Este tiempo era para jugar y para contar cuentos, chistes y leyendas de miedo; por las orillas de los paredones o patios de las colonias.

En algunos subcampamentos eran muy creativos en cuanto a las simulaciones de cohetes. Las sardinas o caballas, que les decíamos, las tiraban a fogones y, una vez calentadas, explotaban; eso sí, los presentes debían estar retirados para que no se chispearan de carne de pescado caliente. Pero también echaban cosas que tuvieran sonidos al quemarse como pencas de piñas, botes de vidrios u otra especie de latas.

Los arbolitos de Navidad no se veían en todas las champas, generalmente utilizaban ramas de pinos que de manera creativa los adornaban, algunas les guindaban maúles amarrados, pequeñas tarjetas hechas manualmente y cordones de tela de diferentes colores. Nada de luces, era imposible, pues faltaba lo principal: la energía eléctrica.

### *Cambios de clima*

El clima era problemático, especialmente por el tipo de vivienda. Las estaciones más sentidas en nuestra región son invierno y verano. En la época seca y de calor era insoportable la temperatura por la lámina, la cual se ponía muy caliente. Las ventanas eran bien pequeñas. Aparte del verano, en los meses de fin de año se venía una terrible *nortazón* —vientos fuertes—, la piel de todos se nos ponía como de garrobo de resea y al arañarse quedaba la huella en la piel. Nadie tenía una crema para humectarse el cuerpo o labios. Todo el día andábamos con suéter, eran las once de la mañana y todavía sentíamos mucho frío.

Lo más difícil eran las polvaredas o polvazones, como les llamábamos, al salir se nos llenaban los ojos de polvo y, si estábamos platicando, nos entraba en la boca. Era tan fuerte el viento que, si nos quedábamos parados, casi nos botaba. En las noches no se soportaba el frío, pues la lámina se ponía muy helada. Nos arropábamos con las frazadas y aun así no nos calentábamos. Esto era todos los años, a los niños o varones les favorecía, porque era el tiempo de ir a elevar sus cometas en los cerros más altos de los subcampamentos.

El invierno era también difícil. En muchos subcampamentos la tierra era de barro rojizo y, cuando nos poníamos zapatos, se nos hacían bien altos y pesados de la gran capa de lodo que andábamos. La poca ropa que teníamos no se secaba. Cuando era tormenta con *norte*, levantaba la lámina de algunas viviendas. Por las grandes correntadas de agua lluvia, los pozos se aterraban de lodo y material podrido, que arrastraba la corriente. Al llegar temprano a la quebrada, toda la mañana teníamos que estar sacando lodo y piedras del nacimiento de agua donde queríamos lavar. Había familias que en invierno no llegaban temprano a la quebrada para no realizar esta tarea difícil. Los días de semana iba con mi prima Rosa y mi tía a lavar la ropa más pequeña. Ella se iba temprano, aunque fuera invierno. Decía que, con más razón, porque iba a llover más pronto. Mínimo dos horas nos tenía botando lodo con un balde y la paila que andábamos, hasta que se lograba ver bien el fondo del pozo. Yo sentía que me gustaba hacer este trabajo. Nunca renegaba.

Cuando, en invierno, no llegábamos temprano a la casa, me daba miedo. Algunas personas decían que, en estos lugares de muchos árboles de pino, caían con mayor facilidad los rayos. En algunos subcampamentos perdieron la vida varias personas por este fenómeno natural. Nosotros conocíamos lo peligrosos que eran, por eso sentíamos miedo de verdad.

Para secar la ropa, no había mucho espacio. A veces se tendía en el camino o en los alambrados de las hortalizas. Observábamos un montón de hilachitas y esto nos daba mucha curiosidad, porque no parecían trapos de comal. Un día le pregunté a mi tía que para qué era ese montón de trapitos. No me respondió y me dio una mirada como si se tratara de una pregunta negativa —los usaban las mujeres cuando tenían su menstruación, a falta de toallas femeninas.

Un día de invierno estábamos lavando en la pila de Limones II. El cielo se observaba oscuro y se oían grandes truenos con frecuencia. Junto con mis dos primas teníamos mucho miedo. Ese día estaba lavando bastante ropa de mis hermanos. Luego empezó a llover y más preocupadas nos pusimos. Cada una empezó a echar la mudada que llevábamos para cambiarnos en unas bolsitas. Yo quería irme para la casa, la tormenta era tan fuerte que apenas se podía caminar. Mi tía me dijo:

—¡Andate antes que nosotras, yo te voy a llevar la ropa! ¡Llévanos la mudada seca en la paila, apúrate, así como estás, solo en calzón! —Yo tenía pena de pasar por la colonia desnuda—. ¡Apúrate! —me decía.

No caminaba, pensaba en el miedo que me provocaba andar sola por ese camino de «misterios».

Empecé a subir la cuesta del camino con la paila en la cabeza. Tenía dificultad, pues llovía demasiado y apenas se veía el camino. En la corriente principal de la quebrada, se sumaban otros chorros de agua de lluvia. Iba subiendo y en lo más parejo, me bajé el huacal de la cabeza, ya tenía bastante agua lluvia. Estaba parada cerca del chorro grande que bajaba de muchas colonias, por un pino grande, allí medio incliné la paila para botar el agua y evitar que se filtrara en la ropa, pero en el intento se me cayeron las bolsas en la corriente; con todo el gran miedo no sentía la lluvia ni el frío, alcancé las cosas de las cipotas y la mía, pero al segundo puchito no logré atraparlo, casi llegué donde comenzaba la cascada que formaba la gran corriente de agua.

Desde arriba le gritaba a mi tía, hasta la pila con todas mis fuerzas: «¡Tía Pancha, tía Pancha! ¡La corriente me llevó su ropa, vea si la alcanza cuando pase donde usted!». Del ruido de la lluvia no creo que me escuchara. La bolsa no se veía en aquella cantidad de agua achocolatada. Lloraba y tenía miedo.

¿Qué me va a pasar por haber dejado ir la ropa en la creciente? Llegué a la casa y conté lo sucedido. En cucullas y en blúmer, esperaba a mi tía cerca de la puerta para comentarle lo que pasó. De la preocupación no me acordaba de que tenía que cambiarme. Lo tomaron tan normal lo ocurrido y me dijeron: «¡Desnutrida! ¡Agradece que no fue a vos que te llevó la corriente!».

Esa noche no podía dormir porque sabía que algo así afectaba, ya que la gente no tenía mucha ropa. Se me quedó grabada aquella mudada de color verde limón. Mi sospecha no era en vano, luego supe que, al día siguiente, mi tía mandó a un hijo a buscar la bolsa por toda la quebrada, para ver si, por casualidad, la encontraba o si se había quedado trabada en algún arbusto. La buscó desde donde se me cayó, arriba del pino de la pila de Limones II, hasta Las Lajitas, donde terminaba la quebrada en que lavábamos los habitantes de este subcampamento. No me castigaron, pero pasaron varios días para que me pasara la culpa de haber dejado caer la mudada de mi tía Francisca.

### *Esperando el agua potable*

El campamento de Colomoncagua, Honduras, estaba ubicado en un lugar de bosques con pineras, por lo tanto, era muy rico en fuentes de agua. Estábamos rodeados por quebradas, abundaban los pozos o nacimientos de este líquido vital muy limpio y saludable para el consumo humano.

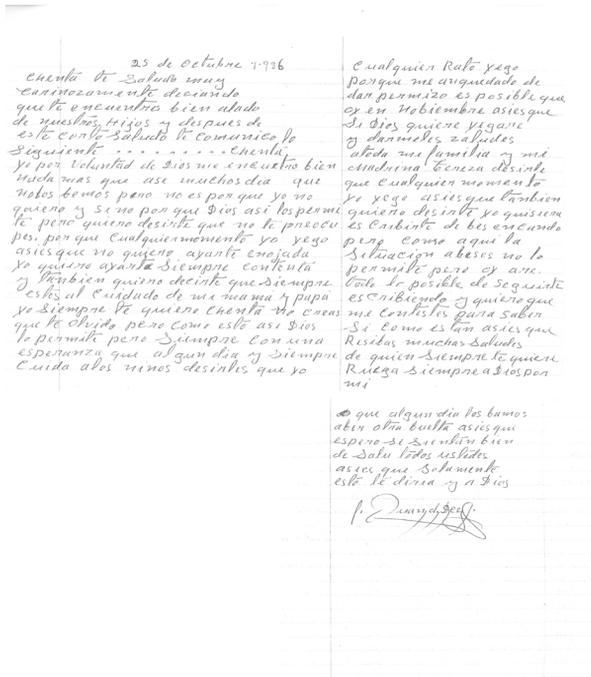
No había mecanismos para suministrar el agua de estos pozos. Se jalaba de los nacimientos en trastes. Con el tiempo, se fueron construyendo tanques para reservar este recurso. Habían preparado fontaneros en todos los subcampamentos para que realizaran esta tarea. También laboraban en las construcciones y mantenimientos de estos reservorios. Construían depósitos de cemento en los establecimientos de trabajo, como las clínicas o las guarderías. En algunos nacimientos hicieron pilas como en el caso de Limones II, y en el Borbollón de arriba, con el objetivo de retener mayor cantidad de agua. En Limones II, todos conocíamos a don Tereso y, en Vegas, a don Román.

El abastecimiento de agua potable de la población del subcampamento de Limones II, venía de una presa o captación, ubicada en la parte baja de la pinera de la tranca militar. Decían que el fontanero revisaba este lugar, acompañado siempre por internacionales, pues corría el riesgo de ser capturado. La gente tenía desconfianza de tomar esta agua. Se corrían rumores que en este sitio pasaban los soldados hondureños y se hacían popó o tiraban animales muertos u otros desechos en la fuente, con el fin de molestar a los refugiados. Las autoridades o responsables de salud del campamento orientaban medidas permanentes a los responsables de administrar este líquido y población en general: hervir y clorar el agua de consumo humano y dar tratamiento a los tanques o reservorios, que generalmente se llenaban en toda la noche. Había una hora específica para dar permiso de abrir los grifos.

En las colonias de la parte alta de Limones II era típico que, previamente, los padres mandaran a sus hijos o alguien de la familia a que ubicara un cántaro o cualquier recipiente en una fila. De primero, se llevaba uno y este aplicaba para que una sola persona llenara cinco trastes de una vez. Esta práctica muchas veces provocó pleitos o riñas, porque al último que estaba formando parecía que nunca le iba

a tocar su turno. Se agarraban a cantarazos o del pelo, sin importar cuántas estuvieran observando. Estos problemas eran más comunes en las mujeres y entre cipotas, pues eran las que siempre estaban al frente de los oficios domésticos.

En el caso de las últimas colonias, preferíamos ir a la pila de la quebrada, porque solo íbamos a llenar, era raro que esperáramos. Pero no a todas las familias les quedaba cerca esta fuente. Así que muchos preferían esperar esta gran cola. El problema se agudizaba más, cuando se quebraban las tuberías por la presión del mismo líquido, o por personas hondureñas o soldados. Se sentía esta crisis. Todo el día la gente tenía que ir a las quebradas a traer agua para tomar, ya fuera a la pila de Limones II u otros nacimientos cercanos.



Carta de mi papá enviada al campamento de Colomocagua, Honduras.

La mayoría de familias de refugiados se destruyeron con la guerra. Nuestros padres andaban luchando en el combate. Otros ya habían muerto y muchos encontraron nuevas parejas. Casi todas las madres en los subcampamentos se veían solas, criando a sus hijos de todas las edades: recién nacidos, infantes y adolescentes. El apego estaba más arraigado con la madre. La mayoría de niños y niñas que conocía, andábamos siguiendo a las mamás en sus trabajos, cuando era cerca. Mi hermano Carlos y yo la buscábamos. Estas actitudes de los cipotes fue objeto de muchas regañadas o llamadas de atención hacia ellas.

A Herminia la buscaba Juan Carlos y Quique. Muchos niños eran huérfanos de padre y madre, ya habían muerto en la guerra y vivían al cuidado de abuelas u otros parientes. Muchos teníamos limitada memoria con respecto de cómo era nuestro papá, porque desde que se despedían, nunca regresaban o pasaban varios años para que les dieran permiso de visitar a sus familias en el campamento. Cuando llegaban, era un viaje tan corto de algunos días o pocas semanas.

Yo apenas me acordaba de cómo era mi padre físicamente. Después de que llegamos a Honduras, se incorporó nuevamente a la lucha, regresó cuando tenía tres años y después a los cinco. De esta edad ya me acordaba un poco y preguntaba por él. Cuando decían que había llegado alguien de El Salvador a Limones II, intentaba averiguar dónde estaba o vivía esta persona, para preguntarle por mi papá o si lo habían visto.

Un día, me di cuenta de que había llegado un señor de apellido Castro, la colonia donde vivía estaba cerca de la nuestra. Entonces, invité a mi prima Rosa a que fuéramos a buscarlo. Cuando lo encontramos, cerca de su champa, establecí una conversación. El me escuchaba muy atento, le comenté que mi papá se llamaba Juan de Dios Hernández y le dije:

—¡Casi no me acuerdo de cómo es, pero lo extraño mucho! ¿Usted lo conoce, señor? ¿Lo ha visto en El Salvador?

—¡Sí, sí lo conozco y saludos te manda! —Luego me preguntó—: Ah, cipota, ¿para qué querés a tu papá?

Inocentemente le contesté:

—¡Para dormir con él!

El señor se tiraba grandes carcajadas, me confundió con su «escucha activa» y me puso a pensar... Desde temprana edad, los niños se dan cuenta cuando los adultos dicen la verdad o es burla. Me insinuó después de su risa:

—¿Qué no es con los ojos que dormís, cipota?

Le contesté:

—Sí, es verdad. Pero «me hace falta, quiero verlo y abrazarlo».

—¡No te preocupés, pronto va a venir! —me dijo.

Otras veces que encontré a este señor, me molestaba con la pregunta: «¿Con qué dormís, cipota?». Apenas había terminado la pregunta y le contestaba: «¡Con los ojos, señor!».

Mi hermano Carlos sufría también por mi papá, él era dos años mayor que yo, y se sentía culpable, él creía que mi padre no venía para castigarlo moralmente. Suponía esto porque, en una visita, mi padre siguió a mi hermano para castigarlo, él se corrió y lo trató de «viejo pendejo». Entonces, Carlos pensaba que por eso nunca más iba a regresar. Tanto lo quería, que cuando decidió hacer el sacramento de la confirmación, buscó de padrino a un señor que era del mismo cantón donde habíamos nacido, de piel blanca, muy humilde; y de madrina a la esposa de él, Anabel. Cuándo mi mamá le preguntó ¿por qué quería que Cristín Tabora fuera su padrino? Le dijo que, por el modo, que era una excelente persona, pero que también lo veía parecido a nuestro papá.

La guerra generó una desintegración familiar definitiva. Las consecuencias nunca se podrán superar. Muchas parejas en el refugio dejaron a sus esposos o viceversa, incluso algunos estando cerca de sus hijos, buscaron otra persona. Para muchas mujeres era motivo de grandes *bochinches* o pleitos en público. No era fácil soportar una serie de infidelidades. No recuerdo haber visto a mi madre con otro hombre que no fuera mi papá. No lo dudo, ella tenía la esperanza de encontrarse con nuestro padre una vez terminada la guerra. Todos esperábamos que este conflicto terminara pronto y volviéramos a estar juntos. Mi padre pidió retirarse del conflicto antes de que terminara la guerra. Él se quedó en la población civil con otra señora y estando aún en el refugio supimos que no regresaría más con nosotros. Ya tenía otra familia y había una nueva bebé que le puso el nombre de

Esperanza. Mi mamá sufría muchos duelos: la muerte de sus hijos, de su padre, y el adiós de su compañero de vida y padre de sus siete hijos. La veíamos llorando amargamente. A pesar de conocer esta verdad, deseábamos volver a verlo y conocer a la otra hermana. Porque mamá nos decía que los niños no tenían culpa de las decisiones de los adultos. La relación con los abuelos paternos continuó normal.

### *Viendo pelear*

Vivir en el refugio fue un desafío permanente. Había gente encargada de disciplina, eran responsables de sancionar a las personas, sin importar la edad, por las conductas desadaptadas o por violación de las normas establecidas. La gente peleaba por diferentes motivos, como problemas para sacar la comida, recoger el agua, pleitos de cipotes, y debido a infidelidades o engaños maritales.

En los primeros años, peleaban por los limitados trastes. Era un caos y un hacinamiento. Los recursos básicos eran escasos.

La presencia de los hombres en el campamento llegó a ser escasa. La mayoría andaban combatiendo en la guerra. Algunos, por decisiones de coordinación política o ser lisiados de guerra, se quedaron en los subcampamentos para hacer la función de hombres de disciplina y que fueran vigilantes ante una amenaza del «enemigo» o ataques de los mismos —enemigo le decían a soldados, *cuillos* o persona afines—, y hubiera esta reserva para defender.

Algunos hombres se pasaban de listos y tenían tres o más mujeres en diferentes campamentos o en el mismo. No les importaba que fueran adolescentes o púberes. Cuando descubrían estos engaños, ellas aparecían *sopapeándose*, agarrándose del pelo o arrastrándose. Esta actitud se observaba en todos los subcampamentos: Callejones, Vegas, Limones II, etc. Si una mujer peleaba por su marido, las suegras se veían involucradas o toda la familia.

Es una realidad. Lo que se observa, se repite. Los varones cometían pleitos bien agresivos. Cuando peleaban, se daban puñetazos en las escuelas o en las canchas. Las niñas al tener algún malestar difícil y sin control, nos agarrábamos del cabello. Éramos capaces de hacer llorar, «sin querer queriendo»; como dice el *Chavo del Ocho*. Era compli-

cado ver pelear. En el campamento se convertía en la noticia de varias semanas. Este tipo de agresión se volvía una conducta sádica. Muchos no apartaban a los involucrados en el pleito, sino que animaban a que se golpeará a la víctima.

Cuando dos varones querían golpearse se hacía la *gruña* o montón de cipotes diciendo: «¡Dale, no te dejés, no te ahueves! ¡No seas mamayita!», o «mariconcito» y le hacían barra de pompas «¡Dale, dale!». Cuando eran mujeres, daba risa como se *jondeaban* del pelo, para allá y para acá. Se acostaban en el suelo una encima de la otra e intercambiando a pura lucha física. Se gritaban cochinas o palabras groseras. En Limones II, unas mujeres que pelearon se agarraron con palas, parecían que se iban a despedazar. Les llamaron la atención diciéndoles que, si lo volvían a hacer, ¡las iban a mandar a combatir! Muchas no querían eso, se embarazaban a propósito para que nos las mandaran. Para nadie era fácil, imaginarse luchando y perder la vida.

## *Responsabilidades para niños*



El niño sentado en la silla es Mauricio, hermano de Luz Maribel Chicas (Limonas II).

En el refugio nunca se perdía el tiempo. Era una oportunidad para aprender muchos oficios y estudiar. Dentro de los objetivos, estaba minimizar el analfabetismo.

En el año lectivo, todos los niños y adolescentes teníamos que ir a la escuela. Era un requisito. Había varias opciones: mañana, tarde y noche para adultos. Todos nos teníamos que incorporar en algún taller de aprendizaje. No se toleraba ver a las personas o cipotes vagando o desocupadas. Las niñas íbamos al taller de manualidades o de bordado. Los varones iban al de zapatería, hojalatería, hortalizas, de hacer losa, sombreros, petates o hamacas. En estos oficios también se podían involucrar niñas, si así lo deseaban, siempre con el consentimiento de los padres y los coordinadores del trabajo elegido. A estos talleres solo llegaba la materia prima, había que transformarla en productos terminados que abastecieran las necesidades de la población del campamento de refugiados de Colomoncagua, Honduras.

En nuestros hogares teníamos responsabilidades: ayudar en los

oficios domésticos, hacer los mandados como, ir a la cocina a sacar diariamente la ración de tortillas, a la bodega a retirar los granos o repartos avícolas, y los insumos para cocinar, como el gas para los candiles y la leña. Además, nos correspondía cuidar a los hermanos menores en el tiempo libre. Otras responsabilidades era participar en diferentes grupos de formación como: catequesis de niños o adolescentes, y otros estaban en canto o música.

### *Vacaciones y fines de semana*

Las únicas vacaciones eran en Semana Santa, fin de actividad escolar, Navidad y fin de año. En estos tiempos libres, los talleres eran más intensos y activos. Se organizaban otras actividades para mantener ocupados a niños y jóvenes. Preparaban torneos por género, entre campamentos. Era muy bonito, ver jugar fútbol a hombres y mujeres. Dentro de esos equipos uno era de internacionales, se enojaban cuando los varones refugiados les ganaban, dentro de algunos comentarios que hacían era: «A estos nadie les gana, porque son guerrilleros». Los uniformes de deporte eran bien lindos, hechos en los talleres de sastreía del mismo campamento. En otro tiempo se observaban en las canchas jugando a hombres o muchachos con su ropa muy singular del campamento. Sus camisas de manga larga, con varios dobleces y bien abultadas, sus gorras de viseras anchas, con pantalones de tela de diferentes colores: colorada, azul y verde; de estilo comando. Cuando eran más cipotes, se hacían un nudo en las puntas de la camisa, algunos se miraban bien panzones como que estaban preñados.

Los fines de semana, generalmente era para descansar o realizar oficios domésticos en los hogares; es decir, hacer aquellos que no se lograban terminar en días anteriores. Para los que trabajaban en la estructura de salud, no era tan fácil. Les tocaba turno hasta los sábados y domingos, por cualquier emergencia que se presentara en las noches. Lo más común era el trabajo de parto.

En algunos fines de semana que quedaba espacio, se lavaban tapescos, lugar donde se ponían los baldes y cántaros con agua. También se aprovechaba para lavar o hacer limpieza general. Era el tiempo para salir a otro campamento. Por las tardes, íbamos a ver televisión:

el programa de Sábado Gigante, y Variedades de canal seis, programa que salía música salvadoreña de Jhosse Lora, como el Atol de Elote, las Nenas del Grupo Caña: La yuquita, La cosquillita; música de la Fiebre Amarilla: Los compadres, entre otras. Era precioso salir a la plaza, estaba llena de gente, todo mundo viendo con atención aquel aparato único. Nos sentíamos impresionados y preguntábamos:

—¡Diocuarde! ¿Cómo es posible que la gente se vea y hable en una pantalla de vidrio?

### *Fumigaciones*

En todo lugar existen pestes, y el campamento de refugiados no era la excepción. Había cucarachas, ratones, piojos, talajes, pulgas de ni-guas, entre otros. El equipo de saneamiento de las Unidades de Salud tenía la responsabilidad de asegurar el bienestar de la población en esta área. Cuando se presentaban las campañas de fumigación, era con el objetivo de erradicar o controlar estas plagas en las viviendas, en las estructuras de trabajo y uso común. Todas las familias tenían que salir de las casas para que los responsables fumigaran los respectivos venenos. No había albergues, las familias teníamos la opción de irnos a las hortalizas, para estar en un lugar seguro de los tóxicos y poder amarrar hamacas. Previo a la salida, se tapaban las cosas, con los pocos plásticos o telas para evitar que el químico cayera directamente en los objetos. Para nosotros era una aventura, recogíamos hojas secas de las huertas y hacíamos nidos. Jugábamos al escondedero. Corríamos y reíamos. Para nuestros padres era un estrés tremendo, implicaba asegurar los alimentos desde tempranas horas. Llevarse las pocas hamacas para acostar a los niños más pequeños y a los ancianos. Para los cipotes, era un día hermoso de campo, llevando los trastes básicos.

Nosotros aprovechábamos para subirnos a los árboles de achiote, que comúnmente nos prohibían, hacíamos de nuestra fantasía los «avioncitos de guerra» y desde el aire ¡atacábamos! a todos los que estaban esperando que se disparara el veneno en las viviendas. Nuestros labios hacían los sonidos de los motores de aviones y helicópteros y de las balas, hasta producir mucha saliva. Estábamos todo el día en este lugar. Para los menores, era una gran aventura y deseábamos que pronto volviera a suceder este evento.

## *Actitudes en las hortalizas*



Gustavo Mejía, niño sentado sin gorra. Se cayó de un árbol por bajarme nances.

Todos los subcampamentos tenían hortalizas, cercadas con postes y alambre de púa. La mayor parte de la tierra era pobre de nutrientes, barrialosa, de color blanco o colorada. Los árboles más comunes eran los pinos, cabo de hacha y arbustos como el chaparro, monte que lo cortábamos para lavar trastes, pero, además, abundan las ciriteras. Los hombres y jóvenes responsables de esta estructura fueron formando barreras muertas y vivas formadas de líneas de piedra, piña y zacate de limón, entre otros. La tierra la jalaban de otros terrenos. Técnicos en agronomía e internacionales les enseñaban a hacer sus propios abonos orgánicos, de materia de las letrinas aboneras o secas y de rastros. Esta labor también se hacía gratis, al igual que todos los trabajos. Preparaban una serie de huertos de ciclos cortos, como: rábanos, tomates, chiles, cebollas, zanahorias, nabos, camotes, maíz y frijoles ejotes. De ciclos largos: árboles de papaya, güisquiles, tabaco y yuca, entre otros.

Para la temporada de invierno sembraban maíz, con el fin de

repartir unas mazorcas a las familias, para que pudieran hacer el típico atol de elote con azúcar o «atol chuco», comer elotes cocidos y asados. Era opcional para cada familia. Para los niños y niñas las hortalizas eran una tentación muy grande. El objetivo principal de estas era abastecer de verduras algunas estructuras especiales como el Centro de Nutrición, por lo tanto, no podían repartir con frecuencia esa producción a la población en general.

Muchos niños veíamos los rábanos y los nabos bien desarrollados, en aquellas barreras de tierra, nos sobraban ganas de robarnos uno. Cuando íbamos al Borbollón a lavar ropa, más de alguna vez vigilábamos a los responsables que estuvieran descuidados. El día de la corta de maíz verde, en la tarde, llegábamos a hacer rebuscas, o a pepenar, con la esperanza de encontrar una mazorca extra, y chupar las cañas del maíz. Nos imaginábamos, que así era el tallo de azúcar. Otro producto deseado era el camote, después de las escarbadas que hacían los trabajadores de este lugar, andábamos muchos niños y niñas buscando en la tierra alguno que se había quedado. ¡Qué rico se sentía comérselo crudo!

Había árboles frutales como: aguacates y mangos, entre otros. En uno de esos días iba a lavar al Borbollón de arriba, vi que en la hortaliza estaba un palo de nance y tenía cosecha madura. Deseaba grandemente poder comerme uno, aunque fuera verde, pero no me atrevía a meterme por el gran miedo que me encontraran adentro. Miraba para todos lados. Para mi suerte, vi que venía Gustavo Mejía, un niño de mi edad. Le pedí: «¡Tavito, andá baja nances, nadie nos mira!».

Se metió a la hortaliza, levantando con gran esfuerzo el alambre de púa. Ya estaba arriba del palo, cuando venía el que estaba de turno, otro señor que también se llamaba don Goyo. Vio a Gustavo en el árbol, me asusté mucho y le dije: «¡Tavo bajate, allí viene el hortalicero!».

Él se aventó de la rama del miedo. Se desmayó por un momento, porque no se levantaba rápido. Yo me sentía culpable. Me palpitaba fuertemente el corazón de pensar que por mí le pudiera pasar algo grave. Qué difícil meterse a una hortaliza sin permiso, era como cometer un gran delito. Nos apedreaban, se nos rompían los vestidos, dejábamos el cabello en las puntas de las estrellas filosas de este alam-

bre y muchas veces nos hicimos grandes cicatrices de los rayones en el lomo y las piernas y para toda la vida, en los alambrados de púa; todo por el gran miedo de ser descubiertos en estas travesuras.

### *Comidas más frecuentes y preferidas*

Con limitantes, pero siempre había comida. Por tiempos era más escasa. Cansaba o quitaba el hambre comer lo mismo cada día. Las épocas eran relativas, podía ser que daban insumos suficientes o muy pocos. Lo más común que repartían era: arroz, frijoles y huevos. La verdura era escasa, generalmente daban tomates, producidos en el mismo campamento o exportados. La mayoría de cipotes teníamos algún grado de desnutrición debido a la limitada alimentación.

En los primeros meses del año, en las granjas, se preparaban para engordar cerdos y gallinas para abastecer o mejorar la nutrición, la carne de chanco se daba como dos veces por año.

Uno de los destazadores de marrano en Limones II era mi tío Maximino, hermano de mi papá, conocido como Mazuco; hombre que tenía mucha fuerza. Él se salvó de milagro, fue capturado por militares hondureños en el pueblo de Colomoncagua, junto a otro anciano. Él escuchó cuando asesinaron a su compañero y estando amarrado y desnudo se les soltó, y corrió por toda la montaña llegando donde estaban los compas. Mi abuela y familia lo creían muerto. Nuevamente regresó al campamento.

Amarraban las patas del cerdo y los levantaban para colgarlos. Para los niños y niñas, comer carne de este animal era muy esperado, no dudo que para los adultos también. Desde que los tenían en el destazadero, íbamos a ver y a preguntar cuándo los iban a «pelar». El día que escuchábamos a buena mañana los chillidos de los pobres animales, corríamos para ese lugar. Era «diversión» ver como los destazaban. En el lugar había una gran cantidad de menores viendo aquellas escenas. A los hombres de disciplina les daba igual. Nosotros, los pequeños, lo tomábamos normal, era como vemos en las películas en los tiempos de los gladiadores, no parecía afectar las emociones esta situación. Horas después estábamos haciendo fila para sacar la carne que se distribuía de manera igual. Este proceso era ordenado, nadie se

*reenganchaba*; a la familia que iba sacando la ración, la marcaban en un listado. En la tarde regresábamos a retirar la fritada de menudos y tripas, que le decíamos *chanjuay*, no nos perdíamos de ver esta experiencia. Previamente lavaban las tripas en el tanque con abundante agua. Cada familia era libre de hacer de este producto lo que quería: tamaleadas, chicharrones, entre otras cosas. En mi familia hacían los chicharrones y nos daban *engañadito*, así llamaban a que nos dieran un solo chicharrón en la comida. La manteca la guardábamos para comer con tortilla tostada, el cerdo tenía un sabor único, no necesitábamos condimento para cocinarlo.

Para este tiempo, a todos los habitantes de los subcampamentos se les observaba disfrutar este alimento. Preguntábamos a otros niños y niñas: ¿Cuántos chicharrones te dieron? ¡A mi dos! ¡A mi tres! ¿Y a vos? ¡Poquito! Contestábamos... Porque teníamos pena de decir la cantidad. En la casa reclamábamos:

—¿Por qué solo uno, o muy poquito nos dan?

Nos respondían:

—¡No hay que ser *ajambado*!

Prefieren quedarse «a velorio», sin nada, querían decir...

Uno de esos días, subí a caminar cerca de la bodega de Limones II, ahí en el verano se hacía una polvareda exagerada. Andaban varios niños y, de repente, observé que, en el suelo, había un chicharrón bien grande. «¡Qué suerte tengo! —pensé—. Si me ven los demás niños que lo recojo, me van a hacer burla». Me hice la disimulada y en un descuido me lo eché en la bolsa del vestido. Deseaba saborear el gran chicharrón, aunque fuera lleno de polvo. Me fui para la casa y me metí debajo de la cama, lo limpié con gran delicadeza y nerviosismo. Me lo comí, me sentía satisfecha comérmelo así de ¡grande y sin tortilla!

En algunas ocasiones, comíamos con un tomate crudo, metíamos los bocados de tortilla para humedecerlo con el jugo. Otras veces las tostábamos en las brasas y las echábamos al café. Mi nanita Candelaria nos había acostumbrado a freír las tortillas, rociábamos el aceite en la sopa de frijoles. Procurábamos tener vinagre casero, para que la comida la sintiéramos diferente, aunque fuera la misma comida, y nos diera apetito. No siempre nos podíamos comer un huevo entero o al gusto, teníamos que compartir. Se hacía acompañado con tomate,

con el fin de que abundara el *conque* y alcanzara para toda la familia.

Exportada llegó una sardina enlatada, se conocía como «caballa». En un primer momento le gustó a la mayoría de la gente, pero después nos aburrió. Las cambiábamos por frutas con los hondureños, o entre vecinos por otro producto. Con los catrachos era de contrabando, porque si se daban cuenta los coordinadores de colonia, podían sancionar a la persona o familia, dándoles menos ración o utilizar otro tipo de castigo más severo.

Cuando había tomates maduros me alegraba. Para que nos duraran días o semanas los metíamos en un huacal bañado de cal. Cada vez que iba a la escuela por la mañana, lavaba uno y me lo llevaba en el bolso con un poquito de sal. Llegaba a la cocina, cuando sabía que estaba moliendo mi tía Pancha y disimuladamente le pedía que me diera una tortilla caliente, luego me salía para que las demás mujeres que molían no me vieran y fueran a regañarla. Al terminarme la primera, me asomaba por la tela metálica, hasta que lograba que me mirara, solo la mitad del rostro asomaba y le enseñaba el dedo índice, sin palabras le quería decir: «¡Deme otra, por favor!». Me la alcanzaba sin decirme nada y me volvía a sentar y así hasta que me comía tres, solo con el tomate. Legalmente daban seis tortillas por persona para el día, estas eran extras. Para estas cosas mi tía utilizaba su lenguaje no verbal, la conocía muy bien, si no se le seguía la corriente o se le defraudaba, se las pagaba con una gran ignorada o una mirada «especial». Humedecía el bocado con la agüita del tomate y en este taller, comía hasta sentirme llena. Era una de mis comidas favoritas y no siempre era posible. Llegaba muy satisfecha a la escuela. Una vez terminados los tomates hasta ahí llegaba el gusto. En la casa cuando los cocinábamos con huevo, nos turnábamos de agarrar la cacerola, aparte del poquito de *conque*, podíamos limpiar con los bocados de tortilla.

No siempre alcanzaban las tortillas, más donde había hombres. El *conque* era muy limitado. Con ellas se llenaba el estómago. No era mayor problema, toda familia podía preguntar con confianza a otra si les habían sobrado, probablemente al día siguiente no iban a servir. Se agriaban y más en los tiempos de calor. Dentro de las recomendaciones generales, era que cuidáramos los recursos y que no se desperdiciara nada; más si a otro le hacía falta. En todo caso, compartir con los demás.

A muchas familias les sobraban tortillas, porque comían muy poco. La idea era que nadie desperdiciara la comida. En función de esto, con confianza mi nanita nos mandaba a pedir, así como lo hacían los demás. Una tarde, Rosa, mi prima, me dijo: «¡A nosotras siempre nos ven bien en la casa y se ponen contentas cuando vamos a pedir tortillas!», ninguna de las dos se fijó que había en la casa. «¿Qué te parece si salimos a pedir por todo el campamento?». Lo que Rosa decía, era muy «valioso», aparte de creerlo todo, siempre me convencía. Fuimos y anduvimos por varias colonias de la gente que le teníamos más confianza. La frase era: «¿Tienen tortillas que nos puedan regalar?». A mi mamá la conocían todos los del subcampamento por su trabajo. Decían: «¡Pobrecita! ¡Es la cipota de niña Chenta, la que trabaja en la clínica! Háblenle, hay que darle decían...». Ese día, andábamos un chorizo grande de tortillas, parecía que era para toda la colonia que andábamos pidiendo. No éramos conscientes en aquel momento de quién iba a comer tanto. Cuando llegamos a nuestra colonia, una señora las tenía en la cama, sacó unas que olían un poco mal, pero quiso ¡contribuir con nuestra causa!

Al llegar a la casa, con un chorizo grande cada una, dijimos: «¡Aquí están las tortillas!». Mi nanita se quedó sin palabras y mi tía, con semejante cara, parecía que sus ojos se le iban a salir de la cólera, prensaba sus labios muy fuertes y nos dijo: «¡Hijas de la gran puta!, ¡¿qué les pasa?! ¡Solo a ustedes se les ocurre semejante locura!». Las dos nos miramos la cara acusándonos ambas sin decir palabras. «¡Hoy es el día que van a recibir una buena *cachimbeada*, si no van a dejarlas de donde las trajeron!». Nosotras del miedo que nos iban a castigar, nos perdimos de vista de la casa con todo. Fuimos a botar una parte debajo de las tablas de la bodega y otras debajo de una parva de leña. Nos avergonzaba solo imaginarnos de llevar las tortillas a cada dueña. Le dije a Rosa:

—¡Pendeja, vos fuiste la de esta idea, por eso lo hice!

Y me respondió:

—¡De qué te clavás, *serotal*! ¡No me digás que no te ha divertido esto que hemos hecho!

—Está bien, pero quedémonos un buen rato aquí para que crean que las hemos devuelto a las familias —le dije.

Nos quedamos braceando como monas, en las vigas de una ga-

lera enfrente de la bodega. Fuimos a ver por un momento tele, con el fin de que pasara el tiempo. Llegamos de noche ese día a la casa y no cenamos del gran estrés que habíamos acumulado ante aquella tontera.

—¿Las fueron a dejar?!

Fue lo primero que nos preguntaron, en coro respondimos:

—¡Por supuesto que sí!

### *Aniversarios*



Tumba de Gloria Nohemy, niña de dos meses de nacida. Cuerpo de Santos Vigil.  
Hechos causados por cuerpos militares hondureños.

En la comunidad del campamento de refugiados, no pasaban desapercibidos los aniversarios. Nos involucrábamos todos los sectores, cada uno haciendo su función. La apuesta en común era gritar consignas, vivas o repudio cuando ameritaba. La conmemoración que se realizaba siempre era el 24 de marzo recordando el martirio de monseñor Oscar Arnulfo Romero. En los subcampamentos se concentraban todos. Se hacían teatros, cuyo objetivo era dar a conocer cómo había sido la muerte del mártir, y quiénes lo habían asesinado. Hacían pancartas con su rostro y lemas: «QUE VIVA MONSEÑOR ROMERO», los

líderes gritaban por micrófonos las consignas, los niños y las niñas, junto con la población, contestábamos con todas nuestras fuerzas. Otro hecho histórico que se recordaba era la masacre del 29 de agosto de 1985, en el campamento de Callejones. En este suceso mucha gente fue herida, golpeada, capturada y asesinada, entre ellas una niña de dos meses. Un hombre fue decapitado enfrente de la población. A raíz de estos hechos, muchos pidieron asilo político en varios países del mundo. Este hecho fue perpetuado por el ejército militar hondureño. Recordábamos, también, el asesinato de Santos Vigil, un anciano que fue silenciado por soldados hondureños en una de las hortalizas que cuidaba entre el campamento de Callejones y Vegas.

El conjunto Morazán realizaba corridos a estos hechos. Hizo una composición musical, especialmente para el anciano, que injustamente fue asesinado en su trabajo. En su letra y música, relataba lo sucedido. Los niños y niñas éramos excelentes para memorizar esas canciones. Repetíamos así:

«Santos Vigil se llamaba, Sáenz el otro apellido... Una mañana nublada cubría los campamentos... las ocho y cuarenta y cinco horas que marca el reloj, cuando un soldado catracho, cruelmente lo asesinó...».

La comunidad hacía el esfuerzo de conmemorar aquellos acontecimientos, para que a nosotros no se nos olvidara y no permitiéramos que se repitieran esos hechos que violaban nuestros derechos humanos.

Dentro de las canciones más tristes que sentíamos los cipotes, fue cuando hicieron corridos de la masacre de los padres jesuitas asesinados en la UCA, en la ofensiva denominada «Hasta el tope y punto» en noviembre del año de 1989. En lo personal, al escuchar la frase: «En el despertar, en el despertar, Ignacio Ellacuría, te matan a sangre fría...», sentía miedo, me imaginaba que en cualquier momento nos podía pasar algo espantoso. El conjunto musical, coordinado por Mia, tenía un papel protagónico. Nos motivó y nos hizo bailar. Fue una terapia para nuestras emociones y sentimientos. Nos animó en los eventos gratos y tristes que vivíamos.

En varios subcampamentos había grandes artistas. En los tiempos de licencia de la lucha, Felipe «Torogoz» deleitó con su música a la población. También Pirra, Nefalí, Neris, don Pillano, entre otros grandes músicos que alegraron y animaron los refugiados en todos los eventos de la comunidad.

### ***Relación con las parteras***

Las parteras, ¡extraordinarias mujeres!, hicieron una gran labor, eran las que acompañaban al nacimiento de los bebés en los diferentes subcampamentos. Muchas veces eran las únicas que estaban en el parto ayudando a las mujeres, ya que el papá de ese bebé estaba luchando en la guerra y en algunos casos ya había muerto. Ellas eran las que se encargaban del éxito o fracaso del parto. Los médicos rara vez hicieron turno, no tenían permiso de quedarse en la noche en la zona. Cuentan que, cuando un parto era difícil, hacían todo lo posible para que ese niño naciera, e incluso ambos se salvaran. Era muy común presenciar muertes de recién nacidos.

El vínculo que las madres creaban con la partera era fuerte, cuando los niños crecían y comprendían más se les pedía tratarlas y respetarlas como a sus propias abuelas y, cuando los niños preguntaban: «¿Por qué era la abuela?», las mamás contestaban: «¡Porque es la que te cortó el ombligo!».

En Limones II, la famosa partera era la niña Concepción Guevara, de cariño le decíamos mamá Concha, ella siempre tenía una sonrisa, le faltaban todos los dientes de adelante y decía: «¡Hola, hija!; ¡hola, hijo!». En lo personal entendía que el ombligo no me lo quitó ella, pero me daba celos y exclamaba: «pues también es mi ¡mamá Concha!».

En varios subcampamentos había clínicas. Se prepararon mujeres valientes en este trabajo. Se desvelaban en los turnos y sin ganar ningún centavo. Solo con la alegría y agradecimiento de tener la comida para la familia y de que la gente que ameritaba atención se sintiera satisfecha y lista para poder aportar al desarrollo de la comunidad de refugiados.

## En las tormentas



Mi abuela Candelaria. Limones II. Niños bajo la lluvia.

Las tormentas eran emocionantes para todos los niños y niñas, más aún en lugares donde se vivía apiñado. Todo se nos pegaba. Cuando se hacía la neblina que decían las abuelitas, era cuando el cielo estaba bien nublado y oscuro. En las casas nos poníamos a cantar: «Que llueva, que llueva, la virgen de la cueva, los pajaritos cantan, la lluvia se levanta, que sí, que no, que caiga el chaparrón...». Era una alegría escuchar que caían las gotitas que sonaban con toda la fuerza en las champas de lámina.

En algunas colonias, los cipotes salíamos solo con ropa interior a correr por las regueras y meternos en los grandes chorros de agua lluvia que caían de las casas. Nos íbamos a las correntadas en el agua de las zanjas que venían de las demás colonias, a veces no nos dejaban. En mi caso, a esa hora que llovía, mi mamá estaba en la clínica, por eso desobedecía con más facilidad. Mi abuela me decía:

—¡Le voy a contar a tu mamá, mona *birrionda*! ¡Puñetera!

—¡Ya vengo, nanita, solo un ratito! —le contestaba.

Un día, no pude salir durante la tormenta. En nuestra colonia había una canaleta que bajaba agua de varias colonias y de puente

había una tabla. Pasado el aguacero, ya había caminado gente por esta y estaba bien lisa. «¡Nanita ya voy a regresar!», le dije, me había puesto unos zapatos de los que les decían de «viejita pícara» e iba corriendo. De la emoción no me di cuenta de que la plancha estaba lisa y caí con todo el cuerpo, mi mano pegó en la orilla de esta. Hice un gran esfuerzo para levantarme, desde el cabello hasta los pies estaba mojada y lodosa. Sentí un dolor tremendo. No quería llorar, pensaba que, así como era de «rebelde», tenía que ser fuerte. ¡Dios me castigó por desobedecerle a mi nanita! ¡Debía de haber hecho caso! Regresé a la casa y mi abuela me ayudó a quitarme la ropa sucia. «¡Ves lo que les pasa a las desobedientes!», me dijo. Más tarde llegó mi mamá, quien en la noche anterior había tenido turno, así que estaba fundida de sueño. Yo tenía mi mano izquierda bien inflamada y no aguantaba el dolor. En la noche, me la ponía de todas formas y en ningún puesto podía dormir. Lloraba en silencio, para no despertar a los vecinos y pidiendo auxilio tocaba a mi madre: «¡Mamá, Mamááá, ayúdeme, no aguanto más!». Pero no logré que me contestara. Su cansancio era más fuerte que mi angustia. Esa noche no dormí nada y la sentí eterna. Nadie me hizo caso y no tenía ninguna pastilla o analgésico para quitarme el dolor. En la mañana siguiente, no soportaba que me la tocaran. El dolor era como que tenía una estaca atravesada. Mi mamá me llevó a la clínica y allí estaba mi tío Mazuco, quien después de observar el brazo, afirmó que era «*cuerda juida*», en otras palabras, no había motivo para «preocuparse». En esos días, no había médicos en los subcampamentos, porque los coordinadores del campamento de refugiados corrieron a estos profesionales por protestas. Con esas acciones, según los líderes presionaban para que los organismos internacionales cumplieran algunas peticiones para esta población, como mejorar la alimentación, más medicinas, vigilancia internacional por la presión del ejército hondureño.

Mi caso ameritaba ser enyesado o inmovilizar el miembro, aparte de la inflamación, el color no era normal. Se observaba una desviación del hueso. En la noche, mi mamá me llevó donde un gran sobador de Limones II, que le decían de cariño don Alfredo. Él tenía una gran experiencia, no me jaló mi manita, solo me tocó con mucho cuidado en el golpe. Me soltó el trapo que andaba amarrado y mencionó que casi estaba quebrada la caña de mi mano y debido a

eso estaba de lado. Yo no soportaba el dolor. Me hizo unas tablitas de madera, utilizó gasas y un trapo con esto me inmovilizó tres meses el brazo. Yo cumplí con lo acordado, practicando las recomendaciones. Después del primer proceso, me sobaba cada tarde por varias semanas con diferentes mantecas y cebo de vaca, mezclado con hierbas. Iba siempre acompañada de mi mamá. Fue triste ese tiempo, apenas me podía bañar con una mano, y no salía de la casa. Me sentía deprimida y superaburrida.

Nuestros padres mencionaban siempre que andar en las tormentas era bien peligroso, ya que en otros subcampamentos habían muerto personas a causa de los rayos. En Vegas, en esos años, una niña de mi edad se estaba bañando y fue arrastrada por una corriente. Esa noticia cambió un poco la conducta de los cipotes y los padres eran más precavidos.

### *Relación de los niños con personas mayores*

En el campamento de refugiados, los adultos y niños fuimos formados con muchos valores como: la solidaridad, el altruismo y el respeto a los demás, especialmente a los adultos mayores. En muchos subcampamentos, este grupo de personas eran los consejeros. Contaban historias de la vida anterior a la guerra, cómo habían crecido y de su educación en la niñez. Pero también nos narraban cuentos. En Limones II y especialmente en nuestra colonia, estaba don Regino. En Vegas, estaba don Pedro Peraza, con sus cuentos y chistes cargados de mucha fantasía y hasta picardía. Todo mundo que los escuchaba soltaba tremendas carcajadas. Se hacían ruedas de cipotes para escucharlos.

No para todos los menores era atractivo el apego con adultos mayores. En el caso de la pareja de ancianos que conocí en la colonia nueve, nadie los visitaba. Solo pasaban al cuidado de una nieta que tenía mi edad, quien, además, en un tiempo no podía caminar, porque se había quemado con un candil, accidentalmente derramó el gas y se le prendió el vestido. Su cabeza estaba llena de piojos y granos por el mismo problema. No había casi niños con deseos de visitarla y llevarle el cántaro de agua. Cuando la encontraba en el chorro con sus *pichingas*, procuraba llenárselas en mi turno, para encaminárselas a la

casa. Me gustaba que me dijera siempre: «¡Dios te bendiga, malle!».

A esta edad, creía que Dios observaba todo. Nos habían enseñado que castigaba o premiaba de acuerdo con las acciones que hacíamos. Aparte de llevarle el agua, le lavaba su ropa, y no comentaba a nadie esto, porque no me daba jabón y temía que me regañaran.

Otras veces visitaba a una señora que le decían *nía* Jencho, desde muy pequeña la conocí. Fui testigo cuando falleció su esposo Terenzo. En el tiempo que estuvo grave, llegaba mucha gente a hacerle compañía y en uno de esos días que estábamos cantando algunas glorias, dio su último suspiro. Ella estaba sola. Cuando me veía pasar me decía: «¡Cipota de Chenta, vení a *despulgarme!*». Así denominaban las nanitas a la acción de sacar piojos. Cuando sentía que no quería ir, me llamaba: «¡Vení, por favor, no seas así! ¡Te voy a dar algo rico que he cocinado!». Yo sabía qué era lo que me iba a dar, la comida no me motivaba, porque varias veces que llegué, me daba una tortilla con frijoles fritos y cebolla. Siempre tuve intolerancia a esta verdura. Nunca me gustó, por eso tardaba para comérmela, sacándole cada pedacito, porque tenía pena de que viera las náuseas provocadas por el olor; al comer un trocito, el vómito podía ser inevitable, situación de vergüenza. Los adultos pensaban que estábamos llenos de lombrices o parásitos al presentar estos síntomas. Pero hacía el esfuerzo de complacerla, porque me daba lástima verla tan sola. Se soltaba su pelo ondulado y blanco y comenzaba a verle el cuero cabelludo. Era algo aburrido porque no le encontraba ninguno:

—Tengo bastante, ¿verdad? —me decía.

—¡Oh, sí, muchos! —le contestaba.

Y me tronaba las uñas de los dedos pulgares para que creyera que no estaba perdiendo el tiempo.

—¡Lo sabía, por eso te decía, malle! Pero nadie quiere *despulgarme*. ¡Hoy sí te ganaste el regalo!

«Cabal ¡Era la tortilla con frijolitos y cebolla! Si tan solo fueran solos —pensaba—, sería para chuparse los dedos, más que eran fritos».

Y así con *nía* Pola, otra adulta mayor. Todos los menores pensaban que no quería a los niños, que era amargada. Desafié ese prejuicio al visitarla y traerle su comida, en el mismo viaje que sacaba la ración de mi nanita, en el Centro de Nutrición.

En un principio, los niños o cipotes eran muy burlistas de los defectos de algunos adultos mayores, porque no tenían dientes o no podían «hablar bien», como se pensaba de los ancianos originarios de Cacaopera. En mi familia, si se observaba esto, se convertía en un motivo para recibir una buena *cachimbeada*. Pero, además, nos decían que, si nos burlábamos, íbamos a recibir un castigo divino.

En este lugar de refugiados, era bastante común ver a las personas sin dientes, incluso a jóvenes les faltaban los de adelante. Ausencias de forma parcial o total. La higiene bucal era similar a la salud mental, no se le daba importancia en la parte preventiva. Apenas les dolía una pieza dental, se la sacaban antes de que «molestaran las demás». Muchas señoras, jóvenes y hermosas, andaban con prótesis dental, con algunas piezas, o con decoraciones de oro. Decían que, en nuestros cantones, previo a la guerra y el exilio, se sacaban la dentadura aun en buenas condiciones, con el fin de que los postizos llevaran este metal valioso. Era una moda de lujo.

En un momento llegó un proyecto de poner prótesis a muchas personas que no tenían dientes. Los exámenes y medidas las hacían en la clínica de Limones II. Había un montón de cipotes curiosos, observando por la ventana aquello novedoso. A mí me asustaba un poco, cuando veía que les ponían una masa en la boca a los aspirantes de este beneficio. A la gente le salían grandes lágrimas. «¡Viejos pen-dejos!, ¿qué será que le hacen a esta pobre gente?!», pensaba. Las caras de varios cipotes se veían igual que la mía, preocupadas.

Los problemas dentales se veían tanto en hombres y mujeres. Para entonces, no sabíamos que muchos llegaban de la guerra. Durante su tiempo de estadía en el combate, se les dañaban y para no sufrir se los sacaban, apenas aparecían las caries.

## *Panadería*



Panaderas y niños observando el tan deseado pan blanco.

El refugio fue un lugar lejos de la tecnología, poco civilizado, pero eso no impedía que en todos los lugares poblados hubiera hornos artesanales, estaban en algunas esquinas de las colonias y eran públicos. Cada familia tenía la posibilidad de hacer pan: individual, familiar y grupal, con la última estrategia se ahorra leña, dada su escasez. Cuando no llevaban los encargados o internacionales este insumo, tocaba hasta cocinar con basura. Las cocinas de gas no las conocíamos. En los últimos años llevaron unas estufas que tenían mechas como los candiles, es decir, de tela de manta y encendían con gas líquido, pero este recurso no se les dio a todos, porque llegaron muy pocas; le dieron a una familia para que las usaran entre tres, en mi hogar solo tuvimos el privilegio de conocerlas.

El pan, generalmente, se hacía para Navidad, tiempo en el que daban una dosis más de harina maquila o de trigo, y cereales, entre otros. El más esperado era el pan blanco, único su sabor; también totopostes, estos se hacían de masa de maíz, no se consideraba agradable, se sentía como la tortilla.

También el famoso marquesote hecho de huevos. Muchas personas recogían la ración de arroz, sacrificaban a su familia limitando su consumo para lograr esta meta deseada. Unos vecinos con frecuen-

cia hacían pan, se escuchaban rumores de ser beneficiados por familiares, líderes de colonia u estructuras de decisión, por lo tanto, tenían privilegios con los repartos.

Siempre que veíamos que preparaban esta harina, estábamos pendientes del día del pan, casi todos en la niñez somos interesados, cuando observábamos esto, nos portábamos bien con esta familia. Creo que no era fácil para nadie, cuando se estaba cociendo, llegaba el olor a todos los hogares cercanos, más en la tarde. Para las que estaban horneando tampoco, porque llegábamos varios cipotes a rogar y uno de tantos malos hábitos es que éramos pedigüños, nombre que se daba al niño o persona que pedía algo con frecuencia.

Un día, estábamos encima de unas panaderas pidiendo pan, personalmente, deseaba un blanco, pero me dieron un totoposte de maíz, este nunca me gustó y, de molesta que estaba, lo tiré cerca de la señora. Había un totoposte de una harina especial, que al meterse en el café se deshacía, era bien rico, pero escaso, ya que no siempre daban de ese cereal. La familia recogía este recurso hasta diciembre normalmente, para que en este tiempo se pudiera comer varios días este alimento. Era algo increíble, porque no había dinero para poder comer un pancito, después de las fiestas de Navidad y fin de año.

En nuestra colonia había un horno de puerta algo ancha, más de alguna vez nos metimos imaginándonos que entrábamos a una gran cueva, cuidándonos de que no nos fueran a ver; cerca de ese lugar vivía una señora que siempre se miraba bien enojada y los niños parecíamos caerle mal. Tenía una hija a quien no la dejaba jugar con las niñas de su ambiente, los demás niños pensábamos que «era *boba*», pues la molestaban, le ponían apodos; pero ella le contaba todo a su mamá.

En una ocasión en mi champa me sentía bien aburrída y como normalmente los hornos de tierra son frescos, me fui a acostar encima del horno boca abajo o de espalda. Cuidar el horno era responsabilidad de todos. Esta señora salió de su casa insultándome: «¡Mona cabrona! ¡*Bicha puta!* ¿Por qué no te vas a quitar el calor al Borbollón?». Un niño casi nunca se deja, me levanté y, asegurándome de captar su mirada, saqué mi lengua moviéndola para todos lados, y abría más los ojos, esta actitud hacia los adultos se consideraba de mala educación y me siguió, por fortuna no estaba mi mamá en casa, pensaba: «¡Algún

día le tengo que hacer algo más que sacar mi lengua y que le duela!».

Desde niña me hice responsable de cuidar a mi hermano menor, una tarde llevaba al servicio sanitario las heces de él. Por el camino principal, se pasaba enfrente de la champa de la señora y me quedé parada pensando: «Hoy es el momento, de hacerle algo que le duela», le di la vuelta a la popó con tierra y diario, lo tire detrás de su casa regándolo y me fui corriendo. ¡Más tardé en llegar!, cuando estaba en frente de mí, y contándole a mamá, al marcharse recibí mis correazos en la espalda y me mandó a limpiar. Había hecho una falta grave y así se corregía.

Después de esto mi madre nos explicó, que esta señora se portaba así, porque era muy sufrida, la gente no la comprendía, más bien la discriminaban, realmente con mi madre parecía entenderse muy bien. Ella atendía a mucha gente sin excepción en la Unidad de Salud. Estos problemas, para un menor solían ser situaciones incomprensibles, pero con el tiempo nos íbamos dando cuenta, que todos merecíamos respeto, sin importar la condición, género o edad.

## Manifestaciones y huelgas



Ayuno contra el hambre y la represión que se vivía en el refugio de Colomoncagua.

La gente se fue empoderando de conocimientos. A la mayoría de la población la habían concientizado acerca de sus derechos humanos, tenían la convicción de que estar en el refugio había sido necesario para salvaguardar la vida. Hubo muchos momentos de gran tensión, a las personas no las obligaban a salir o repudiar cuando se trataba de los derechos, pero también algunas veces se cometían injusticias con representantes de algunas organizaciones internacionales.

En los primeros años, nos querían obligar a reubicar en otro departamento de Honduras, específicamente en Olancho, donde no hubiera ningún contacto fronterizo con El Salvador, eran políticas del Gobierno norteamericano y hondureño. Los refugiados se manifestaron masivamente. Para estas actividades se pedía presencia internacional, para que escucharan el sentir de la población en general, mediante corridos, poemas y pancartas.

En otra ocasión, se manifestaron frente al representante de AC-NUR, gritándole de todo, hasta palabras obscenas y lo embarraron de popó. Mucha gente sentía esta acción injusta, meterse con la integridad física y psicológica de estas personas internacionales, pero, aunque no estuvieran de acuerdo, preferían no hablar, por temor a ser considerados como contrarios o detractores de estas decisiones.

Comentaban que la protesta se debía a que ACNUR ofrecía otras alternativas a los refugiados, como asilos políticos en otros países del mundo, o regresar al país de origen, en este caso El Salvador. Muchas familias, se repatriaron a escondidas en diferentes países europeos y Australia.

Cuando hicieron recorte de alimentación, o se tomaban medidas drásticas para la población, hubo ayunos, uno se denominó: «Ayuno contra el hambre y la represión». Para ello se convocó a líderes y lideresas, y otras personas a participar voluntariamente, con el objetivo de presionar y mejorar las condiciones de vida. Se concentró la gente desde Limones I, hasta llegar a los subcampamentos de Callejones y Vegas. Se iban gritando consignas, se cargaban grandes pancartas con mensajes de todo tipo de repudio. En esta ocasión me dieron permiso de ir. Tenía ocho años e iba contenta, dejamos a los voluntarios que iban al ayuno en el lugar asignado. Aprovechando esa ocasión de la marcha, fui a visitar a mi hermana Lilian, en el subcampamento de Vegas, que estaba en el último mes de embarazo del tercer hijo, ahí estaba mi prima Rosa, para ayudarle cuando naciera el bebé.

—¿Con quién andas? —me preguntaron.

Explicué orgullosamente:

—Ya estoy grande y ando sola.

También dije, que se fuera mi prima para la casa de Limones, que en su lugar me quedaría yo, que ¡así habían dicho! Claro, estaba mintiendo. Sin embargo, me creyeron y no pensé en las consecuencias. Mi prima se marchó y yo me quedé en su lugar. Ahí no había forma de comunicarse, solamente tenía que dar explicaciones al llegar; esto fue un jueves, el domingo que llegué a la casa, todos estaban enojados por la mentira, recibí castigo físico fuerte y otras restricciones: no podía salir por mucho tiempo de la casa. Mi amor a mis sobrinos era más grande que cualquier castigo, el nacimiento de un niño era algo increíble, esperábamos este acontecimiento con gran alegría.

Otra actividad que se realizaba era marchar con las cacerolas vacías, sonándolas con cucharas. El poder de una comunidad unida es increíble. Los adultos fueron testigos de muchos logros. Los menores nos íbamos concientizando en estos procesos, a veces lo sentíamos como un pasatiempo o diversión: cantar, gritar y hasta jugar en medio de los manifestantes.

### *Líderes comunitarios y su relación con la niñez*

No todos los menores y adolescentes éramos escuchados, a veces teníamos una serie de necesidades, aunque nuestros padres se dieran cuenta poco o nada de lo que podían hacer. La mayoría de niñas íbamos a lavar ropa a las quebradas, los trastes que utilizábamos estaban en condiciones bien difíciles. A mí me daban una paila o huacal, que tenía pequeñas perforaciones, para detener el agua le pegaba pedacitos del mismo jabón de uso.

Los líderes o coordinadores de colonia no eran permanentes, a veces no quedaban reelegidos o se nombraban nuevamente en las asambleas comunales. Una vez elegidos, en algún momento llegaban a las viviendas para ver las diferentes necesidades como: vestuario, hamacas, cobijas o trastes.

En una pequeña temporada, el coordinador de nuestra colonia era un muchacho que había llegado de la guerra, de aspecto muy humilde y con disposición de escucharnos a todos. Le decíamos Arnoldo. Mi prima y yo, nos dimos cuenta de esto y decidimos buscarlo en su casa, yo no tenía ni ocho años, pero le expusimos nuestras necesidades de todo lo que queríamos y nos dijo que pidiéramos lo más urgente. Le expresé que necesitaba dos pailas, la primera para andar la ropa que llevaba a lavar y la segunda para sacar agua. Mi prima Rosa, dos años mayor que yo, le solicitó una correa o cincho. Después de escucharnos, aseguró que contáramos con lo solicitado, que iba a gestionar para que nuestro deseo se hiciera realidad. Nosotras dudábamos porque el líder nos había escuchado, en esta ocasión fue un hecho; días después nos mandó a llamar para entregarnos lo que habíamos pedido ¡no podíamos creerlo! Ni en la casa nos creían. A raíz de esta acción siempre que lo mirábamos le dábamos las gracias. Mi prima algunas veces se asomó por la ventana de su casa para agradecerle, creo que lo cansamos. El precio fue difícil para Rosa, algunas niñas que la conocían inventaron cosas desagradables y le atribuían apodos relacionados con este muchacho.

Estos coordinadores no duraban mucho en los cargos, este muchacho estuvo poco tiempo. Él fue muy honesto. No recuerdo de él alguna especie de broma o insinuación que nos afectara. Comprendió que los niños éramos personas con necesidades similares a las de los adultos.

### ***Resabios difíciles de cambiar***

Al vivir donde hay hacinamiento, se aprende de resabios, denominación a lo que se hace repetidas veces y es desagradable. Por ejemplo: Muchos niños andaban con chorros o candelas de mocos y no se limpiaban, más bien los chupaban, algunos padres cuando se daban cuenta que sus hijos tenían este problema, trataban de corregirlos. Otra situación era que los niños se robaban los juguetes entre ellos. Una acción muy peligrosa era guindarse por la parte trasera de los camiones, y subirse a los árboles de manzanas pedorras; estas dos acciones últimas fueron más comunes en los niños. En las escuelas y grupos trataban de abordar estos temas, de la manera más creativa, en teatros o títeres; se hacían para mejorar conductas inapropiadas.

### ***Niños curiosos y fantasiosos***

Por naturaleza todo menor es curioso, viviendo en un lugar lejos de la tecnología y el mundo moderno, todo lo nuevo que se ve es interesante. Cuando alguien andaba con una cámara, queríamos saber por qué emitía esa luz. Todo lo que pasaba alrededor nos atraía. Éramos muy sensibles con respecto a la naturaleza. A los cinco años, no me explicaba muchas cosas: ¿por qué las estrellas brillaban tanto?, ni ¿por qué la luna salía en la noche? Nosotros vivíamos cerca de un cerro, me llamaba la atención que, por tiempos, la luna «topaba en la loma». Un día, a un anciano, amigo de la familia, le pregunté por qué es tan hermosa la luna. Él me dijo:

—¡La puedes atrapar cuando quieras para que alumbre tu casa!

¡Se iluminó mi rostro! ¡Qué emoción! Que fuera la primera niña del campamento, con la luna en mi champa.

—¿Cómo hago? —le pregunté.

—Andate una noche cuando esté en el cerro, y te la traés.

Creí firmemente, esperé que llegara la noche y caminé hacia el cerro, pero, llegando a la cima, la vi demasiado lejos e inalcanzable. Al día siguiente le reclamé al señor:

—¡Qué mentiroso es usted, don Goyo!

Se justificó afirmando:

—La luna se debió dar cuenta de tu intención de atraparla y, por eso, esa noche se elevó más de lo normal.

### *Competencias prohibidas*

No cabe duda de que la competencia sana es innata, desde el momento de la concepción existe este mecanismo. En el refugio no había frontera para ir de un campamento a otro. Los chicos querían demostrar quiénes eran más fuertes. Algunos fueron víctimas de grandes seguidas, los retaban para que pelearan, pero también dentro del mismo campamento trataban de competir entre las mismas edades, haciendo actividades deportivas o en otros tipos de juegos de temporada, por ejemplo: quién elevaba más el cometa o bailaba mejor el trompo, etc.

Desde la anatomía biológica parece haber apuestas: vi niñas haciendo pipí, como los varones, de pie; pensaba que esto no formaba parte de las normas, tenía pena y temor al castigo. En mi familia había reglas estrictas, afuera podía observar sin extrañarme y guardarlo como secreto.

En el año que estaban haciendo la calle para el campamento del Triunfo, andábamos jugando un grupo de chicas de diferentes edades. En este lugar, acordamos realizar una acción poco común. Observé que todas queríamos hacer pipí, así que nos sentamos en línea para empezar de una vez, la campeona sería la que orinara con más fuerza y la corriente llegara más lejos; así fue de verdad, ¡que nos reíamos de la ganadora! Nos sirvió de diversión esta tontería. Observábamos que a varias señoras las prendas íntimas les quedaban flojas, cuando se sentaban descuidadas quedaba en evidencia, para los cipotes y hombres fue motivo de curiosidad y risa; también a mujeres jóvenes se les reventó el hule y se les cayó el blúmer. Debido a esas experiencias, a manera humorística cantaban: «Se me reventó el calzón y sigue la cuca andando...». A muchas cipotas les pasó igual, por motivos de deterioro del material elástico o por desnutridas. Un día sacando el reparto en la bodega, estornudé en la fila, se me reventó el hule podrido, ¡qué miedo! Logré agarrarlo a tiempo, con una mano en la cadera deteniéndolo, la encargada de los alimentos me preguntó:

—¿Qué te pasa, bicha?

Respondí enseñándole con mi boca:

—¡Tengo un piquete aquí!

Afirmó:

—¡Comentale a Chenta!

Asustada de que me descubriera, le dije:

—¡En la casa, se me va a quitar!

Como juego lo bajábamos un poco, corríamos en línea, la triunfadora llegaba a la meta señalada, sin caérsele. Esto no lo comentábamos en la casa, para evitar que se viera como algo «tan malo o de picardía».

### *Ida a las cocinas comunales*

Este lugar fue visitado cada día por niños y adolescentes para retirar las raciones. Las tortillas que consumía la población eran hechas en las cocinas comunales; estas eran largas casotas de lámina, con espacio para nueve equipos formados por diez u ocho mujeres, que representaban las colonias de un subcampamento. Cada día trabajaba un grupo diferente, estaba organizado de tal manera que cada familia participara en su tiempo estipulado. El proceso consistía en que el grupo responsable un día antes retiraba el maíz de la bodega, lo cocían en grandes peroles con agua y cal. En la tarde lo lavaban, a las tres de la mañana los hombres cargaban los granos para moler en los molinos comunales. Así se garantizaba que todas las familias tuvieran tortillas para los tres tiempos de comida. Nos daban seis por día. Para retirarlas nos daban una manta, no siempre llevábamos una canasta, muchas veces se nos cayeron pues nos íbamos quemando las manos. Algunas tardes, me iba del taller de manualidades para el tanque, para observar cómo enjuagaban el maíz en los enormes recipientes, muchas veces les preguntaba si les podía ayudar. Deseaba quedarme para comer maíz recién lavado ¡que rico se sentía! Me encantaba andar descalza y me quedaba donde corría el agua de cernada, los dedos de mis pies se ponían tullidos de estar entre la corriente tibia y helada a la vez. En mi casa, nos turnábamos con mis primas para ir a traerlas, disfrutaba ese olor a tortillas calientes, y, generalmente, se consumían de maíz

amarillo, cuando nos daban del blanco nos sorprendíamos. Se intentó producirlas de harina, la mayoría de población manifestó rechazo, debido a diversos síntomas gastrointestinales.

Esta labor se consideraba muy dura, muchas familias la evadían, se trabajaba todo el día haciendo la cantidad requerida para la colonia que representaban. Era un gran trabajo, y algunas personas fingían estar enfermas para eludir la responsabilidad o tomaban la decisión de irse a otra estructura diferente.

Realmente a los adultos no les gustaba que pasáramos cerca de donde cocían el maíz. Si nos veían corriendo cerca de este lugar, nos puteaban para que obedeciéramos: «burros viejos» «sinvergüenzas», «¡apártense!». En años anteriores habían sucedido experiencias muy lamentables con niños quemados.

Nos marcó un acontecimiento lamentable. Un menor cargaba un bebé, caminaba cerca de un perol de maíz recién cocido, se enredó, cayó el niño adentro, varios intentaron salvarlo quemándose los brazos, este falleció casi de inmediato.

Las cipotas del taller de manualidades, en el receso, íbamos a las cocinas a buscar pedazos de tortilla que habían dejado en los comales. Eran tan especiales, porque estaban bien tostadas y tenían un sabor único. Casi siempre encontrábamos y las comíamos con sal o algunos granos de frijoles que nos daban en la cocina de los trabajadores. Esta era especial, aquí hacían la comida para los que laboraban en los diferentes talleres, como el de zapatería, sastrería u hojalatería.

### *Economía*

No todos los refugiados conocimos el dinero, los que laboraban no recibían un pago, solamente ganaban de manera digna la alimentación para la familia.

Un fin de año, los trabajadores recibieron dos lempiras, relativamente fue simbólico, pero para la gente era algo muy significativo. ¡La gran novedad! Se notaba que el que los había recibido se sentía contento. Sin embargo, algunas familias tenían un poco de dinero, los familiares que vivían en El Salvador u otro

país con asilo político les enviaban de vez en cuando algunos centavos.

No era fácil recibir dinero, debía ser secreto, pues podían quitárselo o sancionarlo, porque exigían que todos estuviéramos en las mismas condiciones. Cuando alguien recibía otra cosa, como un reloj o una cámara, lo decomisaban los coordinadores del campamento advirtiéndolo de las medidas a tomar, aunque el paradero de esas cosas se desconocía, tiempo más tarde las andaban algunos.

### *Crisis sentidas por los niños y niñas*

Algunas veces se piensa que los niños no perciben los problemas que se viven en las comunidades y, más aún, un conflicto social. Desde que tuvimos uso de razón, sabíamos que estábamos en un lugar, lejos de nuestro país. Por supuesto, con base en lo que nos contaban: que nuestros cantones eran lugares donde se cultivaba la tierra, había árboles frutales de mango y aguacate, pero por la guerra habíamos huido de nuestras tierras para salvar nuestras vidas.

La región de Colomoncagua, Honduras, donde vivíamos no estaba tan lejos de la frontera con El Salvador. Cuando había combates en las montañas de Perquín y San Fernando, escuchábamos las grandes bombas lanzadas por la aviación, a veces sentíamos muy cerca estos operativos. Los niños, al igual que los adultos, nos poníamos pálidos, las manos frías y el corazoncito latía más fuerte de lo normal. Nos pasaba por la mente que podíamos morir. En la noche mirábamos las balas de todos los colores disparadas por los helicópteros; las luces de bengala, ese nombre le dábamos a una cosa extraña que arrojaban los aviones y que alumbraban todos los campamentos, similar a la luna llena. La mirábamos hasta que la luz se desvanecía por completo. Algunas veces subíamos a un cerro pelón, que había en Limones II, pasaban horas en este bombardeo mirábamos el humo y los aviones llamados A-37 Mustang —naves rápidas que bajaban en picada a lanzar grandes bombas. Algunas veces encontrábamos a varios ancianos, entre ellos mi abuelo paterno, don Julio Claros, observando hacia la dirección de esta lucha, sus ojos reflejaban una

profunda tristeza, como temiendo lo peor; claro, no entendíamos que sus hijos estaban involucrados peleando en esa guerra. A los días escuchábamos familias llorando amargamente por la muerte de sus hijos o parientes caídos.

Estos combates intensos, llenaban de mucho miedo a la población en general, se rumoreaba que los *cuilkos* habían avanzado hacia los subcampamentos, y que podía ser peligroso. Nuestros familiares pensaban que de ser así «van a hacer cateos en las casas», generaba pánico que preguntaran por alguien que estaba en la guerra. Tengo recuerdos de haber visto a mi mamá enterrar cartas que mi papá y mi hermana le habían mandado. Las sepultaba llorando y con las manos temblorosas. Confesaba que se despedía de las lindas palabras y recuerdos de mi hermana Anselma Romero. Su seudónimo fue «Arely», cumpliendo el deseo de llamarse así desde su nacimiento. Cayó combatiendo con el joven Pajarillo, un compa hermano de Chiyo, este niño creció en toda la trayectoria de la guerra.

Este miedo era justificado, en los primeros años, en el refugio, llegaron personas desconocidas al campamento preguntando por hombres con nombres y apellidos. Desafortunadamente, mi tío Adán González, hermano de mi papá, había llegado al campamento. Una noche antes, les tocaba regresar a El Salvador, pero hubo unos inconvenientes. Con engaños se lo llevaron con Mario Claros, un adolescente hermano de Nohemí, único hijo varón de Florencia Claros. Los desaparecieron, nunca supimos de ellos. Tarde reaccionó la seguridad de la comunidad, en darse cuenta de que se metieron soldados hondureños vestidos de civil con previa orden, posteriormente estos militares los entregaron a la Guardia Nacional de El Salvador. Después de este suceso, la gente quedó con mucho temor, pero más organizada. Al escuchar rumores de cateos o persecución, se removían esas heridas sangrientas.

No se percibía tranquilidad. Algunas personas con más frecuencia padecían de enfermedades psicológicas o psicosomáticas como: cefaleas, colon irritable, gastritis, hipertensión arterial, depresión o quizás otras más difíciles. Las promotoras de salud no estaban capacitadas para conocer la «relación entre mente y cuerpo» y como afectaban los problemas sociales, mucho menos para tratarlas. Para la población general, este conocimiento estaba más lejos. No siempre

había un médico y la prioridad eran las afecciones físicas. No existía un lugar donde la gente se pudiera desahogar. Se observaba que no hablaban como antes, algunos incluso se veían desanimados para ir a trabajar. Era muy complicado, porque no se entendía su problema de salud. Los síntomas emocionales quedaban en segundo plano. En muchas ocasiones, se marginaban a las personas que manifestaban enfermedades psicológicas. Hasta los encargados de campamento, argumentaban con enviarlos al campo de batalla, que esto era efecto de estar comiendo de gratis y sin hacer nada! Ellos lo suponían así.

Vi en la clínica de Limones II, a una muchacha de piel blanca, muy delgada, le llamaré «Josefina», esta joven siempre se quejaba de un dolor fuerte de cabeza, se desmayaba y quedaba inconsciente por mucho tiempo, su grado de desnutrición era muy lamentable. Dentro de los comentarios más escuchados: «finge estar mal para no ir a la cocina», «deben enviarla a combatir» y que «no tiene nada», en la casa permanecía en cama. Mi madre me comentaba, que el sacerdote de turno les pidió de favor a los trabajadores de salud que la visitaran y escucharan debido a la complejidad de su situación, «incomprensible para la medicina». Fue común observar muchachas con diversas crisis en su vida de adolescentes por las exigencias de abandonar el refugio, su familia y comunidad para combatir en la guerra; muchas chicas se acompañaban o, sin verles parejas, aparecían embarazadas. Para nosotros los niños era otra *panzona* más.

También observé a un niño en Limones II, de ocho o nueve años, fue capturado junto a otros menores y adolescentes por los militares hondureños. Después de este acontecimiento parecía tan distraído y pálido, con una desnutrición severa. Cuando yo llegaba a buscar a mi mamá a la clínica, observaba sus brazos puro huesos, no lograba caminar solo y su madre lo cargaba. Los médicos le recomendaban a la mamá «sacarlo a pasear al cerro, que visitaran amigos u otros subcampamentos». Cuando los doctores tenían auto hacían un recorrido en toda la zona y lo llevaban con ellos.

Uno de estos jóvenes capturados, posteriormente tuvo comportamientos poco aceptables, mencionaban que una vez se lanzó a un barranco demostrando que era «valiente». Cuando le gustaba alguna muchacha, quería ser aceptado a la fuerza, o buscaba un grupo de cipotes para acosarlos generándoles castigos por falta de disciplina.

Un joven de una familia que vivía también en Limones II huyó, en diciembre de 1981, de la masacre del caserío de El Mozote y lugares aledaños en Morazán. Escapó de la matanza en Las Joyas de Meanguera, Morazán. Este chico no salía de su casa, tenía temor de todo mundo y una mirada extraña y de desconfianza, observaba desde las rejas de su champa a todos. Con el tiempo se alejó de la vida social y laboral por completo. Le decíamos «Matello, come guinello»; la gente lo consideraba «loco o el raro», debió ser doloroso para sus familiares. En respuesta a estos estereotipos o estigmas hacia su hijo, la madre tampoco socializaba.

Siempre en Limones II, observé a dos hombres adultos que habían llegado de la guerra, los niños no comprendíamos su comportamiento. El estado de uno de ellos asustaba, corría con un cuchillo en la mano, los vecinos decían que tenía una bala dentro de la cabeza. Un grupo de cipotes veíamos a otro señor con un corvo —machete— en la mano, amenazaba a su familia con abandonarla, los curiosos pegábamos grandes carreras cuando se comportaba extraño. El primero mejoró después de una operación, del segundo no supimos de su paradero.

Otra situación preocupante para los adultos ocurría cuando un avión de guerra volaba muy cerca del campamento de refugiados. Desde las alturas lanzaba una enorme cantidad de papeles que con la luz del sol parecían brillar, como una gran ola de palomas blancas descendiendo a tierra. Nuestros familiares nos decían que consiguiéramos esos papeles, para leer los mensajes y casi siempre eran «mensajes de terror». Pasado el tiempo que desaparecía la nave, empezaban a caer los folletos por las montañas de las pineras que rodeaban el campamento. Corríamos a recogerlos cumpliendo el deseo de nuestros padres de querer saber la información enviada por el Estado salvadoreño, mediante las Fuerzas Militares salvadoreñas. Los mensajes más comunes eran: «Estamos venciendo a los terroristas y comunistas»; de limitada lectura, generalmente, ponían más imágenes de gente amarrada o en tortura.

## Historia de Alva Luz Castro

### (niña refugiada en el subcampamento de Quebrachitos)

Mis recuerdos resuenan en mi memoria a partir de los cinco años en adelante, recuerdo la infancia en dos fases: una maravillosa y otra triste.

Dentro de las vivencias bonitas, están los momentos en que disfrutaba con otros niños en juegos libres en el cerrito de la cancha de Quebrachitos, cuando elaborábamos ruedas con pino y jugábamos a las escondidas o cuando rodábamos en las pineras, bajo aquel viento de verano y atardeceres hermosos. Cuando salíamos a correr bajo la lluvia en ropa interior, en cada chorro de agua que caía en las bajadas de las viviendas, corríamos sin parar con otros niños, lo más bonito que aún recuerdo es que lo hacía con el que ahora es mi esposo y con el que he procreado una hija, sin imaginar jamás que sería el amor de mi vida.

Recuerdo las Navidades como si fuesen ayer, me veo con el vestido rojo que me habían regalado para esas fechas de fin de año, el baile en la cancha de Los Quebrachos, con el conjunto popular de los campamentos bailábamos sin zapatos, mis medias se habían hecho más blancas con el polvo blanco, que se desprendía del suelo. Las nubes que abrigaban la noche eran las que se levantaban con el movimiento del baile de las personas refugiadas.

Recuerdo a mi abuela paterna, a través de mi tía Matilde que había venido a El Salvador en esa época de regreso, ella nos llevó un vestido de color amarillo a mí y de color azul a mi hermana; fue uno de los regalos bellos que tuvimos.

El árbol de Navidad, que se me viene a la mente, es el construido por una rama de pino, sus bellotas y unos listones de colores que no recuerdo de donde salían.

A mis hermanos les gustaba hacer chibolas de nailon. Como no las podíamos comprar se elaboraban a mano: se derretía el plástico y con dos tablitas se les daba la forma redonda. Una vez por curiosidad y andar de inmiscuida entre los niños más grandes, accidentalmente me cayó nailon derretido en mi mano. Aún se me observa la cicatriz.

Me gustaba ir a recoger las tortillas a la cocina en común y los repartos. Recuerdo a la señora Félix que me inducía a moler y como no alcanzaba el molendero ella colocaba unos ladrillos o madera, para que alcanzara la piedra. De esta forma aprendí a hacer las tortillas.

Dentro de las personas que recuerdo con cariño inmenso, está don Antonio, el bodeguero, pues al no conocer cariño de padre, porque había fallecido en tiempo de organización, este señor nos abrazaba y nos compraba cosas como a sus nietos, a mi hermana Sandra y a mí.

En los espacios de aprendizaje, a la 5 a.m., me levantaba al oír sonar la puerta de la casa, era hora de ir a la formación, así se le llamaba al espacio que compartíamos de juego y temas relacionados a normas y reglas dentro del campamento, después proseguíamos a ir a darnos un baño a los pocitos y pasar por la cocina por un vaso de leche con guineo y después regresar a casa.

A medida que fui creciendo me integraron a un taller de manualidades, donde aprendí a realizar bordados de diferentes formas, mi aprendizaje fue destacado, así que la instructora, la señora Concepción, me destinaba encajes especiales, uno de ellos fue el mantel que se colocaría en la mesa para celebrar la Santa Misa.

No me gustaba ir a la escuela. Siempre que mi madre me iba a dejar al kínder era de llorar y llorar y me amenazaba con un chilillo, diciéndome que si no me quedaba me castigaría. Me agarraba de sus faldas, algunas veces la convencía y me llevaba con ella. Esto hizo que mi estudio se retrasara. En mi niñez tuve problemas de aprendizaje, hubo varios factores, entre ellos dificultades visuales que en años posteriores fue corregida con el uso de lentes.

Por ser una chica de piel blanca y de pelo rubio, recuerdo que en mi niñez participaba en algunos puntos de teatro. Uno de ellos fue cuando hice el papel de internacional, que llegaba vestida como estos señores, y les prometía ayuda humanitaria.

Por el trabajo de mi madre en el campamento de Quebrachitos en el área educativa, y con las madres en el taller de bordado y, además, colaboraba en el área de coordinación, recuerdo que la veía muy poco. Cuando se tardaba la iba a buscar con un vaso de café y la lámpara, y esperaba mientras finalizaba la reunión en el Centro de Educación.

A mi hermana Sandra y a mí, se nos veía como gemelas, solo

tenemos un año de diferencia, ella era mayor que yo y compartíamos la mayor parte de nuestro tiempo, en las mañanas cuando mi madre se iba a bañar y lavar, llorábamos por irnos con ella, y si no quería la seguíamos, nos bañaba en pleno verano con agua helada a las 5:30 de la mañana.

Mi hermana Aracely que era mayor que nosotras, se encargaba de hacer los quehaceres de la casa, del cuidado de mis hermanos y mío, esto antes de integrarse a la guerrilla. Después de que ella se fue a los quince años para El Salvador a seguir con la lucha, de alguna manera preparábamos los alimentos.

Hubo una época en que veía a mi madre llorar y no entendía por qué, con mi mano le limpiaba las lágrimas y ella decía que no pasaba nada. Ahora que hago memoria, estos años fueron en los que murieron mis hermanos mayores en guerra, uno de ellos en el año 83 y el otro en el 84. Para esa época yo no comprendía el proceso de guerra, tenía información solo de que mis hermanos se habían quedado luchando, entre ellas mi hermana Mercedes, que pude conocer unos años después.

Tuvimos una visita de ella, no recuerdo el año, tengo memoria de verla vestirse, colocándose sus pantalones verdes y su mochila, porque se regresaba a la lucha, jamás la volvimos a ver. Mi madre recibió la noticia al escuchar Radio Venceremos, había muerto en combate después de la ofensiva, fue otro de los sufrimientos que vi en ella.

Observaba que los adultos no permitían que escucháramos la radio, veía a un grupo de adultos en el redondelito de la colonia dos a las seis de la tarde escuchando las noticias que emitía este medio de comunicación.

Lo que me causaba miedo, aún muchos años después de que regresamos a El Salvador, era ver el uniforme de los militares, esto debido a que los militares hondureños que custodiaban los subcampamentos, irrumpían con agresividad en los cateos en busca de guerrilleros y objetos.

Resuenan en mi memoria el sonido de los objetos ruidosos, que se colgaban en los árboles de los subcampamentos, eran latas de las caballas que nos daban de alimentos, estas sonaban cuando había sospechas de militares, como un tipo de alarma y salía la población a la orilla de la calle, mi madre nos colocaba en fila con mi hermana

agarrada de la mano y los demás niños haciendo un cordón, para que estos no entraran. Gritábamos consignas sin miedo a represalias. Esto creó en mí un rechazo profundo a este cuerpo militar.

Había épocas en que no podíamos retirarnos muy lejos de la casa. Una vez que mi hermana y yo andábamos recogiendo bellotas de pino y cirines, abajo de la calle del tanque, vimos venir a los militares, al verlos de repente me generó miedo y temblor que hizo que mis piernas no respondieran. Creo que desde este episodio se creó el pánico a los militares, que fue hasta muchos años después que desapareció, siendo una adulta.

Mi hermano Mauricio, que le gustaba explorar, no obedecía al reglamento y se alejaba en busca de nances, por eso muchas veces lo castigaron. Vino una vez bien sorprendido comentándole a mi madre que había visto unos muertos en un hoyo, en el cerro de Quebrachitos, ella respondió: «¡Ven por qué no se pueden alejar del campamento hay peligro!». De eso jamás se volvió a hablar en casa.

Cuando desaparecieron unos jóvenes que se habían alejado del campamento de Quebrachitos, Silvino y David, a estos los conocí, Silvino había vivido compartiendo la misma champa con nosotros, tenía la misma edad de mi hermano David. No se volvieron a ver, ni a saber de ellos, unos mencionaban que los habían asesinado, otros que los habían exiliado. La verdad es que no se sabe a la fecha.

Recuerdo con tristeza y nostalgia, cuando comía tortilla con limón y sal, cuando los alimentos en el campamento se limitaban por la falta de comida. Consumía tortilla de harina de pan, se hacían duras y apenas se podían comer, salía a las casas a pedir tortilla si les había sobrado y que nos regalaran.

El arroz frito, que se hacía flor tipo palomitas de maíz reventado con azúcar, eran nuestras golosinas, y el cartucho de leche y azúcar. Cuando mi madre hacía turno, algunas veces llorábamos por irnos con ella, cuando era temprano me llevaba, aunque no se permitía, porque iba a prestar seguridad.

Siempre me pregunté cuándo regresaríamos a El Salvador, nuestro país, del cual había escuchado las historias de mi madre, de su vida y de las injusticias cometidas por las fuerzas militares y de las razones por las cuales estábamos allí. Una vez del kínder nos habían llevado a un cerro, observamos con los demás niños un bombardeo, pensaba

que sería de la misma forma como regresaríamos.

Años después en el 89; cuando se comenzaron las movilizaciones para regresar a nuestro querido El Salvador, empezamos a preparar las cosas, la repatriación fue por subcampamentos. Cuando le tocó a Quebrachitos comenzaron a desmontar

las casas, a colocarles nombre a las pocas pertenencias, para ser identificadas en El Salvador. Mi madre preparó una gran cantidad de pan de torta y totopostes, porque no sabía qué nos depararía al regresar a El Salvador, al municipio de Meanguera, departamento de Morazán.

Para esa época se realizaban marchas y algunas personas hacían protesta de ayunos, porque el ACNUR no promovía la repatriación y no llegaban los carros. Los comentarios de un vecino era que pidiéramos comida, en vez de carros, estaban tan adaptados al sistema que no querían regresar.

Dormimos al aire libre casi por una semana, para mí era muy divertido y lleno de maravilla a lo desconocido.

El día que nos veníamos fue lleno de emoción, nos subimos al carro y vimos todo el subcampamento de Quebrachitos desmontado, el que había sido nuestro lugar de vivencia por nueve años.

Traía el vestido amarillo, unos zapatos marrones que me habían dado y unos calcetines de colores, por todo el camino veía lleno de pinos y ansiosa de conocer El Salvador. Cuando llegamos a Perquín, fue emocionante ver a la gente salir de sus casas y admirar las calles empedradas, también vimos a los compas que saludaban a la gente que venía.

Al llegar a Meanguera, nos bajamos frente al espacio que ahora es SILEM, nos esperaba Neri, sobrina política de mi madre, quien se había venido antes de nosotros, tenía preparada una champa con nailon negro.

A partir de aquí, comenzó otra historia para mí, mi familia y la comunidad.

## Historia de Luz Maribel Chicas Argueta

### (niña refugiada en el subcampamento de Limones II)

No es vanidad, ni resentimiento recordar y dejar escrito, lo que fue una infancia muy particular. Solo es una forma de tener los recuerdos como algo muy valioso. Todo tiene un inicio y un fin. El principio de toda esta historia fue una guerra, que vivimos miles de familias en la zona norte de Morazán. La niñez fue la más vulnerable, ¡qué podía pensar una niña de dos años y medio! ¡Nada!, no comprendía y así muchos indefensos.

Quiero mencionar qué difícil y duro para los padres de familia fue dejar su hogar, unas de estas familias ya prósperas y otros empezando, y tener que emigrar a un lugar extraño, sin ningún tipo de esperanza ni un techo digno. Salieron todas las familias de esta zona a acampar a Honduras, solo con sus vestimentas y algunos objetos personales, todo con el afán de salvar la vida de sus hijos e hijas. Las masacres eran sin distinción de nada, bastaba por tener algún familiar relacionado con la guerrilla, fue en los años ochenta que se desataron con mucha más fuerza.

Mi madre llamada Pacita Argueta, y mis hermanos fuimos salvados por un familiar, ya que mi padre andaba involucrado con la guerrilla, al igual que muchos padres de familia. Mi mamá y hermanos mayores, cargaron con nosotros todo el camino. Cuenta mi madre que ese viaje fue feo: Mujeres embarazadas, otras dando a luz, desnutridos, sin alimento en el camino, una tragedia total; pero sentían una fuerza poderosa que los guiaba, ya no sentían su propio cuerpo. Al fin llegaron a Honduras, a un lugar conocido como Colomoncagua, donde fuimos a acampar por nueve o diez años al campamento que se le llamó El Refugio, nombre histórico que me niego a olvidar que existió, donde viví mi infancia. Esto en cualquier lugar que vivas lo llevas contigo, es bonito, pues se mezcla la inocencia con todo lo que nos rodea. Olvidar la infancia implica olvidar a tu gente, tus amistades, tu raíz, por lo tanto, no puede ser así.

Todo esto nos mantiene sólidos y de pie. Desde mis raíces no puedo decir que mi infancia fue toda una odisea, no. Me divertí, trabajé, aprendí, soñé, sufrí, y también participé en muchos conflictos propios de la infancia.

Pero hay algo, que no puedo y nunca perdonaré, y es ¿por qué hubo guerra? ¿Cuánto daño hizo a familias inocentes! ¿Sabrán los protagonistas cuál fue su objetivo? Jamás olvidaré el dolor de mi madre, viendo a sus hijos y sin poder dormir. Al inicio en los subcampamentos, eran tapescos, hechos de bambú, sin un colchón ni sábanas, y tuvo que ser por mucho tiempo, porque se comienza a recordar cuando ya se tienen los cuatro años y yo iba de dos años y medio. En una carpa de lona vivían tres o más familias desconocidas. Algunos pleitos entre ellas no los olvido, y a veces eran por los niños; recuerdo uno que me marcó: una señora que vivía en la misma carpa me empujó con toda su fuerza, apenas tenía cuatro años y mi madre solo le dijo: «Puchica, usted». Estar refugiado al inicio fue muy duro, las diferencias que tenían cada familia y estar viviendo en la misma «carpa de lona», aquí surgieron muchas malas historias, casi nunca bonitas.

Mi madre siempre estaba pensativa y preocupada, típico, cuando hay una guerra sin control. La guerrilla evolucionó, ya que para nosotros los inocentes niñas y niños refugiados, siempre fueron nuestros héroes, los «buenos», los que estaban peleando para que hubiera justicia y libertad. Mientras tanto en este campamento se fue formando el mejor «semillero guerrillero», de donde se alimentaba, vestía y engrosaba sus filas. Esto fue otro dolor de mi madre, mi hermana mayor de doce años, Orbelina, una niña hermosa, viniera a convertirse en una guerrillera, ¡qué resignación la de mi madre, esto les ocurrió a muchas otras! Mi hermana ingresó en 1982, no me di cuenta, recuerdo viéndola mover unos frijoles molidos, subida en un estrado de tierra, pues eran hechos de este material.

La infancia no se olvida. Vivimos pensando en lo que hicimos, mal o bien, y qué me gustó y lo que no. Honduras, un país como todos, pero en un rinconcito de ese país nació algo inolvidable: donde convivimos muchas familias, que comimos las mismas cosas, una comunidad, una vida socialista, nos sentíamos iguales. No había violencia ni medios de comunicación, vivíamos lejos de un desarrollo económico, sin dinero, como niñas no conocíamos otra vida; eso era todo. No había ni imaginación de cómo era fuera de aquel lugar, nuestros padres no hablaban de nada más que de la guerra que había en nuestro país. Muchas niñas fuimos abandonadas literalmente, pues mi papá andaba en el combate, donde según él luchaba en El Salva-

dor por la justicia. Mi padre entregó todo incluyendo a mi hermana mayor. «¿Dónde está mi familia?», siempre me preguntaba, pero nadie contestaba, los adultos parecían mecanizados y entregados.

También me cuestionaba «¿por qué mi casa era fea?», «¿por qué había tanta tierra debajo de las camas?». Quería arreglar todo, pero mis fuerzas no podían, era una niña; mientras que otras casas eran muy bonitas, como la de los vecinos don Juan y Florinda, siempre admiré el orden y aseo que había en la casa de ellos; pero don Juan era un hombre de hogar, se había quedado con su familia cuidándola, algo que muchos no tuvimos, un padre o una madre cuidando a sus hijas. Las reuniones eternas de mi madre con personas de la comunidad, administrando los alimentos, vestimenta de los hogares, donado por las Naciones Unidas y ACNUR, ellos velaban por toda la comunidad refugiada.

En realidad, la comunidad fue un semillero de la guerrilla, apenas las niñas cumplían diez años, ya eran candidatas para ser entrenadas en la lucha. Mi hermano fue maestro a los trece, se les llamaba instructores; me preguntaba quién era el que mandaba, qué les decían para que se entusiasmaran con la lucha tan pequeños. Todo formaba parte de lo mismo que vivíamos: una guerra, y nosotros encarcelados.

La pobreza se sintió muy fuerte, no había comida deliciosa todos los días, nos daban medida la ración, y mucha no se sentía buena, nos daba diarrea. Los frijoles tenían sabor raro, a veces enlatados que eran repugnantes; en ocasiones pasaban hondureños y se llevaban esos frijoles duros y grandes, la comida enlatada nos ayudaba a sobrevivir.

Los baños y servicios eran públicos, no había mentes morbosas, las mujeres bañándose sin sostén, era tan natural. No había agua cerca de las casas, en el verano era muy rica, pero no llegaba mucho, hacíamos largas colas solo por un cántaro de agua, mi madre siempre la hervía y la manteníamos en un cántaro para cuatro días, todas las familias hacíamos lo mismo. Nos llevaban todo, incluyendo la leña; pero trabajábamos fabricando nuestras propias cosas: zapatos, camas, hamacas y todo lo necesario.

Los nacimientos de agua para lavar en el verano no daban abasto, no llegaba agua a los chorros, y algunos nacimientos se secaban.

Con respecto al maíz, se lavaban grandes peroles. Pobres mujeres, sufrieron haciendo tortillas para toda una colonia, cada día iba un grupo diferente. Las tortillas nunca fueron mis preferidas, casi nunca me gustaron, en un tiempo fueron de maíz blanco normal, la mayoría, pero a veces eran de maíz amarillo, otras, de harina. Algunas colonias tenían más personas, pero cada una se encargaba con sus grupos de hacer suficientes, se trataba de ser bien aseados: las mujeres se amarraban sus cabezas por los pelos. Cuando entrábamos a la escuela, íbamos a pedir tortillas con sal, dependiendo de quién estuviera, había algunas bien bravas. Teníamos hambre, en ocasiones, íbamos sin desayunar, pues muchas no comíamos; no había quién hiciera desayuno.

Había reuniones generales de toda la comunidad, empezaban a las 6 a.m. ¿y quién hacía desayuno? Mi madre dirigía esas jornadas, ella era coordinadora general. Miraba a mi hermano cocinar, a la vez peleándose a pedradas con el vecino. Yo observaba y me compadecía de mi hermano, estaba lindo y guapo, lo amo, aún lo siento vivo, que me defiende de mi madre. Ella castigaba muy fuerte con lo que tuviera en las manos, no dejaba pasar ninguna travesura, ni mucho menos una falta de respeto; pero cuando las asambleas se realizaban por la noche, mi hermana y yo, la esperábamos en la puerta, y unas señoras hablaban y hablaban, parecía que nunca iba a terminar la reunión. Los días pasaban y desarrollamos independencia, cuando no había ningún adulto en la casa, nos tocaba defendernos de todo. Las niñas refugiadas aprendimos a ver para adelante, a pesar de que nuestros hermanos mayores fueron los más grandes y humanos creados por Dios, unos se fueron para nunca volver, otros se quedaron para cuidar de sus padres y hermanos menores; y así pasaron los días, esperando el fin de una guerra.

El sufrimiento y experiencia como niñas refugiadas se sintió difícil, fue una sobrevivencia, pues más que morir era buscar cómo amanecer al otro día con fuerza: un sufrimiento físico, mucha miseria, vestimenta rota, niñas despeinadas, mugrientas, quemadas por el sol, piel tostada por el polvo; los cosméticos no se conocían. Si teníamos un colón salvadoreño, no podíamos comprar nada.

Siempre, todos los días, miraba unos billetes que mi madre guardaba debajo de la almohada y me preguntaba: «¿para qué es este

dinero?». De tanto mirar me atreví a ir a comprar, a la única tienda que había en el subcampamento; vendían: especias, condimentos, golosinas y más. Miraba los dulces y las galletas, ¡que ricas las galletas, Diana!, pero no las compré, mejor llevaba cominos, con esto pensé: «Mi madre no se enojará», pero siempre lo supo y me dio una *cachimbeada* tremenda, ¡fue una travesura inocente!

Mi madre sufrió demasiado, pero sobrevivió con muchos vacíos. Como muchas madres heroínas que perdieron a sus hijos, se los arrebataron de sus brazos; fueron valientes ellas, con mucho coraje y orgullo de haber entregado a sus retoños para luchar, por la «injusticia» o ignorancia y menos violencia de esos tiempos... Que en paz descansen los hijos, héroes y niños, los que soportaron esa guerra.

Cuánta valentía. Caminábamos tanto para irnos a bañar y lavar nuestra ropa, así se fueron los nueve años que vivimos en el campamento, fue una experiencia de vida inolvidable. La comida que llevábamos a la quebrada se sentía tan deliciosa después de bañarnos y lavar, eran frijoles con huevo en torta.

Cuando por fin llegó un televisor en blanco y negro, ¡qué invento!, adultos y niños riéndose de las caricaturas, tenían un horario, a veces estaba encendido todo el día. Las novelas fueron las favoritas de todos, hasta yo las entendía a mis diez años, no me las perdía; cuando terminaba a las 7 p. m. ya era de noche, no había alumbrado eléctrico y se caminaba en la oscuridad. Sueño con ese recorrido caminando sola, no sé, pero me quedaba hasta bien noche y sola; no recuerdo que alguien me fuera a buscar, lo bueno es que nunca vi o escuché nada extraño, me concentraba en el camino. ¡Ay, qué miedo! Cuando se pasaba a la par donde murió la niña Azucena, hija de Margarita, una señora muy valiente, ¡cómo olvidar esas imágenes de ese trágico accidente!, ¡cuánto descuido!, no había un adulto que se preguntara «¿Aquí puede caerse alguien?», todos pensaban solo en la guerra...

Nunca vi que alguien nos motivara a sembrar árboles frutales como los mangos, ¡cómo se extrañaban esas frutas en los últimos tiempos! Recuerdo que todas las mañanas, regábamos unos palos de naranjas y eso me gustaba. Decía: «Algún día voy a comer muchas naranjas», pero ahí quedaron muy creciditos.

Las Navidades y fines de año, para mí y todos los niños eran

mágicas: fue un tiempo en donde conocimos dulces y vestimenta nueva, pero no a todos les daban, muchas veces no alcanzaba la ropa. Siempre me gustó la prenda bonita, la mandaba a hacer cuando ya estaba grande en un taller llamado: «De remiendos», ahí trabajaba la señora María, tenía una voz ronca y elegante. Me hicieron unas blusas muy bonitas, nadie más las tenía. Nunca me gustaron los zapatos de hombre, me calcé solo con las *yinas*, las remendaba al romperse. Cuando estudiábamos, muchos íbamos como nos levantábamos, sin bañarnos ni ponernos otra ropa. No teníamos uniformes, era una pobreza extrema, pero con una riqueza en nuestros corazones. Los días pasaban en medio de un temor de ¿cuántos murieron? ¿Quién murió? ¿A qué hora los soldados hondureños entraban y encontraban casas sospechosas?

Mi madre escondía muchos papeles, nunca supe qué se hicieron, los metieron junto con el vecino Toño en medio de un estrado hecho de adobe, una cocina grande, no recuerdo haber visto que sacaran esos documentos.

Las inolvidables misiones de mi madre a El Salvador, al norte de Morazán... Decía mi madre: «Voy a ver a tu padre y a tu hermana mayor», no le importaba ir cargada con uniformes, azúcar, botas, entre otras cosas para los guerrilleros. Lo triste fue para una de mis hermanas mayores, luchaba con mi hermana menor, ella se revolcaba en el lodo cuando veía partir a mi madre bajo la lluvia, luego con los días todos olvidábamos lo sucedido. Mi hermana mayor se encargaba de cuidar a las más pequeñas: nos llevaba a la guardería, madrugaba a este lugar, y muchas veces no habían abierto cuando estábamos ahí. En este edificio, había unas cosas que nunca supe qué eran, solo sé que decían que había herramientas o cosas que ocupaban para fabricar minas. Estaba ahí la bodega donde llegaba el alimento, de los cuales se iban a repartir a las familias; tenía piso de madera, yo siempre me la pasaba viendo todas las cosas, como la basura que estaba debajo de las tablas.

¿Cómo no recordar los talleres de manualidades? Ahí estaban en el centro del subcampamento de Limones II. También el taller donde se hacían los juguetes hechos por los varones, donde se bordaba solo había niñas. Limones I estaba muy cerca de Limones II, eran subcampamentos vecinos, pero no había mucha amistad con la

mayoría de esos niños, pues éramos totalmente desconocidos. Entre subcampamentos casi no visitábamos a nadie, tampoco éramos enemigos, solo que cada campamento tenía sus propias cosas y sus propios lugares de trabajo, algunos se compartían.

Los refugiados fueron un apoyo a la guerrilla salvadoreña, pero todo el tiempo se negó esto. Las niñas refugiadas en Colomoncagua de alguna manera fuimos felices: jugábamos, teníamos nuestros grupos de amigas, nos peleábamos como todos los niños. Pero no éramos unos cualesquiera; pues estábamos muy ocupados: estudiábamos, con maestros de la misma comunidad, capacitados por internacionales, la mayoría llegaba de países europeos, eran muy humanos, siempre nos apoyaron y nos preparaban para la vida. La guerra nos quitó mucho, pero también nos dio demasiado. Aunque no supimos cómo llegamos ahí, vivíamos soñando con un mundo que no existía; solo en nuestra mente.

Nuestras ocupaciones nos ayudaron a ser educados en valores y perseverancia; los talleres para niños nos ayudaron a estar entretenidos, no nos hacía falta un televisor o un radio.

Cuenta mi madre, que me perdí por dos días y que me desnutrí, a lo mejor por eso se creó un Centro de Nutrición, para alimentar a todas aquellas personas desnutridas. Los refugiados fuimos valientes, eran tanto los deseos de salvar nuestra vida que aguantamos hambre, tempestades, acoso militar y persecución...

La infancia no se olvida, menos si aprendiste y te motivaron a convivir y a mejorar tu vida. Todo ayudó a unirnos, aquello fue bueno. Había protestas de los mismos refugiados para mejorar la calidad de vida. En 1985, construyeron casas de madera, lámina y tablas de pino, para entonces tenía siete años, ya empezaba a razonar a observar y comprender que ahí vivía, no conocía otro lugar de Honduras, ni en el mismo pueblo de Colomoncagua. Eran unos subcampamentos muy vigilados por los militares hondureños, solo nos podíamos visitar de un subcampamento a otro, así pasamos nueve años. El lugar estaba bonito, los pinos eran los más hermosos, jamás nunca vistos; estar bajo su sombra no tenía explicación.

La infancia de mis sueños: los amigos que nunca olvido, la educación sumamente importante, los maestros del mismo refugio capa-

citados por internacionales de muchos países y que se solidarizaban con los refugiados en gestionar apoyo y en protegernos de la guerra que se vivía en nuestro país. Ellos eran como nuestros ángeles guardianes, no me perdía su bienvenida: los esperaban con música y toda la gente asistía a recibirlos, yo los observaba de pies a cabeza y decía: «¡Qué bonito!, ¡qué bonita!». Mientras que nosotros los refugiados, todos éramos muy descuidados: parecíamos abandonados, de hecho, estábamos encerrados, no podíamos salir a conocer el mundo y ver cómo se comportaba la mayoría de las personas; nuestro lenguaje no era correcto, cometíamos muchos errores, pero nadie nos corregía. Todos hablábamos, vestíamos y comíamos lo mismo. Nadie se sentía superior o inferior, tal vez en lo violento sí había diferencias, pues muchos niños desarrollaban mucha violencia hacia otros chicos, pero aquí todo estaba bajo control.

Se creó la «Reunión de niños», donde todas las mañanas a las 5:00 a. m. nos levantaban para ir, nos daban charlas informativas sobre cómo estaba nuestro país, y nos llevaban a jugar al campo —cancha—, este estaba rodeado de pinos, era hermoso. Después de esto siempre nos daban un refrigerio: arroz con leche o sin nada, luego nos íbamos para la escuela. Aprendimos mucha ortografía, matemáticas, entre otras cosas; enseñaban bien estas profesoras. Mi hermana mayor también fue maestra, dentro de ellas recuerdo a Emma Guevara, Betty y Angélica, la única hija que tenía Flora; que se fue a la guerra y nunca volvió.

Las manifestaciones o protestas se consideraban serias, de gente mayor: ancianos, mujeres, todos andábamos ahí; pero como niñas, de alguna forma llegábamos a entender por qué se daban. La más fuerte fue cuando nos quisieron sacar de Colomoncagua. Este lugar era estratégico para la guerrilla, todos lo sabían, pero nadie podía hablar de los principios revolucionarios que se enseñaban en los campamentos... Los gritos eran: «No a la repatriación forzosa», nos quisieron llevar a San Pedro Sula y Olancho ¡Ay qué lejos de nuestros hermanos guerrilleros! Pero siempre quisimos regresar a nuestro país, en los últimos años y en las últimas manifestaciones, ya eran ocho primaveras de estar ahí, se gritaba: «¿A dónde queremos regresar?». Respondíamos: «¡A Meanguera, Morazán!». En tiempos anteriores hubo manifestaciones, porque no había una buena alimentación y muchos valien-

tes seofrecieron a ayunar quince días, tiempo en el que no comieron nada. A mis diez años y muchas niñas ahí andábamos, no hacíamos nada, pero observábamos y conocíamos cómo vivíamos realmente, y de esta manera con este ayuno tan en serio, lograron que nos llevaran comida, vencidas o no, era apta para el consumo humano.

Imaginarse que no había champú, con el mismo jabón de lavar ropa o trastes nos lavábamos la melena y el cuerpo; pensar en eso, ¡cuánto sufrimiento cuando se cepillaba ese cabello enredado! Mi madre me peinaba algunas veces, qué enojo, me dolía mi cabeza, pero había una vaselina de color amarillo que tenía un olor agradable, «¿cómo conseguirla?» era mi pregunta, «¿se compraba o regalaba?» ¡Qué va!, no recuerdo, solo sé que mis hermanas mayores la usaban, y hasta el pelo se les hacía colucho y bonito cuando se ponían esa pomada.

Las cocinas comunales en las tardes se convertían en lugares recreativos para muchas adolescentes: ahí hablaban, se escuchaba que se reían. Había un grupo de niñas, vistas por los niños o adolescentes como las más populares y guapas, sí eran bonitas; pero mi aspecto físico, para la mayoría nunca fue atractivo. Conocí a un niño que se burlaba de mí, me molestaba mucho cada vez que me veía, ¡cómo me enojaba este cipote! Me daba mucha pena que me molestara, lo hacía muchas veces delante de ese grupo de niñas populares; le gustaba pasar el tiempo con ellas, yo ya tenía once años y aún no me gustaba ningún cipote, él tenía trece, era muy llamativo, un poco guapo, pero peleonero, no diré cómo me decía, no sé por qué, pero ¡no lo he superado! Estos niños eran expertos en poner apodos a otros niños, la mayoría de los menores teníamos apodos, la gente adulta también, pero en ese tiempo todos los tomábamos como ofensas y nos enojábamos mucho.

Siempre los juegos fueron muy divertidos, casi nadie se quedaba sin participar. Para las niñas el preferido era: el cinquito, se jugaba con cuatro piedritas bien pulidas y una piedra grande. Algunas veces se conseguía una pelota, que llevaban los internacionales, eran peludas, pero rebotaban muy bien en madera y suelo; fue nuestro entretenimiento favorito, preferentemente, se jugaba en parejas. Los varones elegían el fútbol, no importaba si el lugar estaba lleno de polvo o no había balón, pues se inventaban las pelotas, y quedaban muy bien,

solo se llenaba un calcetín con otros pedazos de trapo ¡Y listo, a jugar! Las niñas competían también contra los niños, a veces mezclados, pero no parábamos de sonreír, ¡qué divertido! ¡Cuánta energía!

El refugio no era aburrido. Había mucha diversión, porque hacíamos las cosas juntos, con nuestros amigos vecinos, éramos toda una sola familia, la discriminación no existía. La violencia entre los adolescentes se controlaba, para todo había un encargado que estaba vigilante de lo que pasaba, ellos solucionaban cualquier problema. Nunca entendí una reunión de colonia, estaba ahí y veía a la gente hablar, la palabra que se mencionaba era autocrítica, crítica, si se estaban solucionando los problemas de cada colonia o si funcionaba la comunidad.

Teníamos campañas de limpieza, me gustaba participar y ver todo limpio. Cada familia recogíamos la basura en recipientes e íbamos al basurero a tirarla, quedaba cerca de Limones II, ahí estaba el señor don Lázaro era muy amable ¡Cuánto colaboró en el refugio! Él les daba el mantenimiento necesario a los desechos. Recuerdo su aspecto físico perfectamente, me llamaba la atención, nunca se quejó ni era violento cuando llegábamos a dejar la basura. En algún momento, la mayoría de niños y niñas nos convertíamos en pepenadores y llegábamos a ver qué encontrábamos en la basura. Lo hice muchas veces con algunas amigas vecinas, luego nos íbamos a descansar a los cerros, formados de puras rocas, con pinos hermosos, nuestra mirada se perdía, preguntándonos «¿Qué había detrás de las montañas que se veían a lo lejos?».

Sin duda, muchas veces pensamos en nuestro Morazán, ahí donde estaban nuestras familias: peleando, sufriendo, convirtiéndose en todos unos héroes; muchos niños no aguantaron y se fueron más allá de lo permitido a caseríos vecinos, llegaban hasta donde había casas que pertenecían a familias hondureñas, ¡Qué tragedia! lo que hace la curiosidad, muchas veces regresaban y contaban como era más allá. Una vez, los soldados hondureños capturaron a un grupito, la gente se manifestó para que los regresaran, aún no calculaban la dimensión del problema, pero si se oían gritos de los manifestantes como: «Vivos se los llevaron, vivos los queremos». El grupo que recuerdo sí los regresaron, fueron el centro de atención en ese momento, yo murmuraba: «¡Por lo menos salieron a conocer otro lugar!», desconozco si

los demás tenían la misma opinión, o si más bien pensaban que «Ahí estaban los cipotes burros» que no obedecían a su mamá.

La mayoría de familias estaban formadas por madre e hijos, los padres estaban en la guerra, aunque algunos regresaron y como estaban lisiados, ya no podían pelear; otros nunca volvieron. A mi padre solo lo vi dos veces y a mi hermana mayor la volví a ver en 1988, ¡vaya, qué mujerona! Elegante, muy bonita; tenía como dieciocho años. ¡Pero la encontré!, sentí mucha alegría, la trataba con mucho respeto, ¡era una guerrillera!

El Borbollón de arriba y de abajo fueron nuestros lugares para ir a lavar ropa y bañarnos. Eran nacimientos de agua, había lavaderos de piedras muy grandes. Estaba la pila de Limones II y Las Lajitas, espacios hermosos. A estos lugares nunca iba sola, quedaban lejos, casi siempre estaba con Nacha, una amiga con un corazón muy noble conmigo, la mamá, Goya, la tenía en la mira cuando no hacía los oficios en la casa, mi champa servía de refugio; ahí jugábamos. Un día Goya la fue a buscar, y ella se tiró por la ventana, nuestras madres sí nos daban con el chirivisco, una varita de palo ¡qué dolía!

Nacha hacía la ropa muy lavadita, le gustaba el orden. En su casa, muchas veces nos hizo bombones de azúcar, nos parecía divertido, luego los poníamos en agua ¡y listos!, se endurecían, y se convertían en bombones, muy deliciosos. Eran nuestros inventos.

Con los alimentos que llevaban, si no sabíamos cómo hacerlos, lo inventábamos. Los famosos collares de macarrones, por ejemplo, estos en un hilo se insertaba cada codito de pasta y parecía una cadena, luego los comíamos contándolos, qué sabrosos. También los ablandábamos en agua y luego los freíamos en aceite, muy deliciosos; nadie supo cómo cocinarlos. ¡Mmm! El arroz que hacíamos inflado en aceite ¡Qué rico! Y así los niños de este tiempo fuimos muy creativos para matar el hambre y cambiar la dieta alimenticia. La fruta de temporada era especial: las naranjas, los mangos, sandías, melón; sí comíamos a llenarnos. Abundaban solo en la temporada, una vez al año, y no había más después.

Algunas vecinas guardaban las naranjas, aunque secas, ya que eran las únicas que se comían, no existía la posibilidad de conseguirlas, aunque se desearan, no había en ningún lado.

Cada familia tenía pollos y gallinas indias, como siempre ¡la mejor sopa!, ¡qué riquísima! Jamás he sentido ese sabor de nuevo, como mi hermana mayor Gilma la hacía; una muchacha muy respetada, era maestra. Ahí estaba ella con sus compañeros, los cuales capacitaba Rudy, un internacional muy entregado a los refugiados. Era hermoso verlo, ¡qué hombre tan humano!, pero hasta ahí, nunca lo saludé. Solo lo veía y lo admiraba con sus sandalias, ¡admirable el señor! Emma era su profesora favorita, la visitaba mucho, era una señora muy luchadora con sus hijos, su niña que nació con problemas de salud, nunca habló ni caminó, aun con su niña así, Emma seguía trabajando de maestra; cuando no trabajaba, atendía a sus otros hijos, muy hogareña, les hacía comida y los atendía a pesar de sus ocupaciones.

Los tamales y el pan le quedaban muy ricos a mi madre; pero desayuno, almuerzo y cena no tenía tiempo para hacer. Siempre estaba ocupada, los tamales y el pan se hacían para Navidad y fin de año. Mi hermano Mauricio los disfrutaba con sus amigos, se le oía la platicona, ya que a la medianoche la mayoría estábamos acostados o dormidos.

No había cohetes para reventar, todo era muy silencioso, pero los bailes casi nunca faltaron. Ya adolescente nunca estuve en un baile, no tenía valor, era tímida para bailar. Las cumbias eran de lo más común, amenizado por el mismo grupo musical de los refugiados, expertos en tocar los instrumentos como la guitarra y el violín. Ponían un buen ambiente.

La mayoría se realizaban para entretener a la comunidad. Los observaba mucho, por ser apenada, este ambiente me incomodaba. Todos participaban en esos bailes.

Una niña de Limones I empezó a cantar junto con mi hermana Martha, apenas tenía doce años, pero con mucho talento, la consentían demasiado, la considerábamos muy valiente. Cuando nos deleitó por primera vez con la letra de *Los nardos en flor*, «Somos niños que deseamos regresar a mi país para trabajar unidos...» y así seguía la canción, se ganó la admiración de toda la comunidad por su arte. Sí hubo mucho desarrollo humano, hasta donde se podía.

Mi hermana Gilma, también trabajó en la mecánica, ubicada en medio de los subcampamentos de Quebrachito y Limones I, ahí

llegaban muchas personas hondureñas, a veces llevaban manguitos verdes, nunca vistos en ningún tiempo. Ellos a lo mejor no le daban importancia, por ser unos mangos tiernos, cuando Toño, el esposo de Emma —que también trabajaba en la mecánica—, trajo uno o dos fue una situación inimaginable, para que sus hijos nos pudieran dar a probar un pedacito, estábamos rogando, ¡qué rico era un pedacito de apenas un centímetro! ¡Qué sufrimiento sentíamos al ver comer esos mangos!, y los adultos, si al caso, no se daban cuenta que queríamos un poco. No costaba pedir a los hondureños unos cuantos, pero nadie pensaba en nuestros deseos y sueños, ahí estábamos con la boca llena de saliva, menos mal que solamente como dos veces nos trajeron estos mangos verdes, en todo el tiempo de exilio. Toño tenía amigas hondureñas, una vez apareció con un pan francés, el único visto y probado en nueve años, un pedacito hasta donde alcanzó, igual que el mango verde... No se perdona lo que nos hicieron sufrir esos años sin haber probado esas comidas apetecibles como la soda, eso sí, nunca vista en el campamento, ni jugos en latas, ¡nada! Cuántos niños, ancianos desnutridos, pero ahí estaba el Centro de Nutrición y sus encargados, pendientes de darnos una comida más especial.

Algunos palos frutales estaban adentro del cerco de las hortalizas, el olor de las hojas de mangos tiernos hacía que los comiéramos, apenas el árbol lograba tener flores, y los manguitos, que medían un milímetro cada uno de grande, los cortaban los cipotes más listos, los bajaban y se los comían, nunca los dejaban crecer... ¡No tienen perdón aquellos que nos quitaron el derecho de comer los mangos verdes o tiernos! Estaba prohibido tener amigos hondureños o que se dieran cuenta los encargados que ellos nos traían cosas. ¡Qué lástima! Cuánto nos hubieran beneficiado, todo por la guerra sin objetivo, una pelea de fuerzas y se pretendía que ganara el mejor, pero sin duda la guerrilla o FMLN quería una dictadura como Cuba y tomar el poder como Fidel Castro ¿A costa de qué o de quiénes?, de los campesinos y personas inocentes.

El país se dividió, los dos bandos resistieron, la Fuerza Armada, los que «defendían la Nación» para eso fue creada, pero también destruyó, atropelló y masacró a miles de personas y todo en nombre de «defender la soberanía nacional», pero los niños en Colomoncagua estaban pendientes de todo, y buzos de no ser engañados. Nadie se

quedaba sin ir a la escuela, ahí estaba la presión de todos, no solo de los padres. Mis amigas desde guardería a kínder, Deisy y Paola, estuvimos juntas hasta el último grado en Colomoncagua, no había nadie más. Fuimos y participamos en varios eventos con otros campamentos, en teatro ¡qué gracioso!

## **José Candelario Argueta Márquez «Cando»**

### **(vivió en el subcampamento de Copinoles y Progreso)**

En el exilio, mi familia estaba formada por: abuelos, padrastro, tres hermanas, un hermano, mi mamá y yo, el hijo mayor. Mi padre murió asesinado por la Fuerza Armada a principios de la guerra. Por la misma razón emigramos al campamento de Colomoncagua, Honduras.

Ser refugiado fue una bonita experiencia, pero se vivía con mucha ignorancia, se desconocían muchas cosas. Aprendí a leer y a escribir, y muchos valores como la educación, de esta manera nos disciplinaban. Lo tomamos positivamente, viendo como ejemplo y guía de otros. Aprendí a tomar responsabilidades laborales, trabajé en el taller de juguetes que posteriormente se repartían a los niños y niñas.

En un tiempo tocaba música en un grupo del refugio. Valoraba las cosas por muy sencillas que fueran, aprendimos a compartir con los demás compañeros y compañeras.

Viví en el campamento llamado Copinoles, ahí los juegos que más practicábamos los varones fueron: ladrón-policía, fútbol, con pelotas fabricadas por nosotros mismos, hechas de trapos, ropa vieja y globo de látex que conseguíamos, las envolvíamos con hilos. Otro juego que nos gustó, fue que orinar en partes laderasas y posteriormente se convertían en cholladeros. Jugábamos a chibolas, similar a las canicas, pero también las hacíamos, porque no conseguíamos maules o canicas; eran de diferentes colores, ya que las hacíamos de plástico, y todo lo relacionado con este material: bolsas, botes; los recogíamos y los echábamos al fuego para que se derritiera.

Cuando los árboles de manzano florecían, se formaba una

chumpita previo a la flor, de esa hacíamos flecos, con las cabuyas de los lapiceros. Cuando se terminaba la tinta, les metíamos esas cosas de manzana, y con un palito empujábamos para que le cayera con presión en la espalda de otro cipote.

Nos gustaba mucho el escondedero, alguien se escondía y se buscaba, siempre de a dos grupos de niños, y así hasta que ambos equipos participaban. Nos encantaba también jugar la landa o la juca, era superinteresante jugarla los últimos meses, por decir, se empezaba el juego en noviembre, todos los cipotes y cipotas de las colonias cercanas, terminándola para fin de año. Era extremo este juego, con el fin de no quedarse con «la juca» llegábamos de noche a buscar al compañero, donde lo encontraríamos ya sea en la casa, cocina, calle, escuela o sacando un reparto de alimentos; el hecho de solo tocarlo, uno sentía un alivio de no andar la landa, se sentía que se quitaba un peso de encima. El 31 de diciembre todos, menos el que la tenía, decíamos la frase en voz alta: «Me rebajo, me rebajo con el pelo para abajo, papelito papelón que no me toque ningún ladrón». Esto nos dejaba inmune e invalidaba el juego, lo jugaban también niñas. Dentro de sus reglas, no se podía poner la mano a la misma persona, a menos que se dijera según el reglamento: «Ya se vale»; había una forma excepcional donde valía tocar únicamente la cabeza, en otras formas aplicaba que se podía tocar en cualquier parte del cuerpo. Se dificultaba cuando el otro era más alto que el que andaba la landa. Cuando se encontraba en el grupo un líder, decidía que se jugara sentado, se ponían el dedo índice en la palma de la mano del que dirigía el juego, él contaba uno, dos y tres, y al que apretara, ese tenía la juca o landa, y todos se sentaban chuleando: «A que no me la pones», corría para todos lados encontrándose con muchos desafíos. Era la manera más complicada de pegarla, porque en las otras formas no se valía sentarse y aplicaba en todo el cuerpo a excepción de la cabeza. Era tanta presión psicológica, que por no dejársela poner corríamos y dejábamos las uñas de un tropezón, ya que, muchas veces, la mayoría de los niños andábamos descalzos.

La cebolla: consistía en abrazarse de un palo formando una cadena de cipotes, había un vendedor y un comprador. El primero que encabezaba la fila era el vendedor de cebollas; el segundo, el comprador que elegía a los más fuertes diciendo: «Quiero que me venda una

cebolla», y el vendedor le preguntaba: «¿Y la que le vendí ayer?», respondía el comprador: «La puse en el garabato y me la comió el gato», y entonces recibía la orden «arranque la que usted quiera, pero sin cuchillo», esto significaba, que no se podía hacer cosquillas, ya que, si esto sucedía, se consideraba trampa, quedaba sin efecto, y debía jalarlo con todas sus fuerzas, esa fuerza era de todo el equipo empezando desde el primero hasta el último.

**Las ollitas:** juego similar al de la cebolla. Había un comprador y un vendedor, «las ollitas» era el grupo de niños o niñas, que se sentaban en cuclillas, agarrándose con las manos y las piernas formando dos orejas. La frase era la misma de la cebolla, con una pequeña diferencia porque se decía: «la puse en el garabato y me la quebró el gato». El cliente, para asegurarse de que la olla estaba en buenas condiciones, se acercaba a las «ollitas» y les daba *coicos*, llamábamos así a los golpes con el puño cerrado que se daban en la cabeza; las reglas del juego lo permitían, algunos con propósito pegaban más fuerte de lo normal. Después, el vendedor y el comprador le daban unas mecidas, agarrando de las orejas para ver si no se desmoronaba.

**El torno:** se necesitaban ocho niños, cuatro sentados en el centro, uniendo los pies y el resto parados alrededor, los movían de forma circular.

Cuando nos encontrábamos en grupo surgían ocurrencias, y se hicieron muy comunes, como ejemplo: Cuando se sentía un mal olor a ventoso o gases, el denominado «pedo», el más listo decía que fácilmente detectaría quién se lo había tirado. Se untaba saliva abundante en las yemas de sus dedos, que representaban el nombre de cada uno de los presentes y lo decía en voz alta, luego sacudía sus manos con mucha fuerza y el dedo que se había secado más rápido indicaba al culpable, responsabilizándolo del ventoso, y convirtiéndose en sujeto de burla, aunque fuera inocente. Para todos era una verdad absoluta, aunque posiblemente el responsable haya sido el que hacía la prueba.

Entre otros juegos estaban saltar cuerda, ladrón-policías y muchos más. Estos juegos bonitos y divertidos hacían que olvidáramos el terror que provocaba la guerra.

Las frutas que se buscaban con mayor ansia eran: moras, cirines, agrias. A las manzanas pedorras las perseguíamos cuando empezaban a madurar, le cortábamos una capa y, luego, a la semilla le echábamos

azúcar por dentro y las poníamos a asar. Yo tenía un primo que, en una ocasión, por bajar un gajo de manzanas, se cayó del palo y murió al instante. Cuando ya vivíamos en el subcampamento de Progreso, otro niño falleció por bajar hojas de mangle para hacer pitos. Esto fue en el caserío El Triunfo.

En el campamento había un único palo de nance, para probarlos, cada uno de nosotros en tiempo de cosechada se iba a las cuatro de la mañana. Quizás existían más, pero quedaban muy lejos. Arriba de donde vivíamos había un palo de mango, le cortábamos las hojas para comerlas con sal y sentir el sabor de esta fruta tan deseada. Había que salir fuera del campamento. Escuchábamos que cerca del cementerio de Callejones estaba un palo, algunos se atrevieron a ir, pero daba terror solo de imaginarse de ser capturados por los *cuillos*.

La masacre del 29 de agosto de 1985 se convirtió en un evento traumático, sucedió en el subcampamento de Callejones. Para entonces tenía seis años. Por medio de un megáfono, los líderes del campamento le hablaban a la población del subcampamento de Copinoles, que salieran porque venían entrando los *cuillos*. Recuerdo que entre esas personas uno era yo, que me quedé atrás, al ver asomar los primeros hombres armados cerca de la escuela. Me llené de miedo y me regresé corriendo para la champa.

Tengo presente, que una hermana de mi padrastro, me dijo que me tendiera abajo de la cama, porque era peligrosa una bala perdida. A raíz de esa experiencia, la gente de los subcampamentos se preparó con piedras, garrotes, cal y machetes para un próximo regreso. Hubo nuevos intentos de los soldados de entrar a los subcampamentos, pero se sentía que lo pensaban más detenidamente.

El acoso por parte de ellos continuaba. Cuando estaban en algún lugar lanzaban tiros al aire. Los líderes de la comunidad repartían información en papeles. En ocasiones se quemaban. Fui testigo de observar cómo los enterraban adentro de la casa y luego alisaban ese hoyo, para que en el momento que los *cuillos* se metieran a catear una casa, no los encontraran. En una ocasión estaban jugando unas muchachas y a una de ellas le hirieron una pierna de un balazo. También mataron a don Santos Vigil, un anciano que cuidaba una finca y una hortaliza en el subcampamento de Vegas. Luego nos trasladamos a otra colonia del mismo subcampamento.

Las travesuras no podían faltar, observé a muchos cipotes de mi edad meterse a los talleres a robar elásticos para sacarles hule y hacer hondillas. También robaban los blúmeres de las mujeres para extraer este recurso con el mismo fin o nos orinábamos en una ladera para chollarnos —deslizarnos.

En cuanto a la disciplina, reconozco que fue estricta, pero funcional. En el refugio nos reuníamos con los de disciplina, ellos nos advertían sobre el riesgo de alejarse porque podíamos ser capturados. Nos decían que evitáramos subirnos a los palos de manzano, ya que algunos niños habían perdido la vida por desobedecer. Tampoco debíamos bañarnos en pozos de agua sucia, para prevenir enfermedades. En algunas ocasiones nos dejaron pelados —desnudos—, cuando nos encontraban bañando, la ropa se la entregaban a los padres para dar fe de que íbamos a los lugares prohibidos. Después de estas reuniones, recibíamos un refrigerio de arroz con vainilla, esto ocurría en todos los subcampamentos. Los de disciplina siempre aseguraban que un día íbamos a regresar a nuestro país.

A nivel familiar también se aplicaban las normas: En mi familia no salía sin permiso y tenía que ayudar y cuidar a mis hermanas. Si tardaba, debía tener una buena excusa para que no me pijearan. A veces quería ir a ver la película de *MacGyver*, estaba de moda, era en otro subcampamento, porque en el de Progreso no había televisor. Siempre teníamos que poner atención a las recomendaciones, escuchar se volvía necesario porque no repetían las indicaciones, ante un error podíamos recibir un castigo.

Sin embargo, no a todos los niños los educaban los padres, había algunos bien tremendos. Todas estas prácticas fueron buenas, nos ayudó a corregirnos y orientar en un futuro con más sensatez a otras generaciones.

---

## CAPÍTULO 5

### Salida del refugio y comienzo del retorno



### Realidades de Luz Maribel Chicas Argueta

¡Y que llega el día del retorno o a nuestro querido país El Salvador... al municipio de Meanguera, Morazán! Felices y contentos, con una curiosidad inmensa por conocer El Salvador del que ¡tanto nos habían hablado! Para nosotros era el país más hermoso, para mí un lugar de sueño mágico, a nadie le preguntaba, porque lo creía como me lo imaginaba: unas casas hermosas con ventanas de vidrio, paredes pintadas de todos colores, y no pregunté, todo me lo imaginaba.

«¿Cómo será El Salvador?», me preguntaba y siempre me imaginaba... no preguntaba, era mi imaginación y yo... ¡Vaya! Los campamentos y todas las casitas de madera se desarmaron, se hizo por subcampamentos: las tablas de las casas y todos los materiales se tenían que llevar para nuestro país; tampoco me cuestionaba para qué, solo íbamos a ayudar a cargar los camiones.

Las personas del subcampamento Limones II, ayudaron a los otros campamentos, porque fuimos los últimos; nuestro camión también lo fue, pero ahí venía Pepe, el cipote que siempre me molestaba en público. «¡Qué coincidencia! —decía yo— ¿Por qué nos venimos en el mismo auto?». No cruzamos ninguna palabra todo el camino, fueron aproximadamente cinco horas... Llegamos a Perquín, y vi por primera vez a mis doce años una calle pavimentada y observé aquellos camiones correr tan rápido. Miré a todos, no recuerdo si alguien dijo algo, venían muchas familias en esos camiones, pero en mi camión venía Pepe, el niño que siempre me peleaba y me decía cosas feas cuando pasaba cerca de él, sin imaginar qué pasaría con él después; ¡Qué cosas! ¿Quién será Pepe? Un niño muy inquieto y bromista...

Nuestro asentamiento en Morazán iba a ser en Hatos II, ahí donde nos bajamos. En este lugar construimos la champa de plástico negro. ¡Qué desilusión más traumática, no había casas! Ahí me falló mi imaginación. No fue fácil aceptar esa realidad... Martín, un hombre bueno, y su mujer ayudaron a mi madre, hicieron la champa esa noche. Todos dormimos en el suelo, igual que muchas familias. Había muchos insectos y animales peligrosos como las culebras. Menos mal ya un grupo de refugiados se había venido antes a limpiar la zona de los asentamientos, ellos se vinieron caminando cargados con muchas herramientas, víveres, etc. Fueron muy valientes. En esa ocasión, se vino mi hermana mayor, Gilma. Observé en Quebrachitos a toda esa gente decidida con sus maletas, dispuestas a enfrentarse a lo que fuera.

Aún había guerra, era muy peligroso, eso fue lo bueno, su valentía.

Cuando llegaron a Morazán, al principio limpiaron el monte de todos los asentamientos: El Barrial, San Luis, Hatos I y II y Los Quebrachos. Fue un trabajo muy arduo y duro para muchos. A la mayoría los incorporaron a la guerrilla ya para las últimas peleas por los años 1989-1990, esos fueron los años más decisivos y crueles para esta guerra civil que ya no se aguantaba. Muchos de los que se vinieron el 18 de noviembre de 1989 llegaron solo a morir, la persona que recuerdo más es Orbelio, un muchacho de quince años.

En 1990, el 8 de noviembre, muere mi único hermano varón que luchaba en la guerra, Mauricio. Falleció convencido de que defendía a los pobres y la justicia; espero no haya muerto equivocado. No tenía que ser así, mi hermano era muy elegante y hermoso. La última vez que lo vi fue en Berlín, Usulután. Vino a buscarnos una señora, pero solo yo pude ir, mi papá la había mandado. Era una mujer de la zona, aún era peligroso y en el camino me decía: «Chiuuu, no hable muy fuerte».

Mi padre estaba en el mismo lugar con Mauricio, convertido en un hombrecito de dieciocho años muy fornido, piel muy clara y alto, era un guerrillero muy guapo.

Llegué enferma por caminar todo un día y llegamos de noche. Menos mal que ya conocía a la señora, por ser el segundo viaje. La primera vez no pudo llegar mi hermano, estaba en otro lugar. Yo tenía trece años, no había comido en todo el camino y me dolía mucho el estómago, pero valió la pena; fue la última vez que vi a mi hermano. Recuerdo que me dijo: «No tengo nada que darte, pero toma estos cien colones, tal vez te sirven»; era mi hermano preferido. A la mañana siguiente nos regresamos, me seguía doliendo el estómago, también tenía hambre y no llevaba comida ni agua, no había alimentos. Por esos caminos encontramos una casa bien humilde, aun así, pedí una tortilla con lo que tuvieran, me la dieron, cuánto dolor y ahora quería vomitar. ¡Qué débil me sentía! Pero al fin llegué con bien a Hatos II, a la champa, conté todo como había pasado las cosas, lo que aguanté y cómo estaba mi hermano.

La tumba de mi hermano nunca supimos dónde está. Hasta hoy sabemos que quedó en medio de otros compañeros, nos lo contó

Daniel, un amigo de la familia que estuvo mucho en la guerra; él lo vio ya muerto con todo de fuera, no se sabe dónde están sus huesos, como muchos están perdidos, ¡pero no olvidados! ¡Aún te amo hermano, te amaré toda la vida! Me preocupaba por vos siempre: Cuando llegabas de dar clases en el refugio a tus catorce años con hambre, y nos mandabas a hacerte comida y muchas veces no había nada para cocinar ni tortillas y ya era tarde, se había terminado todo; como ahí si no teníamos algo, lo tenían los vecinos, éramos bien solidarios. Me gustaba dormir a tu lado y me defendías de mi madre, lo sentía así, pero siempre me *cachimbeaba*; a veces porque me bañaba en las tormentas. ¡Qué divertido estar bajo la lluvia! Así es mi hermano, ¡sigue vivo! y para mi madre, para Dios, en todo lugar Santo...

Pero cuánto dolor para las madres. Ellas seguían sufriendo, más por ver a sus hijos con un futuro incierto. Mi madre con cinco hijas, Rubia, luego las más pequeñas éramos Nelita, una niña de cuatro años que dejó otra guerrillera en el refugio con nosotros, y yo. Ella era mi preocupación por atender, se convirtió a mis once años en mi prioridad, de los diez a los catorce me sentí una adulta con tantas responsabilidades. Al ver a mi mamá preocupada, me puse a trabajar en la guardería, un mes trabajé, nada más porque tenía que estudiar. Luego a mi madre le propusieron ir a trabajar a San Salvador, en la casa de unos guerrilleros.

Se estaba terminando la guerra y ellos necesitaban organizarse para una vida política activa y participar en elecciones, ya que no pudieron ganar la guerra con las armas; por eso necesitaban a alguien que los atendiera. Entonces se fue mi madre, con el dolor en su corazón y nos dejó ahí en esa champa, con Teresa, la mujer de Martín y niña Tacha, unas mujeres muy buenas que nos apoyaron. Vivíamos juntas, aunque cada una hacia su comida y todas sus cosas. Sentí como que en ese momento arrancaron a mi madre para siempre de mi lado y no la íbamos a ver todos los días, aunque sea un ratito como en el refugio. Llorábamos todos los días Rubia y yo amargamente. Nelita, no se daba cuenta, y Martha, la hermana mayor, como que no existía; pasaba solo de gira con el conjunto musical de los refugiados cantando en todos los pueblos del norte de Morazán. Ella vivía en su mundo con sus compañeros. Rubia y yo todas las tardes íbamos al desvío de Los Hatos II para ver si venía mi madre, nos subíamos a los palos de

nance —que estaban verdes y nunca maduraban, así los comíamos—, pero nunca llegaba mi madre... No había forma de comunicarse con ella, era prohibido, aún no le permitían decir dónde estaba... Nos regresábamos llorando con un nudo en la garganta, a llorar más a la champa o algunas veces a jugar con los vecinos, divertidos se ponían esos juegos de fútbol en las tardes, bastante aliviaban el dolor.

También cuando íbamos al río La Joya, ¡cómo nos divertíamos ahí! Nos íbamos a bañar solo en fustán o en calzón todas las cipotas; esos rostros de la mayoría de cipotes de Hatos II no se olvidan, fue corto ese tiempo... «¿Por qué madre?», me preguntaba... Tenía que trabajar y luchar por sus hijas: Las dos mayores, guerrilleras, y su único hijo, sin saber que estaba viviendo sus últimos días o meses... Pasé a mis catorce años. Éramos las dos, Rubia y yo nada más. Vivíamos ya en las casas de madera provisionales, así les llamaban. Siempre estábamos con Teresa y Tacha; Martha se había retirado del grupo musical, había decidido ir a trabajar a San Salvador.

En los años 1991 y 1992, fue muy crítica la vida para los refugiados, aunque ahora éramos los repatriados, no había ayuda de alimentos ni ropa ni nada. Muchas familias se separaron buscando la vida y cómo ganar dinero para sobrevivir. Fue decisivo también ese tiempo, la mayoría de las jóvenes se fueron a trabajar de sirvientas o empleadas domésticas, otros emigraron para los Estados Unidos. Algunos pusieron pequeños negocios y así cada uno buscó su forma de vida. Cuando todos aún nos uníamos en las luchas, si reclutaban a alguien, la Fuerza Armada u otros grupos que uno ni se daba cuenta, ahí estábamos... Una vez, los militares capturaron a unos miembros de la comunidad en Gotera. Se decidió ir caminando hasta ese lugar. Martín y Teresa fueron los que nos cuidaban, fui con Rubia, andábamos con *yinas*, sin agua ni comida. Caminamos de Meanguera a San Francisco Gotera. Hoy dudo que, de haber estado mi madre, nos habría dejado ir, no lo sé. Al final llegamos cansados, hambrientos y con sed; pero una señora buena nos dio comida en el camino, hasta donde alcanzó. Tuvimos un poco de suerte de que estuviéramos en ese grupo cuando llegamos a manifestarnos para que liberaran a estas personas. Pienso que, si hubiéramos conocido el futuro, tal vez no lo habríamos hecho, porque esta gente no ha sido agradecida con la comunidad, se convirtieron en oportunistas.

A mi hermana Orbelina —Idis— la capturaron también. Estaba embarazada y andaba con mi hermana Martha, aún había guerra en 1990; sospechosas, pero lo negaron todo y ahí estaba un soldado que la conoció, porque había sido guerrillero, él no dijo nada, le tuvo mucho aprecio a ella en la guerrilla. Los militares siempre sospecharon de la comunidad, hoy llamada Segundo Montes, en honor al padre jesuita asesinado en la UCA por la Fuerza Armada salvadoreña. Él nos fue a visitar a Honduras, estaba muy avanzado de edad, tenía un gran corazón. Apoyó mucho nuestro retorno y, como las personas que se recuerdan nunca mueren, el padre Segundo Montes sigue aquí en esta comunidad de mujeres, hombres, niños y niñas valientes.

La decisión más difícil para mi madre volvía a surgir «¿Qué hacer con Rubia de doce años y yo de catorce?». Teníamos una edad en la que no podíamos estar solas. Yo me sentía bien en Hatos II, mi madre quería que nuestro padre se ocupara también de nosotras y decidió mandarnos para donde él. Un señor que vivió toda la guerra, le decían el comandante Lino. Mi padre aún no tenía estabilidad económica, nada, ni casa, solo un ranchito de madera, que se lo habían prestado, su mujer era una joven de dieciséis años que esperaba un hijo.

¡Qué triste situación! Mi hermana Gilma nos llevó ahí a las dos sin saber qué hacer de nuestra vida, ¡nada de jugar! Teníamos que hacer nuestra comida, no conocíamos el trabajo del campo. No había salida para mi padre, pues fue la decisión de mi madre, aunque fue una mala iniciativa. ¿Cómo íbamos a vivir con una madrastra de dieciséis años? Seguía la tragedia, mi padre habló con mi madre a San Salvador, manifestándole que él no podía quedarse con las dos cipotas, se le dificultaba mantenernos. Quería que me quedara yo, porque ya podía trabajar y mi madre también pensaba lo mismo.

Había una señora que necesitaba una persona para hacer la limpieza. Nada me ilusionaba más, mi inocente madre me describió un lugar muy bonito, con muchos adornos típicos de la casa de San Salvador y de gente con dinero. La decisión fue tomada y mi padre me mandó con un conocido de él; así que me vine desde San Francisco Javier, en Usulután, a la capital en la cama de un *pick-up*. Había mucho sol y viento, ignoraba lo que estaba pasando, pero no tenía miedo; era mi inocencia la que sobresalía. Luego, llegué a una oficina,

ahí conocía mi hermana y fue el punto de encuentro.

Mi hermana Marta laboraba con una pareja de italianos muy buenos y educados, ellos apoyaban mucho la educación y trabajaban con CIAZO, una ONG que promovía la alfabetización. Llegamos a su casa, hasta ahí todo estuvo bien, no había tristeza ni nada, me alegraba estar con mi hermana. Al día siguiente me llevaron con la señora donde iba a trabajar, le decían Norma y lo primero que dijo fue: «¿Y viene con *yinas*?». Desde ahí pensé: «No debe ser muy buena», «¡Ya le pondré zapatos!», dijo. Me regaló unos que me quedaban bien apretados, y así los anduve. Me dejaron ahí, me sentía como un pollito comprado, pero me consolaba que mi madre la conocía, aunque no del todo. «¡Qué bonito es aquí!», decía, y empezaron las sugerencias. Me enseñó el cuarto donde iba a dormir, solo había un colchón y el planchador.

¡Qué feo...! Me compró plato, taza y vaso, porque no iba a usar los mismos trastes que ellos. Todos los días limpiaba las dos plantas —pisos—, los adornos, los baños y sin desayuno, no le preguntaba por qué, fue la orden que me había dado, no me decía: «Desayuna y luego te pones a limpiar». El almuerzo lo hacía la niña Normy, le gustaba que le dijera así, estaba a dieta y sin dinero. Su compañero de vida y yo íbamos a desaparecer sin comer desayuno y cena. Ella se había separado de su esposo, de manera voluntaria. Fue mi responsabilidad asegurar el alimento y comer únicamente al mediodía. La fruta estaba prohibida para mí. Me comí una vez unos jocotes y llegué en la tarde el nuevo marido que tenía, se asomaron en el basurero y contaron las semillas, cuántas me había comido, creo que, como ocho, no lo recuerdo.

¡Vaya qué pareja tan miserable! En lo que se había convertido el guerrillero —muy reconocido, de apellido Medrano— era muy dependiente de la niña Normy, la relación no funcionaba mal, solo estaban empezando a vivir juntos. Pero él tenía una mala fama de mujeriego. Ella estaba acostumbrada a las comodidades y J. Medrano luchaba por convertirse en un político de izquierda (FMLN), yo sin un por qué aguantaba sus desgracias. Pero un día me cansé de tanto trabajo, de tanta explotación y sin comida.

Me llevaron una vez al Trifinio, un lugar turístico muy bonito

que está en Santa Ana, allí no probé nada de comida, no me dio niña Normy, solo veía comer a su hija, se le olvidó que yo comía. ¡Qué ingrata mujer!, me harté y tomé la decisión de escapar, ya no aguantaba, era muy delgada a mis catorce años y ese mes adelgacé mucho más; y peor cuando J. Medrano se empezó a poner muy cariñoso. Una noche, cuando niña Normy no estaba, entró a mi cuarto, ¡qué pena! ¡Qué miedo sentí! Empezó a tocar mi rostro, a besarme y yo luchando por la cobija para que no me la quitara. Al día siguiente sentía vergüenza, como si yo fuera la que había hecho algo malo. A él le tenía mucha pena, no sabía qué hacer; estaba lavando ropa, llegó y me dijo:

—Ninguna palabra de esto a nadie. No queremos problemas, ¿verdad?

—No —le respondí...

Él decía que andaba con más cipotas.

Pero al fin llegó el día de escaparme, me aseguré de que la puerta principal estuviera bien cerrada, ignoraba que al jalarla de afuera quedaba hermética; la arrastré con mucho cuidado porque era solo de vidrio transparente y me tiré del muro que dividía el otro apartamento que tenía la niña Normy. Ahí vivían los padres de J. Medrano, una pareja de ancianos muy humildes y buenos.

Ellos estuvieron por la guerra exiliados en Nicaragua, y tenían poco de estar ahí, tal vez unos quince días, porque Medrano los fue a traer durante mi estadía ahí. Hablé con ellos, que me marchaba porque no aguantaba a Normy, ni lo que me decía ella; que yo tenía que decirles a los adultos, que no se sentaran en los sillones porque se los podían ensuciar, ¡qué feo...! Estaba hablando con los ancianos, cuando llegaron ellos y que me cachan. J. Medrano me dijo que por qué no hablé con Normy, y yo le contesté que porque no tenía valor de decirle nada. Me entró a la casa, revisó mi bolsón para ver si no había robado algo, saqué mis pocas cosas en el piso, estaba claro que no llevaba nada, los refugiados ahora repatriados éramos pobres, pero muy honrados; y me pregunté después: «¿Será que piensa que me llevo aquel único vasito de vidrio y que lo tenía de adorno más que de uso, que se me cayó, y no le conté?». La señora era bien desconfiada también. Y así fue, llegué donde mi madre que trabajaba cerca de ahí, llorando amargamente y le dije que no quería trabajar más ahí, porque no eran la clase de persona que esperaba, me discriminaban

mucho, no me daban comida, solo trabajo duro. No dijo mucho mi madre, solo pensó: «¿y ahora para donde la mando?». Menos mal que tenía una tía en Apopa, era muy enojona también, pero no faltaba la comida; viví muchos años con ella. Esto fue difícil, porque siempre quise quedarme en Morazán, era mi lugar, mi gente y la extrañaba mucho. Pero así pasé dieciocho años, los cuales viví más en la Comunidad Segundo Montes que ahí; porque mi corazón y mi mente seguían en mi tierra, zona oriental de El Salvador.

Un ejemplo muy claro: Cuánto abuso y discriminación sufrimos los refugiados y luego repatriados en ese tiempo por nuestro acento, vocabulario humilde, costumbres y vestuario. Aunque éramos muy emprendedores.

Pero al fin, se firmaron los acuerdos de paz el 16 de enero de 1992. La Comunidad Segundo Montes se había establecido con ganas de sobresalir con trabajo duro, educación superior, básica y media. Ya para los años 1993 y 1995 casi se había logrado la independencia total de las ayudas humanitarias de organismos internacionales, como la de ACNUR. Éramos una comunidad con espíritu valiente, gente muy valiosa que no le tuvo miedo a los desafíos y a la discriminación.

Los que estuvimos refugiados en Colomoncagua hemos sido siempre unas personas muy emprendedoras. Ahora los niños de ese entonces convertidos ya en adultos, con valores y principios bien cimentados y definidos. Algunos son profesionales exitosos. Otros, padres y madres de familia; y muchos, muy lejos de su patria, buscan un mejor futuro y luchan por su raza, pero no importa a lo que se dediquen o dónde estén, seremos siempre hermanos de corazón. Aunque a veces sentimos que nos apagamos, nos levantamos y seguimos luchando, que fue lo que nos enseñaron y aprendimos muy bien, porque fuimos capaces de vencer el miedo, a la gente que nos discriminaba y no creía en esta comunidad... Nunca olvidar, para que no se vuelvan a repetir esas cosas tan perjudiciales para la niñez y el futuro del país. Nuestra comunidad es un ejemplo de lucha, de que se pueden superar todos los obstáculos...

La mayoría de la población jamás se acostumbró a vivir en esa «cárcel sin paredes», palabras del padre Segundo Montes, en una visita a los campamentos en 1989. No fue difícil para él darse cuenta de que teníamos limitaciones de todo tipo.

Mencionaban nuestros familiares que cuando llegamos al campamento, nos dijeron que solo íbamos a estar tres meses, y cada año que fue pasando se sentía eterno. Parecía que el tiempo se detenía, así sentíamos las niñas y niños, no es extraño que los adultos sintieran lo mismo. Con cada abril que se iba, se tornaba difícil el regreso, pero no perdíamos la esperanza de que un día, no muy lejano, nos dieran la noticia.

Para la mayoría de la población, el deseo era de regresar a las tierras norteñas de Morazán. Lo expresaban hasta en canciones. Ya en los primeros años habían ofrecido la reubicación en Olancho, un lugar céntrico de Honduras. La población lo rechazó rotundamente con manifestaciones masivas, donde estuvieron presentes personalidades internacionales, que se negaban a la reubicación ya que anulaba toda posibilidad de regresar a El Salvador y de reencontrarnos con nuestros familiares y parientes.

Mi mamá me contaba, que cuando había reunión general, dentro de esa agenda, había espacio para ver cómo estaban las posibilidades de retorno.

A finales del 1988, se comenzó a divulgar que se estaba negociando cómo sería la logística para regresar. Todos comenzaron a trabajar en esto, hasta los artistas, hicieron bellos cantos. El grupo Morazán con Mia escribieron y grabaron muchas canciones alusivas al retorno, al ideal de la nueva comunidad que formaríamos, con todo lo que habíamos aprendido, escuchamos por primera vez la canción, tan coreada por los refugiados *Los nardos en flor*, esta decía: «Cada día que amanece más brillante veo el sol, me recuerda mi casita que dejé en El Salvador». Con la voz de Meimi, cantante desde niña en el refugio. Realmente cada canción la aprendíamos para cuando se recibía una delegación de internacionales, todos los niños y niñas nos poníamos en frente y cantábamos, además de eso, en el protocolo no podían faltar las consignas, con vivas, como: «¿A dónde queremos regresar? ¡A Meanguera Morazán!», «¡Que vivan los hermanos solidarios!», «¡Que vivan!».

## **Preocupaciones por la guerra**

La población y los niños sentíamos cada vez más temor por la guerra, pero no era excusa para detener todos los planes que se estaban realizando en la comunidad. Las reuniones se siguieron haciendo, algunas familias exponían que por qué íbamos a regresar, no podíamos negar que habíamos dejado nuestros lugares; pero por lo menos se estaba más seguro de las masacres y teníamos el sustento diario. Las estructuras de trabajo continuaban, afirmaban que algunos organismos internacionales apoyaban y otros no. Sabían que en El Salvador se violaban con impunidad los derechos humanos, el regreso no aseguraba que estos hechos no se repitieran.

La población tenía razón de pensar así, ya que algunas familias eran sobrevivientes de la masacre de El Mozote, como Juan Márquez y su familia, y también don Esteban Laínez, quien huyó del exterminio del caserío de Las Joyas. Estas familias vivían en los campamentos, todos andábamos por la misma causa: salvar la vida y regresar no dejaba de ser uno de los más grandes desafíos.

## **Llegada del padre Segundo Montes**

El padre Segundo Montes fue un sacerdote jesuita de origen español y catedrático de la UCA de El Salvador, defensor de los derechos humanos, con sensibilidad social y con una visión humana; encaminado por la Teología de la Liberación. En el año 1989, año muy sangriento y de persecución a personajes que se identificaban con las comunidades víctimas de la violencia sociopolítica, decidió visitarnos llevándonos un mensaje de esperanza y de fuerza; para ese momento, la comunidad tenía una propuesta clara sobre el regreso al país. Él llegó a todas las ermitas, así le decíamos a las grandes champas de lámina, destinadas solo para las actividades religiosas. Se concentró mucha gente para conocerlo personalmente y escuchar su mensaje.

Después de este recorrido, tuve la posibilidad de verlo en la

cocina de niña Chabela, la suegra de don Juan Márquez. Yo llegué corriendo a traer a mi hermano menor, que le había quitado el pan marquesote que esta señora con mucho cariño le había puesto con café. Después, llegó mi madre bien apenada pidiéndole disculpas al Padre por el incidente. Él le tocó la espalda y le dijo: «¡Mujer, no te preocupes!», puedo imaginarme que el padre se dio cuenta de que mi hermano tenía capacidades especiales, además de sacerdote, tenía formación como sociólogo con calidad y humanismo.

Hasta este momento, desconocía que se trataba del padre Segundo Montes, solo me quedó ese recuerdo de un personaje tan humilde, sensible y con una sonrisa de aprobación y firmeza para quien estuviera enfrente de él. A la casa de esta señora y su familia, llegaban todos los sacerdotes y otros internacionales, creo que se debía a muchas cualidades observables, por ejemplo, siempre tenían bien limpio su ambiente, eran honestos y cocinaban un pan exquisito. Siempre fuimos vecinos y, a pesar de las muchas travesuras que mi hermanito les hacía, nunca tuvimos mayores problemas.

## Llegada del vicepresidente de El Salvador

El refugio tuvo muchas visitas, unas de personajes muy importantes y a veces no tan gratas. En el año 1989 nos visitó el vicepresidente de turno de la república de El Salvador, Francisco Merino. Para todos fue novedoso, en realidad los niños habíamos escuchado de esta visita. Decían que iba a llegar en un helicóptero, pensábamos que iba aterrizar en cualquiera de los campos de fútbol; era increíble porque se le temía y llamaba la atención en la misma medida. Para mala fortuna de los curiosos, aterrizó en la famosa tranca militar, ahí no nos animábamos a ir solos porque sentíamos ese pánico de encontrarnos con los *cuiños* como si se tratase de demonios. Había mucha seguridad de los encargados de esta labor en el refugio, pero también andaba su propia escolta de seguridad, tuvo el privilegio de recorrer casi todos los subcampamentos y fue en el lugar llamado Copinoles donde dio su discurso. Por supuesto, toda la gente se movió a este lugar, las quebradas

quedaron solas, no había gente, sentían que era de gran importancia escuchar el mensaje de este hombre.

En vista de que no vimos el dichoso helicóptero, me mandaron a lavar ropa a la quebrada, estando allí me fui a ver a la pila de Limones II y no había nadie. Yo tenía miedo de ir sola, y esto les ocurría a varios cipotes porque había muchos mitos sobre la niña Azucena, que murió desnucada cerca de ese camino, pues decían que lloraba en este lugar. Cuando no tenía compañía, pegaba una sola carrera hasta abajo. En uno de esos días no encontré con quien venirme, del miedo me caí en las gradas de la subida, con dos *pichingas* de agua que traía en mi hombro, amarradas con un cincho viejo y una en cada mano; me salía sangre por la boca, me mordí el labio y la lengua, dicen que me desmayé, porque estaba una señora sentada y me tenía en sus piernas lavándome la cara, y diciéndome: «Esto te pasa por cargarte tanto, cipota». Realmente, no sentía que fuera mucha carga, era algo que realizaba todos los días, mañana y tarde, me ponía una *pichinga* en cada hombro y lo mismo en las manos para lograr llevar más agua. Claro, siempre iba con alguna prima o niña vecina, el detalle es que esa vez fui sola y el miedo a algo desconocido también afecta. Esos recipientes eran largos y de color amarillo, llegaban con aceite desde Canadá.

Cuando me mandaron el día que vino el vicepresidente, no tuve valor de bajar, porque no veía a nadie. Observé desde un pino grande, donde siempre descansaba con las *pichingas*, era el sitio de pausa para todos los que hacían uso de esta pila con una rica agua tan cristalina y dulce.

Llegué a los pozos de niña Siriaca Márquez, nombre en honor a la primera señora que descubrió esos nacimientos y los hizo. En verdad el vicepresidente había dejado asueto hasta de lavar, menos a mí. La ropa no podía dejarse más tiempo sin lavar debido a la condición de mi hermano menor que tenía diarrea y mi madre había tenido un pesado turno en la Unidad de Salud. Sinceramente tenía miedo, casi no me concentraba lavando en uno de esos pozotes, sentía temor de que bajaran coyotes, animal salvaje muy temido por los cipotes. A veces veía que pasaba un chorro de mariposas y libélulas, y pensaba: «Alguien las viene siguiendo». Estuve en este afán en el pozo y nadie bajó, sentía satisfacción de concluir con la tarea, nadie me felicitaba; creía que era responsable y valiente.

Mencionaba que no todas las visitas fueron gratas, porque en uno de esos años, un soldado hondureño asesinó a un anciano llamado Santos Vigil. Posterior al crimen, llegó a este subcampamento el coronel de turno, que comandaba a estos militares, a verificar los hechos. Comentaban que le temblaba hasta la voz y sentía que no iba a salir vivo al ver a tanta gente indignada. Como hay personas que piensan inteligentemente; reconocieron que era un momento de dolor, pero con oportunidades para tomar acuerdos y medidas de seguridad en beneficio de la población.

Al vicepresidente le plantearon la decisión de regresar al país, como un derecho que nadie ni nada lo podía impedir, hubo reuniones con sectores. Los diplomáticos de la comunidad no tenían una formación académica, pero la necesidad los había hecho desarrollar ciertas habilidades de liderazgo y relaciones públicas, como: coordinar la logística y agendas protocolares para estas actividades, plantear propuestas que representaran a la población, cómo se iban a realizar los eventos, la alimentación y estadía de estos visitantes. Se mencionaba que en la reunión se acordó el retorno y las medidas a tomar estando en el país. Por la situación que se vivía, ameritábamos tener un documento legal por diversos motivos, muchas alcaldías fueron saqueadas y quemadas por cuerpos armados, o la gente tenía nombres ficticios o seudónimos, y esta variable no garantizaba la seguridad de la población.

## **Carnetización**

Fue un hecho, la comunidad estaba educada y respetaba los acuerdos tomados. Para esta medida estaba claro que cada persona sin importar la edad iba a tener un registro y documento, esto realmente fue novedoso. Las personas que llegaron a realizar este trabajo eran empleados del Gobierno salvadoreño, tanto recurso humano como materiales y equipo, las secretarías, fotógrafos y organizadores. La sede para este trabajo fue el subcampamento de Limones II, precisamente en la Unidad de Salud, hasta allí se movilizaba la población de todos los subcampamentos.

Para ese tiempo se veía caminar una gran cantidad de personas

a pie por las calles, transporte no había para nadie. A las madres con bebés en brazos les tocaba madrugar por el sol, con sus morrales de lana rayados donde cargaban su tortillita y arroz con frijoles para sus niños pequeños. Se observaba una gran motivación, por primera vez, se creía que el retorno sería un hecho. Nosotros, los niños y niñas de Limones II, nos sentíamos con más derecho; sin turno para el censo o para sacar el documento o *carnet*, nos íbamos a ver por las ventanas de metal y madera levantadas por un palo. Era muy novedoso todo, qué admiración el contemplar las famosas máquinas de escribir, ver a las secretarias con sus pómulos rosados, no por el viento o quemados del sol como nosotros, sino por *colorettes*; y sus uñas pintadas. De entrada, se sentía la gran distancia entre ellas y el perfil del refugiado. Algunas veces en la hora de receso de ellos, les decíamos: «Hola, muchachas bonitas», «Hola, muchachos bonitos»; los piropeábamos porque los veíamos muy bien, sin embargo, el mayor interés era conseguir algo de sus golosinas. Otro motivo para espiarlos, por aquella ventana, era que, a la hora de comer, tomaban bebidas embotelladas como Coca-Cola, jugos enlatados y otros refrescos que llamaban la atención. Realmente deseábamos que nos dejaran un traguito para conocer el sabor. Más de una vez entramos con otros niños y nos empinamos una botella con sobrantes que estaban en un recipiente, asegurándonos que los de disciplina no nos descubrieran, porque probablemente nos sacarían a *chilillazos*. Veíamos a las secretarias como mascaban chicle, no había para regalarle a los curiosos, si le daban a uno, sería como espantar un panal de abejas.

Al final de varias jornadas todos teníamos un bonito *carnet*, contenía información general, como datos personales: fecha, lugar de nacimiento, y el origen del cantón y municipio al que pertenecíamos en El Salvador. Esto para la población debió haber despertado muchos sentimientos, a los niños y niñas nos daba igual, teníamos una foto más, tomada con lujo, sentados en una buena silla con una gran *camarota* enfrente y un muchacho que, según muchos niños, le hacía un «ojito a medio mundo». No teníamos ni la más mínima idea de que un bebé al nacer, había que asentarlo en una alcaldía, mucho menos que debía tener una partida de nacimiento. En pocas palabras, la mayoría de los nacidos en el refugio, para el Registro Nacional de Personas Naturales, no existían y mucho menos en Honduras. Había

información interna: los datos de todo niño que nacía se encontraban en los libros de las clínicas de los subcampamentos.

Algunos adultos han de haber tenido desconfianza de dar sus datos a personas del Gobierno salvadoreño, debido a que, en El Salvador, muchas alcaldías fueron saqueadas y quemaron documentos y archivos, con este mecanismo, buscaban a algunos campesinos para asesinarlos. Por lo tanto, la gente tenía todavía muy arraigado ese miedo y desconfianza a toda persona extraña y desconocida, como las que habían mandado de Migración salvadoreña. Estas autoridades gubernamentales no confiaban en la información proporcionada porque, aunque muchos se encontraban en El Salvador, sus familiares daban fe de que estaban todavía en el campamento. Todos conocíamos las medidas de protección, no teníamos que hablar más de la cuenta, hacían énfasis en el cuidado de este pequeño documento ya que, al llegar a El Salvador, cuando nos encontraran e interrogaran los cuerpos armados, les podíamos enseñar ese *carnet* dando fe de ser salvadoreños civiles.

Por supuesto que en el campamento había control de la población, especialmente en las llamadas clínicas, ahí se sabía cuál era el número de la población, el registro existía por subcampamentos, pero, además, se tenía control de natalidad y mortalidad en las Unidades de Salud, así como cuántos nacían cada año. No dudo que otras estructuras de trabajo tenían datos de sus trabajadores y otras de cuántos iban a combatir a la guerra.

De lo contrario, no hubiera existido el control de distribución equitativa y eficiente de recursos e insumos a la población en general, fue una comunidad muy ordenada en todo lo que hizo.

## **Masacre de los sacerdotes jesuitas**

Tengo recuerdos de aquel día, 16 de noviembre de 1989. En la comunidad, en todos los lugares, se hablaba de que en El Salvador había ocurrido una masacre espantosa. Realmente, nosotros, los menores, no podíamos entender la magnitud de este hecho, percibíamos que

causaba mucho sufrimiento a la gente como cuando se trata de un familiar. Escuchábamos comentarios preocupantes que, en vez de mejorar, el país empeoraba; que no respetaban a los sacerdotes y, mucho menos, a los que eran extranjeros. Algunos lloraban porque decían que entre estos sacerdotes había muerto el padre Segundo Montes, «aquel que nos vino a visitar este año, a animarnos y motivarnos a luchar siempre en comunidad hasta llegar a nuestro anhelado país».

Como cada domingo, la comunidad esperaba la misa dominical y decían que había venido una delegación. La gente esperaba confirmar lo que los medios de comunicación salvadoreña y Radio Venceremos comentaban sobre esta masacre. Por su parte, Mía y el grupo Morazán ya tenían hecho el corrido, que escucharíamos por primera vez, canción muy sensible, que desde el primer momento tocó nuestros sentimientos: «En el despertar, en el despertar, Ignacio Ellacuría te matan a sangre fría...», y así mencionaba a los seis sacerdotes jesuitas junto a sus colaboradoras Elba y Celina, asesinados en la UCA (Universidad Centroamericana de El Salvador) por cuerpos militares salvadoreños. Ese día, en la ermita, la gente no cabía, escuchamos al padre Denis, junto a una delegación de internacionales, confirmando los hechos. Yo pregunté a mi madre que quién era el padre Segundo Montes y me contestó: «Es aquel señor que tu hermano le quitó el pan que se estaba tomando con café, donde niña Chabela». Se me vino el recuerdo de un señor tan humilde.

En la población se sentía una gran tensión, en El Salvador se había desatado una gran ofensiva llamada: «Hasta el tope y punto». Para estos días los duelos en las comunidades de refugiados aumentaron. Morían conocidos y parientes, se escuchaba: «Cayó en el norte de San Miguel... en Usulután». Muchos más niños y niñas quedaban huérfanos y huérfanas sin ser conscientes en aquel momento.

## Inquietudes del retorno

Toda la comunidad hablaba del retorno que se avecinaba, pero nadie sabía cómo iniciaría, los contratiempos que habría. No había idea, al principio, de toda la logística y recursos que costaría esta repatriación. En un momento, se pensaba que iba a ser difícil poder llevar toda la estructura montada, al menos toda la materia prima; en muchas estructuras no solo era la lámina y las tablas, también había pisos en-cementados, grandes tanques y pilas que servían para recoger el agua. Realmente como dice el dicho, en este caso sería a la inversa: «Lo que cuesta no se hace fiesta». Todo lo construido fue de todos y cada uno había puesto un esfuerzo, incluso las camas por muy sencillas que fueran; pero costaba tener una producción y se tornó difícil conseguir un par de ellas, más para una familia grande.

Algunos decían que no se estaba seguro en el camino o en la ruta para entrar a El Salvador, pero no debíamos perder de vista, que como fuera, íbamos a llegar a Meanguera, Morazán. Realmente, a los menores, todo esto no dejaba de generarnos preocupación.

En una ocasión yo estaba en Vegas, donde mi hermana, y estaban hablando del retorno, ella conocía muy bien el río Lempa, decía que lo habían pasado en *pangas* en la guerra, entonces le pregunté: «¿Y qué es una panga?». Me contestó que es una especie de barco muy pequeño, como una paila grande sin motor, para que camine se manejaba unas palancas, y uno no se tiene que mover, sino pierde el equilibrio. Comentaba que en El Salvador los puentes estaban destruidos y a lo mejor nos iba a tocar pasar por estas cosas.

—¿Y cómo es el río? —preguntaba porque los niños y niñas nunca habíamos visto uno.

—Es más o menos de ancho como el campo de Vegas o más.

—¡Dios mío! ¿Y de largo?

—De aquí, de Vegas a El Salvador.

Era algo increíble, porque la idea que tenía de un río es que era como una canaleta de unos diez metros de largo por uno y medio de ancho, y estático. Esta impresión se me quedó del kínder, cuando visitamos una hortaliza y nos enseñaron una canaleta como la descrita,

y la profesora nos dijo que nos imagináramos que era un río.

Pero algunas gentes decían que ojalá hubiera transporte para no dejar los animales, como las gallinas y los gatos. Claro, los encargados de negociar con los internacionales, sabían cómo estaban preparando esta logística: antes, durante y después. Pero también en la realidad a toda persona le preocupaba el futuro. Habían creado un croquis de cómo sería la nueva comunidad, las estructuras de trabajo, viviendas y los espacios libres. En las reuniones, les decían a los padres con hijos caídos en la guerra o luchando, que no iban a quedar desamparados; que en un principio las viviendas se iban a hacer del mismo material, es decir, de lámina y tabla; después serían permanentes y más dignas. Esto lo decían porque se sabía que una vez llegando a El Salvador, habría en los primeros años apoyo de la solidaridad internacional.

## **Primer retorno del 18 de noviembre de 1989**

El año 1989, jamás será olvidado por muchos y por varias razones: En nuestro país se desató una ofensiva final denominada «Hasta el tope y punto», operativo intensivo de las fuerzas guerrilleras. Dejaron los combates en los territorios y zonas de control, para entrar a las ciudades, cuarteles y colonias donde nunca se había sentido el olor de las balas y bombas, aquellas residencias donde vivía la clase opresora. Se mencionaba que era una acción para que los políticos de turno y los dirigentes del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) tomaran en serio las negociaciones de los procesos de paz de nuestro país. Claro, la comunidad refugiada estaba bien informada, la gente que tenía radios cuidaba sus baterías para escuchar las noticias; y a la hora del noticiero de los canales salvadoreños, la población no se quedaba en casa. En los campamentos, en los inicios de la repatriación, los encargados de organización de la comunidad estaban cocinando muy bien este acontecimiento. Por cada subcampamento y colonia, ya estaba anotada la gente que arrancararía el 18 de noviembre, es decir, dos días después de la masacre de los sacerdotes jesuitas. Para ello, se venían los líderes de estructuras de la comunidad, de todas las

edades y familias enteras; como estrategia venían muchos jóvenes que, sin estar preparados, se sumarían a las filas guerrilleras para apoyar los operativos intensivos en este tiempo.

El 18 de noviembre del año 1989, la comunidad amaneció con risas y lágrimas; muchos reían porque, después de nueve años de espera, sus sueños se hacían realidad, regresaban a su tierra añorada. Otros lloraban porque se quedaba la mayoría de sus familiares, para los jóvenes podía ser el último adiós, ya que todo era incierto por las condiciones que enfrentaba el país.

Era un largo camino que iniciaríamos a pie, así como llegamos. Tengo recuerdos que, por la llamada mecánica, venía un chorro de gente de otros subcampamentos, con costales, matates, morrales, cargando *pichingas* de agua, comida y pocas mudadas. Las cargas se veían tanto en niños y adultos. Parecía el pasaje bíblico que narra la ida de los israelitas a «la Tierra Prometida». Ese día la comunidad se levantó temprano, para darles el adiós y desear buena suerte por el camino a todos nuestros compatriotas. Los hombres traían sus machetes, barras, palas y decían que venían a abrir caminos. Para los que nos quedábamos, al ver esto nos daban ganas de seguirlos, pero decíamos que atrás íbamos nosotros, apenas comenzábamos y eso nos daba fuerza. Entre Limones I y II, fue la última concentración, venía gente de los nueve subcampamentos. Traían pancartas, vivas y megáfonos, y empezaban a preguntar: «¿A dónde vamos compañeros?» y toda la población formada gritaba: «A Meanguera, Morazán». Comenzaron a caminar dirigiéndose hacia la llamada tranca militar, de este lugar nadie pasaba sin autorización, pero la población caminaba acompañada y vigilada por organismos internacionales. Los militares y estos cuerpos organizados lo sabían. Se sorprendieron al ver tantas personas, eran mil aproximadamente. Cuentan los que venían que los quisieron detener haciéndoles una gran cantidad de interrogantes, como, por ejemplo: si todos iban documentados, añadiendo que todavía estaban a tiempo de arrepentirse. Lo hacían pensando en la difícil situación en que se encontraba El Salvador, pero la población gritaba con más fuerza para donde iba; con esta presión no tuvieron más remedio que ceder. Por el camino hacia el pueblo, los militares hondureños quisieron asustar a la población que marchaba tiraron algunas bombas al aire libre, y los escoltaron por las orillas de la calle;

pero, desde que salieron de los subcampamentos, a este primer grupo los acompañaban internacionales. Los niños y niñas no podíamos seguirlos, después de que pasaron de la tranca, pero mirábamos desde la mecánica la enorme fila que llegaba al pueblo de Colomoncagua.

Nuestro pueblo siempre estuvo muy agradecido con la población hondureña, especialmente la campesina, pues, aunque nosotros invadimos esas tierras, nos respetaban. Por eso mucha gente a escondidas les regalaban insumos como granos básicos, arroz, frijoles y caballas; esto cuando podían hacerlo y de forma clandestina. Era una población en la que se percibía la pobreza en la que vivían.

Este día fue especial para los refugiados, poderles gritar de frente y a todo pulmón a los hondureños y pueblerinos, que encontraban a su paso, agradecimientos por la hospitalidad, comprensión y paciencia de aguantarnos durante estos nueve años.

Desde ahí los perdimos de vista, teníamos que esperar cómo sería el paso de las fronteras de Honduras hacia El Salvador. El camino fue de calor, de sudar, de pasar por quebradas, de solidarizarse cuando alguien no podía caminar. Se sentaron solo para almorzar y dicen que al atardecer llegaron a la frontera y les advertían que se arrepentirían de haber dejado el refugio; pues El Salvador no estaba para jugar. Tampoco a estos comentarios les prestaron atención. En los subcampamentos nos anunciaban que habían llegado con bien y que, en San Fernando, Morazán, los habían recibido con fiesta y muchos se habían encontrado con parientes que andaban combatiendo; nos tranquilizó escuchar esta noticia y saber que no les había pasado nada lamentable por el camino.

Fue así como esta gente valiente, «decidió» dejar todo lo construido por nueve años, sus familiares y amigos, para dar un nuevo paso y fuerza a los demás que nos quedábamos y regresáramos a nuestro país querido El Salvador y empezar desde cero a construir una nueva comunidad.

Siempre estaremos agradecidos con los hombres, mujeres y niños valientes. Desde entonces, este día tan especial y que identifica a la Comunidad Segundo Montes, es y será el 18 de noviembre de 1989; fecha en la que celebramos cada año el retorno de nuestra comunidad, nombrada en memoria del padre jesuita Segundo Montes, quien derramó su sangre por defender los derechos humanos de

las comunidades marginadas como esta. Recordaremos por siempre nuestro éxodo y la llegada a nuestra tierra norteña en Morazán.

Nosotros, por mientras, cantábamos una canción: «Retornaremos muy pronto a El Salvador... la solidaridad nos acompañará hasta llegar allá, tierras norteñas de Morazán...».

## Salida de los subcampamentos



Despedida de subcampamentos desde Limones I y II.

Después de la salida de la población del 18 de noviembre, le tocó el turno al subcampamento de la Esperanza para hacer el viaje. Salieron unas colonias del campamento de Vegas, se veía mucha alegría en todos, tenían sus pertenencias en maletas, costales y matates, con los nombres de sus dueños. Sin embargo, había dificultades como el transporte, faltaban camiones y otros recursos de logística, no podían llevar todas las maletas. Tanto la gente que salió el 18 de noviembre como este segundo grupo, no recibieron ningún apoyo económico. Cuando veíamos esto, todo mundo decíamos: «Hoy sí es un hecho, ya no podemos echarnos para atrás».

Así, uno por uno, fueron saliendo los subcampamentos. Decir que todos eran solidarios es poco, cuando comenzó el retorno, lo primero que se paralizaron fueron las estructuras de trabajo. Ya no se

producía y, a excepción de los lugares de servicio como las clínicas, las cocinas y Centros de Nutrición o guarderías; algunas se iban centralizando.

De hecho, cada subcampamento al marcharse se llevaba las estructuras de trabajo dejando el lugar barrido. Solo quedaban los planteles, las hornillas de fuego, las pilas, hornos de hacer pan, los planchones de cemento; huellas imborrables. Dejaban también las reservas de leña debajo del estrado —previo a su partida se despedían con grandes fogatas. Una semana antes de partir, dormían al aire libre, hacían una fogata para soportar el frío y el viento producido por las pineras, que era un lugar fresco en los últimos meses del año. Las hortalizas pronto pasarían a la historia, sin alambrados ni barreras; de los palos de mango ya no íbamos a poder comer los retoños de hojas, buscábamos todavía alguna raíz de yuca que hubiera sobrado. Se empezaba a sentir una soledad...

En el caso de Limones II, fue difícil cuando se fue su «hermano gemelo» Limones I. Ese día mi abuela nos mandó a que fuéramos a traer leña que estaba debajo de los estrados y, al ir, tuvimos sentimientos encontrados ya que había mucha abundancia de este recurso, pero en la primera noche, percibimos la soledad, nadie corría por esa calle, solo los cipotes de Limones II. En las quebradas no había competencias, nadie bajaba de Limones I a lavar al pozo del motor. Cuando subíamos al cerro, los tres subcampamentos que veíamos en fila, Callejones, Copinoles y Vegas ya no estaban. Se sentía que, en este rompecabezas, las piezas iban siendo movidas. Limones II fue solidario con ayudar a desmontar las casas y estructuras; además, la gente de este subcampamento salíamos a la calle a decir a los que iban en los camiones «Adiós, nos veremos pronto» y movíamos las manos con toda nuestra fuerza, como habíamos aprendido. Sabíamos que a todos los detenían.

Los adultos recibían un bono de trescientos cincuenta colones y los niños, de ciento cincuenta. Meses atrás, lo habían dado a conocer en teatros debajo del árbol de amate de Limones I. Este dinero era una ayuda para tomar iniciativas de producir y no para gastarlo innecesariamente. Estos actos los hacían para orientar a los refugiados, para que entendiéramos los mensajes. Tanto los gastos del traslado, como este donativo individual, fue parte de la cooperación internacional.

También se encargaron de asegurar el transporte de carga y familias.

Fue muy triste cuando tenía que ir al campamento de Vegas para visitar a mis sobrinos y mi hermana; estaba desolado Progreso. Pasé una sola vez en la tarde corriendo por el puente, y sentía espantoso, tenía miedo de mirar hacia atrás. Iba descalza, pero caminaba de prisa, me imaginaba ver personas en los escombros, en los palos de manzanas pedorras, o en las señas que quedaban de las casas.

Cuando en la zona B solo quedaba Vegas y estaban desarmando las casas, llegué para cuidar a mis sobrinos, ya que todo mundo se involucraba y mi hermana tenía que arreglar la comida para sus tres niños. Más o menos un año antes, había salido un contingente de li-siados de guerra hacia Nicaragua y en este grupo estaba su compañero de vida Bernardo Carrillo «Gaspar».

Cada familia, antes de partir, preparaba su bastimento para el viaje: pan, totopostes, un día antes enduraban los últimos huevos que quedaban de reserva, utilizaban los pocos utensilios que les había quedado, pues todo estaba empaquetado. En este tiempo se dejaba a mano solo lo necesario: suéteres, alguna cobija, ropa para adultos y niños.

Yo realmente cuidaba a mis sobrinos, me gustaba hacerlo. Me quedé durmiendo dos noches bajo un nailon con ellos y demás gente de la colonia donde vivía Lilian, me sentía triste porque nos quedábamos todavía. Esa última tarde mi mamá llegó a Vegas a traerme, el subcampamento del Triunfo ya se había marchado, el lugar estaba totalmente desolado y caminar por ahí tan tarde era peor que antes. Yo sentía miedo de todo hasta del zumbido de los pinos; al no encontrar absolutamente a nadie, no sabía cómo regresar. Detrás de la rodilla tenía una *nigüilla* y me generaba un dolor con ardor muy fuerte, casi no podía caminar. Nos fuimos muy tarde, casi bajando el sol me despedí de mis sobrinitos con tristeza porque era la última vez que yo iría a ese subcampamento, donde me gustó mucho visitarlos. Agarré un bastón, porque mi pie derecho estaba como tieso, así bajamos hasta Progreso y El Triunfo casi en la oscuridad y acompañadas de la soledad, no encontramos a nadie, solo el zumbido de los pinos y pájaros. Realmente al dolor casi no le prestaba atención, sentía miedo cuando pasamos por la balstrera y la cancha de Limones II. Al día siguiente me dijo mi mamá: «¡Dormilona, despierta! Vienen bajando por la

mecánica los camiones, donde van tu hermana y los niños».

Al levantarme, se me olvidó el dolor, pero sentía horrible mi rodilla; la cobija estaba untada con pus y sangre, pues, en la noche, se me había reventado el grano. Antes de extirparlo, la piel se pone muy roja, inflamada y parece brillar. Esta situación no impidió que fuera a pararme en un lugar visible. Todas las personas sacaban sus manos diciéndonos adiós, yo no vi a mi hermana, pero me marché pensando que entre todas las manos que decían adiós, una era la de ella.

## Limones II, último en salir del exilio



Limones II dando el último adiós a la vida del campamento de refugiados.

La población de Limones II siempre colaboró en el desmontaje de las casas que formaban cada subcampamento. En estos últimos meses de estadía, era este el trabajo de hombres, mujeres y niños: ayudar a cargar los camiones de maletas. Pero se sentía feo cada vez que el rompecabezas del refugio se iba quedando con menos piezas. Siempre que pasaba la población de un subcampamento, en la tarde subíamos al cerro pelón de Limones II para mirar desde la distancia los cerros de San Fernando de El Salvador. Veíamos algunos puntitos blancos y creíamos que eran los camiones, pero con el tiempo no los observábamos, entonces pensábamos que se trataba de los que, en la mañana, habían salido del campamento. Nunca antes vimos tantos camiones como en ese tiempo. Fue la primera vez que conocimos los furgones,

nos parecían extraños y estupendos; realmente muchos no sabíamos cómo se llamaban.

Por fin llegó el tiempo en el que empezaron a botar todas las columnas de las viviendas de Limones II. Para este campamento nos tocó pesado, pues todo el trabajo recaía en la población de un solo subcampamento. Todo mundo estaba bien afanado, con mucha fatiga, llenos de hollín y tile por todo su cuerpo. Se podía apreciar el cansancio en los rostros. Después de desarmar las viviendas, cargaban en los camiones y furgones todas las pertenencias. Se pudo observar que los internacionales, que se habían quedado, también ayudaban con este trabajo pesado. Para esta fecha, los animales domésticos estaban en sus respectivas jaulas con sus alimentos. Me recuerdo que la jaula, donde venía nuestro gato y unas gallinas, la encontramos en uno de los planteles del que antes fue Limones I, el día que partió este subcampamento, nosotros la llevamos para la casa porque estaba muy bonita y bien hecha. No nos imaginábamos que meses después nos iba a servir.

Después de botar las viviendas, más o menos en una semana, salía la gente hasta que todo estaba organizado. Se quedaba al descubierto. Esto fue muy difícil, porque Limones II se caracterizaba por ser uno de los campamentos sin vegetación, especialmente en la parte céntrica. En los primeros días las camas servían para hacer casitas con pequeños nailon o sacos, a nosotros, los pequeños, nos parecía divertido y, como juego, nos daba el viento a todo dar. En las noches temblábamos de frío y para arroparnos solo teníamos lo necesario, pues todo estaba empacado. Nos tocaba hacer fogatas cerca de donde dormíamos. Andábamos de allá y para acá jugando a la landa.

Para esos días, en el campamento, a una señora se le murió un niño que tenía como un año de edad y ¡qué difícil una vela así! donde no se podía ni encender una candela por tanto viento, de verdad que no se esperaba que pasara esto. Acompañamos bastante gente al entierro, fuimos muchos cipotes, qué triste fue pasar por Limones I, por la mecánica y Quebrachitos y únicamente los planteles. A esa edad ya sentíamos la soledad, no había risas.

Se me derramaban lágrimas de pensar que unos días antes había

tanta gente y cómo ahora veíamos solo escombros, pilas, las columnas de piedra donde antes estaban las colonias, las huellas de granjas, como la de cabras. Para ese tiempo, los hornos no daban abasto, todo mundo hacía su pan para el viaje. Recibimos algunos últimos alimentos, recuerdo que nos dieron sardinas en salsa de tomate, pero no de las llamadas caballas, se sentía picantes ¡Qué rico estaba! ¡En tanto tiempo no había probado este tipo de comida! Todos queríamos limpiar la lata con pedazos de tortillas hasta que no quedara nada de residuos antes de botarla.

Había varios internacionales acompañándonos, entre ellos Elisabeth, conocida como Elisa, de Voces de la Frontera, amiga de mi mamá. Le tenía pena, cuando la veía de repente me ponía detrás de mi madre con el dedo pulgar en la boca; pero a la vez me encantaba verla y pensaba: «Bonita mujerona, qué ojos de gato más bonito tiene». Para nosotros, los niños, los internacionales eran personas muy guapas, les teníamos mucha admiración, sentíamos que pertenecían a otro mundo lejos del nuestro, pero personas de gran corazón.

La tarde previa al viaje, todos se fueron a las quebradas a sacarse la tierra, el tile y el sudor acumulado de aquellos días de mucho sacrificio. Desde la pila de Limones II hasta Las Lajitas estaba lleno. Mi nanita Candelaria fue muy especial, nunca la dejábamos que se fuera a bañar a la quebrada, siempre jalábamos el agua para que se bañara en la casa, cuidábamos que no se fuera a caer. Para este momento no teníamos recipientes con agua de reserva, mi abuela decidió ir con mi prima Rosa y conmigo a la quebrada. Nos daba risa y la molestábamos que se andaba despidiendo de todo el Borbollón, empezamos a buscar espacio para bañarnos desde la pila de Limones II, hasta llegar a Las Lajitas era el único sitio en el que había lugar, todos los pozos estaban abarrotados. Eran como las cuatro de la tarde y todo mundo después de esta jornada esperaba botar el tile y sudor con jabón Lempira.

Los últimos dos días fueron más complicados, porque las camas que nos daban sombra fueron cargadas, por eso dormimos al aire libre, tostados por el viento, polvo y sol. La última noche nadie durmió. Había grandes fogatas por todos lados, se quemaron pedazos de tabla. Los encargados de colonia se dieron cuenta de que se estaban excediendo y llamaron por micrófono: «¡Por favor no quemar este material!, ya que se va a cargar el día de partida».

La gente lo que menos quería escuchar era «trabajo», pero como éramos obedientes, en la mañana recogimos puertas y ventanas en buen estado, se formó un gran volcán cerca de la exbodega. Todos, bien de mañana, las madres especialmente, se levantaron a hacer los últimos toques, a endurar huevos y darnos un traguito de café con pan. Mi nanita nos hizo las típicas trenzas de cordones; niños y adultos nos vestimos al aire libre, nadie se fijaba en el otro por la emoción. Llegamos todas las familias a reunirnos en la plaza de Limones II. Dimos un vistazo al plantel donde estaba la bodega, había un montón de material bien intacto, como ventanas, puertas y láminas. Para ese momento, nadie tenía el mínimo deseo de cargar, ni siquiera los coordinadores. La caravana de camiones estaba en fila para que las familias nos subiéramos. Daba tristeza, porque en los estrados, o sea las hornillas, quedaba leña, algunas jarrillas viejas y los jarros donde se hizo el último café. La gente se estaba subiendo a los camiones, cuando vimos bajar muchas mujeres campesinas hondureñas, llegaba a los planteles para llevarse algunas cosas abandonadas y que con mucho sentimiento las dejábamos, ya que por años cocinamos en esos jarritos de barro. Algunas familias se abrazaban antes de subirse en los camiones.

En el camión en el que veníamos, estaba también la famosa mamá Concha, tenía lágrimas en los ojos. Cuando íbamos camino a la tranca decía: «¡Adiós tierras hondureñas, gracias por habernos brindado hospitalidad todos estos años!». Me paré encima de unos sacos, no me importó si venía comida, con tal de poder mirar como quedaba desolado el campamento de Colomoncagua, Honduras. Todos teníamos sentimientos encontrados, alegría y tristeza de dejar nuestro nido de toda la infancia. En cada camión viajaban hasta cinco familias o más, dependiendo el número de integrantes. Por el camino antes de llegar a la tranca, en un cerro se encontraban los internacionales, entre ellos, Elisa —amiga norteamericana de Voces de la Frontera—, y nos decían adiós sin cesar con muchas sonrisas en sus rostros, como queriéndonos decir: «¡Misión cumplida!».

Cuando llegamos a la tranca, volaba un helicóptero cerca de nosotros muy bajo, teníamos miedo y alegría de verlo. Desde la tranca, pudimos ver que aterrizó en el plantel de la ya histórica mecánica. Vimos que se levantó un polvazón, nunca antes cayó un helicóptero

en ese lugar. Desde donde estábamos, se observaba muy bien este lugar. Creo que los curiosos éramos los niños y niñas, porque la mayoría de adultos se bajaban con los *carnets* de

la familia, para retirar los trescientos cincuenta colones por cada adulto, y ciento cincuenta por menor, dinero para que las familias comenzaran a trabajar o pusieran un pequeño negocio; previamente, nos habían dicho que en El Salvador las cosas iban a cambiar, y más pronto de lo que nos imaginábamos, pues nos teníamos que independizar.

Sentí que nos estuvimos un largo tiempo. Todos no aguantábamos el hambre, calor y sed, no teníamos ninguna lona que nos tapara. Nuestras madres comenzaron a destapar las cumbas de papas cocidas y huevos duros, con los bocados de tortillas para que comiéramos. Se sentía como que era la primera vez que íbamos a una excursión. ¡Tan sabrosa la comida! Aunque fuera el mismo *conque* —frutas o verdura— que comimos todo el tiempo. Realmente no había nada que envidiar ni desear, todas las familias traían lo mismo, incluso el mismo típico pan blanco que se hacía en los subcampamentos.

Antes de pasar por la barrera, me llamó la atención algo, por unos cerros lejanos de la tranca, se veía una gran fila de personas con materiales de construcción en sus espaldas: ventanas, puertas y láminas; me los imaginaba como cuando uno ve una fila de zompopos cargados y ordenados en un camino estrecho. Las personas que veíamos eran hondureños de las aldeas cercanas al campamento, que habían bajado para llevarse lo que había quedado del subcampamento de Limones II.

Cuando pasamos por el pueblo de Colomoncagua, la gente salía de sus casas con sonrisas, diciéndonos: «¡Adiós, adiós!». Algunos se bajaron para comprar *charamuscas* —fresco embolsado y congelado—, era la primera vez que veía algo como esto. Algunas familias traían sus centavitos y los querían gastar, porque decían que en El Salvador no los íbamos a ocupar. Realmente se veían tentadoras, pero nadie regalaba a los mirones, solo nos quedábamos viendo cómo saboreaban los que habían comprado.

Después de ese lugar, los carros no pararon, uno veía como quedaban atrás aquellos bosques de pino, era una gran caravana quizás más de cincuenta camiones, este viaje lo sentí eterno y pensaba: «¡Qué

lejos está El Salvador!». Ya bien tarde, algunos adultos del camión decían:

—Ya estas son tierras salvadoreñas.

—Aquí estuve trabajando antes de la guerra...

«Esta gente miente», pensaba, porque todavía veía pinos; imaginaba que solo en Honduras existía este árbol, pero tenían mucha razón, pronto estábamos en un pueblo, los adultos decían: «Hemos llegado a San Fernando».

Todos, incluyendo los menores, teníamos curiosidad de tantas cosas nuevas, pero algo me llamó la atención: en los árboles de un parque, había pedazos de hamacas, en ellas, hombres con ropas verdes y fusiles. Decían: «son los compas», nos saludaban muy sonrientes. Esto me confundía, porque para mí eran soldados, por vestir el mismo color de los militares a los que les teníamos pánico en Honduras. Pero me sorprendió más, ver a mujeres, me dije internamente: «¡Estas deben ser cuilías!». Claro, nunca antes había visto mujeres vestidas de esta manera; la gente se miraba bien alegre con ellos y ellas, menos los niños y pensaba: «¡Quién entiende a esta gente!». Aunque nuestros familiares fueran combatientes, a los campamentos nunca entraron con estos uniformes y a los menores jamás se les hablaba de estas cosas. La llegada de la última gente se esperaba, dicen que, cada vez que un subcampamento pasaba, los compas-guerrilleros hacían el esfuerzo de llegar a San Fernando para ver si venían sus seres queridos y muchas de ellas eran madres queriendo ver a sus bebés que dejaron desde meses con familiares conocidos o desconocidos en el refugio. Me acuerdo que desde otro camión decían: «¡Allá está Tona!», y señalaban a una muchacha armada que levantaba su mano, recordé haber visto a esa muchacha, que dejó un niño en Limones II. «¡Mmm, está raro, a ella la conozco!», pensaba.

Vi tantas cosas nuevas. Después de Perquín, sentía que los carros corrían con gran prisa y ya no brincaban como unas horas antes.

—¡Ya estamos en la calle negra! —decían unos señores.

No sabía que las calles eran de colores y me levanté para ver, «Y sí, tienen razón», pensé. ¡Era negra la calle! Nunca habíamos visto una calle pavimentada.

# SEGUNDA PARTE

Vida en la Comunidad Segundo Montes





---

## CAPÍTULO 6

### Llegada a EL Salvador

*El Salvador no es como en la tele*



Cuando se iba llegando a El Salvador, a Meanguera Morazán.

Casi poniéndose el sol, llegamos al primer asentamiento: Los Quebrachos. Por las orillas de las calles solo veía champas de nailon, no podía imaginarme que veníamos a un lugar «triste»; luego pasamos por San Luis, igual, unas ramadas y ranchos del mismo material. Afirmé: «Este lugar no es, ¡qué feo está!».

Cuando llegamos a Los Hatos II, para entonces, sentíamos el espíritu de comunidad; nos estaban esperando con comida: tortillas calientes, frijoles fritos, arroz y café. Todos estábamos rendidos, *chapudos* del sol, y con hambre. Después de bajarnos de los camiones, nos caía bien una recibida como esta. Era gente que había vivido en el subcampamento de Progreso, algunas personas de diferentes edades me parecían bien conocidas, las veía cuando pasaba para Vegas. Cuando terminamos de comer, nuestros familiares fueron a buscar a los animales, el cargamento había llegado antes. Algunas cosas se habían arruinado o perdido, ya que, cuando pasamos por el camino antes de llegar a San Fernando, un carro de carga se había dado vuelta sobre una quebrada. Se me quedó la imagen del *chele* internacional, que le decíamos Adrián, haciendo señales con un trapo de color a los demás carros que pasaban y tuvieran precaución.

Qué alegría cuando encontramos nuestra jaula, que habíamos llevado de Limones I meses atrás, ahí estaban las gallinas y nuestro gato Micifuz asustado y con gran sed. Buscamos un lugar para quedarnos esa primera noche tan horrible, ¡en la oscuridad, sin camas ni cobijas! Mi hermano Miguel y yo estábamos llorando, ¡qué lugar más feo! Extrañábamos el refugio y comprendí por qué muchos después de venirse, querían regresar a los subcampamentos, y pensaba que nos habían engañado, porque en la tele se veía solo lugares bonitos, pueblos con sus iglesias y jardines. No me imaginaba un lugar lleno de carpas de nailon, ramadas y al descubierto todo. Mi hermanito decía: «¡Regresémonos!».

Esa noche se perdió el gato después de comer y beber, se ha de haber sentido amenazado en un lugar desconocido, me dolía que se perdiera, porque con qué cariño no lo dejamos abandonado en el campamento.

El siguiente día fue cansado, cada familia tenía la tarea de ir a buscar un montón de cosas: camas, cajas, costales con ropa, trastes y granos básicos. Todo tenía que venir etiquetado con un plumón, el nombre del dueño, la colonia a la que pertenecía y el campamento.

Realmente, la gente era bien honesta, nadie mencionó que se le hubiera perdido algo. Todos colaboramos en ayudar a recoger las cosas de la familia; para entonces, mi prima Juana se dio una herida en la pantorrilla que le dejó marca para toda la vida, aun con el tiempo se le veía grande esa cicatriz. Nosotros estábamos, al igual que otras familias, debajo de un árbol. Cerca de este, había una champa de nailon, al parecer no tenía dueño, ahí nos quedamos otra noche. Al día siguiente, llegó una señora diciéndonos que ella era la dueña, salimos a buscar otro lugar, ya para entonces encontramos a un primo que se había venido el 18 de noviembre. Él estaba terminando una champa, y dormimos debajo de las humildes camas para evitar el *sereno*, como decían los abuelos; ese heladito de medianoche que provoca constipado.

Creo que la mayoría nos sentíamos muy mal. Cerca, teníamos una gran ceiba, un árbol muy gigantesco de gran grosor y rugoso; nunca visto en nuestro campamento de Colomoncagua, sentíamos un poco de miedo al quedarnos mirándolo. Una prima andaba con un niño de meses, cuando su tía quería verlo llorar, lo ponía de frente al tronco.

Yo empecé a tener sueños y pesadillas: soñaba que ese árbol se movía y de sus grandes ramas extendía gigantescos brazos; también, que debajo de la cama estaba un animal, le hablaba a mi mamá, nadie me respondía y cuando despertaba experimentaba miedo con el corazón palpitando, porque no estábamos en la casa. Algunas veces, soñé que estábamos todavía en Colomoncagua y al despertar lloraba porque estaba lejos de ser verdad, al amanecer enfrentaba la realidad. Echaba de menos el refugio, no podía olvidarlo.

Lentamente nos íbamos adaptando, ya teníamos otra hornilla donde cocinábamos, los chorros de agua potable comunales funcionaban, teníamos una parva grande de leña que habíamos recogido, resultado de los árboles cortados para que estuviera limpio y se pudieran ubicar las viviendas.

## Primera experiencia en el río

Los primeros días no fuimos al río, recogíamos agua para las necesidades básicas y bañarnos. Escuchaba que varios cipotes ya habían ido y decían que podían nadar, yo le preguntaba a mi mamá:

—¿Cuándo vamos al río?

—Ten paciencia, que iremos cuando tengamos mucha ropa para lavar.

La verdad no me aguantaba por ir, quería comprobar si era como me lo imaginaba, ¡profundo, estático y angosto! Pensaba: «¿Y cómo será que vamos a lavar? ¿Qué tal si se hunde el jabón y no lo encontramos?».

Nos fuimos. Iba con gran emoción haciéndome tantas preguntas, ya cerca escuchaba el sonido del agua: ¿por qué será que suena? Se escuchaba mucha risa y bulla de cipotes.

Por fin bajamos al río de La Joya, abajo de la llamada ladrillera, y descubrí: «¡Mmm así son los ríos! ¡Corre el agua, tienen muchas piedras y grandes barrancos!», me dije.

Me pareció interesante. Solo que mi imaginación me falló, realmente no era como la imagen que tenía desde los años de kínder. Lavamos y después intenté nadar como lo hacían las chicas de mi edad y los mayores, todavía no había cumplido los diez años. Sentí que no podía y que era necesario aprender. Todos parecían hacerlo muy bien, y el que no podía trataba de presumir de esa habilidad. Se estaba convirtiendo en una competencia. Antes de tirarse a la pequeña poza, lo miraban a uno y decían: «¡Mira pasmada, así se nada!». A esa edad, todas las niñas usábamos los blúmeres de tela de yersi, hechos en el campamento, ropa superdelgada y transparente. Aunque se nos quedaban viendo los varones y solo estábamos con prendas menores, no sentíamos pena, la mayoría de las que nos bañábamos en la poza todavía no teníamos pechos ni vellos en las partes íntimas.

Otro día me invitó una hija de mamá Concha, de nombre Rosa, a bañarme a otro lugar del río, intenté en una pocita, y probar si podía nadar, para demostrarle la próxima vez a los demás que sí podía. De fortuna la poza estaba bajita, le dije a la muchacha:

—¡Ya regreso, voy a nadar!

—¿Y ya podés pues, bicha? —me preguntó.

—¡Claro que sí! —le contesté bien segura.

—¡Vaya pues!, ¡no quiero entregar malas cuentas con vos!

Y me metí.

Realmente desde que entré, comencé a tragar agua y cómo pude me agarré de unas piedras y logré salir con miedo y pensando: «Puchica, qué difícil es esto».

Creí que con este intento tenía para decirles que ¡sí puedo nadar! Lo difícil fueron las burlas hacia los cipotes y cipotas que no podíamos. En mi familia, mi hermano Carlos y la prima Rosa ya sabían nadar, y no entendía por qué yo no podía. En este tiempo, íbamos a buscar leña al otro lado del río de La Joya, en Hatos II. Todos se bañaban al regreso. Me sentía cobarde, por no poder *chapalear* como los demás, pero siempre me metía para intentarlo. En una ocasión nos fuimos por una poza llamada El Duende, posiblemente, por desafiar-me, mi hermano y Rosa pasaron caminando por el medio; el agua casi les llegaba al cuello, cuando me fueron metiendo, pegué un grito y salí, les dije: «¡Tengo mucho miedo!». A tal grado que regresé a casa, aunque me moría de las ganas por cruzar el río y comer guayabas de temporada.

## Crisis de las familias exrefugiadas

Indudablemente, regresar de un campamento tan organizado en todos los ámbitos: individual, familiar y comunitario, no resultaba fácil, tuvimos que comenzar de la nada nuevamente, a pesar de tener las bases, como el recurso humano, la materia prima y el apoyo de la cooperación internacional.

El estar al frente de una guerra civil, que parecía todavía no tener fin, la población se sentía aturdida, con inseguridad y temor por la situación que vivía el país. Se seguían yendo jóvenes y adolescentes a combatir, muchos de ellos morían, chicos ilusionados de regresar del refugio al país tan añorado, El Salvador.

Pero también observaba algunos jóvenes de mi lugar, especialmente del género femenino, que con gran entusiasmo se incorporaban a la guerrilla. No entendía cuál era la motivación. Escuché un día a una adolescente, que estaba lavando en un chorro comunitario cerca de mi casa, decir que se había ido a la guerra, porque la mamá no la dejaba tener novio y que ahí andaban unos muchachos bien guapos. A los meses regresó embarazada.

A pesar de que estuviéramos viviendo en la zona norte de Morazán, no conocíamos ni podíamos llegar con facilidad a otros municipios de este departamento, por seguridad y para evitar ser víctimas de los enfrentamientos armados.

Muchos familiares que vivían en el sur de nuestra zona u otros departamentos, no podían visitarnos en la zona norte, porque sentían gran temor.

## Continuidad del gran proyecto de comunidad



Como dijeron regresar al país aún en guerra no sería motivo de paralizar el gran proyecto de haber construido y seguir construyendo una sociedad como la nuestra. El 25 de marzo de 1990 se bautizó la comunidad con el nombre de Comunidad Segundo Montes, en honor al sacerdote jesuita asesinado en noviembre de 1989 en la UCA. Mérito a su heroísmo por velar los derechos humanos de otras co-

munidades afines a nuestra causa, por fortalecer el espíritu de lucha y solidaridad entre nosotros.

Este acto se realizó en el caserío de Los Quebrachos, hubo masiva participación de la comunidad en general. Fue convocado el jefe de turno del destacamento militar número cuatro de San Francisco Gotera, le decían coronel Corado. Considero que el objetivo de los dirigentes y líderes comunitarios, era demostrar a estos cuerpos armados, que somos gente civil, de respeto y sin temor, incluso, de dar la vida. Se les planteó evitar los acosos, ataques directos, y cero presencia militar en la zona. Esta fecha será recordada por todos y siempre.

Después de nueve años se enfrentaron cara a cara con los cuerpos militares salvadoreños y con estructuras armadas decisivas, como la de un coronel en el departamento. Se reconoció la comunidad internacionalmente, con el nombre del sacerdote jesuita y mártir, el padre Segundo Montes, quien derramó su sangre por luchar contra la opresión e injusticia en nuestro país, y por defender a las comunidades marginadas en el conflicto armado.

Sirvió de prueba el afrontar el miedo a estos cuerpos armados y ver de cerca caer una nave militar, en el campo de Los Quebrachos, con un contingente de militares llevando pasamontañas y sus rostros pintados. Los presentes lo interpretaron como mecanismos de temor o protección a ser reconocidos, como parte de los involucrados en crímenes de guerra.

En esta actividad, muchos niños probaron por primera vez el sorbete, se los compraron a personas humildes que participaban también del acontecimiento histórico.

## Independencia

El refugio se caracterizó por garantizar una vida segura, la población tenía ropa y alimentación, aun con todos los limitantes, nunca faltaron. A pesar de que algunas familias o miembros nunca trabajaron por diferentes condiciones o motivos —tener una discapacidad, dolencia o «pasarse de vivos»—, a nadie se le negó ser beneficiario, de

igual forma con los que trabajaban. Sin embargo, al regresar al país, se van sintiendo muchos cambios. En los primeros meses, todo pareció seguir su curso normal; las cocinas comunales y los molinos funcionaban para garantizar la alimentación diaria de la familia, sin embargo, no todas las familias colaboraban como se hizo en el refugio.

Los líderes comunitarios tomaron la decisión de entregar los granos básicos para que cada familia hiciera sus propias tortillas y alimentos en general. Para ese tiempo los molinos y recursos humanos prestaban su servicio gratuito, con los meses la dieta alimenticia no era igual, si en un momento nos repartieron huevos y quesos, ya no los tuvimos de forma gratuita. El recorte se fue dando paulatinamente. Lo bueno era que todavía había un mecanismo de comunicación con la comunidad y las familias sobre los cambios que iban surgiendo, nos dijeron que pronto no íbamos a recibir nada; evidentemente la cooperación internacional iba siendo cada vez más limitada.

En las estructuras laborales se hablaba de estipendio, los trabajadores ya ganaban algo de dinero, pero insuficiente para poderse valer por completo como familia. Al poco tiempo llegó lo inesperado: recibimos la triste noticia de que la alimentación se daba por clausurada. Cada familia lo asumió de distintas maneras: para unas era el momento de tomar decisiones importantes como irse a trabajar fuera de Morazán, o involucrarse en alguna estructura de trabajo donde hubiera espacio; la activación de la agricultura con la siembra de granos básicos como el maíz y frijoles. Pero también surgieron hechos trágicos, como el caso que anunciaron en Radio Segundo Montes, escuchamos la noticia del suicidio de una mujer y, posiblemente la causa se debía a la desesperación de cómo continuar alimentando a sus niños; ellos quedaron en la orfandad. La conocí en el subcampamento de Limones I, siempre que iba a las misas, la veía cargando a su niña en brazos; la llamaban Tula, era una muchacha muy bonita.

## Estructuras de trabajo

En los primeros años, la mayoría de las estructuras laborales continuaban funcionando igual que en el refugio, como: zapatería, sastrería, las granjas, algunos comedores, salud, educación, guarderías, entre otras. Todas las áreas de trabajo en un principio por su labor no recibieron pago, era voluntario. En corto tiempo se comprendió que, en El Salvador, no era posible continuar trabajando de gratis, evidentemente eran otras condiciones. No se contaba con alimentación, se inició dándoles a los trabajadores estipendios, una cantidad de colones que no alcanzaba para solventar todas las necesidades básicas.

A pesar de tantos desafíos, la comunidad hizo el esfuerzo de superar estas grandes brechas. Pasado algunos meses, los empleados se sentían más motivados, sus ingresos iban aumentando y, las familias podían comprar granos básicos y otros artículos para la familia. Con esa fuerza de trabajo, se levantó toda la infraestructura que conformaría la Comunidad Segundo Montes, por ejemplo, de recibir clases bajo los árboles, se pasó, en un segundo momento, a las escuelas construidas de tabla y lámina. Posteriormente, todas las estructuras de trabajo estuvieron hechas de material más sofisticado y permanentes. Podemos afirmar que la evolución y desarrollo de la comunidad era admirada y envidiada, en el buen sentido, por otras comunidades salvadoreñas y por la internacional. Era todo un modelo de desarrollo.

Fue triste recibir clases debajo de los árboles, cuando las escuelas estaban en construcción. En un primer momento, se usaron los materiales que se había traído del refugio. Fue difícil en invierno, porque las piedras donde nos sentábamos estaban mojadas, nos caían gotas de agua en el cuerpo y el cuaderno, o cuando había viento muy fuerte estábamos desprotegidos. Para entonces era alumna del profesor popular Medardo Iglesias, un muchacho muy humilde; todo el grupo lo queríamos. Nunca nos regañaba y nos aconsejaba en los recreos o recesos.

Siempre íbamos para el río de La Joya, en cuestión de veinte minutos o más, llegábamos a darnos *colazos* y patadas en la poza, ya para entonces podía nadar. ¡Nos desvestíamos y vestíamos tan rápi-

do! Claro, no teníamos mucho que quitarnos, en la mayoría de veces solo un vestido con unas *correllitas* despintadas y descalzas. Volvíamos como pollos mojados, con el pelo y la ropa interior húmeda, al sentarnos en las piedras, estas quedaban mojadas. Pero el maestro nunca nos criticaba, siempre con una sonrisa: «Cipotes, ustedes», decía. Ese era el regaño...

Él sabía muy bien que era la única forma de divertirnos, fue un docente exigente, a nadie le regalaba una nota. Algunos exámenes los hacía orales, yo alcancé a mi hermano de grado, él lloró una vez que nos hizo un examen oral y de esta forma se le olvidó todo. El profesor lo motivó afirmándole que no se preocupara, le dejaría un trabajo extraáulico. Pensaba que su miedo se debía a la burla, a esa edad y primeros años escolares esta actitud tan negativa era muy común.

Teníamos una compañera que llevaba a su hermanito pequeño, porque su mamá trabajaba. En tiempo de las chicharras el niño se ponía a cantar de forma divertida, nos provocaba risa, después siempre que lo encontrábamos le decíamos:

—Decí, ¿cómo dice el *chiquirín*?

Inocentemente repetía:

—Chiquidín, Chiquidín.

Una compañera no disimulaba, de apodo le decíamos Chort, le pidió al niño que repitiera «¿Cómo canta el chiquirín?» y la hermana, harta, dijo:

—Leo, decí «Chiquichort».

Nos reímos mucho más y pensábamos que el apodo era completo, con nombre y apellido.

Muchas niñas sentíamos un cariño muy especial por el profe; cuando lo encontrábamos otro día que no había clase, lo saludábamos con pena, mordiéndonos el labio. Él tenía unas hermanas gemelas muy bonitas y lo supimos porque él nos comentó, pero no le creíamos porque no eran idénticas ya que, en nuestro mundo reducido de conocimientos, estábamos convencidos de que todos debían ser iguales. Los nombres de estas niñas eran: Alba y Tania. Nos contaba que se había venido el 18 de noviembre de 1989 del refugio, y le pedían que se integrara en la guerra, pero él luchó y evitó incorporarse sirviendo con mucha motivación en su trabajo de maestro.

Cuando cambiábamos de ruta en los recesos, nos íbamos a la

entrada de Hatos II, o calle negra, parte alta de Hatos I; en los primeros años solo en la parte baja vivían familias. Esta zona alta estaba deshabitada, había mucho monte, parecía una pequeña montaña. Nos decían que tuviéramos cuidado porque podía haber bombas. Cuando íbamos no encontrábamos mucha gente, solo unos camiones grandes con cargamentos o personas. Sus cabinas celestes despintadas con carrocería de madera vieja, su sonido y carrera lenta como expresando antigüedad. Decían que eran camiones «guerreros», por ser los únicos que cruzaban el río Torola en la parte más baja, del puente no existía más que los hierros quebrados y oxidados en el caudal. Estos vehículos viajaban de Perquín a San Francisco Gotera y viceversa, transportando mercadería.

Realmente no teníamos miedo, porque nos íbamos todos los compañeros del grado, buscando frutas muy deseadas por mucho tiempo, como: copinoles, nances, aunque fueran verdes; guayabas tiernas y mangos. Cuando podíamos le llevábamos algo al profe, para evitar regaños y porque lo queríamos. Tratábamos de ser disciplinados, calculábamos el tiempo a puro empirismo, ni en sueño un cipote tenía un reloj, únicamente, lo dibujábamos con un lapicero en la mano.

Un día, nos internamos bastante lejos de la calle negra y encontramos unos huesos humanos, dedujimos esto, porque encontramos el cráneo todavía con algunas piezas dentales. Nos dio miedo. Tratamos de salir pronto, lo comentamos muy asombrados, pero era algo tan normal porque habían sido zonas de combate, previo al retorno de la comunidad.

Salud continuaba muy activa, todas las compañeras de mi madre estaban trabajando en estos primeros años. Mi mamá se había quedado cuidando a mi hermano menor, por su condición se percibía que necesitaba cuidado de una persona mayor. Debido a que los alimentos ya se nos estaban agotando, llegaron unas compañeras, Trine, Alejandra y Esmeralda con espíritu de amigas, la invitaron a integrarse y trabajar para que no nos faltara la comida. Fue un hecho, dejé nuevamente a mi hermano menor a responsabilidad de nosotros, no fue nada fácil. Para mí, la escuela seguía siendo lo más importante y no me gustaba faltar. Cuando en algún momento me dio fiebre por amigdalitis, mandaba el permiso, después del efecto de la Acetamin-

ofén me olvidaba que estaba enferma; volvía a la normalidad y llegaba a recibir clases. Algunas veces la maestra me preguntó:

—¿Para qué vino, si ya había mandado el permiso?

—Porque ya me siento bien. —Era mi respuesta.

Fue un tiempo de grandes desafíos. Mi hermano, por su condición mental, requería de un cuidado especial. En lo personal, no quería abandonar el estudio de primaria. Para cuidarlo, tuve que ser bien organizada: Durante la mañana ayudaba a moler la masa para hacer las tortillas, luego hacía la limpieza y lavaba la ropa. Tenía que alimentarlo, después estaba viendo el reloj para ir a dejarlo a donde mi nanita, para que me lo cuidara en el tiempo de clases; por suerte vivía cerca de nuestra champa. Algunas veces lo dejaba donde mi tía Julia, hermana de mi papá. Era difícil detenerlo. En la guardería no lo querían cuidar porque más de alguna vez nos dijeron que no cuidaban «locos», usaban ese concepto para un niño con un retraso mental leve, expresión despectiva. Para mí no existían recreos ni podía quedarme jugando como mis compañeras de grado. Algunas veces, me hicieron burla porque no podía jugar con pelotas. Cuando me tocaba hacerlo, como requisito de nota, prefería hacer limpieza u otra cosa en el grado, porque esas habilidades no las tenía.

Tenía una rutina diaria. Apenas me concentraba, y cuando decían que era tiempo de recreo, corría para ver cómo estaba mi hermano. Algunas veces, se portó tremendo, no se encontraba donde lo había dejado, se hallaba en la casa riéndose. Estaba botando todo por la ventana, hacía la reguera: almohadas, cobijas, trastes; en fin... aventaba todo lo que estaba a su alcance. Era una diversión para él, pero para mí era un calvario, entraba las cosas corriendo y llorando a la vez. Tiraba objetos a la letrina, incluso los gatos con vida. En más de alguna ocasión regresé a la escuela solo a traer los cuadernos para ir a buscarlo al río de La Joya, porque esa era la referencia de los vecinos, que lo habían visto pasar con una paila y ropa. Rogaba a Dios que no le hubiera pasado nada, por el camino me imaginaba lo peor; pero al verlo tenía sentimientos encontrados: gran alegría, tristeza y cólera. Una vez busqué una vara, le di en los pies, lloraba diciéndole: «¿Por qué me haces esto, Miguel? ¿Por qué me castigas así? ¡No sé hasta dónde podré soportar esta vida!». Él solo se quedaba observándome.

Otras veces se metía a las casas de algunos vecinos a quebrarles lo que encontraba: espejo, huevos, o aprovechaba para hacerse popó adentro. Un día, lo encontró un cipote en la vivienda de su familia y le dio una golpiza; tenía las piernas y muslos morados a puras patadas. Claro, había hecho un gran desorden, la dueña llegó exigiendo el pago por daño, pero cuando observó el estado de mi hermano dijo que así se quedara.

Por supuesto, en ningún momento íbamos a estar de acuerdo que hiciera desastres ni a nosotros ni a personas ajenas. Mi mamá insistía en la paciencia, en aguantar la cruz de vida; pero la que pasaba de lunes a viernes con esta responsabilidad era yo. Mi madre trabajaba, aunque fuera ganando poco, se sentía responsable de que no anduviéramos pidiendo como se observaba en otras familias con muchas limitaciones y sufriendo, sin comida sus hijos comenzaban a pedir o a mendigar.

Personalmente, nunca me llamó la atención los deportes, veía muchas compañeras jugando pelota o salta cuerda; mi prioridad fue cuidar a mi hermano y la champa. Los fines de semana buscábamos leña en lugares bien lejanos, siempre vigilábamos que no estuviera el dueño de la milpa, porque al ser descubiertos nos sacaban carrera a puras pedradas. En vacaciones o fin de año íbamos todos los días, competíamos con los cipotes vecinos y primos para ver quién hacía la carga más grande de troncos. Nadie tenía cocina de gas, todo se cocinaba con leña, desde calentar una tortilla y cocer una sopa.

No era nada fácil, pero algunas veces se volvía emocionante: Los sueños y deseos hechos realidad de bajar mangos tiernos y quitarse las ganas que se sentían en los subcampamentos de refugiados. Bajábamos otras frutas silvestres como nances, guayabas y jocotes, aunque fueran de *pitarrillo*, una clase de jocote silvestre, que en vez de pulpa tiene mucha agua, es muy ácido, aun maduro. Nos llevábamos una bolsita con sal, a veces hacíamos grupos de *los roba leña*, todo mundo lo hacía.

A cada dueño de milpas le afectaba que robáramos este recurso, pero la necesidad era evidente que todos la teníamos. En algunas ocasiones me gustaba ir con Deisy de *nía* Agustina, una adolescente vecina, ella se reía con mucha facilidad. Casi siempre cerraba los ojos y se tapaba la boca cuando se tiraba carcajadas. Un día andábamos en

una milpa y estaba un palo bien cargado de mangos, y le dije: «Espérame, me voy a subir a bajar ese gajo chulo».

Yo trepé, ninguna de las dos se fijó que había abejas de panal, corté los mangos y siento algo horrible en las manos un dolor y ardor intenso de picadas. Deisy me dijo desde abajo:

—¿Te picaron las abejas?

—¡Sí, vos!

Le contesté a ciegas y con gran angustia. Traté de tranquilizarme, respiraba mientras me bajaba con los ojos cerrados y deslizándome con las piernas abiertas, no sentía los raspones en las piernas de la cáscara tan áspera del palo de mango. Para ese tiempo las cipotas no nos poníamos pantalones, con faldas y vestidos íbamos a esos lugares de espinas y alambrados. Logré bajar sin perder el control y cuando estaba abajo le dije:

—¡Gracias a Dios que no me caí, y solo las manos me picaron!

—No creo —me dijo con una picardía y riéndose...

Entonces, toqué mi cara, empezaba a sentir algo raro, me picaron un ojo y los labios. Me levanté el vestido de color verde y sin mangas que andaba, en las piernas tenía unos raspones grandes, ensangrentados; empezaba a sentir ardor, por ser más sensible el dolor de las picadas, no sentí las cáscaras del árbol de mango que me rozaron las piernas. Hicimos el tercio de leña y decidimos regresar; cuando caminaba, sentía algo extraño cada vez a un ojo lo sentía más pequeño, no podía ver normal, se notaba una inflamación. Nos detuvimos a descansar, Deisy me miró con grandes carcajadas, y le dije:

—¿Qué te pasa, pícara?

—¡Estás irreconocible, Vero!

Me tocaba y sentía mis labios enormes. De hecho, las picadas habían provocado un efecto alérgico, más en la piel de los labios que son muy sensibles. Deisy no disimulaba su risa, cada vez que me veía, y más de una vez se le cayó el tercio de leña al mirarme. No creía que fuera para tanto. Pero llegué a la casa, tiré el tercio de leña en el patio de la casa. Mi mamá se me quedó observando de pies a cabeza.

—¿Qué le pasa, mamá?

—¡Bueno, hasta que hablé sé que sos la Vero!

Tenía un poco de risa mi madre, pero estaba preocupada por lo que me había pasado, le expliqué y me dio antihistamínico para la

reacción alérgica de las picadas. Mis labios habían aumentado su grosor significativamente y un ojo estaba casi cerrado de la inflamación.

Otra vez, siempre con Deisy, descubrimos que en una milpa había buena leña de nance, guayabo, quebracho y laurel, entre otros. La madera de esta clase de árboles era muy buscada por la gente. Casi todos los días íbamos y nunca nos habían cachado o encontrado, pero un día por mala suerte, yo casi tenía todo listo, ella se había quedado picando una última rama, vi que detrás de ella venía un hombre moreno, de gran estatura, bien furioso, con un corvo enorme y desenvainado. Me asusté, con señas le indicaba a Deisy que mirara para atrás, cuando lo vio, corrimos como pudimos, tomamos los lazos, el trapo de soquete y la cuma que usábamos. Aquel hombre nos siguió mucho tiempo con su arma blanca, parecía que no era nada en broma la persecución. Cuando llevamos ventaja, nos escondimos en un barranco y una piedra, desde ahí sentimos que continuó corriendo, ambas nos mirábamos sin color, mi corazón parecía salirse. Estuvimos mucho tiempo y decidimos salir e irnos por otro camino confiando de no encontrarnos a este sujeto, pues pudo habernos hecho daño sin que nadie se diera cuenta, era bien retirado del río de La Joya, por Agua Fría. Para entonces, no había ninguna familia en esas tierras abandonadas desde la guerra. Después de esta experiencia sentía mucho miedo de meterme a una milpa. Soñaba o tenía pesadillas sobre un hombre que me seguía y cuando me iba a agarrar, despertaba con mucho miedo. Cuando nos metíamos a una milpa, todo ruido nos asustaba, a veces nos parecía ver cosas, producto de nuestro miedo. Un día, estábamos con mi hermano en una milpa picando unas ramas de leña; cerca de donde estábamos pasaba una quebrada con abundante agua, escuchamos el ruido de personas y sonido como de machetes, salimos a escondernos, pasó mucho tiempo y nadie apareció, pero siempre nos dio miedo, porque después pensábamos que era algo sobrenatural, sin embargo, la necesidad nos obligaba a volver.

En vacaciones escolares de esos primeros años, salíamos a buscar leña con el traviesito de mi hermano y unos primos. Teníamos una rutina, íbamos por la mañana y tarde, un día no pude ir en el primer viaje porque tenía bastante ropa para lavar, les dije que iría en la tarde. Estaba lavando en un chorro cuando se escucharon los gritos de mi primo Fredy, hablándole a mi tía Eufemia, desde lejos:

—¡Mamáááá!

Llegó una mujer a decirme:

—Fidel se golpeó. ¡Tu primo Fidel se ha caído de un palo! ¡Ojalá que no esté muerto!

Sentí mi cuerpo helado, porque ambos teníamos trece años, éramos compañeros de grado y nos llevábamos muy bien. A mi hermano le hacía trompos para que jugara y no traveseara. De vez en cuando, nos daban veinticinco centavos de colón e íbamos con él y varios primos a ver la novela *Kassandra*. Días antes, habíamos planeado hacer un bonito fogón para la Virgen de Concepción, en diciembre. Mi tía iba sin yinas y gritando hasta donde se había caído, yo estaba lavando intranquila en el chorro público y rogaba a Dios que fuera solo un accidente. Media hora después, vi que lo traían unos hombres en una hamaca, ensangrentado y destilando las últimas gotas de sangre. Mi tía estaba en crisis.

¡Mi primo venía inmóvil! Ya no tenía ni la mínima señal de vida. Lo bañaron y se le observaba una gran herida en su cuello. Fue espantoso: a él lo picó una abeja al correrse se enredó en un bejuco y el corvo se metió en su cuello, cortándole la arteria que va hacia el corazón. La muerte de Fidel, según el testimonio de Fredy y Elías, su amigo, fue casi de inmediato. Cuando mi tía llegó ya estaba agonizando. ¡Pesadilla que enfrentamos! La policía vino a querer averiguar cómo había sido el incidente.

Le dimos el adiós a mi primo Fidel, un chico muy servicial, que a pesar de ser hombre, me daba gusto verlo lavando el maíz, barriendo y pegando el polvo, cuidando y cambiando a sus hermanitos menores mientras sus padres y su hermana mayor trabajaban duramente. El día de los fogones fue triste, estábamos viviendo ese duelo, Fidel ya estaba bajo tierra. Por varios días dejé de ir a buscar leña. Mis primos, Fredy y Alma, ya no quisieron ir más, dijeron que iban a comprarla, que esa experiencia traumática los marcó para siempre. Sentía tristeza, yo no podía pensar lo mismo, continué; no me quedaba de otra. Casi siempre encontré con quien ir, no soportaba ver el lugar donde murió, sentía escalofríos, ahí estaba la cruz y fue cabal en el camino. Mucho tiempo se notó su sangre cuando pasaba por ese lugar, prefería caminar adelante de otra persona, me imaginaba que iba a escuchar su voz.

## Usurpación de propiedades

La población no solo había aprendido valores, sino también antivalores. Recién venidos de los subcampamentos, éramos conocidos por ciertas características como Comunidad Segundo Montes, y precisamente en los pueblos vecinos, como Meanguera y Jocoaitique. Había propiedades o inmuebles abandonados por sus legítimos dueños, que habían emigrado a causa de la guerra. Algunos líderes comenzaron a motivar a las personas para que tuvieran valor y fueran a apoderarse de esas propiedades; algunas inocentemente obedecieron y se metieron con sus familias creyendo que iban a tener todo el apoyo comunitario o quizás de los líderes. Pero estas familias vivieron una pesadilla en su vida, porque sus legítimos dueños una vez que tuvieron noticias de lo que estaba sucediendo con sus propiedades vinieron a verificar. Algunos dueños, de buen modo, les explicaban que la propiedad tenía dueño y que debían desalojar; pero, como hay actitudes de todo tipo, otros venían con agresividad a sacar a la fuerza a esas familias que no contaron con el apoyo como se habían imaginado. Tuvieron que salir, así como llegaron, con las manos vacías. Fue complicado cuando llegó el dueño con papeles en mano. Además, se percibía que las reacciones de la población exrefugiada, ya no eran como cuando estábamos en el campamento.

## Desconocimiento del dinero

Como es conocido por todos, la cooperación internacional donó un poquito de dinero a la población refugiada, en el momento que regresó a la comunidad en Morazán; pero la mayoría de los que nacimos y crecimos en el refugio no conocíamos el dinero y su valor para comprar. Mucha población adulta tampoco conocía los valores que contenían las monedas y billetes, manifestaba dificultades para realizar las compras. Mencionaban que, antes de venir a la comunidad, muchas cosas del mercado y en las comunidades aledañas eran más baratas, un

ejemplo era cuando se comercializaban animales, en momentos como ese, también se sentía esta dificultad.

Muchas personas también lo conocían porque, ya antes de irse para el refugio, eran pequeños comerciantes. Por ejemplo: se dice que antes de la guerra en Guacamaya había bastante desarrollo económico y para muchas mujeres y hombres ese era su patrimonio, vender artículos de la canasta básica y comercialización de animales domésticos, como cerdos, gallinas y sus productos derivados. Del dinero que hacía referencia, cayó en buenas manos, pues al regresar de Colomoncagua, con este recurso algunas familias pusieron sus pequeños negocios que perduraron en el tiempo, como el caso de *nía* Jacinta y María Romero, ambas eran originarias de Guacamaya. Pero también se habla de personas humildes que quisieron comprar un cerdo y el vendedor les pedía cien colones, el comprador, en su desconocimiento del dinero, respondía:

—¿No me lo da más barato?

—¿Y cuánto me da?

La respuesta era:

—¡Ciento cincuenta!

Considero que no fue solo chiste, después de estos sucesos, no pedían menos de cien; las primeras personas que regresaron decían y daban fe sobre este tema, antes se conseguía un cerdo recién nacido hasta por cincuenta colones.

La mayoría de las familias empezamos a tener animales domésticos como gallinas y más de un cerdo. La primera vez que compramos un cerdito, con mi hermana pasamos caminando el río Torola, para mí, aun en verano, su caudal me parecía enorme, profundo y abundante. Sentía mucho miedo cuando pasaban los camiones grandes, todavía no había puente ni provisional. Me levanté el vestido, el agua me llegaba muy arriba del ombligo, suspiraba agarrada de la mano de mi hermana Lilian. Ella llevaba el dinero para negociar por el primer cerdo que tendríamos. Llegamos donde una señora y nos enseñó el último que le había quedado de una manada. No lo daba por menos de cien colones. Realmente lo veía raro: su cola parecía haberse cortado, desnutrido y pequeño. A mi hermana le parecía bien hacer el negocio. Lo difícil, es que me tocaba jalarlo de un lazo y nunca antes lo había hecho; por el camino, el cerdo infeliz chillaba, me

parecía espantoso y, a la vez, sentía lástima. Ya para entonces, había escuchado el cuento de *Jack y los frijolitos* en Radio Segundo Montes, en su programa Mundo Infantil, pensaba que nos habían engañado, «Este chanchito hijo de puta debe estar enfermo», no me sentía varón, pero relacionaba esta experiencia con la de Jack. Fue así como engordamos el primer porcino y no lo vendimos vivo, porque a mucha gente la engañaban los compradores, diciendo que tenían semillas, es decir, huevos de un parásito muy dañino para la salud humana, llamado *Taenia solium*, producido por este animal doméstico. A una vecina muy chistosa, llamada Agustina, mamá de Deisy, mi amiga de las jaladas de leña; no la pudieron engañar o bajar, como decíamos comúnmente. Llegaron los compradores y, después de hacer el simulacro de la revisión, le dijeron:

—¡Señora, su cerda tiene semilla!

—¿Cómo dicen muchachos?

Y añadió:

—¡Ahí déjemela, que esta *animalita* desde que nació tiene la semilla!

La señora hacía referencia a los órganos genitales de la cerdita, era común que al sexo femenino tanto en animales como mujeres se le diera el nombre de semilla. Sonó muy chistoso y listo por parte de ella esta respuesta, porque al igual que nosotros, la destazó, comió carne y obtuvo el precio esperado por la venta de esta y, por supuesto, estaba totalmente sana.

Esto de engordar animales domésticos lo intentaron hacer muchas personas, con el fin de obtener un dinero extra para la economía y subsistencia familiar.

## Cuerpos de seguridad

En la Comunidad Segundo Montes, había gente preparada para usar armas, tanto hombres como mujeres. Habían sido combatientes del FMLN durante los doce años de guerra o solo por un tiempo, ya sea que anduvieron por convicción, con el sueño de ver un país más justo

y humano, por sentirse forzados o por venganza de haber perdido familiares en masacres; por lo tanto, tenían conocimiento en el manejo de armas. En la comunidad, se creía que era necesario tener un cuerpo de seguridad interno para velar por la seguridad y aplicar castigos o sanciones a las personas de cualquier edad que violaran las reglas y que, con algunas medidas de seguridad, se garantizara la tranquilidad de los habitantes de la comunidad Segundo Montes. En ese tiempo, la guerra no había terminado, por lo tanto, la PNC no existía.

Ellos debían de portar uniforme y arma, y tener un perfil responsable y respetuoso. Con esta iniciativa se construyó una especie de cárcel, para privar de libertad a toda aquella persona que cometiera una falta grave: desde golpear, hurtar y actuar sin ningún respeto al medioambiente. En ocasiones, metieron presos a cipotes que robaban y a los agricultores por cortar árboles frutales sin piedad. Pero también cometieron errores, haciendo abuso de poder. En una ocasión, había un juego de fútbol en la cancha de Hatos II, allí balacearon a un hombre; esto fue alarmante porque se esperaba que esos atropellos no se hicieran con la gente exrefugiada.

Estos cuerpos de seguridad no eran reconocidos por el Estado salvadoreño, el aprendizaje lo habían adquirido con práctica en las trincheras, la decisión había nacido desde el liderazgo de la organización comunitaria. Por lo general, ayudaron a mantener el orden y la disciplina durante los primeros años.

## **Combates de cerca**

El regreso de la población refugiada del campamento de Colomoncagua, Honduras, fue a finales del 89 y principios del 90, por lo tanto, el país ardía en guerra; especialmente la zona norte de Morazán. Las zonas cantonales todavía eran tiro al blanco de grandes bombas hasta de quinientas libras, lanzadas por la aviación del ejército nacional. Desde los caseríos de la comunidad, veíamos pasar varios tipos de aviones de guerra, los llamados Mustang A-37B, helicópteros roqueteros, las avispidas, aeronaves que se desplazaban a gran velocidad. Realmente,

se sentían los operativos despiadados, pero en algunas ocasiones estos combates fueron muy cerca, hasta el punto de obligarnos a meternos debajo de las camas.

Cuando había los llamados desembarcos, así llamábamos a los operativos de gran intensidad, especialmente en la zona norte de Morazán, preguntaba en qué consistía. Los conocedores decían que se trataba de una acción de lucha horrible, pues previamente había un sondeo sobre la ubicación de la tropa guerrillera y se agarraban de frente sin piedad el uno al otro, como una forma de probar el poder y la resistencia. El ejército salvadoreño peleaba también por aire, volaban en picada, algunos aviones, para lanzar grandes bombas; hacían que la tierra temblara como cuando en las tormentas eléctricas caen grandes rayos. En el cielo se observaba un tráfico de helicópteros con sus ametralladoras en las puertas, solo ese sonido de los motores era aterrador, transportaban militares y alimentos. Más de una vez se veía que dejaban caer maletas, pero no se escuchaba explosión, deducíamos que era la alimentación de la tropa militar que estaba en la zona. Al rato, se escuchaban los grandes bombardeos y, posteriormente, en las noticias de Radio Venceremos u otras radios, informaban la gran cantidad de caídos en el combate de ambos bandos.

Recuerdo que uno de estos combates fue al otro lado del río de La Joya, justo en los lugares de las milpas donde íbamos a buscar leña. Dicen que fue difícil, pues dos columnas de cuerpos armados se encontraron frente a frente y cuando ambos jefes se dieron el saludo de consigna, al no coincidir, se dieron cuenta que eran enemigos y, haciendo uso de las maniobras en guerra, dieron ambos bandos la retirada y desplazamientos. Era de noche y se veían las balas de cerca. Se escuchaban tiros de diferentes sonidos, una ametralladora disparaba a todo dar; se escuchaban los insultos como: «¡No corran, hijos de puta!», «¡Nos tienen miedo, aahh!», «¡Aquí está tu madre, culero!».

Nosotros estábamos debajo de la cama, sentíamos que todos temblábamos, el corazón parecía que se nos salía. Al rato terminó el ataque.

Al día siguiente, los compas o guerrilleros buscaban a un compañero desaparecido del grupo, se decía que, si alguien lo encontraba, diera noticias. Como a los tres días lo encontraron y lastimosamente acababa de morir, pues su cuerpo estaba todavía con calor. El mucha-

cho se encontraba metido en una parva o carga de *huate* de maíz, era la segunda temporada de la siembra de granos básicos y los agricultores acostumbraban a dejarlo recogido. El joven se había refugiado y su herida no era profunda, se lamentaban haberlo encontrado tarde.

A los cipotes nos educaban en todos los sentidos. Si llegábamos a encontrar algo poco común o llamativo, nos advertían que no lo tocáramos o por nada del mundo lo recogiéramos, pues podía tratarse de una trampa o algo explosivo que podía costarnos la vida. Nos advertían porque ya habían pasado casos con chicos de la población de desplazados, así llamaban a las familias que habían ido a otro lugar con población civil, la causa era la misma guerra.

Pasado varios días de este operativo, fuimos a buscar leña a una milpa donde todavía estaban las parvas de *huate* y unas matas de ayote, por lo tanto, no había maíz que nos molestara para cortar las ramas de leña. Fui bien cerca de una planta de ayote para hacer pipí y estando sentada observé una botella de color vino, me llamó la atención que su boca estaba semienterrada y salían dos guías enterradas de la tierra. Como habíamos escuchado de tener cuidado, eso nos ayudaba. Por suerte estaba mi prima Marina, que había andado cuatro años en la guerra, la llamé y me dijo:

—¡Cabrona, no la vayas a tocar! ¡Es una bomba o una mina! Mejor vámonos lo más rápido.

Y eso hicimos... Le avisamos a la encargada de la comunidad de Hatos II y ellos mandaron a unos hombres con experiencia de estas cosas a ver el lugar, y sí, era un artefacto explosivo que fue desactivado inmediatamente.

Después de este operativo, hubo otro que nos llenó de zozobra, especialmente a los habitantes de Hatos I y II. Un grupo de soldados del destacamento militar número cuatro de San Francisco Gotera, estaban ubicados en el desvío de Hatos II, muy cerca de nuestras viviendas, por decir, nuestras casas estaban en la parte baja de este lugar y al salir, veíamos perfectamente a los soldados con ametralladoras en posición. Lanzaban disparos y ráfagas por el aire y gritaban:

—¿Dónde están los guerrilleros?

—¡Salgan!

Se mofaban o se burlaban diciendo:

—¡Aquí vienen por la calle los guerrilleros, sus familiares!

—¡Los vamos a matar!

Creo que nadie salía. Todos estábamos encerrados. Cuando se oían las ráfagas, los cipotes nos metíamos debajo de la cama llorando o temblando.

Pero lo tremendo, era que la población tenía que ir a trabajar. Para entonces, mi mamá laboraba en la clínica de Hatos I, era una casa que estaba construida desde antes de la guerra. Ella llegó por dos motivos: mi hermano menor se había tullido de los pies, no podía caminar; y lo llevaba cargando en la cintura para que lo examinara el médico de turno. Se fue caminando por la cuneta de la calle, pues en el cerro estaban los soldados advirtiéndonos que no saliéramos; pero mi mamá se encontró con una emergencia, en la clínica estaban atendiendo a una muchacha embarazada herida por una bala perdida que entró a su casa. Le estaban dando los primeros auxilios y estabilizándola antes de enviarla al hospital Nacional de San Francisco Gotera. Días después, se comentaba que perdió al bebé a raíz de este golpe.

Este acoso se volvió eterno. Se estuvieron varios días en el lugar, hasta el punto que, de tanto lanzar artefactos explosivos, todas las gallinas de la granja que abastecía de huevos a la comunidad se murieron de pánico. Se hablaba de miles, que estaban ubicadas como en cuatro pabellones grandes. La población de la comunidad estaba indignada, las echaron en camiones y las fueron a tirar al cuartel de San Francisco Gotera. Les gritaban a los militares que se las hartaran. Estas acciones eran para darles a entender la ausencia del miedo, y para pedir o exigir directamente a las jefaturas militares que no nos hostigaran de esta manera.